SAN PEDRO JULIAN EYMARD

INSIGNE APOSTOL DE LA EUCARISTIA
Y FUNDADOR DE LOS RELIGIOSOS Y DE LAS
SIERVAS DEL SANTISIMO SACRAMENTO

LA SAGRADA COMUNION

Puntos de adoración sobre la Comunión y
la vida de unión con Jesús Sacramentado

Se recomiendan las Obras Eucarísticas completas de S. Pedro J. Eymard:
- La Presencia real,
- La Sagrada Comunión,
- Directorio de los afiliados,
- Ejercicios Espirituales ante J.S.,
- La Eucaristía y la perfección religiosa.

De venta en: Ediciones Eucaristía. c/ A. Sainz de Baranda, 3 - 28009 MADRID.

Serie
Grandes Maestros
N.º 17

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

Con licencia eclesiástica
ISBN:84-7693-202-2
Depósito Legal: B-23514-1992
Printed in Spain

PROLOGO

ESTA *nueva serie de escritos de san Pedro Julián Eymard consta, lo mismo que la primera, de notas y apuntes encontrados entre sus manuscritos o tomados mientras él hablaba por discípulos de cuya fidelidad no cabe dudar. Son como la quintaesencia de su predicación sobre la Eucaristía considerada como mantenimiento de nuestra vida sobrenatural y como medio soberano de unión de nuestras almas con el Amado.*

Más que un tratado sobre la Comunión, lo que aquí ofrecemos a los enamorados de Jesucristo sacramentado son puntos de meditación que han de desenvolver en la adoración a los pies de nuestro Señor. Como muy bien se ha observado, Pedro Julián no parece sino que habla por axiomas; no se detiene en dar pruebas de lo que dice, sino que se contenta con enunciar; diríase que cuanto dice lo recibe directamente del Espíritu santo, no haciendo por su parte más que transmitirlo fielmente y de un modo apropiado a nuestras inteligencias. Desempeñando perfectamente el oficio de precursor del reinado eucarístico, que fué el suyo, trazó el plan y echó los cimientos de una devoción a la Eucaristía que abarca la existencia entera y viene a ser principio propulsor, meta suprema de la vida cristiana. Quiso Dios que fundara una sociedad religiosa que, comprendiendo con sus diversas ramas todos los estados y todas las condiciones, tiende a realizar esa obra por excelencia que es el reinado del santísimo Sacramento en las almas y en las sociedades humanas.

Quien haya leído todos los escritos del autor no podrá por menos de reconocer que indica todos los puntos de la devoción eucarística, tratándola en todos sus aspectos. Y esta muchedumbre de puntos de mira y la amplitud de horizontes que descubre no dañan en nada a la unidad de su obra, que es sencillamente admirable. Para este sacerdote de la Eucaristía el santísimo Sacramento lo es todo, porque es Jesucristo mismo: Omnia et in omnibus Christus (1).

Esta SERIE *contiene más de veinte meditaciones sobre la sagrada Comunión. También se encontrará en ella un direc-*

(1) Coloss., III, 11.

torio práctico, para debidamente prepararse a comulgar, así como para dar gracias. Hanse añadido algunos métodos para participar bien en la santa misa, la cual, a más de comprender la Comunión como parte integrante, suele ser la única preparación de muchos a quienes cuidados de familia o quehaceres ineludibles apenas dejan algunos momentos libres.

Se considera después la belleza y bondad de la Comunión, mostrándonos el autor cómo ella nos levanta, nos ennoblece y hace subir a la vida divina, a la unión con Dios.

Unión de vida, de pensamientos, de afectos, de juicio con Jesucristo sacramentado; pero unión constante e inseparable, tal es el blanco a donde se dirige toda la dirección del apóstol de la Eucaristía. Por eso no hemos creído desmentir el título de la SERIE *el insertar en él cuanto de más bello y expresivo hemos encontrado entre sus escritos sobre la vida de unión. Porque sin salto alguno, y como por pendiente natural, se pasa de la Comunión sacramental a la espiritual. No otra cosa que Comunión perpetua debe ser la vida cristiana.*

En cuanto nos es posible vamos cada mañana a tomar el alimento de nuestra unión con nuestro Señor, lo que constituye su fuerza y dulzura: es preciso, empero, que la Comunión se prolongue durante el día, que su benéfica influencia nos domine, nos siga y nos conduzca hasta la del día siguiente: hay que vivir en una atmósfera de Comunión. Creer que la Comunión se acaba con la acción de gracias, hecha durante algunos instantes, es no comprender bien los designios de nuestro Señor. El momento de este divino convite en que se nos da a comer su cuerpo y su sangre a beber es, sin duda, el más hermoso y dulce de la vida; pero no pasa de ser un momento. Lo que habemos de hacer es prolongar sus saludables efectos. Porque aun cuando cese la presencia del cuerpo de Jesucristo nos queda la de su espíritu, y también la del Padre, por lo mismo que amamos a su Verbo; y de tal manera, que la santísima Trinidad habite y se manifieste en nosotros con más amor, santificándonos con mayor eficacia.

Pues la Eucaristía es alimento, más allá del acto de comer deben extenderse sus efectos; y así como el alimento natural, una vez comido y digerido, nos mantiene y hace vivir con vida más pujante, así también, mucho después de comido, debe el maná celestial hacer sentir sus efectos. En suma, parécenos que la vida cristiana se compendia en estos dos términos: comulgar con el cuerpo de Jesucristo sacramentado y vivir de unión con el alma y con el Espíritu de Jesús. La

Comunión que no va seguida de la vida de unión con nuestro Señor, o no produce fruto o lo produce muy escaso.

El fundamento de la vida de unión es el estado de gracia, y toda alma enriquecida con la gracia santificante es rama unida a la divina cepa y nutrida de la savia del Espíritu santo; basta la caridad para hacer de nosotros templos suyos y miembros vivos de Jesucristo. Ahora, para conservarse y crecer, necesita el estado de gracia, como todo hábito, de alimento y ejercicio, que encontramos en la unión actual, en las aspiraciones de cada instante; los actos de amor multiplicados, las miradas inflamadas al Amado constituyen la fuerza del estado de gracia, garantizan su duración y aseguran su fruto. Como no se renueve a menudo tornándolo vivo y eficaz por medio de la Comunión espiritual, el estado de gracia languidece y no produce nada; y con ser tan rico el fondo sobrenatural que poseemos, pues no es otra cosa que Dios mismo, el Espíritu Santo, con todos sus dones, no producimos más que frutos naturales.

¡Cuántas almas hay que viviendo puras del pecado mortal y siendo, por consiguiente, moradas del Espíritu santo, y pudiendo servirse de El para ganar tesoros infinitos de gracias, le dejan con todo inactivo y ni siquiera sospechan lo que poseen ni lo que son gracias a El!

Y, sin embargo, el Espíritu de Dios es de suyo activo, continuamente nos inspira afectos de amor, y corresponder fielmente a estas mociones del corazón y de la voluntad es vivir de una vida celestial, angélica, de la misma vida de Dios.

En la santísima Trinidad, el Padre conoce a su Hijo y le ama con amor incesante, continuo, infinito; durante la vida mortal del Salvador el alma de Jesucristo andaba constantemente fija en la divinidad que veía sin velos, asistíale el Espíritu santo e inspirábale actos del amor más heroicos hacia nosotros y de la más absoluta abnegación por la gloria de su Padre.

La santísima Virgen fué prevenida desde el primer instante de su concepción con dulzuras de celestial bendición, y cada uno de los minutos de su vida iba marcado con un acto de amor y de entrega total de sí misma a Dios.

Y san Pablo, apremiado con inspiraciones incesantes, ardientes y consumidoras del Espíritu de Dios, e incapaz de desistir sin morir a sus violencias, exclamaba: Charitas Christi urget nos.

Así han sido todos los santos: su vida era una serie no

interrumpida de actos de amor; todas sus acciones eran un homenaje a la voluntad divina, continuamente estaban al habla con Dios presente dentro de sí.

A esto ha de llegar quien tiene la dicha de comulgar a menudo; mas aún es ésta una obligación de todos los cristianos, porque si el Espíritu santo, la santísima Trinidad está en ellos, no pueden descuidar tamaño tesoro y un medio tan poderoso de santificación sin causarse muy grave daño. ¿Cómo pensar que estos actos de amor inspirados por el Espíritu santo al alma fiel, a cada instante del día, en medio de las ocupaciones de la vida más laboriosa, son dignos del cielo, aumentan nuestra gloria y un día han de brillar en nuestra corona cual perlas deslumbradoras, sin escuchar la voz del Espíritu santificador, ni darse de lleno a la vida de unión?

Es de ver lo que Eymard dice sobre el hábito de recogimiento y de oración, que con el estado de gracia es la condición esencial para la vida de unión con Jesucristo. Y nótese bien que estas enseñanzas no son solamente para religiosos o religiosas abrigados tras los muros del claustro y consagrados por estado a la vida de perfección. Sus enseñanzas iban dirigidas a los fieles, no menos que a los religiosos presentes.

Por eso, ofrecemos esta segunda SERIE *a todas las almas piadosas que oran, comulgan y visitan al santísimo Sacramento, las cuales son, por fortuna, numerosas en la Iglesia, y constituyen en el mundo la flor de las parroquias y el más sólido apoyo de todas las buenas obras.*

¿Y no deben vivir también de amor y de unión con el Amado esas vírgenes cristianas a quienes nuestro Señor no ha dado inclinación a la vida religiosa, o que, habiéndola recibido, no pueden corresponder a la misma por razones que se imponen a su voluntad y exceden a sus fuerzas? Las vocaciones son variadas: al lado de las flores, que cultivan con amor privilegiado en el retirado jardín de la vida monástica, tiene el Señor otras no menos bellas y puras que le agradan en el mundo; tiene azucenas entre espinas, que exhalan perfume de sacrificios, de combates sostenidos y de victorias logradas, bien dignas por cierto de sus miradas y de su corazón; tiene ángeles de Dios que viven en el mundo y no son del mundo, todos los cuales son vivos testimonios de que la divina gracia santifica las almas como le place y donde le place.

Este libro será también útil a esas cristianas madres de familia que educan a sus hijos para Dios y saben que su tarea consiste en hacer de los mismos otros tantos Cristos; pe-

netradas de los pensamientos que encierra llevarán a sus hijos a la devoción al santísimo Sacramento, a la Comunión frecuente, haciéndoles ver que la Eucaristía es el manantial de la pureza, de la santidad, del valor y del honor.

En una palabra, ofrecemos estas páginas a todo el que quiera santificarse, sean cuales fueren sus ocupaciones, trabajos y estado. El recogimiento en la bondad de Jesús sacramentado se compagina con todo y a nada daña, como no sea a la pereza espiritual; no acertaríamos a comprender que hubiera de trabajarse menos activamente, que las labores mentales o manuales hubieran de ser menos perfectas por haberlas ofrecido a Nuestro Señor antes de comenzarlas y por renovar con más amor todavía este don al ejecutarlas.

Pero nadie se llame a engaño respecto del carácter de esta obra. No es un tratado de vida interior, de la que no trata más que un punto, o sea la Comunión y el recogimiento. Además, estas meditaciones no guardan entre sí otra conexión que la de tratar asuntos agrupados por razón de cierta analogía: hay meditaciones que explican la precedente y hacen penetrar mejor su significado; pero ninguna hay que sea desarrollo riguroso y lógico de otra.

No dudamos de que los amantes españoles o de lengua española del Amor de los amores saborearán con agrado las consideraciones de san Pedro Julián Eymard, tan empapadas de amor, y sus consejos, dictados por una experiencia consumada en las vías del Señor; en ellos encontrarán luz para su dirección espiritual. Lo que por encima de todo quisiéramos es que comprendieran todos bien que para santificarse hay que vivir de la Eucaristía y para la Eucaristía, y que la santidad no es acá abajo otra cosa que la Comunión sacramental y espiritual con Jesús sacramentado, del propio modo que la bienaventuranza del cielo no es sino la comunión con Jesucristo glorioso.

EL ESPIRITU DE LA COMUNION

Dilata os tuum et implebo illud.
"Da rienda suelta a tus deseos, que yo los llenaré."
(Ps., LXXX, 11.)

En la inefable unión que con el que comulga contrae, llega el amor de Jesucristo al último grado de perfección y produce copiosísimas gracias, por lo que debemos aspirar a la Comunión, y a la Comunión frecuente y aun cotidiana, por cuanto de bueno, santo y perfecto puedan sugerirnos la piedad, las virtudes y el amor.

Como la sagrada Comunión es la gracia, el modelo y el ejercicio de todas las virtudes, puesto que todas se practican en esta divina acción, mayor provecho sacaremos de ella que de todos los demás medios de santificación.

Mas para ello menester es que la sagrada Comunión llegue a ser el pensamiento que se adueñe de nuestra mente y de nuestros afectos, el intento a cuya consecución se encaminen el estudio, la piedad y las virtudes todas: el fin de la vida entera, como también la ley que la rija, debe ser la recepción de Jesús.

Vivamos de tal suerte que pueda admitírsenos fructuosamente a la Comunión frecuente y aun diaria; para decirlo todo de una vez, perfeccionémonos para comulgar bien y vivamos para comulgar siempre.

Pero, ¿la grandeza de Dios no oprimirá nuestra nada? —No. Antes al contrario, en la Comunión no existe esa celestial y divina grandeza que reina en los cielos. ¿No veis cómo se encubre Jesús para no asustaros y para que oséis mirarle y acercaros?

¿Qué deberá vuestra indignidad deteneros lejos de Dios infinitamente santo? Cierto que el mayor santo, que el querubín más puro, es indigno de recibir al Dios sacramentado... Pero ¿no paráis mientes en que Jesús oculta sus virtudes y hasta su santidad para no mostrar más que su bondad? ¿No escucháis esa suavísima voz suya que os dice: *venid a mí?* ¿No sentís la proximidad de ese amor divino que os atrae? Vuestros derechos no se fundan, no, en vuestros

méritos, ni vuestras virtudes os abren las puertas del cenáculo, sino el amor de Jesús.

¡Pero es tan poca cosa mi piedad y tan frío mi amor! ¿Cómo recibir a nuestro Señor en alma tan tibia y, por lo mismo, tan repugnante y despreciable?

¿Tibios estáis? Razón de más para que os echéis en ese horno ardiente... ¿Repugnantes? ¡Oh, eso nunca para este buen Pastor, para este tierno Padre, más padre que todos los padres, más madre que todas las madres! Cuanto más enfermos y flacos estéis, tanto mayor necesidad tenéis de su socorro; el pan es vida de débiles no menos que de fuertes.

¡Pero si tal vez tenga pecados en mi conciencia!... Si después del debido examen no tenéis certeza moral, si no tenéis conciencia positiva de algún pecado mortal, bien podéis ir a la santa Comunión; si perdonáis a los que os ofenden, alcanzado habéis ya el perdón de vuestras faltas; cuanto a las negligencias de cada día, distracciones en la oración, primeros movimientos de impaciencia, de vanidad o de amor propio; cuanto a la pereza en desechar al punto el fuego de las tentaciones, atadlos en un haz todos esos retoños de Adán y echadlos al fuego del amor divino; lo que el amor perdona bien perdonado queda.

No os alejen de la sagrada mesa vanos pretextos; antes comulgad por Jesucristo, si no queréis comulgar por vosotros mismos. Comulgar por Jesucristo es consolarle del abandono en que le dejan la mayor parte de los hombres; es decirle que no se engañó al instituir este Sacramento de espiritual refección. Es hacer fructificar los tesoros de gracia que Jesucristo ha encerrado en la Eucaristía sólo para distribuirlos entre los hombres. Más aún, es dar a su amor una vida de expansión cual desea, a su bondad la dicha de favorecer, a su realeza la gloria de derramar sus beneficios.

Comulgando, realizáis, por consiguiente, el fin glorioso de la Eucaristía; sin quienes comulgaran, en vano correría este río; este horno de amor no abrasaría los corazones; este Rey quedaría en su trono sin súbditos.

No sólo da a Jesús sacramentado ocasión de satisfacer su amor, sino también la sagrada Comunión le otorga también una nueva vida, que El consagra a la mayor gloria de su Padre. Imposible le es, en su estado glorioso, honrarle con amor libre y meritorio pero gracias a la Comunión irá al hombre; formará sociedad con él; se le unirá por una tan admirable manera que el cristiano pondrá a su disposición miembros y facultades sensibles y vivos, y le dará la

libertad necesaria para merecer practicando las virtudes. El cristiano se transformará así por la Comunión en Jesús mismo, y Jesús volverá a vivir en él.

Algo divino pasará entonces en el que comulga; el hombre trabajará y Jesús dará la gracia del trabajo; el hombre guardará para sí el mérito; pero toda la gloria será para Jesucristo. Jesús podrá decir todavía a su Padre: Os amo, os adoro, sufro todavía y vivo de nuevo en mis miembros.

He ahí lo que confiere a la Comunión su mayor eficacia. Es ella una segunda y perpetua Encarnación de Jesucristo y establece una sociedad de vida y de amor entre el hombre y el Salvador; es, en suma, una segunda vida para Jesús.

DIRECTORIO PARA LA PREPARACION

Opus namque grande est, neque enim homini praeparatur habitatio, sed Deo.

"La empresa es grande, porque no se trata de preparar habitación para un hombre, sino para Dios."

(PAR., XXIX, 1.)

LA sagrada Comunión es Jesús mismo recibido sustancialmente en nosotros, en nuestra alma y en nuestro cuerpo, bajo forma de alimento, para transformarnos en sí comunicándonos su santidad primero y después su felicidad y su gloria.

Por la sagrada Comunión Jesucristo nace, crece y se desarrolla en nosotros. Todo su deseo es que le recibamos y le recibamos a menudo; tal es también el consejo de la santa Iglesia, la cual pone a nuestra disposición todos sus medios de santificación para mejor disponernos a recibirle bien, así como todo su culto tiende a prepararnos la Comunión y a dárnosla.

Si conociéramos los dones y las virtudes que nos trae la Comunión, suspiraríamos de continuo por ella. Una Comunión basta para santificar a uno en un instante, por ser el mismo Jesucristo, autor de toda santidad, quien viene.

Mas es preciso comulgar bien, y una buena Comunión no se concibe sin la debida preparación y acción de gracias.

I

Cabe distinguir dos clases de preparación: la del cuerpo y la del alma.

La del cuerpo requiere ayuno completo desde media noche, y nos exige, además, cierta limpieza y decencia exterior en el vestir. En la Comunión celébranse las bodas regias del cristiano; nuestro divino rey nos visita; y quien comulga, celebra su fiesta del Corpus; todo lo cual implica que no dejemos diligencia alguna por poner para que nuestro porte exterior sea cual conviene.

Para la preparación del alma hace falta, ante todo, que la conciencia esté limpia de todo pecado mortal, y en cuanto

sea posible, de todo pecado venial voluntario. La limpieza es el primer ornato de una casa en que se recibe a alguno. si son pocas las virtudes que hermosean el alma del que comulga, que nunca falte, por lo menos, esta blancura que las prepara.

Las conveniencias exigen además devoción, recogimiento y fervor en la oración. El amor divino debiera conservarnos siempre en las condiciones necesarias para comulgar: el amor anhela, suspira, languidece por el Amado de su corazón; siempre dispuesto está el pobre a recibir limosna.

Avivad, cuando menos, vuestro amor, valiéndoos de los cuatro fines del sacrificio.

II

Adorad con viva fe a Jesús, presente en el santísimo Sacramento, en la sagrada Hostia que vais a recibir; adoradle exteriormente con el más profundo respeto del cuerpo y con la mayor modestia de los sentidos; adoradle también interiormente con profunda humildad, rendidle homenaje con todas las facultades del alma, dividiéndole, con santo Tomás, a impulsos de vuestra fe: Vos sois mi Señor y mi Dios.

Dad gracias por don tan soberano del amor de Jesús, por esta invitación a su mesa eucarística que os dirige a vosotros, de preferencia a tantos otros mejores y más dignos de recibirle.

Ensalzad su sabiduría por haber ideado e instituído este gran Sacramento, por haber conducido hasta vosotros, tan puro como en su manantial, este río que culebrea por entre todas las generaciones.

Bendecid su omnipotente bondad por haber sabido triunfar de tantos obstáculos, por no haber retrocedido ante ningún sacrificio ni humillación para darse plenamente.

Ensalzad el inmenso amor que en este sacramento le reduce a la condición de víctima perpetua de nuestra salvación, de alimento divino de nuestra vida, de cariñosísimo y constante amigo en nuestro destierro; únanseos los ángeles: invitadlos a alabar a su Dios y rey, a una con vosotros.

Propiciación.—Después de haber considerado al dador y la excelencia del don, echad una ojeada sobre vosotros mismos; ved vuestra pobreza, imperfecciones y deudas; humillaos al ver tanta bajeza y los pecados que habéis cometido, llorándolos una vez más; confesad que os truecan en indignos y pedid misericordia y perdón. Decid a nuestro Señor: "Pero, Señor, ¿olvidáis acaso lo que he sido, el mayor de

los pecadores; lo que soy todavía, la más mísera de vuestras criaturas; lo que tal vez sea, ¡ay!, en adelante, el más ingrato y el más infiel?... No, no; no soy digno de recibiros; con una sola palabra de perdón me basta... Alejaos de mí, que soy un pecador indigno de vuestro amor..." Aborreced, entonces, vuestros pecados, desead, pedid la pureza de los ángeles, la santidad de la Virgen santísima. Rogad a los ángeles y a los santos que se interesen por vosotros; entregaos a María, para que ella misma os apareje para la Comunión.

Imaginaos luego que oís esta dulce palabra del Salvador: "Porque eres pobre, vengo a ti; precisamente porque estás enfermo, vengo a curarte; para comunicarte mi vida, para hacerte partícipe de mi santidad, me he sacramentado; ven, ven, pues, con confianza; dame tu corazón, que es cuanto quiero de tu parte."

Suplicad al llegar aquí a nuestro Señor que quite todas las trabas y os venga. Desead, suspirad por este momento de vida y de felicidad; estad dispuestos a sacrificarlo todo, a abnegaros en todo, por una Comunión. Y luego corred, volad hacia la mesa celestial, que los ángeles envidian vuestra suerte y el cielo os contempla pasmado. Jesús os aguarda; id, id al festín del Cordero.

III

Llegado el momento de comulgar no os ocupéis ya de vuestros pecados; lo contrario sería una tentación peligrosa, por cuanto os causaría tristeza y turbación, cosas ambas reñidas con la devoción.

No os ocupéis tampoco ahora en hacer oraciones vocales, sino id a recibir a vuestro amoroso Dios con sosiego de la conciencia, poseídos del dulce sentimiento de confianza en la bondad de Jesús, que os llama y aguarda.

Id a la sagrada mesa con las manos juntas, los ojos bajos, el andar grave y modesto. Poneos de rodillas con el corazón penetrado del sentimiento de gozo y felicidad.

Al comulgar, tened la cabeza derecha y quieta; los ojos bajos; abrid modestamente la boca; sacad la lengua sobre el labio inferior y tenedla inmóvil hasta que el sacerdote haya puesto en ella la sagrada forma. Guardadla un momento, si queréis, sobre la lengua, para que Jesús, santidad y verdad, la purifique y santifique; introducidla, luego, en vuestro pecho y ponedla sobre el trono de vuestro corazón. Adoradle en silencio y comenzad la acción de gracias.

EL ESTADO DE GRACIA PARA LA COMUNION

Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat et de calice bibat.
"Examínese a sí mismo el hombre antes de comer de este pan y beber de este cáliz."
(I Cor., xi, 28.)

La Eucaristía es un pan delicioso; para comerlo, la primera condición es la de vivir, a saber, poseer el estado de gracia. Tal es la primera y condición esencial: estar exento de pecado mortal.

Bien es verdad que la cortesía requiere pureza de pecados veniales y nos exige piedad y virtudes; pero todo esto es relativo y más exigible a un religioso que no a un seglar, a una persona que vive sola y retirada que no a quien está cargado de los cuidados de una familia. Por consiguiente, la ley general, indispensable, es estar exento de pecado mortal.

No tengamos, pues, temores exagerados, ni nos asusten fútiles espantos por lo que atañe a las condiciones para comulgar. ¿Poseéis el estado de gracia? ¿Queréis acercaros a Jesús y con El uniros? ¡Pues, comulgad! Más glorificaréis a Dios y vuestras disposiciones serán más perfectas si tenéis virtudes; pero, aun en este caso, ¿quién podrá tenerse por bastante digno? La verdadera virtud es aquella que cree no tener nada. ¿Por ventura creéis tener el derecho de medir vuestras virtudes y vuestras cualidades para ver si merecéis la Comunión? Poneos muy bajo en vuestra estima y desead vivamente, que tal es la verdadera disposición.

Particularmente insisto en que tengáis pura la conciencia. Si no, el pan de vida será para vosotros pan de muerte. Indudablemente que la Eucaristía no es para dar muerte; pero lo que pasa es que ya estabais muertos antes de recibirla, y, una vez recibida, lo estáis dos veces.

San Pablo exige el estado de gracia cuando dice: "Examínese el hombre antes de comer de este pan." Y por comulgar algunos con conciencia manchada de culpa grave, díjoles que habían comido su propia condenación. Los tales crucifican en su corazón a Jesús, su propio juez.

La Eucaristía es el pan de vivos; lo dice nuestro Señor al anunciar este misterio: *Yo soy el pan vivo; quien me comiere vivirá en mí y por mí*. Ved ahí dos vidas: la vida divina de Jesús en el alma y la vida del alma en Jesús.

Si es cierto que la Comunión es unión del alma con Jesús, preciso será que entre los dos términos haya cierto lazo, cierta igualdad que sea base de la unión, porque las cosas contrarias no se unen nunca. Imposible que la luz se mezcle con las tinieblas ni la muerte con la vida. Dado que Jesús está vivo al venir a nosotros, también nosotros debemos estarlo; si no la unión no será posible. Lograréis, sí, clavar al Señor en vuestro corazón por algunos instantes; pero El no se quedará, y lo que habréis hecho será ejercer contra El una violencia sacrílega.

Tengamos siempre presente esta condición esencial que es la pureza de conciencia. La Iglesia nos la inculca con ahinco por medio del concilio de Trento y terminantemente nos prohibe comulgar sin antes confesarnos, siempre que la conciencia nos reproche algún pecado mortal y sea cual fuere nuestro arrepentimiento.

II

Aunque la Iglesia no nos pidiese tan terminantemente esta pureza, hasta la misma honradez nos la dictaría. La Comunión es el banquete, el festín nupcial del cordero. Jesucristo nos recibe a su mesa y nos alimenta con sus propias carnes; es a un tiempo convidado y festín: *Dominus ipse conviva et conviditum; ipse comedens et qui comeditur* (1). ¿Sería lícito presentarnos con porte desastroso? ¿Quién osaría corresponder a una invitación con vestidos sucios? Nadie. Pues no dejemos de hacer por nuestro Señor lo que haríamos por uno cualquiera. Hemos venido a bodas regias. Los ángeles rodean a su Rey, sin que puedan, a pesar de su esplendente pureza, sentarse para participar del banquete. Si no tenéis su refulgente blancura, no os falte al menos la pureza de conciencia que Jesucristo os pide como condición de admisión a su mesa.

III

Por lo demás, todo en la Eucaristía nos invita a la pureza. ¿No habéis asistido a alguna primera Comunión? ¡Cuán

(1) S. Jeron., Ep. 28 ad Hedibiam, quaest., 2.

bellos y puros son esos niños que en largas filas se siguen!

En el pan del altar, ¡qué pureza también! Es de trigo puro, al que se ha despojado de su corteza y convertido en harina. ¿Y cabe cosa más pura que la blanca harina? El pan ha sido amasado sin la levadura, que comunica al pan el germen de la corrupción. Bien hubiera podido Jesucristo escogerse otra materia de distinto color; pero entonces no habríamos descubierto en ella todas estas lecciones de pureza...

Tan natural es la pureza cuando de la Comunión se trata, que si yo os dijera que comulgarais en estado de pecado mortal, de puro horror retrocederíais, antes querríais morir que consumar ese acto.

Aun cuando no os remuerde la conciencia más que ir con pecados veniales, no os atrevéis a comulgar. Bien lo pudierais, sin embargo, porque el pecado venial no es un obstáculo radical para la Comunión. Pero no os atrevéis, porque sentís que no sois bastante dignos; vuestros vestidos no son todo lo lucidos que quisierais, y venís a pedir perdón. Bien está; ello atestigua vuestra delicadeza, pero muestra también cuán inseparable de la Comunión es la pureza.

Mirad a nuestro Señor antes de la cena: "Estáis limpios —les dice a los apóstoles—; pero algo de polvo os mancha todavía los pies; voy a quitároslo y purificaros por completo." Y nuestro Señor les lava los pies. Gran lección de humildad es ésta, sin duda; pero lo es incomparablemente más de pureza.

Tened, pues, viva el alma. Dícese que el mayor tormento para un mártir era verse atado vivo a un cadáver. Cien muertes prefiriera a esta tortura. Y no cabe duda, es un tormento atroz esta alianza forzada de la muerte con la vida. ¿Por qué, si esto es así, pretender atar a Jesucristo con un cadáver? ¡Cómo! ¿Queréis sepultar a Jesús?... ¡Ah, que sea al menos nuevo y puro el sepulcro!

IV

Pero la razón más eficaz para que las almas genuinamente cristianas sean puras es que Jesucristo entra en ellas con mayor o menor intimidad, según sea el grado de pureza.

Si vuestra pureza consiste tan sólo en estar exentos de pecados mortales, Jesús penetrará en vosotros y viviréis de su gracia; pero como Lázaro que, por vivo que estuviese, no podía obrar a causa de las ligaduras que le sujetaban todos

los miembros, así la Comunión halla ciertas trabas para producir grandes obras de vida en vuestra alma. Purificaos más y más; volved con frecuencia a recobrar nuevas fuerzas y acabaréis venciéndoos completamente y produciendo los frutos de gracia y de buenas obras que Jesús espera de vosotros.

Cuando el que comulga está puro, de suerte que ni pecados veniales tenga, Jesús obra en él intensamente y sin que tropiece con obstáculos; inflama el corazón, excita la voluntad, ilumina el entendimiento y penetra hasta lo íntimo del corazón. Entra en la cámara de la amistad; ninguna telaraña ofende su vista; saborea el perfume de sus buenos deseos; quédase largo tiempo. Cosas del todo inefables pasan entonces entre el alma y Jesús. El alma adquiere una delicadeza inaudita; ella ya no cuenta, porque forma una sola cosa con Jesús, a quien le dice: "Tomadlo vos todo, reinad sobre todo y amémonos siempre; yo seré vuestra esclava por toda la eternidad."

¡Cuán consolador es el que Jesús se nos una según el grado de nuestra pureza! ¡Sería de espanto, si viniera en razón de nuestras buenas obras y de nuestras virtudes! ¿Qué son nuestras virtudes ante la santidad del Dios de las virtudes? Pero estar puros, trabajar por estarlo cada vez más, basta para que Jesús nos venga a gusto.

Conservarnos puros, librarnos de todo lo que sea un germen de corrupción, adquirir transparencia y brillantez, tal es el trabajo que hemos de realizar en nuestra alma; pero tal es también el fruto de la Comunión; y, comulgando, la unión del alma con Jesús llega a ser continua aun en esta tierra y comienza la eterna que aguardamos en la gloria.

EL DESEO DE LA COMUNION

Esurientes implevit bonis.
"Colmó de bienes a los hambrientos."
(LUC., I, 53.)

EL estado de gracia es condición necesaria y esencial para comulgar. Las virtudes y la piedad sólo son convenientes. La buena voluntad y el deseo ardiente pueden suplirlas.

Desgraciadamente, comúlgase muchas veces con semivoluntad y sin casi entender lo que se va a recibir. Examinemos, por tanto, para ver de preservarnos de este defecto, las condiciones que conviene tengamos para comulgar.

La primera y más importante para sacar fruto de la Comunión es el deseo.

I

Para ir a comer, hay que tener hambre, es preciso sentir la necesidad de alimentarse para no caer falto de fuerzas, porque es molesto y grosero el comer, y la digestión resulta muchas veces dolorosa y cansa. Para remedio de esas incomodidades, Dios nos ha dado el apetito, merced al cual deseamos el alimento, y a los alimentos les ha dado el sabor, que nos los hace agradables.

Pues de esta misma manera siente el alma hambre de la Comunión; en la cual caben varios grados, pues cuanto mayor sea el hambre, tanto más provechosa resulta la Comunión. Un estómago sano siente hambre y digiere, en tanto que el enfermo nada puede soportar.

Es necesario que el mismo Dios ponga en nosotros este hambre de la Comunión, porque a no ser así nunca la desearíamos. Tan grande es la distancia que media entre Dios y nosotros que si El mismo no excitase en nuestro corazón un hambre que nos es necesario satisfacer, un hambre por la que nos olvidemos de la infinita dignidad de Jesucristo para no pensar más que en nuestras necesidades, de nosotros mismos nunca nos metiéramos a comulgar. Dios nos ciega con su gracia para que no veamos nuestra miseria, sino su bondad, y nos olvidemos de quiénes somos y de quién es El.

El hombre vive de deseos; nada busca, nada grande emprende que no lo haya deseado por largo tiempo. Pues un deseo divino nos impulsa a comulgar, hasta tal punto que nos

infunde valor bastante para acercarnos al Juez de cielos y tierras sin morir de espanto. El hambre de Dios excusa nuestra temeridad. ¿Qué duda cabe que el desdichado que toma pan para huir de la muerte no es ladrón? Su propia necesidad le excusa.

¡Pero si yo no siento tal deseo!, diréis quizá. Si no comulgáis, posible es; pero si comulgáis, contesto que Dios ha encendido en vosotros este deseo. Si no lo tuvierais, por lo menos en algunos de sus grados, no os atreveríais a comulgar. Decidme, ¿qué pobre osaría convidarse a sí mismo a la mesa del rey para comer con él, aun cuando estuviese a punto de morir de hambre? Cosa semejante. Y, sin embargo, la distancia que nos separa de Dios es muchísimo mayor. ¿Cómo nos atrevemos, pues, a acercarnos? ¡Ah, sí, es necesario que por su infinita bondad nos ponga Jesucristo un velo ante los ojos! Y así nos atrevemos a hacer con El lo que no hiciéramos con ningún grande de la tierra: ¡nos invitamos a su divino banquete!

El gran motivo para comulgar es, pues, el hambre que se siente. Cuando sea más viva, más apremiante, comulgad más a menudo.

—¿Crecéis espiritualmente? ¿Vais robusteciéndoos?

—No.

—Es porque no coméis bastante o coméis sin apetito. Excitaos, sentid al menos vuestra necesidad, si no podéis llegar al hambre de amor.

II

Hay un hambre de la Comunión que podemos experimentar siempre, un deseo que siempre está a nuestro alcance. Es el deseo del enfermo que espera al médico, porque sufre; que pide agua, porque la fiebre le devora.

Cual pobres hijos de Adán, porfundamente heridos, nos presentamos también nosotros a nuestro Señor y le decimos: "Señor, la miseria y el sufrimiento son nuestra única herencia; no os dé en rostro lo miserable de nuestro lecho; quiero recibiros, porque me siento falto de fuerzas y necesito recobrarlas. Apiadaos de mi miseria." Así es como hablan la mayor parte de los que comulgan. Ved a ese penitente, a ese impío recién convertido; apenas acaba de confesarse y con harta dificultad se arrastra todavía; pero, envíasele al comulgatorio y con razón. Dadme pan, dice a nuestro Señor, porque muero de hambre. ¿Cómo podré entrar en el áspero y estrecho sendero de la vida cristiana, yo que salgo del camino

ancho y florido del mal? He aquí un hambre cual conviene, un hambre que place a nuestro Señor, le ensalza y nos hace descender a nuestro puesto. Deseo que tengáis siempre este hambre del pobre, que hagáis valer este derecho a comulgar que os da la necesidad de acercaros a Jesús.

Tal necesidad, junto con la pureza de conciencia, basta para hacer una comunión buena y fructuosa. El Evangelio nos da una prueba conmovedora de ello.

Había un rey preparado un espléndido banquete; los invitados, aunque advertidos, no quisieron acudir. Dicen los intérpretes que no querían obsequiar a los esposos. Ante esta noticia, manda el rey buscar a los pobres por plazas y encrucijadas; reúnense buen número de mendigos y estropeados. Jesús los prefiere a los ricos y orgullosos. Es de notar que cada cual vestía el traje nupcial que a la puerta del salón le ofrecían los siervos. Entra el rey y gózase de ver radiantes de alegría y contentos aquellos rostros de ordinario tan tristes. Pero observa que uno de los convidados ha guardado sus vestidos ordinarios. Tómalo a menosprecio y al punto le echa afuera. Bien merecido lo tenía el pobre; no se le pedía que obsequiase con presentes a los esposos, sino tan sólo que se presentase en forma decorosa. Los demás, por pobres y estropeados que fuesen, quedaron, porque llevaban su blanco manto; la misma miseria les daba derecho de entrada en el banquete.

Pobres somos también nosotros y sufrimos; sean por lo mismo más ardientes nuestros deseos. ¡Gusta tanto nuestro Señor de curar a quien le muestra sus heridas! Durante su vida, pocas veces le vemos frecuentar las casas de los ricos y pudientes. Apenas aceptó la invitación de dos o tres fariseos, y aun entonces hízolo con la esperanza de curarlos de su orgullo y errores. Tratábase de enfermos, aunque de otro linaje. En cambio, a los pobres Jesús iba con gusto; nada le desagradaba en ellos.

Venid, por tanto, venid a pedir fuerzas y un poco de ánimo. ¡Señor, ya no puedo más; me echo a vuestros pies! Os lo vuelvo a repetir, venid, no ciertamente porque creáis merecer la Comunión, sino porque la necesitáis.

Decid con confianza: Señor, el pan nuestro de cada día dánosle hoy. Somos mendigos; no nos apoyamos en ningún derecho nuestro, sino en vuestra propia invitación.

¡Y vaya si el Señor os recibirá! Puesto que os ha llamado, quiere no desecharos, sino acogeros en su seno para enriqueceros de sus tesoros de gracia y bondad.

LA PREPARACION DEL ESPIRITU SANTO

Spiritus Sanctus superveniet in te et virtus Altissimi obumbrabit tibi.
"El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra."
(LUC., I, 35.)

MEDIANTE la sagrada Comunión se renueva en alguna manera el misterio de la Encarnación. No bien hubo contestado María con su *Fiat* a la voz del ángel, el hijo de Dios se encarnó en su seno. Pero el Verbo no se contentó con unirse a la más pura de las vírgenes y en Ella a la humanidad entera, sino que quiere unirse con cada cristiano.

El divino artífice de la Encarnación fué el Espíritu santo; preparó a María para madre de Dios, la preservó del pecado en su concepción inmaculada; en el primer instante de su existencia derramó en su alma las más bellas virtudes y fué cultivándolas en el transcurso de su vida; y, llegado el momento de formar y animar el cuerpo de Jesús, el mismo divino Espíritu fecundó el seno de la Virgen. Continuó habitando en Ella, después de realizado el misterio, y la cubrió con su sombra para templar los ardores del divino sol que llevaba en sus entrañas. Debemos aprender a prepararnos para la Comunión en unión con el Espíritu santo.

I

El Espíritu santo santificó, por consiguiente, a María para que fuera digna madre de Dios. Si bien toda la santísima Trinidad concurre a la obra de la santificación de las almas, esta operación se atribuye en particular a la tercera persona, por ser ésta el don por antonomasia, el lazo de unión del Padre con el Hijo, y la que de nuevo nos une con Dios al venir a nuestras almas.

El Espíritu santo atavió a María con todas las virtudes, y al vacilar entre aceptar o no la dignidad de Madre de Dios por creerla incompatible con el voto de virginidad que tenía hecho, el ángel la tranquilizó diciendo que el Es-

píritu descendería sobre ella y ella concebiría por obra de El. Notad que el Espíritu santo se encontraba ya en María, puesto que era llena de gracia. ¿Qué significarán, por tanto, estas palabras: "El Espíritu santo descenderá sobre ti"? ¡Ah! Que vendrá para robustecerte, para prepararte a ti, débil criatura, al misterio de la Encarnación, que es misterio de omnipotencia. ¿Cómo temblar, por flaca que seas, si Dios mismo está en ti con presencia muy especial para recibir a Dios? Porque el Espíritu santo en María recibió al Verbo y le formó la naturaleza humana.

Ahora, la Eucaristía nos hace compartir por medio de la Comunión la gloria de María y el gozo de la divina maternidad.

Mas, ¿quién recibirá en mí al Verbo de Dios? Imposible que lo sea yo, siendo tan flaco y miserable como soy. El estado de gracia en que creo encontrarme, ¡quién sabe si es sin mancilla!... Y cuando lo fuera, ¿a qué se reduce eso en el acatamiento de quien es santo por esencia? Mis insignificantes virtudes... ¡Pero si Dios las tiene en grado sumo! La recepción no podrá menos de ser muy indigna si me encuentro solo para recibir a Jesús. Pero no temáis; por el estado de gracia el Espíritu Santo habita en vosotros y El es el que ha de recibirle. Lo que a vosotros os toca es uniros con este divino Espíritu cuando vais a comulgar.

Tengamos presente, sin embargo, que la disposición más grata a sus ojos es aquella que, como a María, nos hace decir: "He aquí la esclava del Señor." Tú, Señor, me convidas; bien conoces mi pobreza, miseria e ignorancia; pero te recibirá tu divino Espíritu, te hablará en mi lugar y la recepción será así digna.

No nos unimos bastante al Espíritu santo ni tratamos de conocerle cuanto debiéramos, y, sin embargo, El habita en nosotros y templos suyos somos. Pudiera preguntarse a muchos cristianos: ¿Sabéis quién es el Espíritu santo? Y contestarían que no, que nadie les ha hablado de El... ¡Ah! Es porque para conocerle hay que ser hombre de vida interior. Los que siempre permanecen afuera pueden conocer sus dones, pero nunca comprenderán su lenguaje de amor y de dulzura, porque éste es patrimonio exclusivo de las almas silenciosas e interiores. Orad a menudo al Espíritu santo; uníos a El; que El os prepare para la Comunión y hable y dé gracias a Jesús en lugar vuestro; reine Jesucristo en vosotros por El.

II

El arcángel no sólo dijo a María: "El Espíritu santo descenderá sobre ti", sino que añadió también: "y te cubrirá con su sombra".

¿Qué quiere decir esto?—Dios es fuego que consume. Cuando viene a nosotros viene con su naturaleza, y si el Espíritu santo no nos cubriera como con una nube, en un instante nos abrasaría. ¿Qué somos nosotros sino un poco de paja en medio de un gran fuego? El Espíritu santo templa estos ardores divinos, no dejando traslucir sino justo lo necesario para calentarnos y vivificarnos. El mismo nos es necesario a nosotros, como lo fué, dice san Bernardo, a María, cuyo cuerpo virginal cubrió con su sombra al acercarse la divinidad: *Ipse est qui Virgini obumbravit, ut et virgineo corpori temperaret Deitatis accessum.*

III

No sólo está el Espíritu santo en María para recibir al Verbo divino, sino que crea también el alma del Verbo y forma su cuerpo de la sangre purísima de la santísima Virgen. Tal es también su oficio en la Comunión: su obra peculiar en ella es convertirnos en Jesucristo, hacer espiritualmente de nosotros y El un solo ser en el orden moral. Formando en nosotros el germen de gloria que ha de hacer nuestros corazones semejantes al de Jesús glorioso, nos hace compartir el estado de su cuerpo glorificado, y un día el Espíritu santo, por quien El salió del sepulcro, resucitará nuestros cuerpos a la misma gloria.

El forma en nuestra alma la unión de sentimientos, y gracias a esta operación Jesús continúa viviendo en ella espiritualmente, aun cuando sacramentalmente haya cesado de vivir. De esta manera prolonga el Espíritu santo en nosotros la Comunión y continúa la vida divina de Jesús.

Así como los alimentos, una vez digeridos, dejan el jugo nutritivo que, derramándose por los miembros, los fortalece y les infunde vida, así también cuando las sagradas especies han sido consumidas y la humanidad sacratísima de Jesucristo no se encuentra en nosotros, permanece la divinidad recibida en concepto de alimento juntamente con el cuerpo; y permanece no sólo como en un templo, sino al modo del jugo nutritivo en el estómago, fortificando las potencias de

nuestra alma, alimentando a ésta con buenas inspiraciones, con mociones de santo amor, espiritualizándonos y deificándonos, realizando estas magníficas palabras: El que está unido al Señor forma un solo espíritu con El: *Qui adhaeret Domino, unus spiritus est.*

¡Qué dicha, en verdad, nacer en tiempo de la Eucaristía! Los justos de la antigua Ley, aquellos grandes santos de la ley del temor, suspiraban sin descanso por este día que no debía ser para ellos; hoy el último cristiano se ve más favorecido que todos esos santos patriarcas.

¿Qué consecuencia práctica sacar de todo esto? Dejar entera libertad al Espíritu santo para que obre en nuestra alma a su gusto y forme a nuestro Señor. Dejémonos amasar por sus divinas manos según le plazca, como la blanda cera recibe todos los sellos que se le quieran imprimir; y así, cuando vayamos a comulgar, nos prepararemos a una con El, y por medio de El oraremos y daremos gracias. Querer prescindir de su ayuda es orgullo y presunción, porque la verdad es que no sabemos orar; pero el Espíritu santo socorre nuestra flaqueza y pide en nosotros con inefables gemidos.

Pidiendo su ayuda, agradaremos al Padre celestial, quien podrá entonces enviarnos a su Hijo con verdadera satisfacción y sin temor a que le recibamos mal; causaremos mayor contento a nuestro Señor, el cual, aunque no tenga otra ambición que la de darse, gusta con todo de encontrarse un cenáculo grande y ricamente aderezado; complaceremos, finalmente, al Espíritu santo, quien se gloría de fecundar las almas con su amor.

EL SANTO SACRIFICIO

Hoc facite in meam commemorationem.
"Haced esto en memoria mía."
(LUC., XXII, 19.)

PARTICIPAR todos los días en la santa Misa. Ello atrae las bendiciones del cielo para el día. Oyéndola cumpliréis mejor todos vuestros deberes y os veréis más fuertes para llevar la cruz de cada día. La misa es el acto más santo de toda la religión; nada tan glorioso para Dios ni tan provechoso para vuestra alma como el oírla con piedad y con frecuencia. Esta es la devoción privilegiada de los santos.

La misa encierra todo el valor del sacrificio de la cruz, que aplica a cada uno: uno mismo es el sacrificio del calvario y el del altar, iguales la víctima y el sacerdote, Jesucristo, que también en el altar se inmola de un modo real y eficaz, aunque incruentamente. ¡Ah! Si después de la consagración os fuese dado ver en toda su realidad el misterio del altar, vierais a Jesucristo en cruz, ofreciendo al Padre sus llagas, su sangre y su muerte para salvación vuestra y la del mundo. Vierais cómo los ángeles se postran alrededor del altar asombrados y casi espantados ante lo que se ama a criaturas indiferentes o ingratas. Oyerais al Padre celestial deciros como en el Tabor contemplando a su Hijo: "Este es mi Hijo muy amado y el objeto de mis complacencias: adorad y servidle de todo vuestro corazón."

II

Para caer en la cuenta de lo que vale la santa Misa, preciso es no perder de vista que el valor de este acto es mayor que el que juntamente encierran todas las buenas obras, virtudes y merecimientos de todos los santos que haya habido desde el principio del mundo o haya de haber hasta el fin, sin excluir los de la misma Virgen santísima. La razón está en que se trata del sacrificio del hombre-Dios, el cual muere en cuanto hombre, y en cuanto Dios eleva esta muerte a la dignidad de acción divina, comunicándole valor infinito. Infunde respeto el oír cómo el concilio de Trento expone esta verdad: "Como en el divino sacrificio que se ofrece en la misa es contenido y se inmola incruentamente el mismo Jesucristo que una sola vez se inmoló de un modo incruento

en la cruz, enseña este santo Sínodo que este sacrificio es verdaderamente propiciatorio y que alcanzaremos por este medio en el momento oportuno misericordia, gracia y ayuda siempre que nos acerquemos a Dios con corazón sincero y recta fe, con temor y reverencia, contritos y penitentes. Porque, aplacado el Señor por esta oblación, nos perdona nuestros crímenes y pecados, por grandes que sean, otorgándonos la gracia y el don de la misericordia. Una sola y una misma es la víctima ofrecida, uno solo y uno mismo el que ahora se ofrece por ministerio de los sacerdotes, y entonces se ofreció a sí mismo sobre la Cruz, no habiendo más diferencia que la del modo de oblación. Mediante este sacrificio incruento recíbense muy copiosamente los frutos de aquel cruento, sin que, por consiguiente, se menoscabe en lo más mínimo el valor de aquél. Según la tradición de los apóstoles, este sacrificio es ofrecido no solamente por los pecados, penas, satisfacciones y demás necesidades de los vivos, sino también por los difuntos en Cristo, cuyos pecados no están cabalmente purgados" (1). ¡Qué lenguaje éste que emplea la Iglesia!

IIII

Para glorificar sin cesar a su Padre, Jesús adoptó el estado de víctima; para que, poniendo el Padre los ojos en El, pueda bendecir y amar la tierra; para continuar su vida de Redentor, asociarnos a sus virtudes de Salvador, aplicarnos directamente los frutos de su muerte participando dentro de su ofrenda y enseñándonos a sacrificarnos junto con El; y también para ponernos a mano, como a María y a Juan, el medio de asistir a su sacrificio.

IV

Habiendo Jesús reemplazado todos los sacrificios de la antigua ley por el sacrificio de la misa, ha encerrado en éste todas las intenciones y todos los frutos de aquéllos.

Conforme a las órdenes recibidas de Dios, los judíos ofrecían sacrificios por cuatro fines, a saber: para reconocer su supremo dominio sobre toda criatura; para agradecerle sus dones; para suplicarle siguiera concediéndoselos y para aplacar su cólera irritada por sus pecados. Todo esto lo hace Jesús, y de un modo tanto más perfecto cuanto que en lugar de toros y carneros se ofrece El mismo, hijo de Dios y Dios como su Padre.

Adora, por tanto, a su Padre; por todos los hombres, cuyo

(1) Sess. 22, cap. 2.

primogénito es, reconoce que de El viene toda vida y todo bien; que sólo El merece vivir, y que cuanto es, sólo por El existe; y ofrece su vida para protestar que, por venir todo de Dios, de todo puede El disponer libre y absolutamente.

Como Hostia de *alabanzas, da gracias* a su Padre por todas las gracias que le ha concedido a El y, por medio suyo, a los hombres todos; hácese nuestra perpetua acción de gracias.

Es víctima de *propiciación,* pidiendo sin cesar perdón por los pecados que continuamente se renuevan, y desea asociar al hombre a su propia reparación, uniéndoselo en la ofrenda.

Es, finalmente, nuestro abogado, que *intercede* por nosotros con lágrimas y gemidos desgarradores, y cuya sangre clama misericordia.

V

Asistir a la santa misa es unirse a Jesucristo; es, por tanto, para nosotros el acto más saludable.

En ella recibimos las gracias del arrepentimiento y de la justificación, así como ayuda para evitar las recaídas.

En ella encontramos el soberano medio de practicar la caridad para con los demás, aplicándoles, no ya nuestros escasos méritos, sino los infinitos de Jesucristo, las inmensas riquezas que a nuestra disposición pone. En ella defendemos eficazmente la causa de las almas del purgatorio y alcanzamos la conversión de los pecadores.

La misa es para el cielo entero un motivo de gozo y produce a los santos un aumento de gloria exterior.

VI

El mejor medio de asistir a la santa misa es unirnos con la augusta víctima. Haced lo que ella, ofreceos como ella, con la misma intención que ella, y vuestra ofrenda será así ennoblecida y purificada, siendo digna de que Dios la mire con complacencia si va unida a la ofrenda de Jesucristo. Caminad al calvario en pos de Jesucristo, meditando las circunstancias de su pasión y muerte.

Pero, por encima de todo, uníos al sacrificio, comiendo junto con el sacerdote vuestra parte de la víctima. Así la misa logra toda su eficacia y corresponde plenamente a los designios de Jesucristo.

¡Ah! Si las almas del purgatorio pudieran volver a este mundo, ¡qué no harían por asistir a una sola misa! Si pudierais vosotros mismos comprender su excelencia, sus ventajas y sus frutos, ni un solo día querríais pasar sin participar en ella.

METODO PARA ASISTIR A MISA MEDITANDO LA PASION

Quotiescumque..., mortem Domini annuntiabitis.
"Cada vez que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor."
(I COR., XXI, 26.)

PARA oír bien la santa misa, meditad las circunstancias de la pasión del Salvador, que se renueva en ella de un modo admirable.

Preparación.—Considerad el templo como el lugar más santo y respetable del mundo, como un nuevo calvario. El altar es de piedra y encierra huesos de mártires. Las velas que arden y se consumen simbolizan la fe, la esperanza y la caridad. Los manteles que cubren el altar representan los lienzos que envolvieron el cuerpo de Jesucristo; el crucifijo nos lo muestra muriendo por nosotros.

Ved en el sacerdote a Jesucristo revestido de todas las vestiduras de su pasión. El amito representa el retazo de tela con que los verdugos velaron la faz del Salvador. El alba, las vestidura blanca que por burla le puso el impúdico Herodes. El cíngulo, las sogas con que los judíos ataron a Jesús en el huerto de los olivos para conducirle ante los tribunales. El manípulo, las cadenas con que amarraron a la columna de la flagelación. La estola, las sogas con que le tiraban al llevar Jesús la cruz por las calles de Jerusalén. La casulla, el manto de púrpura que en el pretorio se le echó sobre los hombros o la cruz con que se le cargó.

En una palabra, el sacerdote revestido de los ornamentos sacerdotales nos aparece como el mismo Jesucristo yendo al suplicio del calvario. Pero también nos enseña las disposiciones con que hemos de asistir al santo sacrificio.

La modestia y el recogimiento son significados por el amito, que se coloca primero sobre la cabeza y después sobre la espalda; la pureza, por la blanca alba y el cíngulo; la contrición, por el manípulo; por la estola, la inocencia, y el amor de la cruz y del yugo del Señor, por la casulla.

Entrada del Sacerdote. Va al altar llevando el cáliz.—Ved

a Jesús yendo al huerto de Getsemaní para comenzar su pasión de amor; acompañadle con los apóstoles; pero vigilad y orad con El. Renunciad a toda distracción, a cualquier pensamiento extraño al tremendo misterio.

Al pie del altar el sacerdote ora, inclínase y se humilla profundamente a la vista de sus propios pecados.—En el huerto, Jesús se pone de rodillas rostro en tierra; humíllase por los pecadores; sudor de sangre, fruto de su inmenso dolor, cubre su cuerpo, tiñendo los vestidos y la tierra. Toma sobre sí todos nuestros pecados con toda su amargura. Confesad los vuestros a una con el sacerdote, pedid por ellos humildemente perdón y recibid la absolución para asistir con pureza al santo sacrificio.

No cabe duda de que esta sola consideración podría bastar para ocuparnos todo el tiempo del santo sacrificio. Si penetráis en las intenciones de Jesús o en su agonía, si os sentís como fijados a su lado por la gracia, no vayáis más lejos. Pero si no, proseguid con las demás circunstancias de su pasión.

El sacerdote sube al altar y lo besa.—Judas va al huerto de los olivos. Da a Jesús un beso pérfido. ¡Ah! ¡Cuántos besos de éstos no ha recibido Jesús por parte de sus hijos y de sus ministros infieles!

¡Ah! ¿No le he tracionado también yo?... ¿No le he entregado alguna vez a sus enemigos, a mis pasiones? ¡Y, sin embargo, me ha amado tanto!

O también consideradle cómo sube atado a Jerusalén para comparecer ante sus enemigos. Déjase conducir con igual mansedumbre que un corderillo. Pedidle dulzura y paciencia para las pruebas que os vengan del prójimo.

Al comenzar el introito y persignarse el sacerdote.—Jesús es conducido ante el gran sacerdote Caifás. Allí, Pedro le reniega. ¡Cuántas veces no he renegado también yo de mi maestro y de su verdad y ley, así como de mis promesas! Más culpable soy que Pedro, porque si he renegado de mi Salvador, no ha sido como él por temor o por sorpresa. ¡Ay de mí! Las lágrimas de Pedro siguieron muy luego a su falta, que lloró durante toda su vida, en tanto que yo tengo aún corazón duro e insensible!

Al Kyrie.—Jesús clama a su Padre e intercede por nosotros; aceptad como El todos los sacrificios que os pidiere.

El sacerdote dice las oraciones y la epístola.—Jesús confiesa su divinidad delante de Caifás por más que se condene esta declaración con la sentencia de muerte.

Fortaleced, Dios mío, aumentad en mí la fe en vuestra divinidad, para que la ame y la confiese aun con peligro de mi vida. ¡Por harto feliz me tendría si pudiera derramar mi sangre por defenderla!

El sacerdote lee el evangelio.—Jesús da testimonio de su realeza delante de Pilatos. Oh Jesús, sed el rey de mi mente por vuestra verdad, el rey de mi corazón por vuestro amor, el rey de mi cuerpo por vuestra pureza, el rey de mi vida toda, por el deseo de consagrarla a vuestra mayor gloria.

Rezad después con fe y piedad el *Credo,* teniendo presente que el Salvador fué condenado por la defensa de la verdad.

El sacerdote ofrece a Dios Padre el pan y el vino, la hostia del sacrificio.—Pilatos presenta a Jesús al pueblo diciendo: *Ecce Homo,* he aquí al hombre. Está en el estado que más puede mover a compasión; acaban de flagelarle hasta la sangre; una corona de espinas hace chorrear sangre por su cara; un viejo manto de púrpura y una caña que tiene en la mano le convierten en rey de teatro. Pilatos propone al pueblo ponerlo en libertad, mas el pueblo no quiere y contesta: Sea crucificado, *Crucifigatur* (1). En este momento Jesús se ofrecía a su Padre por la salvación del mundo, y en especial de su pueblo, y el Padre aceptó esta ofrenda.

Ofrezcoos, oh Padre santo, junto con el sacerdote, la hostia pura e inmaculada de mi salvación y la de todos los hombres; a una con esta divina oblación, os presento mi alma, mi cuerpo y mi vida; quiero continuar y hacer que vuelvan a vivir en mí la santidad, las virtudes y la penitencia de vuestro divino Hijo. *O Domine, regna super nos.*

Cuando el sacerdote se lava las manos.—Pilatos se lava también las suyas, protestando de la inocencia de Jesús. ¡Ah, Salvador mío, lavadme en vuestra sangre purísima y purificadme de tantos pecados e imperfecciones como mancillan mi vida!

El sacerdote invita a los fieles en el prefacio a alabar a Dios.—Jesús, varón de dolores, aclamado poco ha por este mismo pueblo, coronado hoy de espinas, atado a un poste,

---

(1) Matth., XXVII, 23.

recibe los honores burlescos y sacrílegos de sus verdugos; se le abruma de ultrajes irritantes; se le escupe a la cara; se le denuesta. Estos son también los homenajes que nuestro orgullo, sensualidad y respeto humano tributan a Jesucristo

Al canon, el sacerdote se inclina, ora y santifica las ofrendas con numerosas señales de cruz.—Jesús inclina sus hombros bajo el peso de la cruz; tómala con cariño esta su amada cruz; la besa y lleva afectuosamente al ponerse en camino para el calvario encorvado bajo esta carga de amor. Lleva mis pecados para expiarlos, mis cruces para santificarles. Sigamos a Jesucristo cuando lleva su cruz y sube con harta dificultad por el monte calvario. Acompañémosle junto con María, las santas mujeres y Simón el cirineo.

El sacerdote impone las manos sobre el cáliz y la hostia.—Los verdugos se apoderan de Jesús, despójanle violentamente de sus vestiduras y le extienden sobre la cruz, en la que le crucifican.

Consagración y elevación.—El sacerdote consagra el pan y el vino, convirtiéndolos en cuerpo y sangre de nuestro señor Jesucristo. Hincando la rodilla adora al Salvador, a Dios verdadero y realmente presente entre sus manos, elevándolo después y presentando a las adoraciones del pueblo. Representaos a Jesús levantado en cruz entre cielo y tierra, como víctima y mediador entre Dios irritado y los pobres pecadores.

Adorad, ofreced esta divina víctima para expiación de vuestros pecados y los de vuestros parientes y amigos y de todos los hombres en general. Decidle del fondo del corazón prosternándoos a sus pies: "Sois mi señor y mi Dios."

Adorad a Jesús extendido sobre el altar, como en otro tiempo sobre la cruz, adorando a su Padre en el anonadamiento más completo de su gloria, dándole gracias por cuantos bienes ha concedido a los hombres, que son hermanos suyos, y hermanos rescatados por El, mostrándole sus llagas aún abiertas, que claman gracia y misericordia por los pecadores, suplicando por nosotros con súplica tal, que el Padre en modo alguno puede dejar de escucharla, por venir de su Hijo, del Hijo inmolado por su gloria por puro amor.

Rendid a Jesús aquellas mismas adoraciones que El ofrece a su Padre. Os adoro, oh Salvador mío, realmente presente en este altar para renovar en mi favor el sacrificio del calvario. ¡A Vos que sois el Cordero todavía inmolado todos

los días, bendición, gloria y poder por los siglos de los siglos!

Os tributo y nunca cesaré de tributaros perpetuas acciones de gracias, porque me habéis amado tanto.

El sacerdote, profundamente inclinado, invoca la clemencia divina para sí y para todos.—Escuchad a Jesús decir a su Padre: Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen. Adorad esta bondad que hasta a los culpables excusa, no dándoles ni siquiera el nombre de enemigos o de verdugos.

¡Perdonadme, oh Salvador mío; más culpable que ellos soy yo; bien sabía que sois el Mesías, mi salvador y mi Dios, y, sin embargo, os he ofendido! Perdonadme, que vuestra misericordia será por lo mismo mayor y más digna de vuestro corazón; seré un pródigo, pero no por eso dejo de ser hijo vuestro, y heme arrepentido a vuestras plantas.

El socerdote ruega por los muertos.—Jesús ruega en la cruz por los espiritualmente muertos, por los pecadores, y su oración convierte a uno de los criminales que comenzaron por insultarle y blasfemar contra El. "Acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu reino", le dice el buen ladrón. Y Jesús le contesta: "Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso."

¡Pueda también yo, Dios mío, hacer en la hora de la muerte la misma oración y oír la misma promesa! Acordaos de mí en aquel trance tremendo, así como os habéis acordado del ladrón penitente.

Al Pater, *el sacerdote invoca al Padre celestial.*—En la cruz Jesús encomienda su alma al Padre. Pedid la gracia de la perseverancia final.

Al Libera nos, *el sacerdote pide la preservación de los males de esta vida.*—A causa del amor que nos tiene, Jesús siente sed de nuevos sufrimientos y bebe hiel mezclada con vinagre para expiar nuestros pecados de gula.

El sacerdote divide la santa Hostia.—Jesús inclina la cabeza para dirigirnos una mirada más de amor, y expira diciendo: *Todo se ha consumado.*

Adora, alma mía, a Jesús que muere; su alma se ha separado de su cuerpo; repara en cómo ha muerto por ti, y aprende tú también a vivir y morir por El.

Pedid la gracia de una buena y santa muerte entre los brazos de Jesús, María y José.

Al Agnus Dei, *el sacerdote se da tres golpes de pecho.*—

Al expirar Jesús, el sol se eclipsa de dolor, la tierra se estremece de horror y los sepulcros se abren, danse golpes de pecho los verdugos, desagravian a Jesús pendiente en la cruz, proclamándole hijo de Dios, y vuelven contritos y perdonados. Uníos al pesar que entonces experimentaron, y mereceréis perdón lo mismo que ellos.

El sacerdote se da golpes de pecho y comulga.—Jesús es bajado de la cruz y puesto en las manos de su dolorosa madre. Embalsámanle, le envuelven en un lienzo blanco y le colocan en un sepulcro nuevo.

¡Oh Jesús mío!, cuando venís a mi cuerpo y a mi alma, mi corazón debiera ser, no ya sepulcro, sino templo adornado con toda suerte de virtudes, blanco y puro, donde no reine nadie más que Vos. Yo os ofrezco mi alma por morada: habitad solo en ello y sed su dueño. Nunca sea yo para Vos sepulcro de muerte, sino sagrario vivo. ¡Ah, sí, venid a mí que sin Vos me muero!—Seguid al alma de Jesús cuando baja a los limbos y anuncia a las almas de los justos su liberación. Uníos a su regocijo y gratitud y cobrad cariño para siempre a vuestro salvador y Dios.

El sacerdote nurifica el cáliz y lo cubre con el velo.—Jesús sale del sepulcro glorioso y triunfante, si bien ocultando por amor a los hombres el resplandor de su gloria.

Oraciones de acción de gracias.—Jesús invita a los suyos a regocijarse por haber triunfado sobre la muerte y el infierno. Uníos a la dicha de los discípulos y de las santas mujeres al aparecérseles Jesús.

El sacerdote bendice al pueblo.—Jesús bendice a sus discípulos antes de subir al cielo; inclinaos bajo su mano y esperadlo todo de esta bendición que produce lo que promete.

El sacerdote lee el último evangelio.—Casi siempre es el de san Juan, en que se describe la generación eterna, temporal y espiritual del Verbo encarnado.

Adorad a Jesús, que ha subido al cielo para prepararnos un puesto, contempladle reinando desde un trono de gloria y enviando a los apóstoles su Espíritu de verdad y de amor.

Pedid que este divino Espíritu habite en vosotros; que dirija cuanto vais a emprender hoy; que la gracia del santo sacrificio os santifique todo el día y lo fecundice en obras de gracia y salvación.

METODO PARA PARTICIPAR EN LA MISA UNIENDOSE AL ESPIRITU DEL SANTO SACRIFICIO

PUEDE dividirse la santa misa en tres partes: la primera va desde el comienzo al ofertorio; la segunda, desde el ofertorio hasta la Comunión; la tercera, desde la Comunión hasta el fin.

I

Cuando el sacerdote ore al pie del altar humillándose por sus faltas, confesad también vosotros vuestros pecados, adorad con humildad para asistir dignamente al santo Sacrificio.

Durante el *Introito,* tened presente los deseos de los patriarcas y de los profetas cuando aún no había venido el Mesías; desead como ellos que Jesucristo venga y establezca en vosotros su reinado.

Al *Gloria,* juntaos en espíritu con los ángeles para alabar a Dios y darle gracias por el misterio de la Encarnación.

Durante las *oraciones,* unid vuestras intenciones y demandas con las de la Iglesia; adorad al Dios de bondad de quien procede todo don.

La *Epístola,* escuchadla cual si oyerais a un profeta o a un apóstol; adorad la santidad de Dios.

Durante el *Evangelio,* escuchad al mismo Jesucristo que os habla, y adorad la verdad de Dios.

Decid el *Credo* con sentimientos de fe viva; renovad vuestra fe uniéndola a la de la Iglesia, protestando que dispuestos estáis a morir para defender todas las verdades del símbolo.

II

En la segunda parte de la misa unid vuestras intenciones con las de la Iglesia y ofreced el Sacrificio por estos cuatro fines:

1.º Como homenaje de suprema adoración, ofreciendo al eterno Padre las adoraciones de su hijo encarnado, y juntando las vuestras con las suyas y las de la Iglesia; ofreceos

vosotros mismos juntamente con Jesucristo para amarle y servirle.

2.° Como homenaje de agradecimiento ofreciéndoselo al Padre para darle gracias por los merecimientos, los dones y la gloria de Jesucristo; para darle asimismo gracias por los merecimientos y el honor de la Virgen santísima y de los santos todos, como también por cuantos beneficios habéis recibido o estáis por recibir merced a los merecimientos de su Hijo.

3.° Como hostia satisfactoria, ofreciéndosela por la satisfacción de todos vuestros pecados, por la expiación de tantos pecados como se cometen en el mundo; recordad al eterno Padre que nada puede negarnos, pues nos ha dado su hijo, el cual está en su acatamiento en estado de víctima y de sacrificio por nuestros pecados y los de todos los hombres.

4.° Como sacrificio impetratorio, o sea hostia de oración, ofreciéndoselo al Padre como prenda que de su amor nos ha dado, para que podamos esperar de Él todos los bienes espirituales y temporales. Exponedle en detalle vuestras necesidades y pedidle sobre todo la gracia de corregiros de vuestro defecto dominante.

Al *Lavabo,* purificaos mediante un acto de contrición, a fin de haceros verdadera hostia de alabanza agradable a Dios y capaz de atraer sus miradas de complacencia.

Al *Prefacio,* uníos al concierto de la corte celestial, para alabar, bendecir y glorificar al Dios tres veces santo por todos sus dones de gracia y de gloria, y en especial porque nos ha rescatado por medio de Jesucristo.

Durante el *Canon,* uníos a la piedad y al amor de todos los santos de la nueva ley, para celebrar dignamente esta nueva encarnación y nueva inmolación que se realizará a la sola palabra del sacerdote.

Suplicad al Padre celestial bendiga este sacrificio y lo acepte con agrado, bendiciendo también juntamente con El los demás sacrificios que le ofrezcáis.

Mientras el sacerdote, rodeado de una muchedumbre de ángeles, se inclina profundamente por respeto al acto divino que va a realizar; mientras consagra el pan y el vino en cuerpo y sangre del hombre Dios y renueva el misterio de la cena, hablando divinamente en persona de Jesucristo, admirad el poder inaudito concedido al sacerdote en favor vuestro.

Luego, una vez que a la palabra del sacerdote haya Jesús bajado al altar, adorad la hostia santa, el cáliz de la sangre de Jesucristo que clama misericordia por vosotros;

recibid, como Magdalena al pie de la cruz, la sangre que de las llagas de Jesús mana. Ofreced la divina víctima a la justicia de Dios por vosotros y por el mundo entero; ofrecedla a su divina e infinita misericordia para enternecer el corazón de Dios a vista de vuestras propias miserias y abrid sobre vosotros el manantial de la infinita bondad de Dios. Ofrecedla también a la bondad divina para que aplique sus frutos de luz y de paz a las almas que sufren en el purgatorio, para que esta sangre, acabando de purificarlas y extinguiendo las llamas, las haga dignas del paraíso.

Decid el *Pater* con Jesucristo perdonando en la cruz a sus enemigos; perdonad también vosotros de todo corazón y sinceramente a cuantos os hayan ofendido.

Al *Libera nos*, pedid, por intercesión de María y de todos los santos, que os libre de todos los males presentes, pasados y futuros, así como de las ocasiones de pecar.

Al *Agnus Dei*, daos golpes de pecho como los verdugos en el calvario; recogeos luego en actos de fe, humildad, confianza, amor y deseo para recibir a Jesucristo.

III

Si no comulgáis sacramentalmente, comulgad a menos espiritualmente haciendo los siguientes actos:

Concebid un gran deseo de uniros con Jesucristo, reconociendo la gran necesidad que tenéis de vivir de su vida.

Haced, apoyándoos en la bondad y santidad de Dios, un acto de contrición perfecta de todos vuestros pecados pasados y presentes.

Recibid espiritualmente a Jesucristo en el fondo de vuestra alma, pidiéndole que viváis únicamente para El, puesto que no podéis vivir más que por medio de El.

Imitad a Zaqueo en sus buenos propósitos, y dad gracias a nuestro Señor por haber podido asistir a la santa misa y hacer la comunión espiritual. Ofreced en acción de gracias algún obsequio particular, como un sacrificio o un acto de virtud, y pedid a Jesucristo su bendición para vosotros y para todos vuestros parientes y amigos.

METODO

PARA OÍR MISA MEDITANDO LAS SIETE PALABRAS QUE JESUCRISTO DIJO EN LA CRUZ

AL *Introibo.*—Jesús ruega por sus verdugos: *Pater, ignosce illis, non enim sciunt quid faciunt.* Padre, perdónales, que no saben lo que hacen. Pedid a Jesús os perdone vuestros pecados, a vosotros más culpables que sus verdugos, por cuanto le habéis crucificado conociéndole mejor.

A las colectas.—El buen ladrón dice a Jesús: *Memento me cum veneris in regnum tuum.* Y Jesús le contesta: *Hodie mecum eris in paradiso: Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso.*—El ladrón se muestra agradecido: une sus sufrimientos con los del Salvador. Haced la misma oración para el día de vuestra muerte y también para el día de hoy.

Al ofertorio.—Jesús da a san Juan por hijo a María. *Mulier, ecce filius tuus: Mujer, he ahí tu hijo.*—San Juan sucederá a Jesús en el título de hijo; con él, todos los hombres reciben a María por madre. Dad gracias a nuestro Señor por haberos dado tan buena madre; decid a María que os ame mucho y que os dirija en todo al servicio de Jesús.

Al Prefacio.—Fili, ecce Mater tua: Hijo, he aquí tu Madre.—Habéis sido dados a María por hijos. Agradeced mucho a nuestro Señor este hermoso título de hijos de María, que os da derecho sobre su corazón de madre y sobre todos sus bienes.

A la elevación.—Sitio, ¡tengo sed! Adorad a Jesús crucificado de nuevo sobre el altar, rogando a su Padre le deje sufrir una vez más por amor a los hombres y diciéndole: ¡Tengo sed! ¡Tengo sed de los corazones, sed de vuestra gloria! Sufrid juntamente con El para apagar su sed de sufrimientos, de salvación del mundo y de reparación de los ultrajes inferidos a la majestad de Dios.

Al Pater.—Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis abandonado? *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?*—Adorad los santos e inefables abandonos de Dios, sufridos para expiar el haber nosotros culpablemente abandonado a Dios y su santa ley. Protestad que nunca más le abandonaréis.

A la Comunión.—Jesús muere diciendo: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum. Consummatum est. Padre, en tus manos entrego mi alma. Todo se ha consumado.* Adorad a Jesús que por la Comunión entrega en manos de todos los hombres cuerpo, sangre, alma y divinidad, todo cuanto es. Uníos al sacerdote y adorad a Jesús bajado de la cruz y recibido en los brazos de su santísima Madre. Tomadle también vosotros, apretadle contra vuestro corazón y que nunca salga de él.

DIRECTORIO PARA LA ACCION DE GRACIAS DE LA COMUNION

Gratias Deo super inenarrabili dono ejus.
"Sea Dios loado por su inefable don."
(II COR., IX, 15.)

EL momento más solemne del día es el consagrado a la acción de gracias, porque tenéis entonces a vuestra disposición al rey de cielos y tierra, a vuestro Salvador y juez muy dispuesto a concederos cuanto le pidáis.

Consagrad si podéis, media hora a la acción de gracias, o a lo menos, extremando las cosas, un cuarto de hora. Sería mejor, en caso de necesidad, abreviar el tiempo de la preparación, para prolongar el de la acción de gracias. Porque ¿cabe encontrar un momento más santo y más saludable que aquél en que poseéis a Jesús entero?

Es tentación corriente la de reducir la acción de gracias. Bien sabe el demonio lo que ésta vale, y el amor propio y la naturaleza temen sus efectos. Fijad determinado tiempo para la acción de gracias y nunca le quitéis ni siquiera un minuto sin una razón urgente.

La acción de gracias es absolutamente necesaria cuando no se quiere que un acto tan santo como la Comunión degenere en mera costumbre piadosa. "Estad presuadidos, decía san Juan Bautista de la Salle a sus religiosos, que en toda la vida no hay mejor tiempo que el de la Comunión y el que la sigue, durante el cual tenéis la dicha de tratar cara a cara y de corazón con Jesús."

El tiempo de acción de gracias es, por tanto, para nuestra alma, el momento de disfrutar de Aquel a quien ha recibido y a quien posee, de rendirle homenaje por lo mucho que nos ama, y al mismo tiempo de paladear las dulzuras confortantes de esta regaladísima posesión. Y no se trata, entendedlo bien, de satisfacer el egoísmo espiritual o una sensualidad más o menos mística; con ello no se hace más que cumplir con un doble deber que nos obliga, así para con el divino Huésped de la Comunión, que ciertamente merece nuestro aprecio y nuestras complacencias, como para con nuestra alma, la cual ha menester de cobrar nuevo vigor, de

regocijarse y de gozar santamente de las delicias que se le ofrecen en esta mesa tan exquisitamente servida por el rey de los cielos.

Sería no tener corazón, mostraríais no apreciar en modo alguno lo que hacéis al comulgar, si, después de haber recibido a nuestro Señor, no sintierais nada ni nada tuvierais que decirle para dar gracias.

¡Pero si no soy contemplativo, si soy incapaz de conversar interiormente!, diréis.—Entendámonos. No es menester un estado de vida espiritual muy elevado para poder conversar interiormente después de la Comunión. ¿Tenéis buena voluntad? Jesús os hablará y entenderéis su lenguaje, pues es un lenguaje del corazón que todos entienden.

Sed, pues, muy fieles, hasta escrupulosos, en punto a la acción de gracias.

He aquí algunos consejos para sacar el mayor provecho posible de este tiempo tan precioso.

I

Cuando hayáis introducido a Jesús en vuestro pecho y colocándole sobre el trono de vuestro corazón, quedad quietos un rato, sin oración vocal alguna; adorad en silencio, postraos en espíritu a los pies de Jesús como Zaqueo, como Magdalena, junto con la Virgen santísima; miradle sobrecogidos de admiración por su amor.

Proclamadle rey de vuestro corazón, esposo de vuestra alma y escuchadle... Decidle: "Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha..."

Poned vuestro corazón a los pies del divino Rey... Ofreced vuestra voluntad para ejecutar sus órdenes y consagrad todos vuestros sentidos a su divino servicio.

Sujetad vuestra mente a su trono para que no divague; o mejor, ponedla bajo sus pies, para que Jesús le exprima todo orgullo y ligereza.

Mientras el alma se siente recogida y sosegada en presencia de nuestro Señor, dejadla que disfrute del dulce sueño del alma en el seno de Jesús; más aprovecha con esta gracia, que la alimenta y la une por modo tan suave con su Amado, que con cualquier otro ejercicio.

II

Pasado que haya ese estado de recogimiento, debe el alma empezar los actos de agradecimiento, para lo cual podréis serviros con fruto de los cuatro fines del sacrificio.

Adorad a Jesús sobre el trono de vuestro corazón; besad con respeto sus divinas plantas y augustas manos; apoyaos en su corazón, inflamado de amor; ensalzad su poder; afrecedle las llaves de vuestra morada en homenaje de adoración y de absoluta sumisión; proclamadle por dueño vuestro y declaradle que, como dichosos servidores suyos, estáis dispuestos a todo por complacerle.

Dadle gracias por haberos honrado y amado tanto; por haberos colmado de tantos bienes ahora que le habéis recibido. Alabad su bondad por vosotros tan pobres, imperfectos e infieles. Invitad a los ángeles y santos, a su divina Madre, a que alaben, bendigan y den gracias a Jesús en vuestro lugar. Mostrad vuestra gratitud a este buen Salvador, por medio de las acciones de gracias de la santísima Virgen, tan henchidas de amor y tan cabales.

Llorad una vez más vuestros pecados a sus pies, como la Magdalena siempre siente el amor penitente la necesidad de llorar y nunca se cree exento de las deudas de gratitud. Haced protestas de fidelidad y de amor; hacedle el sacrificio de vuestros afectos desordenados, de vuestra flojedad y pereza en emprender lo que os cuesta.

Pedidle la gracia de no ofenderle más y declaradle que mil veces preferís la muerte al pecado.

Pedid cuanto queráis, que este es el momento de la gracia; hasta el propio reino está Jesús dispuesto a daros. Le complace el ver que le ofrece la ocasión de derramar sus beneficios. Pedidle reine en vosotros su santidad, así como en vuestros hermanos; suplicad que su caridad more en todos los corazones.

Rogad por vuestas necesidades del día.

Rogad por los vuestros, por vuestros pastores, por el sumo pontífice, por toda la Iglesia.

Pedid el triunfo de la fe, la exaltación de la Iglesia Romana, la paz en la tierra.

Pedid sacerdotes santos para los pueblos, religiosos fervorosos para la Iglesia, buenos adoradores para nuestro Señor sacramentado.

Pedid que se extienda el reinado eucarístico de Jesús;

que los pecadores, y en especial aquellos por quienes más se interesa vuestra caridad, se conviertan. Orad por cuantos se han encomendado a vuestras oraciones.

Pedid, en fin, que Jesucristo sea conocido, amado y servido por todos los hombres. Antes de ir a casa, ofreced un obsequio de amor, o sea algún sacrificio que habréis de hacer durante el día.

Finalmente, rezad algunas oraciones por las intenciones del soberano pontífice, para ganar las indulgencias que tengan la comunión por condición; complaceos en aplicarlas a las almas del purgatorio, sobre todo a aquellas que Jesús más ama.

Durante el día habéis de ser como el vaso que ha contenido un perfume, o un santo que ha pasado una hora en el paraíso; no olvidéis la regia visita de Jesús...

III

El mejor modelo de acción de gracias lo encontraremos en María recibiendo al Verbo en su seno. El mejor medio de hacer una recepción que plazca a Jesús y sea para nosotros buena y rica en gracias es adorarle como presente en nuestro pecho uniéndonos con María.

María, sin duda, comenzó su adoración en aquel solemne momento haciendo un acto de anonadamiento de todo su ser ante la soberana majestad del Verbo, al ver cómo había elegido a su humilde sierva por su bondad y amor a Ella y a los hombres todos. Tal debe ser el primer acto, el primer sentimiento de mi adoración después de la comunión. Este fué también el sentimiento de Isabel al recibir a la madre de Dios, que llevaba al Salvador oculto aún en su seno: *Unde hoc mihi?* ¿De dónde a mí dicha tanta, que tan poco merezco?

El segundo acto de María debió ser de gozoso agradecimiento por la inefable e infinita bondad del Señor para con los hombres; un acto de humilde gratitud por haber escogido para comunicar esta gracia sin par a su indigna aunque muy dichosa sierva. La gratitud de María exhálase en actos de amor, alabanza y bendición ensalzando la divina bondad. Porque la gratitud es todo esto, es una expansión en la persona bienhechora; pero una expansión intensa y amorosa. La gratitud es el corazón del amor.

El tercer acto de la santísima Virgen debió ser de abne-

gación, de ofrenda, de don de sí, de toda la vida al servicio de Dios: *Ecce ancilla Domini;* un acto de pesar por ser, tener y poder tan poca cosa para servirle de un modo digno de El.

Ofrécese ella a servirle como El quiera, a costa de todos los sacrificios que le plazca exigirle; por feliz se tendría si pudiera así corresponder al amor que a los hombres muestra en la Encarnación.

El último acto de María sería, sin duda, de compasión por los hombres pecadores, para cuya salvación se encarnaba el Verbo. Ella supo hacer que la infinita misericordia se interesara por ellos ofreciéndose a reparar y hacer penitencia en su lugar, con el fin de lograr su perdón y retorno a Dios.

¡Oh, cuánto quisiera yo adorar al Señor como le adoraba esta buena madre! Lo mismo que ella, le poseo en la Comunión. ¡Oh Dios mío! Dadme a esta buena adoradora por verdadera madre; hacedme partícipe de su gracia, de su estado de adoración continua del Dios a quien había recibido en su seno tan puro, verdadero paraíso de virtudes y de amor.

Quiero pasar este día en unión con María, y, como Ella, vivir sólo para Jesús, presente en mi corazón.

LA EXTENSION DE LA ENCARNACION

Verbum caro factum est.
"El Verbo se hizo carne."
(JOANN., I, 14.)

I

LA encarnación del Verbo en el seno de María nos anuncia la Eucaristía. Este hermoso sol de las almas, que ha de vivificar y regenerarlas, se levanta en Nazaret y llega al mediodía en la Eucaristía, que será el término del amor de Dios en la tierra. El grano de trigo divino ha sido sembrado en las castas entrañas de María. Germinará y madurará y lo molerán, para con él hacer el pan eucarístico. Tan unida va en el plan divino la encarnación con la Eucaristía, que las palabras de san Juan pudieran traducirse así: El Verbo se ha hecho pan: *Verbum caro, Verbum panis.* Todas las circunstancias del misterio de la encarnación fueron gloriosas para María; todo es también glorioso para nosotros en la Comunión, que nos hace participar de la honra y gloria de la santísima Virgen.

El prólogo del misterio de la encarnación tuvo lugar entre el ángel y la Virgen santísima. El ángel anuncia el misterio y pide el consentimiento de María.

El ángel que a nosotros nos llama a la Comunión es el sacerdote, es la Iglesia mediante su órgano el sacerdote. ¡Qué honra para nosotros! La Iglesia es reina y los ángeles la sirven; es esposa, y por eso no sólo anuncia al Verbo sacramentado, sino que lo lleva y nos lo da. María no creyó en lo que le decía el ángel sino en vista del prodigio que le anunciaba. Cuanto a nosotros, podemos creer a la Iglesia bajo su palabra. Ella es nuestra madre y nosotros somos hijos suyos, y nadie dice a la madre: ¿Es realmente pan esto? ¿No me da usted una piedra en lugar de pan? La Iglesia habla, y creemos en su palabra. Claro que bien podría dar, como el ángel, pruebas de su misión.

El anuncio de la Comunión es, pues, glorioso para nosotros, como lo fué para María el de la encarnación.

II

La Encarnación supuso como condición la virginidad de María. Dios no quería más que una madre virgen, y aguar-

dó cuatro mil años para que se le preparase este tabernáculo purísimo. El Espíritu santo baja, pues, a María y preserva su virginidad, fecundándola: el misterio se realiza. Hasta tal punto quiere Dios la virginidad en el plan que tiene trazado, que la primera predicción que de la misma se hizo fué dirigida a Eva cuando aún era virgen.

En cuanto a nosotros, Dios nos pide la pureza de corazón, esa pureza que es vida del alma. Como no tenemos virtudes dignas de El, quiere que tengamos al menos profundo respeto y una humildad sincera.—Señor, no soy digno de recibiros; antes, alejaos de mí, pues soy un pobre pecador.—Sentimiento es éste que suple cuanto nos falta; con esto se contenta nuestro Señor; como poseamos esto, lo demás ya nos lo dará El cuando venga. Tengamos tan sólo fe, humildad y confianza, v dejemos lo restante a cuenta de Jesucristo.

El ángel, como prueba de su misión, anunció a María el prodigio de la fecundidad de Isabel: "Todo es posible para Dios", añadió. El alma, estéril como Isabel, se tornará también fecunda. Es preciso recibir el manjar que comunica la fecundidad. La Eucaristía os hará producir en un solo día para la gloria de Dios más que toda la vida sin ella.

En medio de todas estas magnificencias que el ángel despliega ante sus ojos, María no ve más que su pequeñez, su propia nada. He ahí nuestro modelo. Pobres criaturas, indignas de las miradas de Dios somos... Pero puesto que se digna llamarnos y escogernos, digámosle con María: *Fiat,* hágase en mí según tu palabra.

Algo del misterio que en María se realiza se verifica tambien en nosotros. En el momento de la Comunión, la Eucaristía viene a ser en realidad una extensión de la encarnación, una propagación de ese incendio de amor, cuyo foco está en la santísima Trinidad. Aunque en el seno de María la encarnación abarca la naturaleza humana en general, no logra con todo la plenitud de su extensión hasta unirse con cada uno de los hijos del género humano. En María el Verbo se une con la naturaleza humana; mediante la Eucaristía se une con todos los hombres.

Para redimirnos bastaba con que el Verbo se uniera numéricamente con sola una criatura humana; sólo quería sufrir y expiar los pecados en su cuerpo y alma muriendo en nombre de todos entre indecibles tormentos. Pero cuando esta humanidad fué triturada, resultando manantial de toda justificación, Jesucristo la convirtió en Sacramento, que ofrece a todos, para que todos puedan participar de los méritos

y de la gloria del cuerpo que tomó en María. Y ahora sólo nos queda recibirle; y recibiéndole poseemos más que María, porque poseemos el cuerpo glorioso y resucitado del Salvador, marcado con los estigmas del amor, señales de su victoria sobre las potestades de este mundo.

¡Oh maravilla! Al comulgar, recibimos más que lo que María recibió en la encarnación, pues María no llevaba en su seno más que el cuerpo pasible del Verbo, en tanto que nosotros recibimos el cuerpo impasible y celestial. María llevaba al varón de dolores, mientras que nosotros poseemos al Hijo de Dios coronado de gloria. Y aún le recibimos de un modo más consolador; cada día que pasa, veía María abreviarse el tiempo que había de tenerle en sus castas entrañas, y al cabo de nueve meses tuvo que separarse de este divino peso. A nosotros, en cambio, todos los días se nos renueva esta dicha, y hasta el fin de nuestra vida podremos recibir y llevar al Verbo sacramentado.

Al formar en María la santísima humanidad del Verbo, el Espíritu santo dotó a su augusta esposa de los dones más preciosos: el Verbo le trajo su gloria y todas las virtudes juntas en grado hasta entonces inaudito. Si en María se hubiese obrado muchas veces este misterio, cada vez habría recibido una nueva y no menos magnífica dotación...

Es lo que sucede con nosotros. Cada vez viene nuestro Señor con todas sus gracias y todos sus dones nos enriquece incesantemente sin nunca cansarse; cual otro sol, que cada día vuelve a salir con tan bello resplandor, se nos viene tan hermoso y glorioso como si no hubiera de venir sino una sola vez.

Verbum caro factum est. El Verbo se ha hecho carne: he ahí la gloria de María. El Verbo se ha echo pan: he aquí nuestra gloria. Nuestro Señor se nos entregó una vez para satisfacción de su amor; vuelve a dársenos sin cesar para saciar sus nuevos e infinitos ardores. Poca cosa es para su corazón una limosna de gracias. El mismo se hace don, pan, y la Iglesia nos lo distribuye. ¿Pudo hacer más, ir más lejos? ¿Por ventura pudo allegarnos más a su madre, no digo en dignidad o en virtudes, pero sí en la efusión de su amor, mayor, al parecer, en el don que a nosotros nos hace que en el que hizo a María? La santísima Virgen supo agradecer las gracias de Dios; amemos como ella también nosotros, puesto que nos cabe una parte en su honra.

EL PAN DE VIDA

Ego sum panis vitae.
"Yo soy el pan de vida."
(JOANN., VI, 35.)

EL mismo Jesús es quien se ha dado el nombre de pan de vida. ¡Qué nombre! Sólo El podía imponérselo. Si un ángel hubiera recibido el encargo de poner un nombre a nuestro Señor, habríale dado uno conforme a alguno de sus atributos; pero nunca se hubiera atrevido a llamar pan a Dios. ¡Ah! pan de vida: esto es el verdadero nombre de Jesús, el que le comprende por entero con su vida, muerte y resurrección: en la cruz será molido y cernido como la harina; resucitado, tendrá para nuestras almas iguales propiedades que el pan material para nuestro cuerpo; será realmente nuestro pan de vida.

I

Ahora bien: el pan material alimenta y mantiene la vida. Es necesario sustentarnos con la alimentación, so pena de sucumbir. Y la base de esta alimentación es el pan, manjar más sustancial para nuestro cuerpo que todos los demás, pues sólo él basta para poder vivir.

Físicamente hablando, el alma ha recibido de Dios una vida que no puede extinguirse, por ser inmortal. Mas la vida de la gracia, recibida en el bautismo, recuperada y reparada por la penitencia; la vida de la santidad, mil veces más noble que la natural, no se sostiene sin comer, y su alimento principal es Jesús sacramentado. La vida que recobramos por la penitencia complétase en alguna manera con la Eucaristía, la cual nos purifica del apego al pecado, borra las faltas cotidianas, nos infunde fuerzas para ser fieles a nuestras buenas resoluciones y aleja las ocasiones de pecar.

"El que come mi carne tiene la vida", ha dicho el Señor. ¿Qué vida? La misma de Jesús: "Así como el Padre, que me ha enviado, vive, y yo vivo por el Padre, así quien me come, también él vivirá por mí." El alimento comunica su sustancia a quien lo come. No se transforma Jesús en nosotros, sino que a nosotros nos transforma en sí.

Hasta nuestro cuerpo recibe en la Comunión una prenda de resurrección; y merced a ella podrá ser, aún desde esta vida, más templado y dócil al alma. Después no hará más que descansar en la tumba, conservando siempre el germen eucarístico, que en el día de premios será manantial de una gloria más esplendorosa.

II

No se come sólo para conservar la vida, sino también para sacar fuerzas con que realizar los trabajos necesarios. Comer para no morir, a duras penas llega a la más elemental prudencia. Eso no basta. El cuerpo debe trabajar y en el trabajo se gastan fuerzas, que han de sacarse, no de la propia sustancia, que bien pronto se agotaría, sino de las reservas producidas por la alimentación. Es ley que no puede darse lo que no se tiene; bien pronto cae exhausto el hombre condenado a un trabajo duro que, llegada la tarde, no puede alimentarse sino insuficientemente.

Cuanto más queramos acercarnos a Dios y practicar la virtud, mayores son los combates que nos aguardan, y mayores han de ser, por tanto, las fuerzas de que debemos proveernos para no salir derrotados. Pues bien: sólo la Eucaristía puede darnos fuerzas suficientes para todas estas luchas de la vida cristiana. La oración y la piedad bien pronto languidecen sin la Eucaristía. La vida piadosa es un continuo crucificarse de la naturaleza, y en sí misma considerada pocos alicientes presenta; no sale uno al encuentro de la cruz si no se siente suave, pero fuertemente sostenido. Regla general: piedad sin Comunión, piedad muerta.

Por lo demás, ved lo que os dice vuestra experiencia. ¿Cómo habéis cumplido vuestros deberes al dejar de comulgar? No bastan ni el bautismo que da la vida, ni la confirmación que la aumenta, ni la penitencia que la repara: todos estos sacramentos no son más que preparación de la Eucaristía, corona y complemento de todos ellos.

Jesús ha dicho: Sígueme. Sólo que es difícil, porque eso pide muchos esfuerzos, exige la práctica de las virtudes cristianas. Unicamente el que mora en nuestro Señor produce mucho fruto, y ¿cómo morar en nuestro Señor sino comiendo su carne y bebiendo su sangre? *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, in me manet et ego in eo.*

Somos dos cuando Jesucristo está en nosotros. El peso dividido entre dos resulta más ligero. Por eso dice san Pablo:

"Todo lo puedo en Aquél que me fortifica." Quien le fortifica es el que vive en nosotros: Cristo Jesús.

III

Además, el pan, sean cuales fueren las apariencias, no carece de ciertas delicias. La prueba, que nunca se cansa uno con él. ¿A quién le hastía el pan aun cuando los demás alimentos le parezcan insípidos? Ahora bien: ¿dónde, a no ser en este panal de miel que llamamos Eucaristía, puede hallarse la dulzura substancial? De ahí que esa piedad que no se alimenta frecuentemente de la Eucaristía no sea suave ni se trasluzca en ella el amor de Jesucristo. Es dura, austera, salvaje; no gusta ni atrae, no va sembrada en el amor de Jesús. Pretenden ir a Dios sólo por el sacrificio. Buen camino es éste, seguramente; pero sobradas razones hay para temer que el desaliento rompa al fin ese arco demasiado tirante. Los que van por este camino tienen sin género de duda mucho mérito; pero les falta el corazón, la ternura de la santidad, que no se encuentra más que en Jesús.

¿Sin la Comunión quieres vivir? ¡Pero, hermano, si la tradición cristiana te condena! No digas más el *Pater,* pues en esta oración pides el pan de cada día sin el que pretendes pasarte.

Sí, sin la Comunión queda uno siempre en lo arduo del combate; no se conocen las virtudes más que por lo que cuestan para adquirirlas y se desconoce su aspecto más atrayente, esto es, el gusto de trabajar, no sólo para sí, sino también por la gloria de Dios, por amor para con El, por amistad, como hijos, sin que la esperanza de la recompensa sea el único móvil que a ello nos impulse. El que comulga fácilmente comprende que, como recibe mucho, mucho debe también devolver, y en esto consiste la piedad inteligente, filial y amante. De ahí que la Comunión nos haga felices con felicidad amable y dulce aun en las mayores pruebas. Es perfección consumada mantenerse unido con Dios en medio de las más violentas tentaciones interiores. Al tentarnos más, más nos ama Dios. Pero, para que estas tempestades no acaben con vosotros, habéis de volver a menudo al manantial del amor para cobrar nuevas fuerzas y purificaros más cabalmente en este torrente de gracias y de amor.

Comulgad, por tanto; comed el pan de vida, si queréis disfrutar de una vida sana, de fuerzas bastantes para el com-

bate cristiano y de felicidad en el seno mismo de la adversidad.

La Eucaristía es pan de los débiles y de los fuertes; es necesario a los débiles, está claro; pero también lo es a los fuertes, pues en vasos de arcilla, rodeados por todas partes de enemigos encarnizados, llevan su tesoro.

Asegurémonos, pues, una guardia, una escolta fiel, un viático que nos conforte. Todo eso lo será Jesús nuestro pan de vida.

LA COMUNION, MANA DE LOS ELEGIDOS

Panem de coelo praestitisti illis, omne delectamentum in se habentem.

"Les habéis dado, Dios mío, un pan celestial que encierra todo sabor."

(SAP., XVI, 20.)

EL maná que Dios hacía bajar cada mañana sobre el campamento de los israelistas encerraba toda clase de gustos y propiedades; reparaba las fuerzas decaídas, daba vigor al cuerpo y era un pan muy suave.

La Eucaristía, figurada por el maná, contiene también todo género de virtudes; es remedio contra nuestras enfermedades espirituales, fuerza contra nuestras cotidianas flaquezas, fuente de paz, de gozo y felicidad.

I

Según el concilio de Trento, la Eucaristía es un antídoto divino que nos libra de nuestras faltas cotidianas y nos preserva de las mortales; es fuego devorador que consume en un instante la paja de nuestras enfermedades espirituales.

La sagrada Comunión es la lucha que Dios sostiene en nosotros contra la concupiscencia y contra el demonio, al que incesantemente están llamando nuestras pasiones. El demonio es en parte dueño de nosotros por connivencia con nuestros apetitos desordenados. Ahora bien: ¿no ha dicho Jesús: "Venid a mí todos los que gemís bajo el peso de la esclavitud de vuestros viejos pecados, que yo os libraré"?

La penitencia nos lava de la mancha de la falta; pero, por purificados que estemos, siempre subsiste algún vestigio de las cadenas, alguna pendiente hacia la recaída; aunque expulsado, el demonio mantiene inteligencias con la plaza. A destruir los restos del pecado, contrarrestar nuestras malas inclinaciones e impedir que el demonio nos sojuzgue nuevamente, nos viene Jesucristo.

II

Pero la sagrada Comunión es más que un remedio, es también fuerza; nos ayuda eficazmente a ser buenos, virtuosos y santos.

De seguro que es difícil adquirir una virtud cristiana. La virtud es nada menos que una cualidad de Jesús de la que debemos revestirnos; trátase de una educación divina, de trasplantar costumbres de Jesucristo a nosotros. Pues bien: en la sagrada Comunión se forma Jesús en nosotros y se convierte en nuestro amo. Por las inspiraciones de su amor despierta el agradecimiento que como a nuestro bienhechor le debemos, el deseo de parecer el presentimiento de la dicha que se experimenta en imitarle y vivir de su propia vida. ¡Cuántos encantos no encierra la virtud en la escuela de la Comunión! ¡Cuán fácil no se torna la humildad cuando, al comulgar, se ha visto al Dios de la gloria humillarse hasta venir a un corazón tan pobre, a un entendimiento tan necio, a un cuerpo tan miserable como el nuestro!

Qué fácil resulta la mansedumbre bajo la acción de la cariñosísima bondad de Jesús dándosenos con toda la dulzura de su corazón. ¡¡Cuán amable es el prójimo cuando se le ve alimentarse con el mismo pan de vida, sentarse a la misma divina mesa y ser amado tan efusivamente por Jesucristo! ¡Cómo pierden su aspereza la penitencia, la mortificación y el sacrificio cuando se recibe a Jesús! ¡Hasta qué punto no siente uno en sí la imperiosa necesidad de abrazar la vida de quien le ha salvado y le da la Eucaristía!

Mucho más pronto se educa el cristiano en el cenáculo que en cualquiera otra escuela. Ello es debido a que en la Comunión todas las gracias obran juntas, todas las virtudes del Salvador se reflejan en nuestra alma bajo el poderoso influjo de este divino Sol, que en nosotros está penetrándonos con su luz y sus fuegos. La Comunión es para nuestra alma y nuestro cuerpo el troquel de Jesús. Oíd si no estas sus palabras: "Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él" (1). Trátase, por tanto de una cohabitación de Jesús con el que comulga y del que comulga con Jesús; trátase de una sociedad de dos vidas, de una unión inefable de amor, de una misma vida en dos personas.

---

(1) Joann., VI, 57.

III

La sagrada Comunión es asimismo felicidad.

¿Qué es la dicha sino la posesión de un bien infinito, la posesión real y permanente de Dios? Pues éste es cabalmente el divino fruto de la Comunión.

También es paz. Jesús es Dios de paz. "Os dejo mi paz, os doy mi paz", les dice a los Apóstoles después de haberles dado la Comunión. "Pero no os la doy como el mundo", con revueltas y tempestades, sino que os doy la paz de Dios, la cual es tan suave que excede a todo sentimiento. Con sola una palabra calma Jesús las tempestades, sin más que una mirada, dispersa y abate a nuestros enemigos.

La Comunión es también dulzura. Es el verdadero maná que satisface todos nuestros deseos, porque encierra toda dulzura; es el perfume celestial del hermoso lirio del campo, que nos embelesa en Dios.

El alma humilde y recogida experimenta en todo su ser cierta conmoción causada por la presencia de Jesucristo; siente que la acción de este sol de amor la dilata; nota en sí cierto bienestar, cierta agilidad, suavidad y fuerza de unión y de adhesión a Dios que de sí misma no procede; siente a Jesús en todo su ser; ve que es como un paraíso habitado por Dios, en cuya corte quiere trocarse, repitiendo todas las alabanzas, acciones de gracias y bendiciones que los ángeles y santos cantan a Dios en la gloria.

¡Feliz momento el de la Comunión, que hace que nos olvidemos del destierro y de sus miserias!

¡Cuán dulce es el reposo del alma en el corazón mismo de Jesús!

¡Bien sabía este buen maestro que nos había de hacer falta gustar de vez en cuando la dulzura del amor!

Imposible estar siempre en el calvario del dolor o en la refriega del campo de batalla.

El niño necesita del seno de su madre, y el cristiano del de Jesús.

La virtud sin la Comunión viene, por tanto, a ser como la fuerza del león: resultado del combate, de la violencia; es dura. Para que tenga la mansedumbre del cordero, es necesario que beba la sangre del cordero sin mancha, que coma de esta miel del desierto.

En fin de cuentas, la felicidad engendra amor: no amamos sino lo que nos hace felices. No vayáis a buscarla fuera

de la Eucaristía. El Salvador no ha puesto la divina dicha ni en las virtudes ni en los demás misterios, sino sólo en sí mismo; preciso es comerle para paladear plenamente su felicidad. "Gustad y ved cuán bueno es el Señor", dijo el Profeta. Y nuestro Señor ha dicho también: "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna." Pero la vida eterna es el cielo, la santidad beatificada en Jesucristo.

Las virtudes del Salvador no son, por consiguiente, otra cosa que camino; los diversos misterios de su vida y hasta de su pasión no son más que otros tantos caminos que deben conducirnos al cenáculo eucarístico; sólo aquí ha establecido Jesús su morada permanente para la tierra; aquí hay que morar, vivir y morir.

LA COMUNION, GOZO DEL ESPIRITU

Et exsultavit spiritus meus in Deo saludari meo.
"Mi espíritu se ha transportado de gozo en Dios mi salvador."
(Luc., I, 47.)

QUERIENDO Dios alimentar a nuestra alma la ha dado su pan, que es la Eucaristía, anunciada en la sagrada Escritura: *Los alimentaré con pan de vida y de inteligencia.*

No hay en la tierra gozo mayor que el del espíritu. La satisfacción del corazón dura menos, por cuanto se apoya sobre el sentimiento, que cambia más fácilmente. La verdadera alegría es la del espíritu, que consiste en el conocimiento sereno de la verdad.

Las almas groseras, los espíritus superficiales de nada se regocijan espiritualmente. Nunca experimentan verdadero deleite espiritual las almas que no se recogen, ni hay cosa que tanto se oponga al reinado de Dios en un alma. Preciso os es recogeros y hacer oración si queréis gustar a Dios y gozar de su presencia. Mas cuantas meditaciones hagáis serán ineficaces para proporcionaros la verdadera dicha, si no tienen la Comunión por base, pues lo único que en ellas sentiréis serán siempre los sacrificios que os cuestan. Jesucristo se ha reservado para sí el hacernos gustar el verdadero gozo. El alma que sólo rara vez comulga no da a Dios medio para morar en ella; aquélla, en cambio, que le recibe con frecuencia se pone más a menudo y por más tiempo en su presencia, le ve y le contempla con holgura, y así acaba por conocerle bien y ya desde entonces goza de El.

Mediante la Comunión gozamos de nuestro Señor en nuestro Señor mismo, de manera que en El tenemos las relaciones más íntimas, aquellas que verdadera y profundamente nos hacen conocer quién es; allí se nos manifiesta Jesús más completamente que en cualquier otra parte. La fe es luz; la Comunión es luz y afecto.

II

Esta manifestación de Jesús por la Comunión abre nuestra mente y comunícale especial aptitud para ir conociendo más

y más las cosas de Dios. Así como los elegidos reciben las facultades de contemplar sin deslumbrarse la Esencia y la majestad divinas, así también Jesús aumenta en la Comunión nuestra facultad de conocer; y esto en proporciones tales que la diferencia es inmensa en una misma persona, según la veamos antes o después de la Comunión. Fijaos en un niño antes de su primera Comunión; apenas entiende las palabras, el sentido literal del catecismo. Pero después de la Comunión queda como transformado: no sólo comprende, sino que siente; tiene avidez de conocer mejor a Jesucristo. Decidle todas las verdades, que fortalecido y dispuesto está para entenderlas.

¿Cómo os explicáis este fenómeno? Antes de comulgar oís hablar de Jesucristo, le conocéis; se os habla de su cruz y de sus dolores, y no hay duda que esto os conmueve y hasta os enternece. ¡Pero cuánto más no se conmueve vuestra alma después de la Comunión! No puede hartarse; comprende con mucha mayor perfección. Antes de la Comunión contemplabais a Jesús fuera de vosotros; ahora le veis dentro con vuestros propios ojos.

Es el misterio de Emaús renovado. Iba Jesús instruyendo por el camino a sus dos discípulos; les explicaba las Escrituras. Su fe continuaba vacilando, por más que interiormente sintiesen cierta emoción. Pero no bien participan de la fracción del pan cuando sus ojos se abren y su corazón se ensancha. No bastó la voz de Jesús para manifestar su presencia; érales además necesario sentir su Corazón, darse cuenta de que comían el verdadero pan de la inteligencia.

III

En segundo lugar, esta alegría del espíritu, este manifestarse Jesús mediante la Comunión, produce en nosotros el gusto de Dios, que es un sentimiento que nos introduce en las dulzuras de su corazón y en el santuario de su espíritu; este gusto nos lo da a conocer más por impresión que por raciocinio. Comunícanos una poderosa inclinación hacia la Eucaristía y hacia cuanto concierne al santísimo Sacramento; nos hace penetrar sin dificultad en Jesucristo. Casi resultan un misterio esta facilidad y esta inclinación que son fruto de la gracia especial de la Comunión. Tal es el espíritu de familia con Dios. ¿De dónde procede en una familia aquella unidad de sentimientos, de costumbres y de modo de obrar?

Del espíritu de familia, por el que todos sus miembros se aman unos a otros, el cual viene a ser el lazo de unión de la familia natural.

Por la Comunión entramos en el amor, en el corazón de nuestro Señor; nos apropiamos el espíritu de su amor, su sentido y su juicio. ¿No es acaso una gracia de recogimiento que nos hace penetrar en Jesucristo y comunicarnos con El de una manera íntima, la que en primer lugar nos concede la Comunión? Digo íntima. Lo que de la fe conoce quien no comulga es el vestido, el exterior de nuestro Señor. No se conoce bien a Jesucristo sino recibiéndole, así como no se siente bien la dulzura de la miel sino gustándola. Entonces es cuando con un gran santo puede decirse: "Más me sirve una Comunión para conocer la verdad, la existencia y las perfecciones de Jesucristo, que todos los razonamientos posibles."

Tened bien presente que si sólo a fuerza de demostraciones de la razón hubiéramos de llegar al conocimiento de la verdad en general y de la de Dios en particular, no pasarían de unas cuantas las que conociéramos. Por eso ha puesto en nosotros un instinto que, sin razonar, nos hace discernir el bien del mal, lo verdadero de lo falso; nos ha dotado de simpatía y antipatía. Al trabajar para conocer a nuestro Señor, sentimos primero su bondad y de aquí pasamos a las demás cualidades más por contemplación, visión, instinto, que por razonamiento.

No deja de ser un defecto en que incurren muchas personas el querer razonar siempre en la acción de gracias, que es la oración por excelencia; al hablar demasiado, paralizan la acción de la Comunión. No es éste el momento de buscar, sino de gustar. Es el momento en que el mismo Dios nos instruye sobre sí mismo; *Et erunt docibiles Dei.* ¿Cómo da a conocer una madre a su hijuelo el amor y el ilimitado cariño que le profesa? Pues contentándose con mostrarle una y otra vez que le ama. Otro tanto hace Dios en la Comunión. Tened bien sabido que quien no comulga no conocerá nunca el corazón de nuestro Señor ni la extensión de su amor. Tan sólo por sí mismo puede darse a conocer el corazón; es preciso sentirlo, palpar sus latidos.

Ocurre a veces que no experimentáis sentimiento alguno de gozo espiritual en la Comunión. Aguardad. El sol se oculta, pero se encuentra entre vosotros; estad seguros de que lo sentiréis cuando sea menester. ¿Qué digo? ¡Si lo estáis sintiendo! ¿No tenéis paz y deseo de glorificar más a Dios?

¿Y qué otra cosa es esto sino el latir del corazón de nuestro Señor en vosotros?

IV

Finalmente, la manifestación de nuestro Señor en la Comunión deja al alma con la necesidad de su presencia y de su conversación. En nada puede hallar satisfacción quien ha llegado a conocer a nuestro Señor y a gozar de El; las criaturas la dejan fría e indiferente, porque las compara con Jesús. Dios ha dejado en ella una necesidad tal que nadie ni nada de lo creado puede satisfacerla.

Siente, por otra parte, un deseo continuo de Jesús y de su gloria. Caminar incesantemente, sin pararse a gozar del reposo de esta tierra, tal es su divisa. No suspira más que por Jesús, quien la lleva de claridad en claridad. Jesús es inagotable; imposible que quien le coma se harte o le agote; lo que desea es ir adentrándose cada vez más en los abismos de su amor.

¡Ah! Venid con frecuencia a gozar de nuestro Señor mediante la Comunión, si queréis comprenderle de veras.

¡Cuidado con abusar!, dirá alguno. ¿Por ventura abusan los escogidos gozando de Dios? No, no; nunca gozan demasiado. *Gustate!* Gustad al Señor y veréis; lo comprenderéis después de haber comulgado.

¡Qué desgracia que no nos crean! Se quiere juzgar a Dios sólo por la fe. ¡Gustad primero, luego juzgaréis! Si los incrédulos quisieran ponerse en las condiciones requeridas para recibir bien a Jesucristo, comprenderían mucho antes y mucho mejor las cosas divinas que con todos los discursos y todos los razonamientos. Por lo demás, el ignorante que comulga bien sabe harto más que el sabio lleno de erudición que no comulga.

Resumiéndome, digo que en la Comunión se encuentra en grado sumo la felicidad de la inteligencia, y que tanto más feliz es uno cuanto más a menudo comulga. Dios es el único principio de la dicha, que fuera de El no existe, y para sí se ha reservado el dárnosla. Y es una fortuna el que tengamos que ir a Dios para encontrar la felicidad, porque de la suerte no nos entregamos a los hombres, ni ponemos en ellos nuestro fin. Ni el propio sacerdote podría haceros dichosos. Os hace, sí, participar de los frutos de la redención, os purifica de vuestros pecados y os da la paz de una conciencia pura; pero no puede comunicaros la dicha ni la alegría.

La misma María santísima, madre de misericordia, os volverá al buen camino, aplacará la cólera de su Hijo, irritado contra vosotros; pero sólo Dios os dará la alegría y la dicha. Ya lo dijeron los ángeles a los pastores: "Os anuncio una nueva de grandísimo gozo, y es que os ha nacido el Salvador Dios, que es la causa y el manantial del mismo."

¡Regocijémonos, pues! Ese mismo Salvador está aún sobre los altares para derramar en nuestros corazones, al venir a ellos, tanta alegría y felicidad cuanta nos sea dado soportar, en tanto llegue el inenarrable gozo de la Patria que nunca tendrá fin.

LA COMUNION Y LA LEY DE AMOR

Dabo legem meam in visceribus eorum et in corde eorum scribam eam.

"Grabaré mi ley en lo más íntimo de su corazón".

(JER., XXXI, 33).

No sólo alumbra la Comunión nuestro entendimiento con una gracia especial y nos revela, antes por impresión que por razonamiento, cuanto es nuestro Señor, sino que viene a ser también, y principalmente para nuestro corazón, la revelación de la ley del amor.

La Eucaristía es por excelencia el sacramento del amor. Los demás sacramentos son pruebas de que Dios nos ama; no son otra cosa que dones de Dios. En la Eucaristía, en cambio, recibimos al autor de todo don, a Dios mismo.

Por esta razón en la Comunión aprendemos mejor a conocer la ley del amor que nuestro Señor vino a revelar; en ella recibimos la singularísima gracia del amor y practicamos mejor que en cualquier otro ejercicio la virtud del amor.

I

Pero ante todas las cosas, ¿qué es el amor?—Es el don. Por eso, en la santísima Trinidad, el Espíritu santo, que procede como amor, es propiamente el *Don*.

¿En qué se reconoce el amor?—En lo que da.

Ved ahora lo que nuestro Señor nos da en la Eucaristía; todas sus gracias y sus bienes todos son para nosotros; se da a sí mismo, fuente de todo don. Por la Comunión participamos de los merecimientos de toda su vida; al recibirle, fuerza es reconocer que nos ama, porque recibimos un don total y perfecto.

¿Cómo comenzasteis a amar a vuestra madre? Había en vosotros un germen, un instinto de amor; pero dormía sin dar señales de vida. Despertólo el amor de vuestra madre; ella os ha prodigado cuidados y sufrimientos, os ha alimentado con su substancia; y, en este generoso don, habéis reconocido su amor.

Pues lo mismo nuestro Señor, al dárseos por entero a cada uno en particular, irrefragablemente os demuestra que os ama personalmente y de un modo infinito. Porque por vosotros está en la Eucaristía y todo entero por cierto. Bien es verdad que también gozan de El los demás, pero a la manera como se aprovechan del sol, sin impedir por eso que también disfrutéis cuanto queráis de sus rayos.

¡Ved ahí la ley del amor grabada por Dios mismo en vuestros corazones mediante la Comunión! "Ya en otro tiempo dijo Dios: "Ya no escribiré mi ley sobre tablas de piedra, sino en vuestros corazones con caracteres de fuego." ¡Ah, el que no conoce la Eucaristía, tampoco conoce el amor de Dios! Sabrá a lo sumo algunos de sus efectos por el estilo del mendigo que reconoce la liberalidad del rico en las pocas piezas de moneda que recibe. En la Comunión, al contrario, vese el cristiano amado hasta donde puede ser amado por Dios, por todo su divino ser. Si queréis, por tanto, conocer realmente cuánto os ama Dios, recibid la Eucaristía y miraos luego a vosotros mismos; no es necesario que busquéis más testimonios.

II

La Comunión nos da la gracia del amor.

Hace falta una gracia especial para amar a Dios con amor de amistad, y al venírsenos Jesús nos la trae al mismo tiempo que pone en nosotros el objeto de este mismo amor, que no es otro que El mismo. Nuestro Señor no pidió antes de la cena a sus apóstoles que le amaran como El los había amado; tampoco les dijo: "Permaneced en mi amor." Era demasiado para ellos entonces; no lo hubieran comprendido. Pero, cuando hubieron cenado, no se contentó con decirles: Amad a Dios, amad a vuestro prójimo, sino que les dijo también: Amad con amor de hermanos, familiarmente; con amor que sea vuestra vida y la norma de la misma. *Non jam dicam vos servos, sed amicos meos.*

Si no comulgáis, podréis, sí, amar a nuestro Señor como a vuestro creador, redentor y remunerador; pero jamás llegaréis a ver un amigo en Jesús. La amistad se apoya sobre cierta unión e igualdad, cosas ambas que respecto de Dios no se encuentran más que en la Eucaristía. ¿Quién se atrevería a llamarse amigo de Dios y tenerse por digno de particular afecto de su parte? Sería un insulto el que un criado tratara como amigo a su amo; para eso hace falta que éste

le confiera el derecho a una amistad, siendo el primero en darle este nombre. Pero habiendo Dios mismo venido a sentarse en nuestro hogar y a formar con nosotros una sociedad de vida, de bienes y de merecimientos; habiéndose El adelantado de la suerte, ya no es atrevimiento exagerado el llamarle amigo. Bien lo dice nuestro Señor después de la cena a sus apóstoles: "Ya no os llamaré siervos." ¿Cómo, pues, los habéis de llamar, Señor? ¿Será gloria de Dios, fuerza de Dios o medicina de Dios, como a los arcángeles? No, mucho más que todo eso; os llamaré amigos. Sois amigos míos, porque cuanto he recibido de mi Padre os lo he dado; sois amigos míos porque os he confiado el regio secreto.

No se ha de contentar con esto, sino que se aparecerá a Magdalena y le dirá: "Vete a anunciar a mis hermanos..." ¡Cómo! ¿A sus hermanos?... ¿Cabe hacer algo más? ¡Y eso que los apóstoles no habían comulgado más que una vez! ¿Qué será de los que, como nosotros, le hemos recibido tan a menudo?

¿Quién tendrá ahora miedo de amar a nuestro Señor con el más tierno cariño? Que tembléis antes de la Comunión al pensar en lo que sois y a quien vais a recibir, bien está; necesitáis entonces de su misericordia.

Pero después, ¡alegraos! Ya no hay lugar para el miedo. Hasta la humildad debe habrir paso a la alegría. Ved qué alegría nuestra Zaqueo cuando nuestro Señor acepta su hospitalidad. Pero ved también cómo le enardece esta recepción: dispuesto está a sacrificarlo todo, a reparar diez veces todos los daños causados.

Cuanto más comulguéis, tanto más se inflamará vuestro amor y se dilatará vuestro corazón, y vuestros afectos serán tiernos y encendidos, porque su foco será más intenso. Jesús deposita en nosotros su gracia de amor; El mismo viene a encender en nuestros corazones el foco de incendio, lo mantiene con frecuentes visitas y da expansión a esta llama devoradora; en verdad que es el carbón ardiente que nos abrasa; *carbo qui nos inflammat*. No se apagará este fuego, si no lo queremos, porque tiene un foco alimentado, no por nosotros, sino por Jesucristo mismo, quien le comunica su fuerza y acción; no lo sofoquéis voluntariamente con el pecado, y nunca jamás se apagará.

Pobres cristianos que comulgáis sólo una vez al año, ¿qué podéis sólo con eso? Poned esa vuestra pequeña llama en contacto más frecuente con el horno; hacedlo todos los días

si es menester. ¿Cómo creéis que vais a arder si no alimentáis vuestro foco?

III

La Comunión os hace ejercitar la virtud del amor. Sólo en la Comunión se ejercita plenamente el verdadero y perfecto amor. Apágase el fuego que carece de expansión. Queriendo nuestro Señor que le amemos y viendo lo incapaces que somos de hacerlo, pone en nosotros su propio amor, viene a amar en nosotros. Trabajamos entonces sobre un objeto divino. Ya no hay paso ni transición alguna. Inmediatamente nos encontramos en la gracia y el objeto del amor. Por eso nuestros movimientos de amor son mejores y más ardientes durante la acción de gracias; es que estamos más cerca del que los forma. Expansionaos entonces con nuestro Señor y amadle tiernamente.

No andéis tanto en busca de actos de tal o cual virtud. Haced más bien crecer a nuestro Señor, dilataos, formad con El sociedad en la que El mismo sea el fondo de vuestro negocio espiritual; vuestras ganancias serán así dobles, porque habrá doblado el fondo. Lograréis un beneficio mucho mayor trabajando con nuestro Señor y sobre El que, si multiplicando los actos sobre actos, tratarais tan sólo de aumentar las virtudes.

Recibid a nuestro Señor y guardadle todo el tiempo que podáis, dejándole amplia libertad. Hacer que nuestro Señor se encuentre a sus anchas en vosotros, tal es el ejercicio más perfecto del amor. Bueno es, no cabe dudarlo, el amor penitente y sufrido, pero encoge el corazón y lo abruma con la perspectiva de los sacrificios que incesantemente hayan de soportarse. Mientras que de este otro modo el corazón se hinche de gozo en la más franca y entera expansión, se abre y dilata.

El que no comulga no comprende este lenguaje; échese un poco en este divino fuego y lo comprenderá.

No; no basta creer en la Eucaristía; es menester obrar conforme a las leyes que ella impone. Y pues el santísimo Sacramento es, por encima de todo, amor, la voluntad de nuestro Señor es que participemos de este amor y en él nos inspiremos. Hemos de humillarnos, es verdad; pero que sea el amor, o cuando menos el deseo de amarle realmente el que nos domine. Deseemos dilatarnos en su corazón; démosle muestras de cariño y ternura y sabremos entonces hasta dónde llega el amor de la Eucaristía.

EL SACRAMENTO DE LA BONDAD DE DIOS

In funiculis Adam traham eos in vinculis caritatis.
"Con cuerdas de Adán los traeré, con vínculos de caridad".
(Os., XI, 4).

I

ESTÁ fuera de duda que la Eucaristía hace sentir al alma que la recibe dignamente una dicha y dulzura que no se encuentra sino en la recepción de este sacramento. ¿Por qué tendrá Dios tanto empeño en regalarnos con su dulzura? Pues porque sólo una cosa puede hacernos cobrarle cariño: su bondad. No hay simpatías entre los que no son iguales; los poderosos se ven rodeados de envidiosos, y los reyes no tienen amigos si no se rebajan para buscarlos. Ante la omnipotencia divina temblamos. Tampoco su santidad nos inspira cariño. Amamos a Dios a causa de su bondad, porque sabemos que quiere salvarnos y que desciende hasta nuestra bajeza; los misterios de la vida de nuestro Señor que más avivan nuestor amor son aquellos en que nos muestra una bondad más tierna y expansiva. Solamente la bondad de Dios puede unirnos con El de modo perseverante. ¿Cuándo vemos a nuestro Señor adorado en la tierra con mayor amor?

Adóranle los magos en el pesebre porque en él se muestra en extremo amable. El ciego de nacimiento quiere seguir a Jesús movido del amor que le ha manifestado. Magdalena ve que le ha perdonado los pecados, y su corazón se abrasa con fuego que no ha de extinguirse. ¡Tanta bondad le mostró nuestro Señor!... Sí, es cierto que no se pega uno más que a la bondad. Por eso la Iglesia, que tan bien siente las cosas divinas, dice en una de sus oraciones: *Deus cujus natura bonitas...* Oh Dios, cuya naturaleza es bondad... ¡Pero cómo! ¿No son acaso esenciales a Dios todos sus atributos? Cientamente; pero acá abajo y en cuanto a nosotros hombres, la naturaleza de Dios es ser bueno: *Deus cujus natura bonitas.*

II

Esto sentado, deberemos amar más a nuestro Señor allá donde mayor amor nos mostrare. ¿Y en el santísimo sacramento, en la Comunión, la bondad de nuestro Señor no se manifiesta con claridad más meridiana? Dice el concilio de Trento que en este sacramento ha derramado Dios con profusión las riquezas de su amor. *Divitias divini sui erga homines amoris effudit*. Es el colmo de su amor, lo más que Dios puede hacer es darse a sí mismo. Mediante la comunión recibimos a Jesucristo como Dios y como hombre, con todos los merecimientos de su vida mortal y de sus estados todos; recibimos la redención y todos sus frutos, hasta una prenda de la futura gloria. Recibimos la mayor suma de felicidad que Dios pueda darnos en esta tierra.

Esta felicidad la sentimos nosotros, y aun es necesario que la gustemos; sin el regalo de la unión con Dios es, por regla general, difícil conservar el estado de gracia.

La penitencia crea en nosotros el estado de gracia: nos cura; pero es un remedio violento, una victoria que se paga cara y nos deja con el cansancio de la lucha. No basta para mantenerla mucho tiempo este sacramento que nos devuelve la vida; si nos contentamos con él no saldremos de la convalecencia.

Lo que hace falta para dotarnos de la plenitud de la vida, para hacer de nosotros hombres, es la Comunión, que es un bálsamo, un calor suave y benéfico, la leche del Señor, según expresión del profeta: *Ad ubera portabimini*. Recibida después de la penitencia, la Eucaristía nos devuelve la paz plenamente. De la boca misma de nuestro Señor necesitamos oír estas palabras de aliento: Id y no pequéis más; palabras que brotan de su corazón y caen como celestial rocío en el nuestro, aún ulcerado y dolorido.

La Comunión engendra constancia. Nada hay tan desalentador como un largo camino por recorrer, y tentación ordinaria de los principiantes es decir: Nunca podré yo perseverar tan largo tiempo. Si queréis perseverar, ¡recibid a nuestro Señor!

El que comulga puede conservarse en estado de gracia para el cielo; pero ¡cuán lejos está el cielo! ¡Qué fe no se necesita para tener fijos los ojos en él desde tan lejos!

Así la vida de la fe resulta un sacrificio continuo, un combate sin tregua ni refrigerio: falta una fuerza actual que

aliente. Se parece uno a un viajero alejado de su país, a quien lo largo del camino lleva al desaliento. Resulta difícil conservar durante largo tiempo el estado de gracia cuando no se comulga sino raras veces, y aun cuando se conserva, no suele ser muy puro ni hermoso; el polvo que se le pega lo deslustra. Enséñalo la experiencia.

Pero si se comulga, ¡cuánto más fácilmente no se conserva en toda su pureza el estado de gracia! Si lo conservamos cuidadosamente, no es para un fin remoto, sino para mañana, para hoy mismo. Sabemos que es el vestido de honor, el derecho de entrada al banquete, y por amor se evita el pecado para no vernos privados de la Comunión. La Comunión viene de esta suerte a ser una muralla segura contra el pecado, gracias a la cual podemos evitarlo con facilidad hasta la muerte. Hablo del pecado voluntario.

¿Cómo podría consentir en la tentación un alma que comulga cada día y toma a pechos el hacerlo? Sabe muy bien que el pecado la privaría de lo que tanto desea; mira a la Comunión que ha de hacer y ella la sostiene, la alienta y la impide caer.

Confieso que no llego a comprender el estado de gracia sin la Comunión frecuente.

Tal es, por otra parte, el espíritu de la Iglesia, la cual, por voz del concilio de Trento, nos estimula a comulgar cada día. Hay quienes pretenden que en esto hace falta mucha prudencia; que en teoría la Iglesia tiene indudablemente razón, pero que prácticamente hay que hacer poco uso de este consejo. Basta, según ellos, con que los fieles en general comulguen en las grandes festividades. A esto hemos de contestar que la Eucaristía, tomada a tan grandes intervalos, no es más que un alimento extraordinario. Y ¿dónde está el alimento ordinario, el pan de cada día de que necesito para sostenerme? ¿Cómo he de mantener en mí el amor de Dios, que constituye la vida y el mérito de las virtudes cristianas?

Pregúntase, ¡ay!, a veces cómo ha perdido Europa la fe. Por no comulgar nunca o casi nunca. El jansenismo ha apartado de la sagrada Mesa a los fieles, quienes han perdido así el sentido de Jesucristo, el sentido de la fe y del amor; quedan como aletargados y paralizados; caen de inanición. ¿Cómo volverlos a la fe? Dándoles el pan substancial que les presenta la Iglesia, haciendo que de nuevo cobren fuerzas en el foco eucarístico, poniéndolos bajo la influencia del sol vivificador. Muchos libros y razonamientos se hacen con objeto de que los pueblos vuelvan a la fe; pero

la fe no es tanto cosa de razonamiento como efecto de la gracia: id a buscar ésta en su manantial, en la sagrada mesa.

La Comunión vuelve, por consiguiente, amable el estado de gracia y asegura la perseverancia porque su fin próximo y directo viene a ser Jesucristo. La Comunión hace que las virtudes sean constantes y fáciles de practicarse, porque alimenta nuestro amor de Dios; les comunica dulzura y amabilidad al proponerles un fin vivo y animado. Nunca exhortaremos bastante a la Comunión frecuente. No se trata de un abuso. ¿Abusa acaso el niño que visita a su padre y constantemente le rodea? Otro tanto ocurre con el alma fiel respecto de nuestro Señor.

Preparémonos para el paraíso mediante la Comunión Allá se recibe perpetuamente a nuestro Señor, y de su conocimiento y amor se vive. Comulguemos bien acá abajo para disponernos a hacerlo asimismo bien en el cielo: la Comunión recibida a menudo y con las debidas disposiciones es la prenda segura de la salvación eterna.

EL SACRAMENTO DE VIDA

Nisi manducaveritis carnem Filii hominis et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis.

"Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis la vida en vosotros."

(JOANN., VI, 54).

LA encarnación es una segunda creación, en sentir de todos los Padres: en Jesucristo hemos sido creados de nuevo y rehabilitados; en El hemos recuperado la vida y la dignidad: *Recreati in Christo Jesu.*

Lo que se ha dicho de la encarnación puede también decirse de la Eucaristía, que no es más que extensión de aquélla. Veamos cómo recuperamos en la Eucaristía la vida, la vida divina que el pecado original destruyó en la humanidad.

Jesucristo ha dicho: "El que me coma tendrá la vida. Si no coméis la carne del Hijo del hombre ni bebéis su sangre, no tendréis la vida en vosotros." Pero ¿no nos da la vida divina el bautismo que nos hace hijos de Dios? ¿No nos la devuelve acaso la penitencia cuando hemos tenido la desdicha de perderla por el pecado? ¿Qué pueden, por tanto, significar estas palabras que nuestro Señor apoya con juramento? No parece sino que en este punto hay una contradicción en la doctrina católica. Nada de eso, sin embargo. La Eucaristía es el sacramento de vida, porque nos comunica la perfección de la vida, porque nos da la vida en su pleno desenvolvimiento. El niño recién nacido tiene vida a no dudarlo; el enfermo que acaba de salir de una enfermedad la tiene también; pero si al niño le dejáis sólo, si no dais al convaleciente remedios y alimentos con que recobrar fuerzas, no tardará el uno en perder la vida de que apenas comienza a disfrutar y el otro a tener una recaída más profunda. El bautismo y la penitencia, que nos dan la vida, no bastan para mantenerla; nuestro Señor, al resucitar a la hija de Jairo, mandó que le diesen de comer; la vida y la alimentación que la sostiene son dos cosas que no pueden separarse; es necesario comulgar si no se quiere ir desfalleciendo siempre; y

¿cómo podría un cristiano vivir vida de ángeles? Claro que podemos merecer y trabajar para el cielo tan pronto como entramos en estado de gracia; pero para hacerlo por largo tiempo resulta necesario este manjar de los fuertes. No hay medio que así pueda darnos fuerzas suficientes para sostener el rudo combate de cada día.

La oración, por buena y necesaria que sea, os cansará; y, si la Comunión no la sostiene, acabaréis por abandonarla.

Para vivir de penitencia y adelantar en este estrecho y crucificante sendero de la muerte a nosotros mismos, es menester que obedezcamos a un impulso divino, que no es otra cosa que la presencia de Jesucristo constantemente renovada en nuestro corazón.

El ejemplo de los anacoretas, que vivían en el fondo del desierto, parece a primera vista echar por tierra esta afirmación; pero téngase presente que los anacoretas iban al monasterio a comulgar todos los domingos. Y por cierto que tenían más necesidad que otros para progresar en su santo estado. Siento como principio que cuanto más santa sea la vida que queramos llevar, cuanto más puros queramos ser, tanto más grande e imperiosa es la necesidad de comulgar a menudo. Pues mucho habéis de trabajar, comed también mucho. No consideréis la Comunión sino como medio de sustentaros y de adquirir fuerzas. No es un acto de elevada y difícil virtud, ni se os propone como premio de vuestras virtudes; habéis de comulgar para haceros santos, no porque lo seáis ya. Tal es el principio.

Comulgad porque sois flacos y os abaten los trabajos de la vida cristiana; Jesucristo os llama a comulgar de esta manera: "Venid a mí todos los que estáis agobiados de cansancio, que yo os aliviaré." Si alguna vez no nos da descanso la Comunión ni nos restablece, ello es debido a que la hacemos consistir en un acto de virtud difícil, nos esforzamos en mil actos fatigosos; en una palabra, trabajamos en lugar de alimentarnos y descansar. Recibid a nuestro Señor y descansad. ¿Por qué tanta agitación? No se va a un banquete para tratar de negocios; saboread el celestial alimento, y pues coméis el pan de los ángeles, quedaos un poco en contemplación como ellos. No tomáis tiempo para gustar de nuestro Señor, ¡y luego os retiráis inquietos por no haber experimentado nada! Imitad al cartujo que se acuesta al pie del altar durante la acción de gracias. Hay almas buenas que dicen: No me aprovecha la Comunión porque no siento nada en ella. Mal discurrido. Aprovecháis, puesto que vivís. La

señal de una buena Comunión no es necesariamente el hacer actos heroicos de virtud ni sacrificios en extremo costosos. La Eucaristía es fuerza y dulzura. Así es como se la figura en todo el antiguo testamento; ora es un pan que encierra todo deleite; ora un misterioso pan ofrecido a Elías desanimado, que le da fuerzas para continuar el camino; ora una nube que refrigera durante el día y da luz y calor durante la noche. Lo mismo es la Eucaristía. Si os faltan fuerzas, ella os las da; si andáis cansados, ella os descansa: es esencialmente un socorro proporcionado a las necesidades de cada cual.

La conclusión que de todo lo que hemos dicho hay que sacar es ésta: Si queréis ser fuertes y rebosar de vida, cosa que os es muy necesaria, comulgad. "Él que cree en mí se salvará", ha dicho el Señor; pero hablando de la Eucaristía dice: "El que me coma tendrá la vida." Rebosará de vida: la Eucaristía no es sólo un filón, sino manantial, río, océano de vida; es una vida que se alimenta por sí misma y que dura siempre, con tal que se la quiera tomar; es la vida del mismo Jesucristo, vida de amor que no muere en tanto se ame, y el que vive de acción de gracias tiene en sí la verdadera vida de Jesús. Materialmente, poco tiempo queda nuestro Señor en nuestros corazones por la Comunión; pero se prolongan los efectos de la misma y su espíritu permanece; las sagradas especies son como la envoltura de un remedio que se rompe y desaparece, para que el remedio produzca en el organismo sus saludables efectos.

No alcanzo a comprender cómo pueda uno conservarse puro en el mundo sin comulgar; por eso se adelanta tan poco. Hay personas piadosas que dicen: No tengo necesidad de comulgar a menudo; me siento tranquila. ¡Oh, demasiado lo estás! Esa calma trivial presagia tempestades. No admires tus pequeñas virtudes; no te fíes de tu paz; no te apoyes tanto en ti misma; mira por tu adelantamiento, y para eso comulga con frecuencia. Hay que seguir en esto, es cierto, el consejo del confesor; pero bien podéis exponerle vuestros deseos y vuestras necesidades. El con su prudencia juzgará.

Mas desgraciadamente hay muchos que teniendo permiso para comulgar, se dispensan de hacerlo so protexto de cansancio, malestar o falta de devoción. Ahí se oculta un ardid del demonio; y si una vez cedéis, todos los días os irán obsesionando los mismos pretextos.

Obrar así es cometer una falta de cortesía para con nues-

tro Señor; es una injuria, una grosería. El permiso del director es invitación del mismo Jesucristo, ¡y vosotros la rechazáis! De esa comunión omitida se os pedirá cuenta, como se pidió al siervo infiel del evangelio por haber enterrado el talento que recibiera.

Animo, pues; id a menudo a fortaleceros en la sagrada mesa, de la que sacaréis vida fuerte y activa. Crezca esta vida en vosotros, hasta tanto que Dios la tranforme en otra de eterna bienventuranza.

LA REHABILITACION POR LA COMUNION

Deus, qui humanae substantiae dignitatem mirabiliter condidisti et mirabilius reformasti...

"¡Oh Dios, más admirable en la restauración de la naturaleza humana que en la creación de la misma!...

(MISAL ROMANO)

JESÚS instituyó la Eucaristía para rehabilitar al hombre. Porque el hombre fué degradado, envilecido por el pecado original; olvidóse de su celestial origen y perdió la dignidad del rey de la creación; llegó a ser semejante a las bestias que hubiera debido gobernar y se ha visto arrojado en medio de ellas, que huirán de él o le atacarán, según sean fuertes o débiles; el pecado ha trocado a su dueño en su más mortal enemigo. Será el hombre su rey por naturaleza, pero un rey destronado.

Privado así de su dominio, el hombre se degradará aún más vergonzosamente por el pecado voluntario, bajando al nivel de los brutos: tan próximos a la bestia se sentían los idólatras a causa del pecado, que acabaron por hacer de la misma un dios ante el cual se postraban como viles animales. El hombre creía estar envilecido hasta tal punto, que sentía cierta necesidad de adorar a seres que no le avergonzaran; en cuanto a Dios, huía de El y no se atrevía a mirarle. Pero ved la divina invención, bien admirable por cierto. Como se avergonzaría el hombre si Dios le llamase en su miserable estado, Dios mismo se pone a rehabilitarle y hacerle digno de respeto; y como quiera que el comer y el vestir son las dos cosas que más aproximan a los hombres entre sí, Dios les cambia estas dos cosas dándoles un vestido y un manjar divinos. Así se verifica la rehabilitación.

De esta suerte el bautismo purifica a los hijos de Adán, las virtudes les dan hermosura y la Eucaristía los deifica. Con tantos honores el hombre se siente muy encumbrado. En realidad, Jesucristo reviste de su cuerpo al sacerdote; *de suo vestiens sacerdotes,* dijo Tertuliano: El sacerdote es otro Jesucristo; de El se alimenta; su voluntad es la de Jesucristo: es nuestro Señor aún vivo. Cuantos fieles comulgan

participan también de este beneficio; el cuerpo que por la Comunión se ha unido con el salvador es sumamente digno de respeto; tentado se ve uno a postrarse ante quien ha comulgado y adorarle. ¿Por qué venera la Iglesia con tanta piedad las reliquias de los santos sino porque ellos recibieron a Jesucristo y sus miembros estuvieron incorporados con El, sino porque fueron miembros de Jesús? Yendo aún más lejos, digo que la Comunión nos eleva por encima de los ángeles, si no en naturaleza, al menos en cuanto al honor. ¿No llegamos a ser, recibiéndole, parientes de Jesucristo, otros Cristos? Los ángeles no son más que ministros suyos ¡y qué respeto no nos tienen y cómo nos honran comulgando! He aquí cómo la Comunión nos hace más grandes de lo que fuéramos sin el pecado original. De haber sido inocente, el hombre sería siempre inferior al ángel, en tanto que el regenerado y hecho consanguíneo de Jesucristo mediante la Eucaristía, puede ocupar en el cielo un trono más elevado que los espíritus celestiales. Y cuanto más comulguemos, tanto más refulgente será nuestra gloria en el cielo, porque cada Comunión va aumentando el resplandor de nuestra corona.

¿Por qué será que ciertas personas, un sacerdote, por ejemplo, nos inspiran a primera vista algo así como religioso respeto? ¡Ah! Porque en ellos reconocemos a Jesucristo; Jesucristo se trasluce desde el fondo del corazón por todo su exterior, a guisa de la violeta, cuyo perfume se respira antes que se la vea. Más aún: paréceme que si nuestro Señor no reprimiera su gloria en los comulgantes, éstos brillarían como soles. Ocúltala para poner a cubierto nuestra humildad, aunque así y todo aquélla transparéntase lo bastante. La vecindad de un santo sosiega y hace bien.

Escuchad ahora esto: Toda alma tiene en esta tierra para con otras una misión salvadora, y para llevarla a cabo le hace falta cierta autoridad, proporcionada al fin que ha de conseguir. Esta autoridad moral se saca de la Comunión y sólo de ella: no se resiste a quien tiene a Jesucristo en sí y así lo hace sentir en su lenguaje como en sus actos. Un sacerdote que rara vez dice Misa tiene su misión como los demás, pero nunca tendrá la autoridad propia de su misión: ese ascendiente sobre los corazones, que los arrastra en pos de sí y los convierte, sólo de Dios procede. Obedecemos sin dificultad a los santos, porque son una imagen más acabada de Jesucristo; les obedecen hasta los animales; y si los santos han convertido reinos y aun mundos no ha sido por sus propias fuerzas, sino porque Jesucristo, a quien habían

recibido en la Comunión, salía de su corazón entre ardientes llamas. ¡Es que los santos sabían recibir y guardar a Jesús y hacer que sirviera para gloria de su Padre!

Ciertamente, bien rehabilitado en su dignidad queda el hombre con la Comunión. ¡Oh, sí, venturosa culpa!, *o felix culpa!* Vosotros, que estáis degradados y vestidos de pieles de animales en castigo de vuestro orgullo, revestidos, por tan-
de animales en castigo de vuestro orgullo, revestíos, por tanto, de nuestro señor Jesucristo. En la sociedad humana, el vestido da la medida del mayor o menor respeto; por eso se llevan exteriormente las insignias de la dignidad. Revestíos asimismo de Jesucristo, que llevando este vestido de gloria seréis honorables y honrados; así tendréis autoridad en torno vuestro, y una autoridad honrada y amada, que es la única que pueda ejercer una influencia saludable. Zaqueo, que, como publicano, era despreciado, recibe a Jesús y al punto le proclama nuestro Señor hijo de Abrahán e impone silencio a los calumniadores. También vosotros sois ennoblecidos por la Comunión, y vuestras casas, adonde lleváis a Jesucristo, son dignas de respeto y de honor.

Ved ahí la rehabilitación de nuestra dignidad. Bien sé que no se nos vuelve a colocar en el paraíso. ¡Quede enhorabuena cerrado ese paraíso! La Eucaristía es el paraíso, el delicioso jardín donde Dios se entretiene con el alma fiel: si me ofreciera el paraíso terrenal a cambio de mi condición actual, lo rehusaría; sí, a pesar de todas mis miserias, no lo aceptaría, por guardar la Eucaristía. En fin de cuentas, esas miserias no son pecados. Y con un poco de pan tan substancial, fácilmente se soportan; en amando no hay cansancio, o si lo hay, se ama este cansancio.

Vosotras en especial, mujeres cristianas, dad gracias a nuestro Señor por haberos honrado tanto, cuando en el paganismo no erais más que esclavas y máquinas para el uso del hombre. En la Comunión, que recibís con igual derecho que el hombre, radica vuestro título de nobleza; únicamente de la Comunión, que honra vuestros cuerpos y los junta con el Verbo hecho carne, deriva vuestro honor; la Eucaristía os pone en las condiciones de María. Tenéis el derecho, concedido por Dios mismo, de sentaros en el divino banquete. ¡Desdichados de vuestros esposos si os impiden disfrutar de este honor! El día que no comulguéis, volveréis a caer en la misma abyecta condición de la que la Comunión os ha sacado. De ella procede vuestra grandeza; no veo otra causa. En los tiempos que corren invéntanse qué sé yo cuántas co-

ronas de virtud y de otras cosas para la mujer; se proclaman sus derechos y se pide su emancipación. ¡Ah! Sea vuestra corona la gloria de recibir a Jesucristo; vuestros derechos, la entera libertad de acercaros siempre a El, y vuestra gloria, la de uniros con Jesucristo sacramentado, esplendor del Padre, por quien y de quien toda verdadera gloria tiene su brillo. Quiera Dios que le poseáis en toda su plenitud en la mansión eterna.

LA COMUNION, SACRAMENTO DE PAZ CON DIOS

Dícite pusillanimis: Confortamini et nolite timere...
"Decid a los apocados de corazón: Alentaos y no temáis".
(Is., xxxv, 4)

INSTINTIVAMENTE el hombre pecador teme a Dios. No bien cede al demonio cuando va a ocultarse huyendo de la mirada del creador; no osa contestar a su voz.

Tan natural es este sentimiento de temor cuando se obra mal, que hasta el niño vacila, a pesar del cariño de su madre, acercársele cuando le desobedece. El criminal que huye de la justicia humana está poseído de este sentimiento, hasta el punto de manifestarse en su rostro y bastar para convencerle de su culpabilidad.

Lo mismo y, aun más, sucede para con Dios. ¿Creéis acaso que el pecador empedernido no permanece en pecado más que por orgullo? No; nada de eso. Tiene miedo de Dios, y cuanto más culpable sea tanto mayor es su espanto. Podrá sumergirse en el cenagal de sus crímenes y cometer exceso sobre exceso; lo que eso demuestra es su miedo. ¿Qué otra cosa es la desesperación sino la falsa persuasión de que no se hallará perdón y que será necesario caer en las manos del tremendo juez? Y los que no quieren venir a la iglesia tienen también miedo de nuestro Señor; y si alguna circunstancia les obliga a entrar alguna vez en ella, tiemblan y les falta sosiego. El pecador tiene miedo de sí mismo; no puede vivir con su corazón y su conciencia; a sí mismo se infunde miedo. Por eso se aturde y huye de sí.

La sagrada Escritura nos muestra este sentimiento dominando hasta tal punto en el hombre, que los mayores santos temblaban cuando se les mostraba Dios o les hablaba por medio de algún ángel. La misma Virgen santísima, con ser tan pura, tembló delante del ángel.

El temor dominaba a la humanidad.

Cuatro mil años pasó Dios en preparar la aproximación del hombre, la cual no había de consumarse más que por la Eucaristía. La encarnación es ya un gran paso en esta obra de familiarización, pero no basta. Jesús no nos muestra su

bondad más que durante treinta y tres años; puede decirse que si nos hubiera privado de su presencia, pasado breve tiempo seríamos tan tímidos como los judíos antes de su venida.—¿No hubiera bastado la encarnación, obra de salvación, monumento magnífico del amor y del poder de Dios, para establecer entre el Creador y la criatura la confianza de amigos? No; la amistad requiere personales y constantes relaciones.

Nuestro Señor instituye, pues, la Eucaristía, y por medio de este Sacramento penetra en nuestro pensamiento y en nosotros, se pone en nosotros y a nuestro lado; continúa y perfecciona su obra de familiarización. Ocúltanos su gloria y se nos muestra disfrazado de amigo, ni más ni menos como si un rey se vistiese como un pobre, y sentándose a su mesa le dijera: Soy de tu familia; trátame como a uno de los tuyos. Pero ¿qué digo? Es muy otra cosa en realidad. Jesucristo se hace pan. ¡oh! ¿Quién tendrá miedo de un grano de trigo? ¿Podría Dios excogitar mejor medio para encubrir su Majestad?

II

Ved cuán fáciles y amables se tornan nuestras relaciones con Jesucristo. Como se oculta en la Eucaristía, podemos acercarnos y oír su divina palabra. De no ser así, una palabra de su boca llenaría de espanto al mundo, como en el Sinaí; una palabra de amor que dijera nos abrasaría y nos consumiría; una palabra de amenaza nos aniquilaría.

Si Jesús no velara sus virtudes en la Eucaristía y no las pusiera, por así decirlo, a nuestro alcance, desesperaríamos de poder llegar a imitarlas. Pero ocultándolas y tomando más bien las apariencias de un muerto que obedece con obediencia material, nos alienta a imitarle, de igual modo que balcucea la madre y da pasitos para que su hijuelo pueda aprender a hablar y andar.

Bien, pudiera darse de la Eucaristía esta definición: Jesús domesticando al hombre con Dios.

Mas ¿cómo describir los misterios de íntima unión que Jesucristo obra con nosotros en la Comunión? La amistad requiere unión; sin ésta no cabe perfecta confianza. Por eso, quiere Jesús unirse personalmente con nosotros. "Muéstrame tu faz", decía con santa audacia Moisés a Dios. Dios se niega a ello al principio. Mas como Moisés insiste y conjura, Dios ya no puede resistir a tanta confianza. Pero para

que el resplandor de tal gloria no consuma a Moisés, le da orden de que se quede a cierta distancia, y no hace más que pasar delante de él. Moisés vió un rayo de la majestad divina, un rayo nada más; pero eso bastó para que quedara tan resplandeciente que en el resto de su vida llevó en la frente una señal luminosa.

Si Jesús nos mostrara su gloria en la Eucaristía, nos ocurriría lo que a Moisés. ¿Qué sería de la amistad, de la intimidad? ¡Pocas ganas de hablar ni de abrir el corazón tenía Moisés deslumbrado! Y lo que interesa a nuestro Señor es la amistad; quiere que le tratemos como a amigo, y con este objeto se pone bajo las apariencias de pan. Así nadie tiembla; se ve una cosa que todos están acostumbrados a ver desde niños: pan. Ante esto no se puede menos de cobrar alientos para hablar con el corazón abierto; nuestro Señor nos sorprende.

Zaqueo no se había atrevido a hablar a Jesucristo. Quería tan sólo verle, cuando nuestro Señor le sorprende llamándole por su nombre. Zaqueo obedece y se siente del todo mudado por tanto amor. Ya no repara en que no ha sido más que un miserable pecador; hecho un acto sincero de humildad, recibe a Jesús en su casa y goza sin temor alguno de su presencia.

Si Jesús nos enviara un ángel para anunciarnos y traernos la Comunión, en lugar de vernos gratamente sorprendidos, como en realidad sucede, temblaríamos de puro espanto mucho tiempo antes de recibirla. Para poder saborear nuestra dicha en la Comunión es menester que seamos sorprendidos y lo somos. Nuestros ojos no ven más que débiles apariencias, una humilde forma: ahí está la gracia por excelencia; si así no fuera, nos veríamos demasiado turbados al comulgar.

Bueno es sentirse conmovido, pero no turbado. La emoción nos hace pensar más en Aquel a quien vamos a recibir y menos en nuestras propias miserias.

Sintámonos, pues, felices por esta admirable invención de Dios para con nosotros. La Eucaristía hace que Dios esté presente y la Comunión nos introduce en su familiaridad.

¡Oh, sí, feliz culpa! En el estado de inocencia Dios era señor y dueño; ahora es nuestro amigo, nuestro comensal y nuestro manjar. *Conviva et convivium.*

LA COMUNION, MANANTIAL DE CONFIANZA EN DIOS

Confidite, ego sum.
"Tened confianza, soy yo".
(MARC., VI, 50).

I

EL fin de la Eucaristía es no sólo hacer que el hombre se aproxime a Dios, destruyendo el instintivo temor que le dominara, sino también inspirarle confianza, lo que es más aún. Se podría en rigor soportar la presencia de Dios; pero venir a hablarle, ¿quién se atrevería a tanto si, bondadoso, nuestro Señor no se ocultara? A su cuenta corren las costas. El allana las desigualdades. Cuando vivía en la tierra, tan ocultada por lo humano quedaba la divinidad que los pecadores y los niños no temían acercarse a Jesús. No se notaba en El más que bondad y misericordia.

Pero ¿quién se atreverá a hablar a nuestro Señor hoy que está glorioso, resucitado y triunfante? Tiene adquirido el título de juez de vivos y muertos, y en concepto de tal quiere ser temido y adorado. Cierto que sigue siendo Dios de bondad y de misericordia; pero ha cambiado su estado, y, si no tuviéramos la Eucaristía, no nos atreveríamos a hablarle con llana confianza. Nuestro Señor instituyó la Eucaristía con el objeto de que se le amara y tratara con igual amor y afecto que durante su vida mortal. Nosotros os predicamos como sacerdotes el perdón y la misericordia, como hizo Juan Bautista; pero somos impotentes para trabar entre Jesucristo y vosotros aquellos lazos de cariño y familiaridad que El desea.

Viviendo en tierra, reconocíase la bondad de nuestro Señor en su porte; todo en El respiraba mansedumbre y atraía. Ahora está oculto, pero los mismos rasgos se transparentan a través de la nube que le oculta. Esta nube no nos lo hurta a la vista hasta tal punto que cuando le representamos no sea siempre con sus rasgos de dulzura y cariño. El mismo se ha pintado así en las almas con los colores del más tierno amor. En viendo las santas especies, nos acordamos al punto de lo que fué y de todo lo que es Jesús: amor, bondad, misericordia y ternura: *Ecce Agnus Dei.*

II

La familiaridad debe manifestarse señaladamente en los dulces secretos y conversaciones. Hay palabras que electrizan y cautivan con irresistibles encantos. Al oír a nuestro Señor exclamaban las muchedumbres: "Jamás hombre alguno ha hablado como éste." La dulzura de su palabra conmovía a los pecadores y no podía resistirse a su bondad. Aquí Jesús habla interiormente. ¿Qué cuál es ese habla, ese lenguaje de amistad? Alguna vez debes de haberlo oído. Es de suyo dulce; a las veces, aunque raramente, severa también... No puede resistírsele... ¿No has estado alguna vez recogido a los pies de nuestro Señor? ¿No te ha dicho acaso, cuando tu contrición era sincera: Ea, te perdono; no temás? ¿Y no has contestado con dulces lágrimas a esas palabras? ¡Oh! La voz interior es más penetrante que el sonido material; el oído del alma es más fino que el del cuerpo. Nada más cierto; en la santísima Trinidad hay una palabra, tipo de toda palabra; es sólo interior, pero es verdadera; es el mismo Verbo. El simple recuerdo de una palabra del padre o de la madre, ¿no nos conmueve por ventura y no nos los hace revivir? Existe, pues, una palabra interior, espiritual. Más aún: la verdadera palabra, la que nos cautiva, es interior; la exterior no basta para conmovernos.

El habla de Jesús en la Eucaristía es íntima y penetra hasta lo más hondo del corazón. ¿Qué otra cosa que la dulzura de la intimidad atrae a una pobre alma cuando, careciendo de virtudes y merecimientos adquiridos, pero, sabiéndolo y confesándolo con ingenuidad, se acerca a nuestro Señor y le habla con la sencillez y la franqueza de un niño para con su madre? ¿Se atrevería a hablar así, con el corazón en la mano, delante de testigos? No por cierto. Sino que ha oído a Jesús decirle: "Ven a mí, tú que estás agobiado, que yo te aliviaré", y se ha ido. En la intimidad descubre su pecho y habla con llaneza conmovedora.

Esta dulce e íntima invitación es la que nos llama a la Comunión; sin ella nunca nos atreviéramos a ir a la sagrada mesa. Porque es una gracia de confianza y no de examen, ni siquiera de oración, la de la preparación para la Comunión. Todas esas cosas son buenas; pero la verdadera preparación consiste en tener confianza en estas palabras: "Venid, que yo soy el Dios de vuestro corazón; no temáis." Preparándoos así honráis más a Dios que si os hincarais en tierra desesperados.

Acaso me digáis: Cuando comulgo, me quedo seco y sin devoción alguna; no produzco nada. ¡Claro; como no os ponéis a escuchar el íntimo coloquio de nuestro Señor, ni os postráis en tierra con la confianza de la Magdalena, la cual, aun cuando Jesucristo nada le decía, derretíase en lágrimas de pura dicha... Penetrad íntimamente sus palabras, que no son otra cosa que manifestación de su dulzura, y veréis. No se come trabajando; el pan celestial que vais a recibir es el Verbo mismo, la palabra de vida. Hay que escucharla con paz y sosiego.

III

La acción de gracias debe hacerse con mayor recogimiento aún que la preparación. Si inmediatamente os ponéis a hacer actos y más actos, obráis como un niño. Que cuando no estéis recogidos echéis mano de un método, de un medio para alimentar vuestra devoción, nada mejor. Pero aguardad un poco. Tenéis dentro a un amigo; la más elemental cortesía os dice que le escuchéis. Y esto es desgraciadamente lo que no se quiere hacer, dejando así de corresponder a los designios de nuestro Señor. Nos imaginamos que viene El para echarnos en cara nuestras faltas. No, nada de eso. Un amigo no suele venir para hacer reproches, y sobre todo no comienza por lanzarlo. Tenedlo bien presente: nuestro Señor nunca hace reproches en los primeros momentos de la Comunión. Sólo el demonio nos turba para impedir que gocemos de su deleitoso coloquio; esfuérzase por representarnos a Jesucristo como señor imperioso o severo juez, y con esto nos causa espanto, sintiéndose uno como impelido a dejar la acción de gracias para esquivar esta mirada vengadora. ¡Oh! No es ése el carácter de nuestro Señor.

Las almas perezosas se sumergen inmediatamente en pensamientos como éstos: soy tan pobre, tan pecadora... Pero aguardad a que vuestro corazón se ensanche primero; después una mirada sobre vosotros mismos será más eficaz para humillaros que todos esos esfuerzos. Cuando un rico bienhechor visita a un pobre tendido en su mísero lecho, ¿comienza acaso por exhibir sus títulos de riqueza y nobleza comparándolos con el miserable estado en que se encuentra su protegido? No por cierto. Mucho más valdría no ir, que humillarle así. Antes al contrario, le alienta, le consuela y se rebaja cuanto puede para hacérsele simpático.

Por consiguiente, si no gozáis de las consolaciones de

Jesús cuando viene a visitaros, es porque no tomáis tiempo para ello; desataos, abrid vuestro corazón, que Jesús no puede hacerlo todo.

En la sagrada Escritura llama el Señor a Samuel a medianoche para hacerle una revelación. Como no la había oído nunca, Samuel no reconoce su voz y vuelve a dormir por dos veces, hasta que, dándole el sumo sacerdote la llave de las comunicaciones sobrenaturales, que consiste en rogar a Dios que hable y escucharle, dice al Señor, que le llama una vez más: "Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha." El Señor le entrega entonces los secretos de lo venidero.

Eso es lo que hemos de hacer. No hemos de contentarnos con que nuestro Señor se nos venga, sino que hemos de entrar en relaciones con El, según sea la gracia del momento, que es la de la familiaridad de la amistad. Ciertamente no hay pensamiento divino que en Jesucristo no se encuentre; pero como la Eucaristía es el colmo y el punto donde se agota el amor de Dios, su carácter en la Comunión es de dulzura y bondad, y no de una bondad como la del cielo, ni como la que mostraba durante su vida, sino propia de su estado sacramental, esto es, de intimidad, de familiaridad, del coloquio a solas.

Este es el verdadero medio de entrar en relaciones con nuestro Señor. ¿Por qué os atrevéis a comulgar, sino porque habéis oído una voz suave que, con bondad cautivadora, impidiéndoos pensar en otra cosa, os ha dicho en singular: "Ven"? Por eso, no bien entra en vosotros nuestro Señor, cuando transportados de admiración decís: "Señor, ¡cuán bueno eres!" *O quam suavis est Spiritus tuus, Domine!* Tal es el sentimiento unánime de cuantos comulgan; es algo instintivo: lo que prueba que la bondad y la dulzura son los dos divinos medios de que Dios se vale para unirse con el hombre decaído, y unirse con lazos de íntima amistad y confianza.

LA COMUNION, REMEDIO DE NUESTRA TRISTEZA

Qui jucundus eram et dilectus in potestate mea..., ecce pereo tristitia magna, in terra aliena...
"Yo que estaba tan contento y querido en mi reino, he aquí que muero de profunda tristeza en tierra extraña".
(I MACH., VI, 11 y 13).

I

Nos agobia una profunda tristeza que queda pegada al fondo de nuestro corazón sin que podamos desecharla. No hay alegría para nosotros en la tierra, por lo menos alegría que dure un poco y no acabe en llanto; no la hay ni puede haber. Se nos arroja de nuestra casa, de la casa paterna. Esta tristeza forma parte integrante del patrimonio legado por Adán pecador a su desdichada posteridad.

Lo sentimos sobre todo cuando nos encontramos a solas. A veces llega a ser espantosa. En nosotros se encuentra, pero no sabemos de dónde proviene. Los que no tienen fe acaban desanimándose, se desesperan y prefieren la muerte a semejante vida, lo cual es un crimen horrible y prenda de reprobación.

En cuanto a nosotros, cristianos, ¿qué remedio encontraremos contra esta nativa tristeza? ¿La práctica de la virtud tal vez, o el celo de la perfección cristiana? No basta eso. Las pruebas y las tentaciones le darán aún muchas veces el triunfo. Cuando esta tristeza cruel domina a un corazón nada se puede ya hacer ni decir; siéntese uno como abrumado más allá de sus fuerzas. En el huerto de los olivos nuestro Señor pensó en morir por ello. Y durante sus treinta y tres años vivió constantemente bajo una impresión dolorosa. Era manso y bueno, pero triste, porque se cargó con nuestras enfermedades. ¡Ved cómo lloraba nuestro Señor! Lo nota el evangelio, y eso que nunca dice que se riera...

A semejanza de su divino maestro, tristes pasaban también la vida los santos, lo cual provenía de su condición de desterrados, del mal que veían en torno suyo, de la imposi-

bilidad en que se encontraban de glorificar a Dios cuanto querían. Pero sobrenaturalizaban su tristeza.

Contra este mal universal hace falta, por consiguiente, un remedio. Consiste en no quedar en sí ni consigo: hay que desahogar la tristeza, si no queremos que ella nos arrastre como un torrente. Pero en esto muchos buscan consuelos humanos y se desahogan con un amigo o un director, y esto no basta; sobre todo cuando Dios nos envía un aumento de tristeza como prueba, ¡oh! entonces nada hay que valga. Antes al contrario, cáese más profundamente al observar que ni las buenas palabras ni los avisos paternales nos han devuelto la alegría ni disipado las nubes de tristeza, y el demonio se aprovecha de ello para hacernos perder la confianza en Dios; y almas se ven, y de las más puras y santas, huir, como Adán en el paraíso, de Dios y tener miedo de hablar con El. La oración puede aliviar un poco la tristeza; pero no basta para dar una alegría pura y duradera. Nuestro Señor oró por tres veces en Getsemaní, pero no para su tristeza; no recibió más que fuerzas para soportarla.

Una buena confesión nos devuelve también la calma; pero el pensamiento de haber ofendido a un Dios tan bueno es muy a propósito para volver a entristecernos.

¿Dónde hallará, pues, el verdadero remedio?

II

El remedio absoluto es la Comunión; es éste un remedio siempre nuevo y siempre enérgico, ante el cual cede la tristeza. Nuestro Señor se ha puesto en la Eucaristía y se nos viene para combatir directamente la tristeza. Siendo como principio que no hay una sola alma que comulgue con deseo sincero, con verdadera hambre, y se quede triste en la Comunión. Puede que la tristeza vuelva más tarde, porque es propia de nuestra condición de desterrados; y aún volverá tanto más pronto cuanto mayor prisa nos demos en replegarnos sobre nosotros mismos y no permanezcamos bastante tiempo considerando la bondad de nuestro Señor; pero estar tristes en el momento en que Jesús entra en nosotros, eso jamás. Es un festín la Comunión; en ella celebra Jesús sus bodas con el alma fiel; ¿cómo, pues, queréis que lloremos? Apelo a vuestra experiencia personal: cada vez que a pesar de haber hecho una buena confesión estabais tristes antes de

la Comunión, ¿no habéis visto renacer la alegría al bajar nuestro Señor a vuestro corazón?

¿No se quedó en el colmo de la alegría el publicano Zaqueo cuando recibió a Jesucristo, por más que tuviese sobrados motivos de tristeza en las depredaciones de que se le acusaba?

Tristes iban por el camino los dos discípulos de Emaús, y eso que iban en compañía del mismo Jesús, quien les hablaba e instruía; pero en llegando la fracción del pan, muy luego se sienten poseídos de dicha, el júbilo desborda de sus corazones, y a pesar de la noche, de lo largo del camino y del cansancio, van a anunciar su gozo y compartirlo con los Apóstoles.

Pongamos los ojos en un pecador que ha cometido toda clase de crímenes. Se confiesa, y sus heridas se cierran. Entra en convalecencia; pero está siempre triste, su conversión le hace más sensible, y llora ahora lo que antes ni lo sentía siquiera: la pena causada a Dios. Tanto más profunda resulta su melancolía cuanto su conversión es más sincera y más ilustrada. ¡He ofendido tanto a un Dios tan bueno!, se dice entre sí. Si le dejáis así a solas, la tristeza le oprimirá y el demonio le sepultará en el desaliento. Hacedle comulgar; sienta en sí la bondad de Dios y su alma se henchirá de gozo y de paz. ¡Cómo!, se dice. ¡Si he recibido el pan de los ángeles! ¡Luego me he hecho amigo de Dios! Ya no le apenan sus pecados por este momento; nuestro Señor le dice con sus propios labios que está perdonado. ¿Cómo no creerlo?

¡Oh! La alegría que nos trae la Comunión es la más bella demostración de la presencia de Dios en la Eucaristía. Nuestro Señor se demuestra a sí propio haciendo sentir su presencia. "Yo iré a aquel que me amare y me manifestaré a él." Manifiéstase, efectivamente, con la alegría que le acompaña.

III

Notad para vuestra propia conducta que hay dos clases de alegría. Hay en primer lugar una alegría que es resultado del feliz éxito, del bien que se ha hecho, la que trae consigo la práctica de la virtud. Es el júbilo del triunfo y de la cosecha. Buena es, pero no la busquéis, porque, como se apoya en vosotros no es muy sólida, y bien pudiera ser que en ella consistiera toda vuestra recompensa.

Pero la otra, que proviene de la Comunión, cuya causa

nos vemos obligados a confesar que no está en nosotros, sino sólo en Jesús, que no guarda relación alguna con nuestras obras, ésta aceptémosla sin reparos y descansemos en ella cuando nos la trae nuestro Señor, pues es del todo suya. El niño, con no tener ninguna virtud ni merecimiento alguno, goza, sin embargo, de la dicha de estar al lado de su madre. de igual manera sea la presencia del Señor el único motivo de nuestra alegría. No indaguéis hasta qué punto habéis podido merecer el gozo que experimentáis, sino regocijaos por tener a nuestro Señor y quedaos a sus pies paladeando vuestra dicha y gustando su bondad.

Muchos hay que temen pensar demasiado en la bondad de Dios, porque esto pide que en retorno nos demos por entero y sin contar: prefieren la ley. Queda uno libre, una vez que la haya cumplido. Cálculo mezquino es éste que no deben hacer las almas a quienes El se da con tanta profusión. Gustemos sin temor la bondad de Dios; recibamos con avidez la alegría que se nos ofrece, dispuestos a dar generosamente a nuestro Señor cuanto le plazca pedirnos en correspondencia.

LA COMUNION, EDUCACION DIVINA

Et erunt omnes docibiles Dei.
"Todos serán enseñados de Dios".

(JOANN., VI, 45).

PARA ayo de un príncipe escógese al hombre más instruído, noble y distinguido. Honor es éste que se debe a la majestad soberana. Una vez crecido, el mismo rey le enseñará el arte de gobernar a los hombres: sólo él puede enseñarle este arte, por lo mismo que sólo él lo ejerce.

Todos los cristianos somos príncipes de Jesucristo: somos vástagos de sangre real. En los primeros años, para comenzar nuestra educación. Nuestro Señor nos confía a sus ministros, los cuales nos hablan de Dios, nos explican su naturaleza y atributos, nos lo muestran y prometen; pero hacernos sentir o comprender su bondad, eso no lo pueden; por lo que Jesucristo mismo se nos viene el día de la primera Comunión para darnos a gustar el oculto e íntimo sentido de todas las instrucciones que hemos recibido y para revelarse por sí mismo al alma, cosa que no pueden hacer ni las palabras ni los libros. Formar al hombre espiritual a Jesucristo en nosotros, es realmente el triunfo de la Eucaristía; una educación interior será siempre incompleta en tanto no la complete el mismo nuestro Señor.

I

Jesucristo se nos viene para enseñarnos todas las verdades. La ciencia de quien no comulga es solamente especulativa. Como Jesús no se le ha mostrado, no sabe más que términos cuyo significado ignora. Puede que sepa la definición, la regla, los progresos que ha de realizar una virtud para desarrollarse; pero no conoce a Jesucristo. Seméjase al ciego de nacimiento que, como no conocía a nuestro Señor, hablaba de El como de un gran profeta o de un amigo de Dios. Cuando se le declaró Jesucristo, entonces vió a Dios, cayó a sus pies y le adoró.

El alma que antes de la Comunión tiene alguna idea de nuestro Señor o le conoce por los libros, en la sagrada mesa le ve y le reconoce con embeleso; sólo por sí mismo se da a

conocer bien Jesucristo. La misma viva y sustancial verdad es la que nos enseña al comulgar y, fuera de sí, exclama uno: *Dominus meus et Deus meus.* Lo mismo que el sol, Jesucristo se manifiesta mediante su propia luz y no con razonamientos. Esta íntima revelación mueve al espíritu a indagar las ocultas razones de los misterios, a sondear el amor y la bondad de Dios en sus obras; y este conocimiento no es estéril ni seco como la ciencia ordinaria, sino afectuoso y dulce, en el cual se siente al mismo tiempo que se conoce; mueve a amar, inflama y hace obrar. Ella hace penetrar en lo interior de los misterios; la adoración hecha después de la Comunión y bajo la influencia de la gracia de la Comunión no se contenta con levantar la corteza, sino que ve, razona, contempla: *Scrutatur profunda Dei.* Se va de claridad en claridad como en el cielo. El Salvador se nos aparece desde un aspecto siempre nuevo, y así, por más que el asunto sea siempre Jesús vivo en nosotros, la meditación nunca es la misma. Hay en Jesús abismos de amor que es menester sondear con fe amante y activa. ¡Ah! ¡Si nos atreviéramos a penetrarle, cómo le amaríamos! Mas la apatía, la pereza, se contenta con unos cuantos datos muy trillados, con algunos puntos de vista exteriores. La pereza tiene miedo de amar. Y cuanto más se conoce con este conocimiento de corazón, a tanto mayor amor se ve uno obligado.

II

La educación hecha por medio de la Comunión, por medio de Jesús presente en nosotros, nos forma en el amor y hace producir numerosos actos de amor, en lo cual están comprendidas todas las virtudes. Y la manera de educarnos Jesús en el amor es demostrando clarísima e íntimamente cuánto nos ama. Convéncenos de que nos da cuanto es y cuanto tiene y nos obliga a amar con el exceso mismo de su amor para con nosotros. Mirad cómo se las arregla la madre para que su hijo la ame. Pues lo mismo hace nuestro Señor.

Nadie puede daros el amor de Jesucristo ni infundirlo en vuestro corazón. Lo que sí puede hacerse es exhortaros; pero el enseñar cómo se ama está por encima de los medios humanos; es cosa que se aprende sintiendo. Sólo a nuestro Señor incumbe esta educación del corazón, porque sólo El quiere ser su fin. Comienza por dar el sentimiento del amor,

luego da la razón del amor y, finalmente, impulsa al heroísmo del amor. Todo esto no se aprende fuera de la Comunión. "Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis la vida en vosotros." ¿Y qué vida puede ser ésta sino la del amor, la vida activa que no se saca más que del manantial, o sea del mismo Jesús?

¿En qué día o en qué acto de la vida se siente uno más amado que en el de la Comunión? Verdad es que se llora de gozo cuando se nos perdonan los pecados; pero el recuerdo de los mismos impide que la dicha sea cabal; mientras que en la Comunión se goza de la plenitud de la felicidad; sólo aquí se ven y se aprecian todos los sacrificios de Jesucristo y bajo el peso de amor tanto se prorrumpe en exclamaciones como ésta: Dios mío, ¿cómo es posible que me améis tanto? Y levántase uno de la sagrada mesa respirando fuego de amor: *Tanquam ignem spirantes.* No puede menos de sentirse la negra ingratitud que sería no hacer nada en pago de tanta bondad, y tras de sumergirse en la propia nada y sentirse incapaz para todo por sí mismo, pero fuerte con el que está consigo, va luego a todas las virtudes. El amor así sentido engendra siempre abnegación bastante para corresponder fielmente.

Lo que deba hacerse lo indica el amor, el cual, haciéndonos salir fuera de nosotros, nos eleva hasta las virtudes de nuestro Señor y en El nos concentra. Una educación así dirigida lleva muy lejos y pronto. El motivo por el cual tantos cristianos quedan en el umbral de la virtud es porque no quieren romper las cadenas que los detienen y ponerse con confianza bajo la dirección de Jesucristo. Bien ven que si comulgaran les sería preciso darse en pago, porque no podrían resistir a tanto amor. Por eso se contentan con libros y palabras, sin atreverse a dirigirse al maestro mismo.

Oh hermanos míos, tomad por maestro al mismo Jesucristo. Introducidle en vuestra alma para que El dirija todas vuestras acciones. No vayáis a contentaros con el evangelio ni con las tradiciones cristianas, ni tampoco con meditar los misterios de la vida pasada. Jesucristo está vivo; encierra en sí todos los misterios, que viven en El y en El tienen su gracia. Entregaos, pues, a Jesucristo y que El more en vosotros; así produciréis mucho fruto, según la promesa que os tiene hecha: *Qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum.*

LAS MISTICAS BODAS

Gaudeamus et exsultemus, et demus gloriam ei, quia venerunt nuptiae Agni, et uxor ejus praeparavit se.

"Gocemos y saltemos de júbilo, y démosle gloria: pues han llegado las bodas del Cordero y su esposa se ha preparado ya".

(APOC. XIX, 7).

EN la encarnación nuestro Señor se unió con la naturaleza humana, tomando una igual a la nuestra, si bien más pura y sin pecado. La humanidad celebró en el seno de María sus primeras bodas con el Verbo, el cual salvó al mundo con esta naturaleza. Amaba a la humanidad por haberse desposado con ella y por eso le gustaba también tanto llamarse Hijo del hombre, *Filius hominis.*

Pero Jesucristo quiere también desposarse con cada una de nuestras almas, y con este fin instituyó la Eucaristía. Aquí cada día se celebra las bodas de Jesucristo con el alma cristiana. Y son nuestras almas las invitadas, no solamente a asistir a la fiesta, sino a hacerse esposas suyas. ¡Cómo sorprende el que el Verbo Dios nos invite así y nos diga: *Veni, sponsa, veni, coronaberis*: Ven, alma mía, mi esposa, ven a recibir de mi mano la corona nupcial! La única cosa que nos pide es la voluntad de venir. El vestido nupcial nos lo da El mismo en la Penitencia. Pobres, cojos, lisiados, errantes y mendigos, a todos nos dice: Venid, venid a embriagaros a diario con las castas delicias de mi festín nupcial. Nuestro Señor no podía otorgarnos mayor honra. Bien sé que no todos vienen, y muchos por su culpa; esto no obstante, la invitación es para todos. En cuanto a los que por justos motivos se ven impedidos de acercarse cada día, siéntanse felices al ver a hermanos más favorecidos comulgar con mayor frecuencia, y al no quedar nuestro Señor estéril en el copón. Al ver la fiesta de los demás, pensad en la vuestra, que se celebrará cuando seáis más dignos.

Jesús se desposa, por consiguiente, con el alma que comulga, uniéndosela con divina alianza. Es un contrato hecho libremente entre el alma y Jesús, los cuales se unen para no formar más que una sola persona moral. Este contrato

nunca lo rescindirá Jesús por su parte; a nosotros nos toca ser fieles, guardándolo y aun viviéndolo con amor, fidelidad e inquebrantable voluntad de preferir sus obligaciones a todo lo demás.

Esta fidelidad, ¿no la habéis prometido? Jesús os llamaba a uniros con El; y como vuestra pobreza os inclinaba a quedaros atrás; Jesús os ha dicho: Ven, a pesar de todo; yo seré todo para ti. En vista de tanto amor, habéis prometido, en el ardor de la gratitud, ser del todo para Dios, y con eterno lazo os habéis unido con El. Digo eterno porque, ¿quién se atreverá a decir a nuestro Señor: Seré fiel hoy, pero para después nada os prometo? Uno se da para siempre y sinceramente, al menos en cuando al deseo y voluntad actual. Tal es el contrato; Jesús será fiel; no lo rompáis por vuestro lado.

Al unirse la esposa pierde su personalidad y se pone bajo la potestad del hombre, debiéndole obediencia; a él le toca mandar y dirigir la familia, pues es jefe y cabeza.

En esta alianza sacramental tampoco se une el alma con Jesús para seguir siendo dueña de sí misma, sino que viene a sometérsele y darse a El, de tal modo que en adelante deberá tener buen cuidado de escuchar su voluntad, ayudarle y seguirle por doquiera. Ella no es más que esposa; el esposo es Jesús. Pensad en las obligaciones de este magnífico título, pues, os apropiáis el honor, aceptad también las cargas.

Eso de esposa es demasiado elevado para mí; más me vale quedarme como simple sierva del Señor, dicen muchas almas.—Bien; pero la sierva no come en la misma mesa de su Señor.

Pero en esto suele haber muchas veces algo de pereza. Nobleza obliga. Dejad que nuestro Señor os eleve y engrandezca; no tengáis miedo, ya que este honor no proviene de vosotros. Quien os eleva es El y no faltará en daros en dote las necesarias virtudes y gracias para cumplir las obligaciones. Acepta, alma cristiana, con confianza este hermoso título de esposa de Jesucristo, y honra a nuestro Señor con el amor y la delicadeza de una esposa fiel. No digas, por favor, a nuestro Señor que se ha equivocado al adoptarte.

La unión entre el alma y Jesús es mucho más estrecha que cualquiera otra unión. Ninguna hay que pueda comparársele, sean cuales fueren las personas que la contraigan o sus cualidades y recíproco afecto. Verifícase la unión entre el alma y Jesucristo de un modo espiritual y más íntimo aún que

en la transformación del manjar en la substancia de quien lo come. Hasta tal punto llega el alma a identificarse con Jesucristo, que en alguna manera pierde su propio ser para sólo dejar vivir a Jesús: *vivit vero in me Christus.*

En esta unión caben varios grados de intimidad: cuanto más fuerte es el amor, tanto más fuerte es ella, así como la unión de dos pedazos de cera es más o menos perfecta según estén mejor o peor derretidos.

El alma se funde en Jesucristo como la gota de agua se pierde en océano: *Divinae consortes naturae.*

En verdad pudiera Jesucristo limitarse a otorgarnos las gracias necesarias para la salvación. Pero como viera almas generosas que habían de amarle con la abnegación de verdaderas esposas, dijo para cada una de ellas: Me desposaré contigo por toda la eternidad: *Sponsabo te mihi in sempiternum.*—Mas si Jesucristo celebra su matrimonio con nosotros en la Comunión, una sola bastará para consumar la unión. ¿Para qué, pues, comulgar muchas veces?

Es cierto que con una sola vez que comulgásemos, podría Jesús, por lo que a El toca, consumir y perdernos en sí. Ni desea tampoco otra cosa, pues no pone límites a la abundancia del don de sí mismo. Pero estamos tan poco purificados de nuestras escorias y somos materia tan poco apta para fundirnos en El, que resulta necesario que Jesús venga a menudo para renovar la unión, afianzando y acabando la obra de la primera Comunión; cada vez que viene confirma la primera alianza y la hace más pura y estrecha; Jesús no se da con parsimonia, ni depende de El el que la unión sea perfecta, sino que somos nosotros los que no estamos dispuestos y andamos vacilando si perdernos o no en El.

Honremos, por consiguiente, a Jesucristo como a nuestro divino esposo con toda la atención de que seamos capaces. ¡Ah! Como esposas infieles hemos pecado y faltado a nuestros compromisos. ¡Cómo no amarle si a pesar de nuestras faltas Jesús nos ha amado, olvida nuestras culpas y de nuevo nos invita a unirnos consigo! ¡Cómo no prometerle con toda el alma una fidelidad inviolable. ¿Seremos como esas indignas mujeres que, asociadas al trono por príncipes demasiado buenos, se hicieron arrogantes para desdicha de los pueblos? Educadas sin las virtudes propias de una posición tan elevada, llevaron una vida vergonzosa e infiel. ¿Nos conduciremos así nosotros para con Jesucristo?

Nada teníamos, nada éramos; nos amó Jesucristo y compartió con nosotros gloria y riquezas: correspondamos a tan-

to honor entregándole todo por lo mismo que proviene de El sin mérito alguno por nuestra parte y haciéndole entrega de nosotros mismos, puesto que le pertenecemos por tantos títulos.

Si reflexionáramos sobre el amor que Jesucristo nos tiene en el santísimo Sacramento, toda nuestra vida sería un continuo acto de amor y de gratitud.

EL PARA MI Y YO PARA EL

Dilectus meus mihi et ego illi
"Mi amado para mí y yo para El".

CANT., II, 16).

SER poseído de Jesús y poseerle, he ahí el soberano reinado del amor; he ahí la vida de unión entre Jesús y el alma alimentada con el don recíproco de entrambos. El amado es mío en el santísimo Sacramento, porque se me da en don entero y perfecto, personal y perpetuo: así debo ser también yo suyo.

I

Dilectus meus mihi.—En cualesquiera otros misterios, en todas las demás gracias, Jesucristo nos da alguna cosa: su gracia, sus merecimientos, sus ejemplos. En la sagrada Comunión se da por entero a sí propio. Se da con entrambas naturalezas, con las gracias y merecimientos de todos los estados por donde pasó. ¡Qué don! *Totum tibi dedit qui nihil sibi reliquit:* Quien lo da todo es el que nada guarda para sí. ¿No es así el don eucarístico? ¿De dónde sino de su Corazón abrasado de ilimitado amor al hombre le pudo nacer a nuestro Señor el pensamiento de darse en esta forma? ¡Corazón de Jesús, Corazón infinitamente liberal, sed bendito y alabado por siempre!

Como Jesucristo nos ama a cada uno individualmente, se da también a cada uno de nosotros. Poco suele conmover el amor general. Mas al amor que personalmente se nos demuestra ya no resistimos. Hermosísimo es el que Dios haya amado al mundo; pero que me ame a mí, que me lo diga y que para persuadirme de ello se me dé: he aquí el triunfo de su amor. Porque Jesús viene para mí; podría decir que viene para mí solo. Soy el fin de este misterio de poder y amor infinitos que se realiza sobre el altar, pues en mí tiene su término y en mí se consuma. ¡Oh amor! ¿Qué os podré dar en correspondencia? ¡Ocuparse así Jesucristo en pensar en mí, pobre criatura; llegar a ser yo el fin de su amor! ¡Oh, vivid, Dios mío, y reinad en mí; no quiero que me hayáis amado en balde!

No se arrepiente Dios de habernos hecho este magní-

fico don, sino que lo hace para siempre. No deja de inspirar algún temor o tristeza una felicidad que debe acabar un día, y hasta el cielo dejaría de serlo si hubiera de tener fin, porque la bienaventuranza que nos proporcionase no sería del todo pura y sin mezcla. La Eucaristía, al contrario, es un don perpetuo que durará tanto como el amor que la ha inspirado. Contamos para creerlo con una promesa formal. Jesús sacramentado cerrará la serie de los tiempos, y hasta el fin del mundo se quedará con la Iglesia, sean cuales fueren las tempestades que se desencadenen.

¡Qué felicidad la mía! ¡Si tengo a Jesús en mi compañía, en mi posesión y en mi propiedad! Y nadie puede arrebatármelo. Como el sol, lo encuentro en todas partes, todo lo alumbra y vivifica. Me seguirá y me sostendrá hasta el puerto de salvación, como compañero de mi destierro y pan de mi viaje. ¡Oh! ¡Dulce destierro, amable viaje en verdad el hecho con Jesús en mí!

II

Et ego illi.—Debo ser para Jesucristo del propio modo que El es para mí, sin lo cual no habría verdadera sociedad.

Ahora bien: así como Jesús no piensa ni trabaja sino para mí, así no debo yo vivir más que para El. El debe inspirar mis pensamientos y ser el objeto de mi ciencia (si no, no le pertenecería mi entendimiento), el Dios de mi corazón, la ley v el centro de mis afectos. Todo amor que no sea según El, todo afecto que de El no proceda, ni more en El, ni le tenga por fin, impide que la unión de mi corazón con el suyo sea perfecta. No le doy de veras mi corazón, si me quedo con algo del mismo.

Jesús debe ser la soberana ley de mi voluntad y de mis deseos. Lo que El quiere, quiero yo; no he de tener más deseos que los suyos. Su pensamiento debe regular los movimientos todos de mi cuerpo e imponer a sus sentidos modestia y respeto de su presencia. Lo cual no es otra cosa que el primer mandamiento en acción: *Diliges,* amarás a Dios con todo tu corazón, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas (1).

El amor es *uno* en su afecto y universal en sus operaciones; todo lo guía con arreglo a un solo principio, que aplica a todos los deberes, por variados que sean.

¿Soy enteramente de Jesús? Es esto para mí deber de

(1) Marc., XII, 30.

justicia más aún que de amor y de fidelidad a la palabra dada, que Jesús ha aceptado y sancionado con sus gracias y favores.

Jesús me da su propia persona por entero; luego yo le debo dar todo mi ser, mi persona, mi individualidad, mi yo. Para hacer esta entrega, menester es que renuncie a ser mi fin en cosa alguna, que renuncie a toda estima propia y final, esto es, a la estima que, sin ir más lejos, me tuviera a mí por fin a causa de las cualidades, talentos o servicios que hubiere prestado. Con la delicadeza de una esposa, que no quiere cautivar más que el corazón, ni admite más atenciones que las de su esposo, he de renunciar a todo afecto que sólo fuera para mí.

Como no sea para conducirlos a Jesús, único que lo merece, no quiero que otros me profesen cariño.

Dar mi personalidad es renunciar a mi yo en los placeres, ofreciéndoselos a Jesús, es guardar en mis penas para El solo el secreto de las mismas. Jesús no llega a vivir en mí sino cuando se trueca en la personalidad, el yo que recibe la estima y el afecto que se me profesa; en tanto no sea así, soy yo quien vivo y no El solo.

Finalmente, para corresponder al perpetuo don que de su Eucaristía me hace Jesús, debo yo ser siempre suyo. Los motivos que tuve para comenzar a amarle los tengo también para continuar amándole, y aun mayores, porque van siempre creciendo y cada día que pasa urgen más por cuanto todos los días renueva Jesús para mí sus prodigios de amor.

Debo, por tanto, pertenecerle con igual entrega y donación en toda vocación, en cualquier estado interior, lo mismo al llorar de pena como en el tiempo del gozo, en el fervor como en la aridez, así en la paz como en la tentación, en la salud como cuando se sufre; como quiera que Jesús se me da en todos estos estados, debo ser para El en unos como en otros.

Debo asimismo pertenecerle en cualquier empleo: los diversos trabajos a que su providencia me destina no son más que apariencias exteriores, diferentes formas de vida; en todas ellas se me da Jesús, pidiéndome que por mi parte le haga donación de mí mismo.

¿Quién me separará del amor de Cristo que está en mí y en mí vive impulsándome y apremiándome a que le ame? Ni la tribulación, ni la angustia, ni el hambre, ni la desnudez, ni el peligro, ni la persecución, ni la espada; todo esto lo sobrellevaremos por amor de quien tanto nos amó primero.

III

Puede uno ser para Jesús de tres maneras.

Primero por el amor de la ley, que cumple con el deber y con eso se contenta. Este amor es necesario a todos, es el amor de la conciencia que tiene por norma no ofender a Dios. Caben en él varios grados y puede llegar a una gran perfección.

Pensando en lo que Dios, como creador, redentor y santificador, tendría derecho a exigirnos, es para asombrarse que tenga a bien recompensar este primer amor. Hácelo, con todo, su inmensa bondad, y el que no practicara más que esta fidelidad al deber llegaría a ganar el cielo. ¡Pero muchos, triste es decirlo, ni aun esto quieren!...

Viene en segundo lugar el amor de abnegación, que es el de tantas almas santas que en el mundo practican las virtudes de la vida cenobítica: vírgenes fieles, verdaderos lirios entre malezas, solícitas espósas que gobiernan la familia con la mira puesta en Dios y no educan a sus hijos más que para su gloria, viudas consagradas a servirle en las obras de oración y de asistencia al prójimo; éste es también el amor que conduce al monasterio a los religiosos. Es grande este amor, libre y tierno; mueve el alma a ponerse a disposición del divino beneplácito, y da mucha gloria a Dios: es el apostolado de su bondad.

Pero por encima de todos campea el amor real del corazón, que es el del cristiano que da a Dios, no sólo su fidelidad y piedad y libertad, sino también el placer de la vida. Sí; hasta el placer, hasta el legítimo goce del placer de la piedad, de la vida cristiana, de las buenas obras, de la oración y de la Comunión.

Ofrecer en sacrificio a Dios, a su beneplácito, los gozos y placeres espirituales, ¿quién lo hace?

Renunciar al contento y a los placeres íntimos y personales o sufrir amable y silenciosamente para Jesús, único confidente, consolador y protector, ¿a quién se le ocurre semejante cosa? Pero ¿será esto posible? Sí; es posible para el verdadero amor. No consiste en otra cosa la verdadera delicadeza del amor, su verdadera eficacia y hasta diré que su inefable dicha: *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.* Reboso de gozo en medio de mis tribulaciones, exclamaba san Pablo, aquel gran amante de Jesús.

¡Ojalá podamos también nosotros decir: Jesús me basta; le soy fiel; su amor es toda mi vida!

LA COMUNION, SACRAMENTO DE UNIDAD

Sicut tu, Pater, in me, et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint.

"Como tú, ¡oh Padre!, estás en mí, y yo en ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros".

JOANN., XVII, 21).

LA obra de divina rehabilitación por la Comunión realizada, es coronada con la unión de Dios con el hombre. ¡Comunión! ¡Cuán significativo es este solo término!

Por la encarnación la naturaleza humana se unió a la divina con unión de persona, y por eso, viendo el cuerpo de nuestro Señor, se veía a Dios. Ahora bien: Jesucristo, Dios y hombre viene a nosotros y obra un misterio análogo al obrado en el seno de María. Hablando de la dignidad del sacerdote, decía san Agustín: *O dignitas venerabilis sacerdotum, in quorum manibus velut in utero virginis de novo incarnatur!* De las manos del sacerdote viene la Eucaristía a nuestro cuerpo y uniéndose con nosotros prolonga, extiende la encarnación a cada hombre en particular. Al encarnarse en María, tenía el Verbo puesto en sus ojos en esta otra encarnación, y esta unión particular de la Comunión ha sido uno de los fines de su venida al mundo; la Comunión es el desenvolvimiento completo, la floración de la encarnación, así como es también el complemento del sacrificio augusto del calvario cada mañana renovado en la misa. Con el fin de unirse al sacerdote y a los fieles baja Jesucristo en la consagración, y un sacrificio sin la Comunión sería incompleto.

Unense, pues, el cuerpo de Jesucristo con nuestro cuerpo y su alma con nuestra alma, cerniéndose su divinidad sobre ambos. Nuestro cuerpo es, por así decirlo, engastado en el de Jesucristo, el cual, como nos gana en dignidad y nobleza, nos envuelve y nos domina y nos fundimos en El con unión inefable. ¡Qué cosa más magnífica esta unión de un cuerpo glorioso y resucitado con nuestra mísera naturaleza! Aunque nuestros ojos terrestres no lo vean, este espectáculo es visible a los ángeles y a Dios, es un espectáculo celestial. Cuando se derriten juntamente dos trozos de cera bajo la acción del fuego, mézclanse y no hacen más que una, por más que allá

queden y puedan separarse los elementos de uno y otro. En la Comunión se verifica igual unión. Verdad es que al consumirse las especies perdemos esta presencia corporal; pero en tanto el pecado no expulse a nuestro Señor, nuestro cuerpo sigue participando de la virtud del de Jesucristo, del cual recibe fuerza, gracia, integridad y buenas costumbres; se enriquece con la savia de nuestro Señor y se espiritualiza. ¿No sentís que después de la Comunión quedan amortiguadas las pasiones y la paz reina en vuestros miembros? Hay altas calenturas que se curan con hielo. Jesús cura el ardor de nuestra concupiscencia con la pureza de su cuerpo virginal. San Cirilo dice que por la Comunión nos hacemos consanguíneos de Jesucristo: *Consanguinei et concorporei.* Somos transformados en El: *Nec tu me in te mutabis, sicut cibum carnis tuae, sed tu mutaberis in me. Inmiscemur,* somos mezclados con Jesús, dice san Juan Crisóstomo. Dejemos, por tanto, que nuestro cuerpo se reforme en este molde divino y en él desarrolle para la gloria.

¿Y el alma? Jesucristo va derecho a ella. Dícele: Quiero desposarme contigo para siempre: *Sponsabo te in sempiternum.* El blanco de Jesús en nosotros es sobre todo el alma. El cuerpo no es más que una antecámara: Nuestro Señor lo honra primero, pero no hace más que pasar por él, mientras el alma recibe a Jesús y participa de su vida divina, quedando como perdida en El. Comienza Jesús por darle cierto sentimiento de su bondad que la penetra, sin aun pedirle cosa en retorno. Este sentimiento de bondad experiméntase inmediatamente cuando se tiene buen cuidado de ponerse a considerar solamente la bondad de nuestro Señor: Jesús es semejante al sol de la mañana, que al levantarse da nueva vida y alegría a todo.

Nuestro Señor quiere comunicarse con la mayor abundancia posible; ahora, cada uno le recibe según su capacidad y sus disposiciones. Al alma bien dispuesta da una vida robusta, una resolución generosa que la mueve a jurar eterna fidelidad a su esposo. Busca desde entonces lo que a El le gusta, lo que pudiera agradarle: recibe el sentido de nuestro Señor, ese tan delicado sentido con que Jesús discierne las cosas que miran a la gloria de su Padre, ese sentido que lo juzga todo desde el punto de vista divino. Cuando un alma no lo ha recibido, se busca en todo a sí misma, y ni siquiera al comulgar piensa en otra cosa que en las dulzuras que pueda sacar de nuestro Señor. La delicadeza es la flor del amor.

Al alma delicada comunica, además, Jesucristo la gracia del olvido de sí misma, de total entrega del yo. Es preciso que un alma que comulga llegue a amar a nuestro Señor por nuestro Señor mismo; hay que saber darse sin decir: ¿Qué recompensa recibiré en pago? No ama de veras quien pide recompensa por todo lo que hace. Vivir de Jesús para sí está bien; pero vivir de El para El es mucho mejor. Ved lo que Jesucristo pide a San Pedro: "¿Me amas?—Sí, Señor, os amo.—¿Me amas más que todos los demás?" San Pedro vacila; llora, y sus lágrimas son una confesión de lo mucho que desea amar más que todos los demás. Nuestro Señor se contenta con eso y le da a apacentar sus corderos y sus ovejas, cargándole con el mayor peso que haya llevado hombre alguno; pero sin prometerle nada de recompensa. Nuestro Señor quiere que nos olvidemos. A cuantos le aman de veras les pide que se pierdan a sí mismos y que generosamente y sin tasa se remitan a El para todos los intereses propios, así espirituales como corporales, para el tiempo como para la eternidad. Mostrar desconfianza, pedir fianzas, hacer reservas, suele ser ordinariamente señal de pereza. Decir a Dios que le amamos cuando nos colma de ternura, es bien poca cosa; en la tempestad es cuando hay que decir con Jacob: *Etiam si occiderit me, in ipso sperabo*. Aquí damos algo de nosotros mismos, mientras que allá de lo que sobreabunda. Cierto que nuestro Señor no busca su propio interés en el amor que nos atestigua; ninguna necesidad tiene de nosotros, sino que nos ama para nuestro propio bien, para hacernos felices. Todo nos lo pide; no nos paremos a pensar en lo que recibiremos si queremos amarle con todas las veras con que El nos ha amado. ¿Quiere decir esto que no seremos recompensados, que nos habremos de quedar sin nada en cambio de esta donación absoluta? Por cierto que no. Cual una madre que, para probar su amor, pide a su hijo le dé todos los juguetes y, satisfecha de ver que le ama por encima de todo, se los devuelve luego con otros más hermosos. Nuestro Señor nos pide todo para después darnos más todavía.

Ea, almas que vivís de la Comunión, dadlo todo a nuestro Señor: obras, merecimientos y corazón con todas sus aficiones, aun las más permitidas, aun las más legítimas. Es difícil esto; es la agonía del pobre corazón humano; pero cuando se piensa a quien se lo damos, ¡oh, cuán pronto se resuelve uno!

La Comunión es asimismo el medio por el que nuestro Señor obliga a su Padre para con nosotros. Si el Padre ce-

lestial no nos recompensara más que según nuestros méritos personales y como criaturas, nunca podríamos lograr otra cosa que una felicidad natural. Pero nuestro Señor ha formado sociedad con nosotros, renovándola y estrechándola mediante la Comunión, y de esta suerte muestra a su Padre cuánto nos ama y cuánto desea que estemos unidos con El; y el Padre se ve como obligado a coronarnos juntamente con su Hijo, pues no puede separar la cabeza y el corazón de los demás miembros; la Comunión nos da acceso tan fácil al cielo, que casi se atrevería uno a decir que nos introduce en la gloria como por sorpresa.

Pero veamos ahora lo más sublime. Jesucristo no vivió en la tierra más que para gloria de su Padre. No quiso que al dejar la tierra cesase su Padre de recibir el homenaje de sus actos teándricos, por lo que continuando y multiplicándose en los buenos comulgantes, presenta éstos a su Padre, diciéndole: He venido a gozar de mi gloria a vuestra derecha; pero encárnome de nuevo en todos estos cristianos para honraros una vez más por ellos y en ellos: con ellos y conmigo quiero hacer un solo religioso de vuestra gloria.

¡Oh! ¡Quién no ha de admirar el modo con que nuestro Señor ha sabido hermanar la gloria de su Padre con nuestra felicidad! ¿Quién comprenderá esta maravilla del Hijo para con su Padre y para con nosotros? ¡Qué industria más divina para hacernos participantes de la gloria y hacernos merecer una recompensa más abundante!

Sea, pues, la Comunión el centro de nuestra vida y de nuestras acciones. Vivid para comulgar y comulgad para vivir santamente y glorificar a Dios en vosotros, que magníficamente os glorificará El un día en su eternidad bienaventurada.

LA VIDA DE AMOR

Nos ergo diligamus Deum, quoniam Deus prior dilexit nos.
"Amemos, pues, a Dios, ya que El nos amó el primero".
(I JOANN., IV, 19).

EL alma que quiere alcanzar la cumbre de la perfección evangélica y llegar hasta la vida de Dios, desde el principio debe fundarse bien en el amor, porque es una verdad cierta que el amor hace la vida: cual es el amor, tal es la vida. Nada hay que cueste al amor que quiere quedar satisfecho de sí mismo. El hombre es así: para que se sacrifique y se dé, hace falta ganarle el corazón; ganado éste, ganada está también la vida.

El amor es la primera de nuestras pasiones y la que arrastra todas las demás. Amamos un bien y hacia él vamos; tememos u odiamos un mal y huímos de él; nuestro corazón se resiente de gozo o de alegría según esperemos lograr un bien o temblemos de no poder huir de un mal; el amor precede siempre a los movimientos de nuestras pasiones y las arrastra en pos de sí.

Enséñanoslo también la naturaleza. Para educar y hacer obedecer al hijo, comienza la madre por hacerse amar de él, y para conquistar su amor le prodiga el suyo, amando la primera para ser amada.

Así es cómo obra Dios con el hombre, hechura suya.

Dios ha depositado la fuerza del hombre en su corazón y no en su espíritu ni en su cuerpo, obrando con él de igual suerte que la madre con el hijo. Muéstrame al hombre por sus dones y por sus beneficios, creándolo todo para su servicio.

Más tarde se le hace visible en estado de anonadamiento por medio de la Encarnación. Jesucristo ama al hombre; le revela que no ha bajado del cielo más que por amor, para hacerse compañero y hermano suyo, para vivir con él, compatrir sus trabajos y penas y compararle las riquezas de la gracia y de la gloria. Jesucristo es, por lo mismo, para el hombre, la manifestación del Dios de toda bondad y de toda caridad.

Por amor hacia él muere en lugar suyo, haciéndose víctima de sus pecados y respondiendo de los mismos.

Para que ni aun glorioso, después de consumada su obra de redención, se separe de él, instituye la Eucaristía, que perpetúe su presencia en la tierra y atestigüe de modo sensible la vitalidad de su amor.

Cuando el pecador le ofende, Jesucristo es el primero en salirle al encuentro ofreciéndole perdón. A no ser por este sentimiento de amor que pone en el corazón del pecador, nunca llegaría éste a arrepentirse. Y cuando con diabólica malicia rehusa la gracia del perdón para no verse obligado a la enmienda, Jesucristo le cubre con el manto de su misericordia y lo hurta a los golpes de la justicia de su Padre implorándo para él gracia y paciencia, sin que su bondad se canse; aguarda años y más años, y cuando el corazón llega a abrirse al arrenpentimiento, como el padre del pródigo, no tiene Jesús más que palabras de bondad para el pecador penitente. ¡Cuán bueno es, por tanto, Jesucristo! ¿Cómo es posible ofenderle, darle pena y negarse a corresponder a su amor?

II

Pero lo que da al amor de Dios mayor fuerza y eficacia es el ser personal y particular a cada uno de nosotros, lo mismo que si estuviéramos solos en el mundo.

Un hombre bien persuadido de esta verdad, a saber, de que Dios le ama personalmente y de que sólo por amor a él ha creado el mundo con cuantas maravillas encierra;

Que sólo por amor a él se ha hecho hombre y a querido ser su guía, servidor y amigo, su defensor y su compañero en el viaje del tiempo a la eternidad;

Que sólo para él ha instituído el bautismo, en que por la gracia y los merecimientos de Jesucristo se hace uno hijo de Dios y heredero del reino eterno;

Que sólo para él le da al Espíritu santo con su persona y sus dones;

Que sólo para sí recibe en la Eucaristía la persona del Hijo de Dios, las dos naturalezas de Jesucristo, así como su gloria y sus gracias;

Que para sus pecados tiene una omnipotente y siempre inmolada víctima de propiciación;

Que en la penitencia Dios le ha preparado un remedio eficaz para todas sus enfermedades, y hasta un bálsamo de resurrección de la misma muerte;

Que para santificarle ha instituído el sacerdocio, que llega hasta él mediante una sucesión nunca interrumpida;

Que ha querido santificar y divinizar el estado del matrimonio, haciendo del mismo el símbolo de su unión con la Iglesia;

Que le ha preparado un viático lleno de dulzura y de fuerza para su hora suprema;

Que para guardarle, ayudarle, consolarle y sostenerle ha puesto a su disposición a sus ángeles y a sus santos, hasta a su propia augusta Madre;

Que le ha preparado un magnífico trono en el cielo, donde se dispone a colmarle de honores y de gloria, donde su manjar será ver a la santísima Trinidad y gozar de Ella, a la que contemplará y abrazará sin velos y sin intermediario alguno:

Un hombre bien penetrado de todo esto debiera estallar de amor, vivir de amor y consumirse de amor. ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo es posible que haya un solo pecador, un solo ingrato en la tierra?

¡Ah, es que no se conoce vuestro amor, es porque se tiene miedo de conocerlo demasiado! Huímos de él por esclavos de una criatura o del amor propio. Uno hace de su cuerpo un dios; quiere ser amado del mundo, compartir sus placeres, recibir sus alabanzas y sus glorias; quiere, en una palabra, vivir para sí.

Dejad, ¡oh adoradores!, a los esclavos del mundo servilmente atados a su carro de triunfo, declarad guerra al enemigo de vuestro Dios, sacrificadle el amor propio, abrazad la ley de su amor, ¡y nunca habréis disfrutado de felicidad mayor! La virtud os resultará como necesaria y natural; os aficionaréis a sus combates; los sacrificios que os costase os parecerán amables. El amor es el triunfo de Dios en el hombre y del hombre en Dios.

III

Toda la perfección de un orador consiste en continuamente darse por amor a nuestro Señor, por lo mismo que la vida de que disfruta no es sino una creación continua de su bondad, un tejido de beneficios. Cuanto más puro sea vuestro don, tanto mayor será su perfección. ¡Fuera condiciones y reservas en el real servicio de Jesús! Amar puramente es amar a Jesucristo por El mismo, por lo que es, porque me-

rece nuestro amor desde todos los aspectos. "¿No puedo acaso, dice san Francisco de Sales, acercarme a una persona para hablarle, para verle mejor, obtener alguna cosa, aspirar los perfumes que lleva o para apoyarme en ella? Me acerco, pues, y me junto con ella; pero lo que pretendo ante todo no es aproximarme ni unirme, sino que de esto me sirvo como de medio y disposición para lograr otra cosa. Si llego a acercarme y juntarme con ella sin otro fin que el de estar cerca y gozar de esta proximidad y unión, será entonces la mía una unión pura y simple." "Jacob, dice san Bernardo, que tenía a Dios bien agarrado, no tuvo reparo en dejarle, con tal de recibir su bendición; mientras que la esposa de los Cantares no le deja por más bendiciones que le dé: *tenui eum nec dimittam;* lo que ella quiere no son las bendiciones de Dios, sino al Dios de bendiciones, diciéndole con David: "¿Qué puedo buscar en el cielo para mí o qué deseo en la tierra sino a Ti? Tú eres el Dios de mi corazón y mi herencia para siempre."

¿Cómo lograr esta vida, este estado de amor? Es muy fácil. El hombre es amor; ni necesita aprender para amar y darse. Pero lo que despierta al amor, lo nutre y eleva hasta la categoría de la más noble de las pasiones de la vida, es la visión y la contemplación del objeto amado; es la verdad conocida de su bondad y belleza, en una bondad del todo personal para cada uno de nosotros. Fijaos en san Pablo. Ha visto a Jesucristo y oídole; al punto ha comprendido el amor de la Cruz y exclama: "Jesús me ha amado y se ha entregado por mí: *Christus dilexit me et tradidit semetipsum pro me!*" Este pensamiento le hace llorar de pura ternura; su corazón se dilata bajo la acción poderosa de este fuego de amor de Jesús. También él quiere hacer algo grande por amor a quien tanto le ha amado y llama a su socorro a los sacrificios más penosos; a todos los tormentos, muertes y potencias desafía que no le separarán del amor de su señor Jesús. *Charitas Christi urget nos.* La caridad de Jesucristo le apremia. Demasiado pequeño es el mundo para el ardor de su amor; quisiera amar con el corazón de todos los ángeles y de todas las criaturas. Nada extraño, por tanto, que se dé del todo a convertir almas y unirlas todas a Jesucristo, pues fruto muy natural y sencillísimo es éste en el verdadero amante, que quisiera amar a Dios tanto como es amado de El, amar a Jesús tanto como este buen Señor lo merece.

¿Queréis vivir del amor y sentiros felices con esta vida de amor? Pues permaneced constantemente pensando en la

bondad de Dios, siempre nueva para vosotros, y seguid en Jesús el trabajo de su amor por vosotros. Dad comienzo a todas las acciones con un acto de amor. En las adoraciones comenzad por un acto de amor y abriréis deliciosamente el alma a la acción de Jesús.

Por comenzar por vosotros mismos, os paráis en el camino; y si dais comienzo por un acto de otra virtud erráis la senda. ¿No abraza el hijo a la madre antes de obedecerle? El amor es la única puerta del corazón.

Cuando tengáis que cumplir algún deber costoso, haced primero un buen acto de amor. Decid: Os amo, Dios mío, más que a mí mismo, y para probároslo hago muy de corazón este acto de caridad, de abnegación, de paciencia. Porque tan pronto como vuestro corazón haya producido este acto de amor, respecto de Dios es como si la acción difícil estuviese ya realizada, y en cuanto a vosotros habrá ella cambiado de naturaleza. Lo que ofrece dificultad y alimenta repugnancia a nuestros deberes y a la práctica de la virtud es el amor propio. Pues bien; el primer efecto del amor cuando reina en un alma es hacer guerra continua al amor propio, o lo que es lo mismo, a la sensualidad de la vida, a la ambición del corazón, al orgullo del entendimiento, al espíritu mundano que no es sino mentira y egoísmo.

Cuanto mayor es el amor divino de un corazón, tanto más militante llega a ser. No se contenta con rechazar el mal, sino que va más lejos, hasta hacer consistir la virtud en la mortificación, en la inmolación, que es liberación perfecta, completo desprendimiento de sí mismo.

El segundo efecto del amor es el ser inspirador habitual de la vida y regla inflexible e invariable de todos los actos.

¿Qué quiere Jesucristo en este momento? ¿Hay algo que redunde en gloria suya en tal pensamiento, deseo o acción?

Así es la ley del verdadero amor. No mira a lo que da, sino a lo que merece el Amado.

LA PERFECCION DEL AMOR

Suspectus est mihi amor cui aliud quid adipiscendi spes suffragari videtur.

Amor babet proemium, sed idquod amatur.

Praeter se non requirit causam. non fructum: amo quia amo; amo ut amem.

"El amor que espera obtener alguna otra cosa que no sea el amor mismo se me hace sospechoso.

Hay un premio para el amor, pero es el objeto del amor.

El amor no necesita ninguna otra causa ni fruto: amo porque amo; amo para amar".

(SAN BERNARDO, serm. XCV, in Cant).

I

HAY dos clases de amor de Dios. Con el primero amamos a Dios por nosotros mismos, a causa de los beneficios y de la recompensa que nos tiene preparada en el cielo. Uno se ama a sí mismo en Dios: es el amor de la ley. Es bueno este amor, muy bueno; el único que pide a todos el primer mandamiento. No puede exigirse más en estricto rigor; poseyéndolo se salva uno. Glorifica la bondad, liberalidad y munificencia de Dios para con nosotros y esto está muy bien.

Pero la gratitud que deben algunas almas por razón de los beneficios privilegiados que de Dios han recibido les obliga a más. Dios nos ha colmado de gracias; no os ha dado tan sólo lo suficiente, sino hasta el exceso. En correspondencia, no os habéis de contentar con ser como el jornalero, el criado o el mercenario, pues que vuestras gracias os dan derecho a ser hijos de la familia. Y el hijo no trabaja solamente por el incentivo del salario. Su ley es el amor, que carece de límites. La medida del amor, dice san Bernardo, es amar sin medida: *Modum diligendi Deum est diligere sine modo.* Cierto que Dios no os ha obligado a tanto; pero es con el intento de proporcionaros la dicha de amar más allá de lo que pide. Y, además, ¡debiera avergonzarnos el que Dios se vea obligado a darnos la orden de amar! ¡Cómo!

¿Será necesario que a nosotros, criaturas racionales, colmados de sus dones, a nosotros que hemos visto el inmenso amor que nos profesa, tenga que decirnos: Amadme más que a las criaturas, más que el oro y los placeres, y a trueque de este amor os daré el paraíso? ¡Ni ese amor, ¡ay!, da el hombre a Dios!

En cuanto a nosotros, llamados por Dios a ser amigos suyos, ¿nos habremos de contentar con eso? No, mil veces no. Demasiado liberal es Dios respecto de nosotros para que no lo seamos respecto de El. Pues nos deja el campo libre, amémosle cuanto podamos. Esta libertad mueve al heroísmo del amor. Se quiere complacer, dar una grata sorpresa, y se hace mucho más que lo que se hiciera de tener fijada de antemano la labor. Dios nos ha dicho: *Sponsabo te mihi in sempiternum;* me desposaré contigo para siempre, y la esposa debe darse toda al esposo, perderlo todo, dejar todo por él: patria, parientes, familia, hasta su propio nombre y personalidad. *Erunt duo in carne una.*

Así es también el amor puro de Dios: Os amo, Dios mío, por Vos y sólo por Vos. No se excluyen el cielo ni la esperanza; pero no se hace consistir en ellos el motivo habitual y dominante. Bien sabemos que Dios será bueno y generoso con nosotros, si nosotros lo somos para con El. Lo que se dice es: Aun cuando no hubiera paraíso para recompensar mi amor, yo, Dios mío, os amaría, porque por ser quien sois, merecéis todo mi amor. Toda la recompensa que ambiciono es amaros: *Fructus amoris, usus ejus.* Haga lo que hiciere, lo haré para mostraros mi amor.

¿Y qué es eso para un Dios que tanto nos ama? Por cierto, no gran cosa. Eso hasta en la vida natural se hace. Ved a los pobres niños de París que desde tierna edad trabajan todo el día en las fábricas para sus pobres padres; se sacrifican por ellos y lo tienen por la cosa más sencilla; miran al amor y para nada piensan en lo que les cuesta el trabajo. Su propio amor es la recompensa: *Amor habet praemium sed id quod amatur.* ¿No hemos de hacer tanto por Dios? ¿Dejaremos que un padre de la tierra sea mejor tratado que nuestro Padre que está en los cielos? ¡Pero, padres y madres, si lo habéis hecho para vuestros hijos, sacrificándoos para su bien, únicamente por ellos! ¡Si todo el mundo lo hace! ¿Ocurre en la calle una desgracia a un transeúnte? Al punto corréis a su socorro, sin embargo de que no le conocéis ni esperáis de él salario alguno. Siendo esto así, ¿cómo no sufrís por El, al ver que Dios es blasfemado, que Jesucristo vuelve a su-

frir de nuevo su pasión? ¿Por qué no os abnegáis por su gloria?

Que nadie diga: Eso es demasiado para mí. La primera necesidad del amor es darse en mayor medida de lo que se debe. El demonio nos sugiere a menudo este consejo: No trates de practicar este amor de abnegación; bueno es para los santos, pero no has de tener tanto orgullo como para contarte entre ellos.

¡Pero si no hay asomo de orgullo en eso! Amad sin medida y tened bien entendido que cuanto más améis, mejor comprenderéis vuestra nada y la santidad y majestad divinas.

¡Cuán inconsecuentes somos! Decimos siempre: Quiero quedarme a los pies de nuestro Señor, pues soy indigno de subir más arriba. ¡Cómo! ¿A los pies de nuestro Señor! ¡Si es el puesto de la Virgen santísima! ¿Os tenéis por dignos de tanto?

No pongáis tanto los ojos en aquello a que tengáis derecho ni en lo que merecéis; antes decid siempre: No he hecho lo bastante; más tengo de amar; he de ir siempre amando más y más. Nadie acá abajo merece ser amado por sí mismo y para sí mismo, sino tan sólo por el divino reflejo que en sí lleva. Mas Dios es nuestro supremo fin y merece que se le ame por sí mismo, pues es la santidad, el amor increado e infinito. Conocedle más y más, progresar continuamente en su amor, que nunca llegaréis a amarle cuanto merece. Un alma de oración crece siempre en amor, por lo mismo que comprende lo que es Dios: llega hasta amarle por medio del mismo Jesucristo, que inspira su amor y lo reviste de sus infinitos méritos; llega a amarle con amor en alguna manera infinito, que no podrá recompensarse dignamente sino con un infinito y eterno premio, pues es el mismo Jesús quien en ella ama.

Amad, por consiguiente; dad siempre, sin temor alguno a que deis demasiado. No pone nuestro Señor límites al amor que aconseja a sus amigos: "Amadme como me ha amado mi Padre y como yo mismo os amo; morad y vivid en el infinito amor con que amo a mi Padre." Amemos, por consiguiente, a Dios por El mismo, a causa de sus excelencias y porque lo merece, y sea éste el motivo que encauce y domine nuestra vida.

II

Para lograrlo, haced en primer lugar todo para su gloria; rendidle homenaje con todo lo que de bueno haya en vos-

otros u os proporcionéis por vuestras acciones. ¿Que para qué este sacrificio? Pues para dar gracias a la divina bondad, para glorificar el amor de Dios. Volved a menudo con gratitud sobre esta bondad: dadle gracias y alabadle; exaltadle, no tanto por lo que un día os ha de dar, cuanto por lo bueno, santo y feliz que es en sí mismo, y también porque os da conocer su bondad y felicidad y porque tiene a bien manifestarse a vosotros.

Sea en segundo lugar su voluntad la regla soberana de todo vuestro obrar. En cuanto ocurra, decid sin titubeos ni temores: Así lo quiere Dios y yo también. Su voluntad es la expresión de la bondad que me tiene. Cumplid todos vuestros deberes conforme a este pensamiento.

¿Que por qué querrá Dios esto más bien que aquello? Es cosa que no me inquieta. Sería una falta de confianza y de respeto el preguntárselo. ¿No es acaso la misma bondad y sabiduría? ¿Por ventura no quiere mi bien y su gloria? ¿Puede haber algo imprevisto para El?

Querer conocer los motivos de la voluntad divina es, en último resultado, obedecer a la voluntad propia.

Sabéis que Dios quiere una cosa; eso basta lo demás no os concierne.—Pero es difícil.—¿Qué importa? Es cosa en que sólo Dios tiene que ver. ¡Vos, oh Dios mío, lo queréis! Lo demás va de por sí.

Tal es la obediencia ciega y pasiva; se obedece únicamente porque Dios es nuestro dueño. Así obró nuestro Señor durante toda su vida. "Ya está acabada la obra que me habéis encomendado. No puedo hacer ni decir nada si no es por orden de mi Padre." No bajó sino porque fué enviado por su Padre y para hacer en todo, libremente y por amor, su santa voluntad.

¿Cómo conocer la voluntad de Dios? Primeramente por los deberes que habéis de cumplir, por vuestros deberes de estado, sean cuales fueren. Cuando el deber nada diga, en el tiempo libre, hasta lo que sea del gusto de Dios podréis hacer si amáis de veras.—Quiero amar a Dios más que a mí misma, dice el alma amante. Dos cosas me conducen a Dios: la una me cuesta más, pero también agrada más a Dios, y ésta tengo de hacer.—Nada de incertidumbres ni de titubeos: de antemano y en todo quiero lo que mayor gusto dé a Dios. El estar mirando a lo que se da arguye no tener espíritu de familia: *Hilarem datorem diligit Deus*. Puro amor propio es el que os mueve si hacéis lo que a vosotros os gusta más y menos os cuesta; no satisfacéis más que a vosotros mismos.

En realidad nada hay que cueste al corazón amante. Cuando os cuesta dar algo a Dios no lo deis, que mucho más vale no darlo que darlo de mala gana. Claro que no hablo del hombre carnal, que siempre anda quejumbroso y no puede menos de quejarse; cómo le quitáis todo y le crucificáis, natural es que grite; dejadle gritar. Mas la voluntad superior, el hombre espiritual, debe dar sin que le pese. Es indudable que en la vida natural se hacen muchos sacrificios costosos, y se hacen sin lamentarse a quien los pide; bien merece Dios que obremos con él con igual generosidad.

Finalmente, y aquí se logra la perfección del amor, el alma amante llega a cifrar los actos de amor sólo en lo que cuesta. Hasta el presente el alma, aunque sin buscarse, es cierto encontrábase siempre en sí misma. Así, trabajar para la gloria de Dios es alentador y consolador; poner la voluntad propia en la de Dios es beatificante; siéntese que se va a pie firme, y, acaezca lo que acaeciere, no se inquieta por nada. Gózase de una paz divina. La voluntad de Dios bien seguida calma las curiosidades del espíritu, los afectos del corazón y hasta los sentidos. Puede ocurrir que como de paso tenga que sufrirse de esto o de aquello; pero en el fondo hay paz soberana, pues no hay guerra sino donde Dios no reina como soberano señor.

Mas aquí en la inmolación el amor encuentra su ejercicio. Pártese del principio de que no hay más amor verdadero que el que nace del sacrificio de sí en todo; sacrificios escogidos, he aquí la esencia del amor puro. Es lo que nuestro Señor expresaba con estas palabras: "No cabe mayor amor que el practicado al dar la vida por aquellos a quienes se ama."

Dios hace sufrir al alma que se le ha entregado, y sufrir incesantemente. ¡Arduo trabajo! Para tomar plena posesión del alma, Dios la aniquila y ocupa su lugar, y como quiera que la tentación de volver a ser ella renace sin cesar, Dios combate esta tentación y le hace padecer; anula su espíritu y sofoca su corazón.

Al entendimiento que no quiere rendirse a discreción, lo sumerge en tinieblas, en tentaciones contra la fe, la esperanza y la confianza en Dios, en el desaliento. No habrá paz mientras rindiéndose del todo no renuncie el entendimiento a sus propias luces. Nada pueden los directores en semejante estado. Estos razonan, hablan de una bondad de Dios, que ya por ningún lado ve el alma, el pasado espanta y el porvenir hace temblar. ¿Qué hacer? Aceptarlo todo. Dios os quiere ver en tan rudo trance y no os indica el motivo. Lo que es-

pera es que le digáis: No soy más que pecador, me someto a la prueba, haced cuanto os plazca. ¿Queréis que me vea agitado y atormentado? Pues yo también lo quiero. Así todo va bien. En lugar de ofreceros las buenas acciones que se presentan a mis ojos, os llevaré mi propia miseria que me mostráis. No amaré mi miseria, pero sí os glorificaré hasta por ella. Y Dios está aun entonces con vosotros. Puesto que Dios os quiere de esta manera, ¿qué os importa lo demás? Pero, sobre todo, no pretendáis examinar de demasiado cerca. Si decís: "¡Si Dios me desampara!, ¿qué va a ser de mí?", ¡os pondréis locos! Lo que Dios quiere saber es si le amáis más que vuestra voluntad aun sobrenatural; por lo demás, estad tranquilos, que hasta en el infierno le glorificáis. ¿Será que anbicionáis algo más que su gloria?

Respecto al corazón, ¡ah!, el corazón es de suyo tierno. Poco ha estaba en el paraíso y helo entre hielos y desgarramientos! Decir ¡amo! os parecerá una blasfemia. ¿Qué hacer? ¿Meter en razón al corazón o levantaros contra él? Eso no serviría sino para agravar la pena. Decid tan sólo: Cuán feliz era, Dios mío, cuando os amaba entre dulzuras; ahora me encuentro en tierra desolada y sin agua; pues bien, os amaré a vos más que la dulzura de vuestro corazón. Mi corazón me dice que no os amo. Pese a mi corazón, ¡os amaré por la voluntad!

Dios envía estos terribles asaltos a toda alma que quiere transformar en sí, no ciertamente para satisfacción propia, sino para hacerle merecer más. Gusta de atormentaros para que crezcáis en méritos y en gloria. Conoceréis que este estado proviene de Dios cuando continúa a pesar de todos los medios empleados para salir de él. ¿Es vuestra voluntad que os ame más que mi vida espiritual? Pues también la mía y ¡me sepulto vivo! Hasta tanto hay que llegar, si se quiere unir de veras como Dios. Quiere oro, no tierra ni aleaciones; la unión con Dios se suelda en el fuego. Cuando Dios pone a un alma en esta senda, cobra ésta una libertad interior increíble, libertad independiente de toda práctica, de todo estado particular. Su estado es su vida; puesto que Dios la ha puesto en él, ¿quién sino El la hará salir de él?

¡Pero si esto es embrutecerse!, diréis quizá. ¡Cómo! ¿Vamos a privarnos de toda acción y de toda iniciativa? Claro que sí; como que éste es el sendero por donde Dios conduce a sus almas predilectas. ¿No las ama acaso tanto como puede amárselas? Contentaos con amaros como Dios os ama y dejaos en sus manos.

Decid a Dios con san Buenaventura: "Bien sé que me amáis más de lo que yo puedo amarme a mí mismo; ya no tengo por qué ocuparme de mí: para Vos este cuidado; sólo me ocuparé de Vos: *Scio quia plus quam ego me diligis. De me igitur amplius non curabo, sed solum tuis deliciis inhaerebo: et tu mei curam habeto*" (1).

(1) Stim. Am., p. II, c. 2.

LA GRACIA DE VIDA

Ait illis: Venite post me. Et illi continuo, relictis retibus, secuti sunt eum.

"Jesús les dijo: Seguidme. Y ellos, al instante, dejadas las redes, le siguieron".

(MATTH., IV, 19, 20).

I

ESTAS palabras encierran un gran misterio de la vida espiritual y nos indican que en la vida sobrenatural hay dos géneros de gracias, de las cuales, una, ordinaria y común a todos, pone a nuestra disposición los sacramentos, la oración y los demás medios de salvación. Así Pedro y Juan, cuando Jesús les llamó, se encontraban con esta gracia ordinaria, iban por el camino de penitencia predicado por san Juan Bautista, cumplían la ley y eso les bastaba para salvarse.

Con todo, nuestro Señor les llama en pos de sí. ¿Para qué?

Con el fin de ponerlos en la gracia de perfección, en la que les hacía falta para que se santificaran. Todos pueden salvarse correspondiendo a la gracia común; pero no todos reciben estotra especial, de puro favor, que nuestro Señor concede solamente a las almas que ama con amor privilegiado.

Por lo mismo que es la gracia de perfección, pide más que un simple cumplimiento de la ley. Ella forma la vida y la santidad de un alma. Todos, lo repito, no la tienen. ¡Oh, no, ciertamente! Todos son llamados a salvarse por la práctica de la ley, pero sólo algunos a la perfección por el amor.

¡Felices aquellos que poseen esta regia gracia! Puede decirse que la han recibido todas las almas verdaderamente piadosas, a las cuales toca conocerla y seguirla; de la correspondencia a ella depende su progreso y perfección.

He aquí una comparación que hará comprender este principio. En la naturaleza, los seres menos perfectos dependen de los que lo son más y hay algunos que completan a otros; júntanse con seres superiores que los absorben, se nutren de ellos y forman con los mismos un solo todo.

Otro tanto ocurre en el orden moral; la sociedad es una jerarquía; hay gobernantes y gobernados, autoridad y obediencia. Sin estas condiciones no cabe sociedad.

Pues de igual manera hay en el orden sobrenatural gracias soberanas y las hay accesorias y complementarias. Cada una de las gracias soberanas basta para conducir a uno a la perfección; por su conducto reciben todas las demás movimiento y vida, y son como el sello y el carácter de una existencia.

Los apóstoles recibieron la gracia soberana de seguir a Jesús por amor. Puede que se salvaran sin haber correspondido a ésta; pero de seguro que no hubieran alcanzado la perfección evangélica. Vanse, pues, en pos de Jesús, y ésta es su gracia de santidad, la ley de su vida y la condición de su felicidad.

II

Dos son los efectos que la gracia soberana produce en un alma: primero le traza el camino que ha de seguir en su conducta interior, y luego la conduce a una vocación especial.

Esta gracia por excelencia formará el carácter de la piedad, de la virtud y de la vida, llegando a ser el motor de todas las acciones, de tal forma que el alma vaya a todo y en todo obre por única moción.

Un alma, pongamos por ejemplo, tiene una gracia soberana, un atractivo dominante hacia la pasión del Salvador; pues los sufrimientos de Jesucristo constituirán el pensamiento que habitualmente la domine; sus virtudes, su amor y su vida irán inspiradas en la pasión del Salvador.

Otra tendrá una gracia soberana para llevar vida de penitencia, siendo esta gracia de atractivo la que forme su santidad; todo irá a parar para ella a la penitencia, en la cual vivirá; todas sus virtudes tendrán también un carácter penitente y convergerán hacia este atractivo de vida.

Pero ¿por qué dará Dios gracias de carácter, de atractivo? Por una divina razón. El espíritu humano es demasiado limitado para abarcar el conjunto de las virtudes; no puede mirar fijamente a todas con una sola ojeada, porque la mirada se vería demasiado tirante, faltaría la sencillez y sufriría. No sería único ni central el movimiento de la vida. Habría líneas paralelas, pero no radios convergentes a un mismo centro. Dando una gracia dominante, Dios quiere la-

brar una perfección con carácter propio, y esta gracia simplifica la vida y los actos, abrevia el camino.

A cada cual toca saber cuál es su gracia dominante. En esto consiste el trabajo interior, y de la correspondencia a esta gracia depende toda la vida espiritual.

III

La mayor y más excelente de todas las gracias de este género es la de la afición predominante al santísimo Sacramento. No lo digo porque a nosotros Dios nos haya llamado a ella, sino porque siento que es verdad. En sí misma considerada, esta gracia supera a la afición, la pasión o a cualquier otro misterio, aun al cielo. ¿Por qué? Por ser su objeto más perfecto y más capaz de hacernos felices. Jesús, en efecto, está más cerca de nosotros por esta gracia que por la de los demás misterios. Más íntima es la unión con Él; envuélvenos por doquiera la llama de su amor; sólo resta cooperar y juntar nuestra pequeña llama a ese incendio, para que ardan una por medio de otro.

La gracia de afición al santísimo Sacramento es la suprema y da un carácter de vida más perfecto. No sólo nos abre un camino más fácil para los demás misterios, sino que todos ellos encuentran en ella su vida y glorificación; en ella se contiene la glorificación de todas las virtudes y de todas las perfecciones.

Memoriam fecit mirabilium suorum, el Señor ha hecho en ella como el compendio de todas sus maravillas de gloria, virtud y santidad, encerrándolas, por tanto, todas.

Esta gracia eucarística es muy común en la piedad, y aun más común que las demás aficiones, y entre las almas que se sienten llamadas a la perfección es más crecido el número de las llamadas por la gracia eucarística que por cualquier otra.

¿Que por qué esto? Pues porque esta gracia es más fácil y está más a nuestro alcance; porque sus medios son más suaves y atrayentes. Para que, por ejemplo, os dirijáis por el pensamiento a la Pasión es menester que la hagáis revivir por una fe muy viva y por un amor muy grande, pues es un misterio pasado y lejano. Separada de la Comunión, la afición a la pasión es crucificante e inmoladora.

La gracia de inclinación hacia la Eucaristía es, al contrario, una gracia de dulzura, de expansión de nuestro amor

en Jesucristo, y siempre es más fácil expansionarse que crucificarse. De la Eucaristía bien podréis ir al calvario, a Nazaret, a Belén; pero estos misterios separados de la Eucaristía carecen de vida actual y presente.

IV

Mas ¿cómo se verifica este llamamiento tan poderoso que nos arrastra por entero? Aquí podría remitiros a vuestro interior. Se verifica como una educación.

Cuando Jesucristo quiere conducir a un alma a la gracia soberana de la Eucaristía, prepárala primero mediante una gracia de sentimiento, que tal vez sea poco apreciada en un principio. El sentimiento de felicidad causado por la presencia de Jesús el día de la primera Comunión fué para nosotros un primer atractivo, que luego se ha desarrollado sin darnos cuenta, bien así como el germen se desarrolla bajo tierra insensiblemente; más tarde, merced a los cuidados prodigados, ha venido a ser una necesidad, una aptitud, un instinto, y ya entonces todo nos conduce a la Eucaristía; si nos falta ella, nos falta también todo lo demás. El alma, poseída de este atractivo, endereza su piedad y sus virtudes hacia el Santísimo Sacramento, y resultan para ella necesarias la santa misa y la Comunión; siéntese inclinada a entrar en las iglesias, a ver el sagrario; hay algo que continuamente la impulsa por este lado. ¿Qué será? Pues su gracia soberana, que se ha educado ya y se ha convertido en madre de todas las demás gracias, en principio y motor de todas las acciones. La oís decir: Me siento llena de devoción hacia el santísimo Sacramento y sólo en su presencia me encuentro bien, sin que me cueste esfuerzo alguno. ¡Ya lo creo que entonces estáis en vuestra gracia!

Esta gracia llega a ser nuestro espíritu e imprímese en todos nuestros pensamientos, palabras y acciones; cuanto concierne a la Eucaristía nos resulta más fácil y agradable y lo hacemos con más ganas.

Truécase en instinto, en ley del corazón que influye sobre la vida y del todo espontáneamente, y sin que reflexionemos sobre ello, nos guía hacia la Eucaristía.

Es indudable que el espíritu de familia no es cosa sujeta a razón, sino que se mama con la leche y se tiene por ciencia infusa; igual pasa con la gracia eucarística cuando es nuestro atractivo dominante.

Cuando se tiene la dicha de poseer una gracia así, hay que cooperar con ella unificando la piedad y las virtudes; es menester que la oración y la contemplación actúen en nosotros esta fuerza y la desarrollen; tenemos que alimentarla con la lectura y la oración. Cuando se quiere conservar un fuego, se le echa sin cesar leña; si queréis llevar al máximo de potencia vuestra gracia de vida, aumentad de continuo sus fuerzas y no la dejéis un momento: la mayor tentación del demonio consiste en hacernos olvidar o perder de vista por naderías nuestra gracia soberana.

He de decir aquí una cosa que no temo verla desmentida. Quienquiera comulgue varias veces por semana tiene una gracia de atractivo, una gracia soberana para la Eucaristía, y debe enderezar hacia ella todas las demás devociones, como a reina y madre de todas ellas; debe nutrirlas con la Eucaristía e inspirarlas en espíritu eucarístico.

Hay que corresponder con gran fidelidad a esta gracia, pues, como seamos infieles a la principal, lo seremos igualmente a todas las demás.

Es necesario, además, ser agradecidos; y si la gratitud debe medirse por la grandeza del beneficio, ¿cuál no será la que debemos a Jesús por tamaña gracia?

Hace falta asimismo un trabajo perseverante y uniforme, en que corazón, espíritu y vida obren de consuno bajo el único influjo de la gracia soberana.

En un árbol, está la savia en el mismo corazón y es protegida por la madera y la corteza; todo tiende a conservarla durante los fríos del invierno, porque es la vida.

Para vosotros la savia es la gracia soberana, que fecundará todas las demás ramas de vuestra vida; conservadla bien como corazón, como alma que es de vuestra vida sobrenatural.

LA VIDA DE JESUCRISTO EN NOSOTROS

Christus vita vestra.
"Jesucristo vuestra vida".
(COL., III, 4).

Es preciso que vivamos de la Eucaristía. Y como la Eucaristía es amor, tenemos que perfeccionar nuestro amor. Hay que renovar a diario el foco para inflamarse uno a sí mismo. Nos hace falta fortalecer el amor en nosotros mismos antes de difundirlo afuera con las obras exteriores. Puesto que tan a menudo recibimos al amor encarnado, todo nuestra vida no debiera ser otra cosa que el desenvolvimiento y la expansión del amor. Quienquiera no se esfuerce en perfeccionarlo en su corazón no adelantará nunca. Sed de veras discípulos de Jesucristo, vivid de amor. Como el Espíritu santo ha depositado en vuestros corazones el espíritu de amor, es menester amar con magnanimidad, generosa y soberanamente.

Aunque Dios diversifica sus dones hasta el infinito, hay, con todo, algunas inclinaciones que se encuentran por igual en muchas almas a las que quiere El santificar por un mismo camino. De ahí nacen las sociedades religiosas en que se juntan corazones dotados por Dios de iguales propensiones. En cuanto a vosotros que queréis santificaros por la Eucaristía, debéis vivir de la vida interior y del todo oculta que lleva Jesús en el santísimo Sacramento. La Eucaristía es fruto del amor de Jesucristo y el amor reside en el corazón. Para hacernos sentir esta verdad no se nos muestra Jesucristo; no percibimos su cuerpo ni gustamos su sangre, ni hay nada de sensible en la Eucaristía. Así quiere Jesús que vayamos hasta su amor, al fondo de su corazón.

Jesús practica en el santísimo Sacramento algunas virtudes de su vida mortal, pero de una manera invisible y del todo interior. Está en continua oración, contemplando incesantemente la gloria de su Padre y suplicándole por nosotros, para con esto enseñarnos que en la oración reside el secreto de la vida interior; que hay que cuidar de la raíz del árbol para recoger buenos frutos; que la vida exterior, tan estimada del mundo, no es otra cosa que flor estéril, si no va alimentada por la caridad que produce los frutos. Sed, por tanto, contemplativos de Jesús, si queréis lograr feliz éxito en

vuestras obras. Los apóstoles se quejan de no tener tiempo bastante para orar y crean diáconos que los alivien en el ministerio exterior. Durante su vida pública Jesucristo se oculta a los ojos de la muchedumbre, se retira, se esconde para orar y contemplar; ¿cómo, pues, queremos nosotros llevar una vida puramente exterior? ¿Por ventura tenemos un fondo de gracias más rico, de fuerzas más sólidas para el bien que los apóstoles? ¿No es para nosotros el ejemplo de nuestro Señor? Toda piedad que no se nutre de oración, que no se recoge en su centro, que es Jesucristo, para reparar sus pérdidas y renovar la vida, flaquea y acaba por morir.

En vano andan los predicadores solícitos por predicar; su palabra será estéril en tanto no se alimente con la oración. He de decirlo: a la ausencia de esta vida de oración se debe este proverbio, repetido por los que van a un sermón: Vamos a recoger flores. No son flores lo que debéis llevar de nuestras predicaciones, sino frutos de virtud y de buenos deseos. Mas los frutos no se maduran sino en la oración, ni se recogen fuera de ella. Por eso, orad mucho por los ministros de la palabra de Dios, pero no pidáis para ellos más que una cosa: que sean varones de oración. Un alma que ora salva al mundo, unida como está a Jesucristo orando en el fondo del tabernáculo.

Todas las virtudes proceden de Dios, y de la Eucaristía sobre todo se complace Jesucristo en hacerlas bajar sobre nuestras almas como torrentes de gracia mediante los ejemplos que en ella nos da. Pero estos ejemplos debemos nosotros verlos, ser atentos a ellos, estudiarlos, asimilárnoslos. ¿Dónde podremos aficionarnos más a la humidad que a los pies de la sagrada Hostia? ¿Dónde encontrar más hermosos ejemplos de silencio, de paciencia y de mansedumbre?

Exteriormente, Jesucristo no practica en el santísimo Sacramento aquellas grandes virtudes de su vida mortal; su sabiduría no proclama ya sus divinas sentencias; de su poderío y de su gloria ya nada aparece; su vida eucarística consiste en ser Jesús pobre, pequeñuelo, sencillo. Pobreza mansedumbre, paciencia, he ahí lo que muestra; ¡y qué atención más delicada por su parte! Las grandes ocasiones de practicar virtudes heroicas son raras en la vida y nos falta valor para sacar provecho de las mismas. ¿Habremos, pues, de desesperar y abandonaremos la vida de piedad so pretexto de que nada podemos hacer por Dios? En la vida eucarística, en que nos enseña que la santidad se ejercita so-

bre todo en las pequeñas ocasiones, ha puesto Jesús el remedio contra esta tentación. Su anonadamiento, así como la ausencia de la vida exterior, nos enseñan que lo que hay de más perfecto es la vida interior, compuesta por entero de actos de corazón, de ímpetus de amor y de unión a sus intenciones. ¡Oh! Dios ama con predilección a los humildes, a los pequeñuelos que viven a sus pies bajo la celestial influencia de su corazón. Por lo demás, la vida de oración no excluye el celo por la salvación de las almas. El alma interior sabe trabajar sin dejar de estar recogida y sin que el recogimiento sea obstáculo para obrar exteriormente, así como Jesús se hace sentir sin que nuestros ojos le vean. El pecador que ora siente la dulzura de su Corazón: establécese entre Jesús y el alma una corriente que nadie ve, un diálogo que nadie oye; nadie distingue este obrar de Jesús en el fondo del corazón, pero ¡cuán real es, sin embargo! ¡Oh! Hagamos que nuestro amor y nuestro celo sean semejantes a los de Jesús, es decir, que sean del todo ocultos e interiores.

No deis por perdidos los momentos que pasáis al pie del altar, que, estando el grano sepultado en el surco, se declara su fecundidad; el trato eucarístico, he ahí la semilla de las virtudes. No faltan en nuestros días almas consagradas a toda suerte de ogras de celo; se las ensalza mucho, a veces demasiado; pedid para que el fondo del corazón guarde proporción con el celo exterior; pedid que esas almas se nutran con la oración.

¡Ea!, que vuestras virtudes se vuelvan atrayentes y amables para el prójimo; revestíos para eso de la mansedumbre de Jesucristo, pues nada hay tan amable como la sencillez y el carecer de toda pretensión; todos bendicen la virtud que se oculta y no mete ruido; la paciencia que mana del corazón sin asomo de violencia, la caridad muy sencilla y como del todo natural; he ahí los frutos de la vida oculta, alimentada con la recepción de Jesucristo y con la contemplación de los ejemplos de la vida eucarística.

EL DON DE LA PERSONALIDAD

Qui manducat me et ipse vivet propter me.
"Quien me come vivirá por mí".

(JOANN., VI, 58).

I

POR medio de la Comunión viene Jesús a tomar posesión de nosotros, trocándonos en cosa suya; para conformarnos con sus designios debemos despojarnos en sus manos de todo derecho y propiedad sobre nosotros mismos; dejarle la dirección y la iniciativa sobre nuestros actos: no hacer nada por nosotros y para nosotros, sino todo por El y para El.

Así se realiza la nueva encarnación del Verbo en nosotros y continúa para gloria de su Padre lo que hizo en la naturaleza humana de Jesús. Ahora bien: en el misterio de la encarnación la humanidad de Jesús fué privada de aquel último elemento que hace a una naturaleza dueña de sí misma e incomunicable a otro ser. No recibió la susistencia o la personalidad que le era connatural, sino que la persona del Verbo reemplazó la personalidad que la naturaleza humana hubiera naturalmente debido recibir. Y como en un ser perfecto es la persona la que obra por medio de la naturaleza y de sus facultades, como ella es lo más noble y lo que nos hace seres completos y perfectos, a ella se refieren los actos naturales, de los cuales es primer principio y a los que confiere el valor que tienen. Mando a las facultades de mi alma; mis miembros me obedecen; soy *yo*, hombre completo, quien obro y hago obrar, y de todos los movimientos, así como de todos los actos, yo soy el responsable; mis potencias me sirven ciegamente; el principio que les hace obrar es el único responsable de lo que hacen, pues trabajan sólo por él y para él y no para sí mismas.

Síguese de ahí que en nuestro Señor, en quien había dos naturalezas y una sola persona, la del Verbo, ambas naturalezas obraban por el Verbo y el menor acto humano de nuestro Señor era al mismo tiempo divino, una acción del Verbo, puesto que sólo El podía haberla inspirado y sólo El le daba su valor, valor infinito por lo mismo que procedía de una persona divina. De ahí también que la naturaleza humana no

fuese principio de nada, ni tuviese interés alguno propio, ni obrase para sí, sino que en todo se condujese como sierva del Verbo, único motor de todos sus actos. El Verbo quería divinamente y quería también humanamente; obraba por cada una de sus naturalezas.

Así debe ocurrir también con nosotros, o cuando menos debemos, poniendo en juego todos nuestros esfuerzos, aproximarnos a este divino ideal, en que el hombre no obra más que como instrumento pasivo, conducido, guiado por un divino motor, el espíritu de Jesucristo, con el único fin proponible en un Dios que obra, que no puede ser otro que El mismo, su propia gloria. Debemos, por consiguiente, estar muertos a todo deseo propio, a todo propio interés. No miremos a otra cosa que a lo que mira Jesús, quien no mora en nosotros más que para seguir viviendo todavía, por la mayor gloria de su Padre. Se da en la sagrada Comunión sólo para alimentar y estrechar esta unión inefable.

Cuando el Verbo dice en el evangelio (1): *Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem et qui manducat me, et ipse vivet propter me,* es igual que si dijera: Así como, al enviarme al mundo por la encarnación para ser la personalidad divina de una naturaleza que no había de tener otra, el Padre me cortó toda raíz de estima propia para que no viviese más que para El, así también yo me uno a vosotros por la Comunión para vivir en vosotros y para que vosotros no viváis más que para mí; moraré vivo en vosotros y llenaré vuestra alma de mis deseos; consumiré y aniquilaré todo interés propio; yo desearé, yo querré, yo me pondré en vuestro lugar; vuestras facultades serán las mías, yo viviré y obraré por medio de vuestro corazón, de vuestra inteligencia y de vuestros sentidos; yo seré vuestra personalidad divina, por la que vuestras acciones participarán de una dignidad sobrehumana, merecerán una recompensa divina, serán actos dignos de Dios, merecedores de la bienaventuranza, de la visión intuitiva de Dios. Seréis por gracia lo que yo soy por naturaleza, hijos de Dios, herederos en toda justicia de su reino, de sus riquezas y de su gloria.

Cuando nuestro Señor vive en nosotros por su Espíritu somos sus miembros, somos *El.* El Padre celestial tiene por agradables nuestras acciones, viéndolas, ve las de su divino Hijo y en ellas encuentra sus complacencias; el Padre, inseparablemente unido al Hijo, vive y reina también en nos-

(1) Joann., VI, 58.

otros, y esta vida y reino divinos paralizan y destruyen el reino de satanás. Entonces es cuando las criaturas rinden a Dios el fruto de honor y de gloria a que tiene derecho por su parte.

Así que la gloria del Padre en sus miembros es el primer motivo por el que nuestro Señor desea que le estemos sobrenaturalmente unidos por la vida de la caridad perfecta; por eso nos llama San Pablo tan a menudo: *Membra Christi,* miembros, cuerpo de Jesucristo; por eso repite también muchas veces nuestro Señor en la cena estas palabras: "Morad en mí." Trátase del don de sí mismo, puesto que ya no reside uno en sí, puesto que trabaja por aquel en quien moramos, quedándonos por completo a su disposición.

II

También desea nuestro Señor esta unión por amor hacia nosotros, con el fin de ennoblecernos por medio de sí mismo, de comunicarnos un día su gloria celestial con todo lo que la compone: poder, belleza, felicidad cumplida. Y como nuestro Señor sólo puede comunicarnos su gloria por ser miembros suyos y porque sus miembros son santos, quiere unirnos consigo y hacer que compartamos así su gloria.

Aun acá abajo nuestras acciones se truecan en acciones de nuestro Señor, y de El toman más o menos valor, según sea el grado en que estén unidas a las suyas. Esta unión guarda relación con las costumbres, las virtudes y el espíritu de Jesús, que habita en nosotros. De aquí estas hermosas palabras: "*Christianus alter Christus; vivit vero in me Christus* (1); *non ego solus sed gratia Dei mecum* (2); El cristiano es otro Cristo; Jesús vive en mí; no soy yo solo quien obro, sino también la gracia de Dios conmigo."

Esta unión es el fruto del amor de Jesucristo; es el fin de toda la economía divina, así en el orden sobrenatural como en el natural; cuanto ha establecido la Providencia, tiende a realizar, a consumar la unión del cristiano con Jesucristo y a perfeccionar esta unión, pues que en ella consiste toda la gloria de Dios en la criatura y toda la santificación de las almas; en suma, todo el fruto de la redención.

---

(1) Gal., II, 20.
(2) I Cor., XV, 10.

III

La unión de Jesucristo con nosotros será en razón de nuestra unión con El: "Morad en mí, así como yo en vosotros; también yo moro en aquel que mora en mí" (1). Puedo, pues, estar seguro de que Jesús morará en mí si yo quiero morar en El. Del propio modo que el viento se precipita en el vacío y el agua en el abismo, llena el espíritu de Jesús en un momento el vacío que hace el alma en sí misma.

Esta unión con nuestro Señor es lo que confiere al hombre su dignidad. Cierto que no llego a ser una porción de la divinidad ni nada que merezca adoración; pero sí algo sagrado; mi naturaleza sigue siendo una nada ante Dios, y de sí misma podría volver a caer en el abismo; pero Dios la eleva hasta unírsela por la gracia, por su presencia en mí. Esta unión me hace pariente de nuestro Señor: parentesco tanto más estrecho cuanto más lo sea mi unión, cuanto mayor sea mi pureza v santidad, porque el parentesco con nuestro Señor no es otra cosa que la participación de su santidad, conforme a esta afirmación: "El que practica mi palabra, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre" (2).

De esta unión nace el poder del hombre: *Sicut palmes non potest ferre fructum a semetipso nisi manserit in vite, sic nec vos nisi in me manseritis.* Sin mí nada podéis hacer. Esto sí que es cosa clara, *nihil,* nada. Así como la fecundidad de la rama procede de su unión al tronco y a la savia, así también la fecundidad espiritual proviene de nuestra unión con Jesucristo, de la unión de nuestros pensamientos con los suyos, de nuestras palabras con sus palabras, de nuestras acciones con sus acciones. De la sangre del corazón mana la vida de los miembros, y la sangre a su vez es producto del alimento; pues nuestro alimento es Jesús, pan de vida, y sólo el que lo come tiene en sí la vida. Es el principio de nuestro poder de santidad: la unión con nuestro Señor. La nulidad, el vacío y la inutilidad de las obras obedecen a la ausencia de esta unión; imposible que la rama seca, que no guarda comunicación con la vida del árbol, puede producir fruto.

Gracias a esta unión son también meritorias nuestras obras. Es un mérito de sociedad. Nuestro Señor se apodera de

---

(1) Joann., XV, 4, 5.
(2) Matth., XII, 50.

nuestra acción, la hace suya y merecedora de un premio infinito, de una eterna recompensa; y esta acción que, como nuestra, casi nada valía, revestida de los merecimientos de Jesucristo, se hace digna de Dios; y cuanto mayor sea nuestra unión con Jesús, mayor será también la gloria de nuestras santas obras.

¡Oh! ¿Por qué será que descuidamos tanto esta divina unión? ¡Cuánto méritos perdidos, cuántas acciones estériles por no haberlas hecho en unión con Jesucristo; cuántas gracias sin fruto! ¿Cómo es posible haber ganado tan poco con tantos medios y en negocio tan fácil?

Estemos, pues, unidos con nuestro Señor Jesucristo, seamos dóciles a su dirección y sumisos a su voluntad, dejémonos guiar por su pensamiento, obremos conforme a su inspiración y ofrezcámosle todos los actos, del propio modo que la naturaleza humana estuvo en el Verbo sometida, unida y obediente a la persona divina que la gobernaba. Mas para esta imitación es menester estar unido con unión de vida recibida, renovada y mantenida por medio de una comunicación incesante con Jesús; hace falta que, como la rama del árbol es dilatada por el sol, la divina savia nos penetre plenamente. El sol que atrae la savia divina nos dispone a recibirla y la mantiene, es el recogimiento, la oración; es el donde sí mismo de todos los momentos; es el amor que sin cesar anhela por Jesús, lanzándose hacia El en todo instante: *Veni, domine Jesu.* Esta savia no es más que la sangre de Jesús, que nos comunica su vida, su fuerza y su fecundidad divina. La vida de Comunión puede, por tanto, reducirse a estos dos términos: comulgar sacramentalmente y vivir de recogimiento.

LA VIDA DE UNION CON EL ESPIRITU SANTO

Si Spiritu vivimus, Spiritu et ambulemus.
"Si el Espíritu es el principio de nuestra vida, que lo sea también de nuestra conducta).
(GAL., V, 25).

I

EL Espíritu santo, el Espíritu de Jesús, ese Espíritu que vino El a traer al mundo, es el principio de nuestra santidad. La vida interior no es sino unión con el Espíritu santo, obediencia a sus mociones. Estudiemos las operaciones que realiza El en nosotros.

Notad, ante todo, que es el Espíritu santo quien nos comunica a cada uno en particular los frutos de la encarnación y de la redención. El Padre nos ha dado su Hijo; el Verbo se nos da en la encarnación y en la cruz nos rescata: éstos son los efectos generales de su amor. ¿Quién es el que nos hace participar de estos efectos divinos? Pues el Espíritu santo. El forma en nosotros a Jesucristo y le completa. Por lo que ahora, después de la Ascensión, es el tiempo propio de la misión del Espíritu santo. Esta verdad nos es indicada por el Salvador cuando nos dice: "Os conviene que yo me vaya, porque si no el Espíritu santo no vendrá a vosotros" (1). Jesús nos adquirió las gracias; reunió el tesoro y depositó en la Iglesia el germen de la santidad. Pues el oficio propio del Espíritu santo es cultivar este germen, conducirlo a su pleno desenvolvimiento, acabando y perfeccionando la obra del Salvador. Por eso decía nuestro Señor: "Os enviaré mi Espíritu, el cual os enseñará todo y os explicará cuantas cosas os tengo dichas; si El no viniera, quedaríais flacos e ignorantes." Al principio el Epíritu flotaba sobre las aguas para fecundarlas. Es lo que hace con las gracias que Jesucristo nos ha dejado; las fecunda al aplicárnoslas, porque habita y trabaja en nosotros. El alma justa es templo y morada del Espíritu santo, quien habita en ella, no ya tan sólo por la gracia, sino personalmente; y cuanto más pura de obstácu-

(1) Joann., XVI, 7.

los está el alma y mayor lugar deja al Espíritu santo, tanto más poderosa es en ella esta adorable Persona.

No puede habitar donde hay pecado, porque con él estamos muertos; nuestros miembros están paralizados y no pueden cooperar a su acción, siendo así que esta cooperación es siempre necesaria. Tampoco puede obrar con una voluntad perezosa o con afectos desordenados, porque si bien en ese caso habita en nosotros, se halla imposibilitado de obrar. El Espíritu santo es una llama que siempre va subiendo y quiere hacernos subir consigo. Nosotros queremos pararlo, y se estingue; o más bien acaba por desaparecer del alma así paralizada y pegada a la tierra, pues no tarda ella en caer en pecado mortal. La pureza resulta necesaria para que el Espíritu santo habite en nosotros. No sufre que haya en el corazón que posee ninguna paja, sino que la quema al punto, dice san Bernardo. *Qui nec minimam paleam intra cordis quod possidet habitaculum patitur residere, sed statim igne subtillissimae circunspectionis exurit.*

Hemos dicho que el oficio del Espíritu santo consiste en formar en nosotros a Jesucristo. Bien es verdad que tiene el oficio general de dirigir y guardar la infalibilidad de la Iglesia; pero su misión especial respecto de las almas es formar en ellas a Jesucristo. Esta nueva creación, esta transformación hácela por medio de tres operaciones que requieren en absoluto nuestro asiduo concurso.

II

Primeramente nos inspira pensamientos y sentimientos conformes con los de Jesucristo. Está en nosotros personalmente, mueve nuestros afectos, remueve nuestra alma, hace que nuestro Señor acuda a nuestro pensamiento. Es de fe que no podemos tener un solo pensamiento sobrenatural sin el Espíritu santo. Pensamientos naturalmente buenos, razonables, honestos, sí los podemos tener sin El; pero ¿qué es eso? El pensamiento que el Espíritu santo pone en nosotros es al principio débil y pequeño, crece y se desarrolla con los actos y el sacrificio. ¿Qué hacer cuando se presentan estos pensamientos sobrenaturales? Pues consentir en ellos sin titubeos. Debemos también estar atentos a la gracia, recogidos en nuestro interior para ver si el Espíritu santo no nos inspira pensamientos divinos.

Hay que oírle y vivir recogidos en sus operaciones. Pu-

diera objetarse que si todos nuestros pensamientos provinieran del Espíritu santo seríamos infalibles. A lo cual contesto: De nosotros mismos somos mentirosos, o sea expuestos al error. Pero cuando estamos en nuestra gracia y seguimos la luz que nos ofrece el Espíritu santo, entonces sí, ciertamente estamos en la verdad y en la verdad divina. He ahí por qué el alma recogida en Dios se encuentra siempre en lo cierto, pues el que es sobrenaturalmente sabio no da falsos pasos. Lo cual no puede atribuírsele a él, porque no procede de él no se apoya en sus propias luces, sino en las del Espíritu de Dios, que en él está y le alumbra. Claro que si somos materiales y groseros y andamos perdidos en las cosas exteriores, no comprenderemos sus palabras; pero si sabemos escuchar dentro de nosotros mismos la voz del Espíritu santo, entonces las comprenderemos fácilmente. ¿Cómo se distingue el buen manjar del malo? Pues gustándolo. Lo mismo pasa con la gracia, y el alma que quiera juzgar sanamente no tiene más que sentir en sí los efectos de la gracia, que nunca engañan. Entre en la gracia, que así comprenderá su poder, del propio modo que conoce la luz, porque la luz le rodea; son cosas que no se demuestran a quienes no las han experimentado.

Nos humilla quizá el no comprender, porque es una prueba que no sentimos a menudo las operaciones del Espíritu santo, pues el alma interior y pura es constantemente dirigida por el Espíritu santo, quien le revela sus designios directamente por una inspiración interior e inmediata.

Insisto sobre este punto. El mismo Espíritu santo guía al alma interior y pura, siendo su maestro y director. Por cierto que debe siempre obedecer a las leyes de la Iglesia y someterse a las órdenes de su confesor en cuanto concierne a sus prácticas de piedad y ejercicios espirituales; pero en cuanto a la conducta interior e íntima, el mismo Espíritu santo es quien la guía y dirige sus pensamientos y afectos, y nadie, aunque tenga la osadía de intentarlo, podrá poner obstáculos. ¿Quién querría inmiscuirse en el coloquio del divino Espíritu con su amada? Vano intento por lo demás Quien divisa un hermoso árbol no trata de ver si sus raíces son sanas o no, pues bastante a las claras se lo dicen la hermosura del árbol y su vigor. De igual modo, cuando una persona adelanta en el bien, sus raíces, por ocultas que estén, son sanas, y más vivas cuanto más ocultas.

Mas, desgraciadamente, el Espíritu santo solicita con frecuencia nuestro consentimiento a sus inspiraciones y nosotros

¡no queremos darlo! No somos más que máquinas exteriores y tendremos que sufrir la misma confusión que los judíos por causa de Jesucristo: en medio de nosotros está el Espíritu santo y no le conocemos.

III

El Espíritu santo ora en nosotros y por nosotros. La oración es toda la santidad, cuando menos en principio, puesto que es el canal de todas las gracias. Y el Espíritu santo se encuentra en el alma que ora: *Ipse Spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus* (1). El ha levantado a nuestra alma a la unión con nuestro Señor. El es también el sacerdote que ofrece a Dios Padre en el ara de nuestro corazón el sacrificio de nuestros pensamientos y de nuestras alabanzas. El presenta a Dios nuestras necesidades, flaquezas, miserias, y esta oración, que es la de Jesús en nosotros unida a la nuestra, la vuelve omnipotente.

Sois verdaderos templos del Espíritu santo, y como quiera que un templo no es más que una casa de oración, debéis orar incesantemente; hacedlo en unión con el divino sacerdote de este templo. Os podrán dar métodos de oración; pero sólo el Espíritu santo os dará la unción y la felicidad propia de la oración. Los directores son como chambelanes que están a la puerta de nuestro corazón; dentro sólo el Espíritu santo habita. Hace falta que El lo penetre del todo y por doquier para hacerlo feliz. Orad, por consiguiente, con El, que El os enseñará toda verdad.

IV

La tercera operación del Espíritu santo es formarnos en las virtudes de Jesucristo, comunicándonos la inteligencia de las mismas. Es una gracia insigne la de comprender las virtudes de Jesús, pues tienen como dos caras. La una repele y escandaliza: es lo que tienen ellas de crucificante. Razón sobrada tiene el mundo, desde el punto de vista natural, para no amarlas. Aun las virtudes más amables, como la humildad y la dulzura, son de suyo muy duras cuando han de practicarse. No es fácil que continuemos siendo mansos cuando nos

(1) Rom., VIII, 26.

insultan y, no teniendo fe, comprendo que las virtudes del cristianismo sean repugnantes para el mundo. Pero ahí está el Espíritu santo para descubrirnos la otra cara de las virtudes de Jesús, cuya gracia, suavidad y unción nos hacen abrir la corteza amarga de las virtudes para dar con la dulzura de la miel y aun con la gloria más pura. Queda uno asombrado ante lo dulce que es la cruz. Y es que en lugar de la humillación y de la cruz no se ve en los sacrificios más que el amor de Dios, su gloria y la nuestra.

A consecuencia del pecado, las virtudes resultan difíciles para nosotros; sentimos aversión a ellas, por cuanto son humillantes y crucificantes. Mas el Espíritu santo nos hace ver que Jesucristo les ha comunicado nobleza y gloria, practicándolas El primero. Y así nos dice: "¿No queréis humillaros? Bueno, sea así; ¿pero no habéis de asemejaros a Jesucristo? Parecerle es, no ya bajar, sino subir, ennoblecerse." Por manera que la pobreza y los harapos se truecan en regios vestidos por haberlos llevado primero Jesucristo; las humillaciones son una gloria y los sufrimientos una felicidad, porque Jesucristo ha puesto en ellos la verdadera gloria y felicidad.

Mas no hay nadie fuera del Espíritu santo que nos haga comprender las virtudes y nos muestre oro puro encerrado en minas rocosas y cubiertas de barro. A falta de esta luz se paran muchos hombres a medio andar en el camino de la perfección; como no ven más que una sombra de las virtudes de Jesús, no llegan a penetrar sus secretas grandezas.

A este conocer íntimo y sobrenatural añade el Espíritu santo una aptitud especial para practicarlas. Hasta tal punto nos hace aptos, que bien pudiéramos creernos nacidos para ellas. Nos resultan connaturales, pues nos da el instinto de las mismas. Cada alma recibe una aptitud conforme a su vocación. En cuanto a nosotros, adoradores, el Espíritu santo nos hace adorar en espíritu y en verdad. Ora en nosotros y nosotros oramos a una con El; es, por encima de todo, el maestro de la adoración. El dió a los apóstoles la fuerza y el espíritu de la oración: *Spiritum gratiae et precum* (1). Unámonos, pues, con El. Desde Pentecostés ciérnese sobre la Iglesia y habita en cada uno de nosotros para enseñarnos a orar, para formarnos según el dechado que es Jesucristo y hacernos en todo semejantes a El, con objeto de que así podamos estar un día unidos con El sin velos en la gloria.

---

(1) Zach., XII, 10.

LA VIDA DEL VERDADERO SERVIDOR

Servus tuus sum ego: da mihi intellectum ut discam justificationes tuas.
"Siervo vuestro soy, Señor; abrid mi inteligencia a vuestros preceptos.
Ps., CXVIII, 125.)

I

ME amó nuestro Señor y se entregó a mí. Debo, en justicia, ser para El; pero no como quiera, sino a la manera como El lo es para su Padre, pues para ser nuestro modelo, comunicarnos sus virtudes y hacernos vivir de la misma vida se encarnó El, vivió a nuestra vista y ahora se nos viene por la Comunión.

Pues bien: el Padre ha dado a Jesús el título de servidor: *Justificavit ipse justus servus meus multos* (1), mi servidor será para muchos fuente de justificación. En los salmos, hablando David en persona de nuestro Señor, dice a Dios: Yo soy vuestro siervo y el hijo de vuestra sierva. *Servus tuus sum ego* (2).

¿Qué hace un buen servidor? Tres cosas:

1.° Está siempre cabe su señor y a su disposición.

2.° Obedece pronta y afectuosamente todas sus órdenes.

3.° No trabaja sino por la gloria de su señor.

Nuestro Señor llevó durante su vida a su más alta perfección estas tres cualidades de un buen servidor.

II

Estaba siempre muy cerca del Padre, con el Padre; su espíritu contemplábale sin interrupción, adorando su verdad; contemplaba su hermosura; gozando su alma de la visión beatífica no podía apartarse un punto de Dios.

Por lo que nuestro Señor en el santo evangelio se dirige a su Padre como si estuviera siempre mirándole, y ha dicho dos palabras que revelan este misterio: "*Non potest Filius*

---

(1) Is., LIII, 11.
(2) Ps., CXVIII, 125.

a se facere quidquam nisi quod viderit Patrem facientem (1): Nada puede hacer el Hijo del hombre que no lo haya visto antes hacer al Padre." Por tanto, miraba siempre a su Padre para pensar, decir y obrar como El.

La segunda palabra es ésta: "El mismo Padre que en mí mora hace las obras que yo hago: *Pater in me manens, ipse facil opera* (2). Había, por consiguiente, sociedad habitual en cada momento entre el Padre celestial y nuestro Señor.

También se dice en otra parte: "Jesús fué conducido por el Espíritu al desierto." Era, pues, atento y obediente a la dirección del Espíritu santo.

Cuanto a nosotros, nuestro puesto está al lado de nuestro Señor, por lo que debemos atender a las órdenes de Dios, tener los ojos fijos en El para obedecer a la primera señal: *Sicut oculi servorum in manibus dominorum suorum, ita oculi nostri ad Dominum Deum nostrum* (3).

Lo cual fué hecho por todos los santos del antiguo como del nuevo testamento. Noé anduvo con Dios, *cum Deo ambulavit* (4); luego, eso es posible y aun necesario. Anda delante de mí si quieres ser perfecto, dijo Dios a Abrahán: *Ambula coram Deo et esto perfectus* (5).

Habrá quien diga: Poco costaba a nuestro Señor y a María, poco cuesta a los ángeles estar siempre en presencia de Dios, en tanto que en nosotros eso supone lucha, y es cosa ardua. Cierto que para Jesús, su Madre y los ángeles es pura delicia estar viendo a Dios, y nada hay que los tiente a dejar esa contemplación. ¿Pero no tenemos también nosotros la gracia de Dios? Además, por el corazón se está cerca de nuestro Señor, y el corazón nada sufre cuando ama de veras, por estar con la persona amada; antes al contrario, en ello consiste su mayor felicidad. Hay que llegar, pese a las dificultades, a morar habitualmente con Jesucristo.

III

No hacía nuestro Señor, sino reproducir las acciones que el Padre le señalaba y le mostraba, cumpliendo en todo su voluntad; no era, en suma, más que el eco del pensamiento

---

(1) Joann., V, 19.
(2) Id., XIV, 10.
(3) Ps., CXXII, 2.
(4) Gen., VI, 9.
(5) Ibíd., XVI, 1.

del Padre, la reproducción sensible y humana del pensamiento, de la palabra y del acto divino del Padre.

En cuanto a mí tengo que reproducir a nuestro Señor, obedecerle, hacer lo que quiere en este momento, en el ejercicio de tal o cual virtud; tengo que estar en condiciones de obedecerle interiormente y aun por actos exteriores si me lo pide; de inspirarme en su pensamiento y en su deseo; a todo lo cual he de prestarme con fidelidad y amor.

Mas no perdamos de vista que nuestro Señor quiere obrar, sobre todo, en nuestra alma, mucho más que en las obras exteriores; obrar en nosotros y sobre nosotros: *Pater in me manens ipse facit opera* (1).

IV

Jesucristo no trabaja más que para la gloria de su Padre y rehusa cualquier alabanza u honor que se le tribute como a hombre: "*Quid me dicis bonum?* (2). ¿Por qué me llamas bueno? *Non quaero gloriam meam* (3): no ando en pos de mi propia gloria."

Lo que el buen servidor pretende es el bien de su señor, son sus intereses mucho más que los propios, y en esto consiste la delicadeza del servicio. Por tanto, no he de buscar más que los intereses de nuestro Señor, mi amo; no debo trabajar más que para hacer fructificar su gracia y sus dones para mayor gloria suya.

V

Esta vida, del todo interior y concentrada en sí, que no hace ni dice cosa a que Dios no mueva, puede parecer inútil. ¿Quién no admirará, no obstante, a nuestro Señor llevando en Nazaret una vida inútil para el mundo y oculta a los hombres y sencilla en sí misma? Prefiérela el Padre a toda otra vida. ¡Prefiere ver a su divino Hijo y salvador nuestro glorificándole y santificándonos, oculto, sin más testigo que su propia persona, trabajando en su pobre estado, en cosas de tan escaso valor! Así es como nos prefiere también a nosotros.

Ello es debido a que esta vida oculta es enteramente para

(1) Joann., XIV, 10.
(2) Luc., XVIII, 19.
(3) Joann., VIII, 50.

Dios, por el sacrificio que de sí mismo hace uno, y glorifica más a Dios que si nos consagráramos a cualesquiera otras obras. Es el reino de Dios en nosotros y la muerte y el sepulcro del amor propio.

Es una gracia insigne la que nos comunica nuestro Señor para morar a solas con El sin ocuparnos de otra cosa que de El, pues nos llama a trabajar en secreto en su aposento, nos hace confidentes suyos; recibimos directamente sus órdenes; quiere que repitamos sus palabras, que no hagamos más que las acciones que interiormente nos muestra, que no ejecutemos otros planes que los que trae El; quiere que seamos *El* repetido, el cuerpo de su alma, la libre expresión de su deseo, la ejecución humana de sus divinos pensamientos hecha divina y de un valor casi infinito gracias a la unión con sus méritos.

VI

Para llegar a esta altura menester es trabajar primero en mi interior, sobre mí mismo; *Pater in me manens;* tengo que residir en mí. Mas para morar en mí con fruto, tengo que morar en Jesucristo, que está en mí. Y nuestro Señor estará en mí en la misma medida que yo esté en El, pues se trata de algo recíproco. Este morar en nuestro Señor se verifica por la donación y el homenaje de sí mismo, ejecutado con actos de virtud que reclama el momento presente, fortalecido y sostenido con el amor activo, que más que gozar quiere sacrificarse, inmolarse a la voluntad de nuestro Señor.

¡Ay! Mucho tiempo ha quizá que nuestro Señor nos llama a esta vida oculta en El, y nosotros vamos siempre huyendo afuera, imaginando groseramente que sólo el moverse, el trabajar y el consagrarse a obras exteriores vale mucho. En el fondo lo que hay es que no se quiere estar siempre en una casa en que habitan miseria, dolores y enfermedades; se sale a impulsos del hastío o atraído por un amor extraño; o tal vez es el gas de la vanidad el que busca una salida.

¡Oh Dios mío, vivid, reinad y mandad en mí! *In me vive, regna et impera!* Oiré lo que me decís dentro de mí: *Audiam quid loquatur in me Dominus Deus;* y fielmente os acompañaré en mi corazón.

EL RECOGIMIENTO, CAMINO DE LAS OBRAS DIVINAS

Ecce enim regnum Dei intra vos est.
"El reino de Dios está dentro de vosotros".
(Luc., xvii, 21).

I

Al crear al hombre, Dios se reservó para sí el ser rey de su alma y el recibir su homenaje, así como también el ser su fin y su gloria.

Debía Dios perfeccionar, en el hombre, con nuevas gracias su imagen y semejanza, trabajando de acuerdo con él.

Pero vino el pecado a derribarlo todo. Ya no quiere el hombre permanecer en sí mismo con Dios, sino que se ha hecho del todo exterior y esclavo de los objetos exteriores.

Para hacer que vuelva a su interior, Dios le coge por los ojos en su Encarnación. Después, tras mostrarse bueno y poderoso, hacerse amar de él y dejarse tocar de sus manos, Jesucristo se oculta y se esconde en nuestro interior por la Eucaristía y la gracia santificante, de suerte que desde nosotros mismos nos habla, da consejos, nos consuela y nos santifica. En nuestro interior quiere establecer su reino para así obligarnos a morar consigo en nosotros, haciendo lo que la santísima Virgen en la encarnación, que vivía del todo atenta al divino fruto que llevaba en sus entrañas.

Cuando somos fieles a su gracia, nos consuela, nos da paz y nos hace gustar la dulzura de estas palabras: "¡Qué bien se está, Señor, con Vos!"

El deseo que nuestro Señor tiene de que volvamos a nuestro interior nos hace comprender mejor las siguientes palabras: "Pecadores, volved a vuestro corazón: *Redite ad cor*" (1). Hijo, dame tu corazón: *Praebe, Fili, cor tuum mihi* (2). Amarás al señor tu Dios de todo tu corazón: "*Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo* (3). El corazón es la vida, y donde está el tesoro, allí está también el corazón."

---

(1) Is., XLVI, 8.
(2) Prov., XXIII, 26.
(3) Matth., XXII, 37.

II

Cuando Dios quiere santificar a un alma, la separa del mundo mediante pruebas y persecuciones: o bien con una gracia especial, dándole horror del mundo y amor de la soledad, del silencio, de la oración. El mayor don que Dios concede a un alma es el de la oración, porque se ve como obligada a aislarse, a recogerse, a espiritualizarse, y para llegar a este resultado, a mortificarse; y cuando ocurre que el alma no lo quiere suficientemente, Dios le envía flaquezas, enfermedades, penas interiores que la desapeguen v purifiquen de sí misma, bien así como las tempestades purifican la atmósfera.

III

"Morad en mí y yo moraré en vosotros. Así como la rama no puede producir fruto si no está unida al tronco, así tampoco vosotros podréis nada, si no permanecéis unidos conmigo" (1). Por tanto, nuestra unión con Jesucristo debe ser tan extrema como la de la rama con el tronco y la raíz: debe ser una unión de vida.

Como esta divina savia de la verdadera viña es poderosísima y muy fecunda, conforme a esta palabra: "El que mora en mí produce mucho fruto" (2), síguese que si estamos unidos a Jesucristo, no ya tan sólo por la gracia y la fidelidad a la misma, sino también por la unión a sus palabras, que son espíritu y vida, seremos todopoderosos para el bien. "Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid cuanto quisiereis, que se os concederá todo" (3).

Finalmente, la unión de amor práctico, que únicamente se ocupa de complacer a Dios, embelesa a la santísima Trinidad: "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos en él nuestra morada" (4).

El Salvador no pidió en la última oración más que esta unión consigo: "Les he dado, oh Padre, la luz que he recibido de vos para que sean una misma cosa, así como lo somos nosotros. More yo en ellos y vos en mí para que sean

(1) Joann., XV, 4.
(2) Joann., 5.
(3) Ibíd., 7.
(4) Joann., XIV, 23.

consumados en la unidad, y para que sepa el mundo que vos me habéis enviado y que los habéis amado como me habéis amado a mí mismo" (1).

San Pablo nos predica, lo mismo que su maestro, la unidad: "Sois el cuerpo de Jesucristo (2); vosotros sois sus miembros y El la cabeza y el alma de este cuerpo místico" (3). Vive en nosotros y nos hace vivir.

Comulgamos con el cuerpo y la sangre de Jesucristo para más estrechamente unirnos a su alma, espíritu, operaciones interiores, virtudes y merecimientos; en una palabra, a su vida divina.

Tal es la unión de sociedad en que Jesús lo hace todo en nosotros, porque nosotros sacrificamos nuestra personalidad a la suya, para que ésta piense y obre en nosotros, para que llegue a ser nuestro *yo*. La Eucaristía fué instituída sobre todo, por no decir únicamente, para ayudarnos a practicar y mantener esta unión admirable; por eso es el Sacramento de la unión con Dios.

IV

Es indudable que sin esta íntima unión con nuestro Señor, en vano tomaría yo buenas resoluciones, en vano me conocería bien a mí mismo así como a Dios, pues todo sería poco eficaz, por lo mismo que, no obrando en unión con Jesús y no pensando en El, me dejaría cautivar por actos exteriores o arrastrar por mis gustos personales.

Hace falta, por consiguiente, unión actual, viva, de todos los instantes; hace falta que el ojo de mi alma esté abierto para ver a Jesús en mí. ¿Cómo llegar a ello? Pues es cosa muy sencilla. ¡Se llega por la misma unión! ¿A qué correr tanto tras los medios? ¿Para qué tantas resoluciones e inquisiciones espirituales? Todo eso no sirve más que para divertir al espíritu. Hay que ponerse en nuestro Señor sin examinar el modo cómo nos ponemos; entregarse a la divina voluntad del momento cumpliéndola según su deseo y estar del todo a su disposición por amor, por complacer a nuestro Señor; ser enteramente para Dios por la gracia y la virtud del momento presente; tal es el secreto del *manete in me*, permaneced en mí.

Cuando se hospeda uno en casa de alguno superior, se le

---

(1) Id., XVII. 22 23.
(2) Eph., V, 80.
(3) Cor., XII, 12, 27.

honra; cuando en casa de un soberano, se le obedece; en casa de un amigo, se trata de complacerle. Al hospedarnos en Jesucristo nuestro señor, se hace todo eso juntamente.

V

Mas ¿cómo conseguir esta unión? Pues pensando, queriendo pensar en ella, dirigiendo la intención, ofreciendo y volviendo a ofrecer el acto y examinando, después de puesto, las faltas que hubiesen podido deslizarse durante su ejecución.

Para eso es preciso pensar en Dios, y el medio mecánico de la unión es la presencia habitual de Dios. Este es el medio de tener el espíritu embargado ante Dios y en consejo con El; de retener el corazón en la bondad de su amor, a su disposición la voluntad y respetuoso y sumiso el cuerpo.

Esto es cosa que produce, naturalmente, la presencia de un hombre grave, sabio y amado. Efecto de la presencia de Dios amado y reverenciado debe ser también el sostenernos en este estado por la dulce unión de su gracia.

Sin la presencia de Dios la vanidad arrastra al espíritu que se disipa y divaga por todas partes como la mosca y la mariposa. Sin ella el corazón anda en pos de consuelos piadosos, pero humanos; la voluntad se deja dominar por la pereza y las antipatías naturales.

Nos es necesaria mayormente contra la irritación que engendra el combate de las virtudes y de las antipatías. Imposible estar siempre en campo de batalla; es necesario descansar en Dios.

El hábito de la presencia de Dios se logra gradualmente, comenzando por lo más fácil, como la ofrenda de las acciones, algunas sentencias fáciles a menudo repetidas, aspiraciones, dardos de amor. Cierto mecanismo resulta necesario: a una señal, a tal o cual momento fijado, en determinados lugares, recogerse y mirar a Dios en sí. Mas, para que todo no se escape como humo, hay que establecer una sanción exterior y corporal contra las faltas.

Uniéndonos de esta manera con Dios, le damos toda nuestra vida; le damos todo cuanto somos.

¿Qué mayor gracia podemos desear y qué virtud nos resultaría más ventajosa y más gloriosa para Dios? Es el *egredere,* el sal de ti mismo y el fluír de todo nuestro ser a nuestro señor Jesucristo.

EL RECOGIMIENTO, LEY DE LA SANTIDAD

Viam justificationum tuarum instrue me.
"Enseñadme, Dios mío, el camino de la santidad."
(Ps., CXVII, 27).

LA ley de la santidad radica en el recogimiento. Cuando Dios llama a sí un alma para hacerla salir del pecado, procura que se recoja en su conciencia; también se vale del recogimiento para introducirnos en una virtud más elevada; el recogimiento es, por último, el medio que emplea para unirse con el alma en la vida de amor. De suerte que así para los penitentes como para los proficientes y los que se acercan al término, la ley de la santidad es el recogimiento.

I

Degradado, envilecido y corrompido el hombre en su naturaleza por el pecado original, tiene vergüenza de encontrarse a solas consigo mismo. Pensar en Dios le resulta difícil; le gusta vivir entre las locuras de su imaginación que le entretiene y engaña casi en toda la vida; se queda con la vanidad y la curosidad de su entendimiento; su corazón anda en busca de alguna simpatía en las criaturas para gozar con ellas de la vida. Pronto acaba haciéndose esclavo de una idea fija, de un deseo que le agita, de una pasión que le devora, de un vicio que le consume; en el fondo de todos sus actos está la sensualidad. Si trabaja, estudia o se abnega, es pura y simplemente para gozar hoy, o para prepararse los placeres de mañana.

Tal es el hombre terrestre que pasa la mayor parte de su existencia sin pensar siquiera en Dios, su creador, salvador y juez. ¡Son muchos los hombres que no han sabido hallar tiempo de pensar en Dios!

¿Cómo se valdrá Dios, en su infinita misericordia, para crear nuevamente a este hombre material y vicioso?

Le trocará en hombre espiritual e interior, le forzará a entrar dentro de sí mismo, ya hiriéndole con enfermedad que

le aisle o con una desgracia que le muestre la vanidad de las cosas del mundo, ya sirviéndose de la infidelidad o de la iniquidad de los hombres que le hagan ver lo que ellos pueden hacer para su felicidad.

Cuando un pecador siente sus propias miserias, que le contristan y le abaten, Dios le llama como en otro tiempo a Adán caído; le llama a su conciencia que le hace sentir el aguijón del remordimiento; muéstrale la causa de su desdicha, le inspira el pensamiento de un Dios bueno, misericordioso, a quien amó en su juventud; de un Dios Salvador, dispuesto a recibir con bondad al pecador arrepentido. Nada más que el pensar en esto hace ya bien a su alma; enternécese y queda sorprendido hasta el punto de derramar dulces lágrimas. Su corazón, hasta el presente duro, se ablanda, parécele oír una voz que le dice desde lo alto: Ven a mí, yo te aliviaré y te perdonaré, y tú volverás a disfrutar de paz. Feliz el pecador que se rinde a esta voz interior, pues volvió a encontrar a su alma y a su Dios.

Toda conversión es, por tanto, fruto de una gracia interior, o sea del recogimiento del hombre en su conciencia, en la penitencia de su corazón, en la bondad de Dios.

Esa impresión de vaguedad y de vacío, esa tristeza que le aflige en medio de sus extravíos, es ya la voz de Dios, que dice al pecador como en otro tiempo a Israel: ¡Desgraciado del hombre que encuentra su placer en el mal, que descansa en el pecado, que se complace en los goces que le procuran las pasiones satisfechas!

¡Ay! ¡Cuán lejos está de Dios y de sí mismo! La fiebre del vicio le da una vida artificial; es un loco que se tiene por sabio, rico y feliz, siendo así que no es más que un ignorante, desnudo y desdichado.

II

Cuando Dios quiere otorgar a un alma una gracia muy grande y conducirle a una elevada virtud, concédele la gracia de un mayor recogimiento. Es ésta una verdad incontestable, pero poco conocida y menos apreciada de las personas piadosas, que demasiado a menudo hacen consistir los progresos de la santidad en actos exteriores de la vida cristiana o en gozar más de Dios.

Es con todo cierto que una gracia de recogimiento nos aproxima más a Dios, nos alcanza más luz y calor, porque así

estamos más cerca de este foco divino. He ahí por qué se comprenden mejor ciertas verdades, cuando el recogimiento es más profundo. Se penetran con la luz del mismo Dios. Siéntese entonces una paz desconocida, una fuerza que nos sorprende; siente uno que está con Dios.

Como se está más lleno en la presencia de Dios, óyense estas dulces palabras que con la voz secreta, baja y misteriosa del amor, sólo dice a los que como san Juan descansan sobre su corazón: "Escucha, alma recogida, y mira, inclina tu oído a mi voz; olvida tu pueblo y la casa de tu padre, pues has de ser objeto del amor del rey: *Audi, filia, et vide, inclina aurem tuam, et obliviscere populum tuum et domum patris tui et concupiscet Rex decorem tuum*" (1).

Síguese de este principio que lo que constituye el valor y el precio de una gracia es la unción interior que nos recoge en Dios; síguese asimismo que una sola gracia interior vale más que mil exteriores, que nuestras virtudes y nuestra piedad carecen de vida sin el recogimiento que las anime y las una a Dios.

En la vida natural, el hombre más hábil y más poderoso no es el más robusto ni el más ardiente en el trabajo, sino el que piensa hondo y reflexiona, el sufrido, el que sabe examinar un asunto desde todos sus aspectos, apreciando lo que vale cada uno de ellos; el que prevé los obstáculos y combina los medios. Un hombre así es un maestro; nadie le superará, a no ser un rival que tenga las mismas cualidades en grado superior.

En el mundo espiritual, el cristiano más esclarecido en las cosas de Dios es el que más se recoge y más desprendido se encuentra de los sentidos, de la materia y del mundo. Sus ojos son más puros, y, atravesando las nieblas de la atmósfera natural, penetran hasta la luz de Dios. Su oración reviste mayor fuegó que la de ningún otro, porque la hace en Dios, y su palabra es la más eficaz, porque, como Jesucristo, no hace más que repetir la de Dios. Es el más poderoso en obras sencillas e inútiles en apariencia, pero tan eficaces en realidad que convierten y salvan al mundo. En el monte, Moisés solo, pero recogido en Dios, era más fuerte que todo el ejército de Israel.

Por eso la vida adoradora, la vida contemplativa, es de suyo más perfecta que otra cualquiera, más consagrada a obras y más laboriosa: ahí están para decírnoslo los treinta años

---

(1) Ps., XLIV, 11, 12.

pasados por Jesús en Nazaret y su vida de anonadamiento en la Eucaristía, que se perpetúa a través de los siglos. No cabe dudar que si hubiera un estado más santo y glorioso para Dios, Jesucristo lo habría escogido.

III

También la perfección de la vida cristiana en el mundo consiste en una unión más íntima del alma con Dios. Es realmente de maravilla cómo Dios hace perfecta y se empeña en embellecer al alma que se le da enteramente recogiéndose.

A semejanza de un esposo receloso que quiere gozar solo de su esposa, comienza por aislarla del mundo, para más cabalmente poseerla. Dios hace a esta alma inhábil, incapaz y casi estúpida para las cosas del mundo, en las que nada comprende. ¡Ah! Es que Dios quiere librarla de la servidumbre del éxito mundano.

Después le cambia la oración. La vocal la cansa; no encuentra en ella la unción y el gusto divino de antes; ora vocalmente por deber y no por gusto. También los libros la cansan: no encuentra en ellos alimento bastante para su corazón, o no los comprende, porque no expresan su pensamiento. En cambio, se siente suave, pero fuertemente atraída a una oración interior, silenciosa, tranquila y llena de paz junto a Dios; en ella se alimenta divinamente. No se da cuenta, en este estado, de su propia operación, ni siente sino la de Dios. Ya no anda en busca de tal o cual medio, pues ya está en el fin, en Dios. Hasta totalmente llega a perderse de vista: está más en Dios que en sí misma; queda dominada por los hechizos y por la hermosura de su verdad, por la bondad de su amor.

¡Oh! ¡Feliz el momento en que así nos atrae Dios hacia sí! Y mucho más a menudo lo hiciera, si estuviéramos más despejados de los afectos desordenados y fuéramos más puros en nuestros actos y más sencillos en nuestro amor. No desea Dios otra cosa sino comunicársenos; pero quiere ser el Rey de nuestro corazón y el amo de nuestra vida; quiere serlo todo en nosotros.

EL RECOGIMIENTO, ALMA DE LA VIDA DE ADORACION

Maria sedens secus pedes Domini audiebat verbum illius. Unum est necessarium (ait Dominus): Maria optiman partem elegit.

"Sentada María a los pies del Señor escuchaba su palabra. Una sola cosa es necesaria, dice el Señor: María ha escogido la mejor parte".

(LUC., X, 39, 42).

I

LA virtud característica y dominante de un adorador debe ser la de recogimiento, por la que, bajo la mirada de Dios y movido de la gracia, domina y dirige sus sentidos y su alma.

El alma recogida seméjase al piloto que con un pequeño timón dirige como quiere todo un gran buque; seméjase al espejo de un agua tranquila y pura, donde Dios se ve con delicias, o también al espejo de plata donde Dios se fotografía en alguna manera con el resplandor de su gloria, que tan bien refleja un alma recogida a sus pies.

¡Cuán venturosa es esta alma amada! No pierde ni una palabra de Dios, ni un aliento de su voz, ni una mirada de sus ojos.

Trabajad, por tanto, para adquirir este precioso estado, sin el que vuestros trabajos y virtudes serán como un árbol sin raíces o como una tierra sin agua. Cada estado de vida tiene su medida y sus condiciones de felicidad. Uno la encuentra en la penitencia, otro en el silencio, otro en el celo. En lo que atañe a los adoradores, sólo pueden sentirse felices en el santo recogimiento de Dios, del mismo modo que el niño no se siente dichoso más que en el regazo de su madre y el escogido sólo lo es en la gloria.

II

¿Cómo adquirir y conservar el santo recogimiento? Comenzad por cerrar las puertas y las ventanas de vuestra alma; recogerse no es sino reconcentrarse de fuera a dentro en

Dios; hacer acto de recogimiento es ponerse por entero a la disposición de Dios; tener el espíritu de recogimiento es vivir recogido con gusto.

No sólo es necesario para el recogimiento vivir de la gracia, sino que también requiere un centro divino. El hombre no ha nacido para quedarse en el bien que hace, lo cual sería rendir un culto de idolatría a sus obras; tampoco deben ser las virtudes el fin principal, pues sólo son un camino que se sigue, pero no para quedarse en él. Ni el mismo amor puede ser centro, a no ser en cuanto une con el objeto amado; de lo contrario, languidece y sufre, como la esposa de los Cantares, que busca desolada al Amado de su corazón. Donde debéis colocar el centro de vuestra vida de recogimiento es en Jesús, en Jesús del todo bueno y amable, porque sólo en El hallaréis libertad sin trabas, verdad sin nubes, santidad en su propio manantial. A vosotros, que vivís de la Eucaristía, dijo Jesucristo: "El que come mi carne y bebe mi sangre en mí mora y yo en él." Es de notar que Jesús mora en nosotros en proporción de lo que nosotros permanecemos en El; con ser El quien nos atrae a esta unión, nos la hace desear y nos cautiva, contentándose, en lo que a nosotros nos corresponde, con que le ayudemos con nuestras escasas fuerzas. He ahí el poder y la fuerza de este santo recogimiento: es un morar recíproco, una sociedad divina y humana que se establece en nuestra alma, en nuestro interior, con Jesucristo presente en nosotros por su Espíritu.

III

Porque, ¿cuál es el lugar en que se verifica la unión de Jesús con nosotros? En nosotros mismos es donde se realiza esta mística alianza. La unión se hace y se ejercita en Jesús presente en mí. Nada más cierto: "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará y vendremos a él y en él haremos nuestra morada" (1). Y el espíritu de Jesús habita en nosotros como en un templo y nos ha sido dado para permanecer siempre con nosotros. Por lo cual dice la *Imitación*: "*Eia anima fidelis, praepara huic sponso cor tuum quatenus ad te venire et in te habitare dignetur*: Ea, alma fiel, prepara tu corazón para que este esposo se digne venir y establecer en ti su morada" (2).

(1) Joann., XIV, 23
(2) L. II, c. 1, núm. 2.

¿Por qué habrá Nuestro Señor escogido el interior del hombre como centro de su unión con él?

Porque así forzado se verá el santo a entrar dentro de sí. Huía de sí mismo como se huye de un criminal, como se teme una cárcel. Tiene vergüenza y horror de sí mismo y ésta es la razón por que se apega tanto a lo exterior. Pero este huír lejos del corazón hace que Dios se vea abandonado de la criatura, hecha para ser templo y trono de su amor. Como en estas condiciones no puede trabajar en el hombre ni con el hombre, para obligarle a que vuelva dentro de su alma, viene a él; se nos viene sacramentalmente para espiritualmente vivir en nosotros; el sacramento es la envoltura que le encierra; rómpese ésta y nos da la santísima Trinidad así como el éter encerrado en un glóbulo se difunde en el estómago, una vez deshecha la envoltura bajo la acción del calor natural. Quiere, pues, Jesucristo hacer del interior del hombre un templo, con objeto de que éste no tenga que hacer largo viaje para ir a su Señor, sino que le encuentre fácilmente y a su disposición como a su dueño, modelo y gracia; para que con sólo recogerse así dentro de sí mismo en Jesús, pueda en cualquier instante ofrecerle el homenaje de sus actos, el sentimiento de amor de su corazón, y mirarle con esa mirada que todo lo dice y da. Las siguientes palabras de la *Imitación* expresan perfectamente esta vida de recogimiento interior: "*Frequens illi visitatio, cum homine interno dulcis sermocinatio, grata consolatio, multa pax, familiaritas stupenda nimis* (1): Jesús visita a menudo al hombre interior; háblale frecuentemente; amorosamente le consuela y departe con él con una familiaridad inconcebible."

¿Es posible que así ande Dios en pos de un alma y así se ponga a su disposición, que more en cuerpo tan vil y en alma tan terrenal, miserable e ingrata? ¡Y, sin embargo, es sumamente cierto!

IV

Mas ¿cómo alimentar y perfeccionar el santo recogimiento? ¿Cómo vivir de amor? Pues de la misma manera que se conserva el fuego, la vida del cuerpo o la luz: dando siempre nuevo alimento.

Hemos de fortalecer al hombre interior, que es Jesucristo, en nosotros, concebirlo, hacerle nacer y crecer por todas las

(1) L. II, c. 1, núm. 1.

acciones, lecturas, trabajos, oraciones y demás actos de la vida; mas para ello es preciso renunciar del todo a la personalidad de Adán, a sus miras y deseos, y vivir bajo la dependencia de Jesús presente en nuestro interior. Es preciso que el ojo de nuestro amor esté siempre abierto para ver a Dios en nosotros; que ofrezcamos a Jesús el homenaje de cada placer y de cada sufrimiento, que experimentemos en nuestro corazón el dulce sentimiento de su presencia como la de un amigo que no se ve, pero se siente como cercano. Contentaos de ordinario con estos medios; son los más sencillos; os dejan libertad de acción y de atención a vuestros deberes y os formarán como una suave atmósfera en que viviréis y trabajaréis con Dios; que la frecuencia de actos de amor, de oraciones jaculatorias, de gritos de vuestro corazón hacia Dios presente en él, acabe de haceros como del todo natural el pensamiento y el sentimiento de su presencia.

V

Pero ¿de dónde proviene que el recogimiento sea tan difícil de adquirirse y tan costoso de conservarse? Un acto de unión es muy fácil, pero muy difícil una vida continua de unión. ¡Ay! Nuestro espíritu tiene muchas veces fiebre y desvaría; nuestra imaginación se nos escapa, nos divierte y nos extravía; uno no está consigo mismo; los trabajos de la mente y del cuerpo nos reducen a un estado de esclavitud; la vida exterior nos arrastra; ¡nos dejamos impresionar tan fácilmente en la menor ocasión! ¡Y quedamos derrotados! Esa es la razón de que nos cueste tanto concentrarnos en torno de Dios.

Para asegurar, pues, la paz de vuestro recogimiento, habéis de alimentar vuestro espíritu con una verdad que le guste, que desee conocer, ocupándole como se ocupa a un escolar; dad a vuestra imaginación un alimento santo, que guarde relación con aquello que os ocupa, y la fijaréis; pero si el simple sentimiento del corazón basta para que el espíritu y la imaginación se queden en paz, dejadlos tranquilos y no los despertéis.

A menudo nos da también Dios una gracia tan llena de unión, un recogimiento tan suave, que se desborda y derrama hasta en los sentidos: es como un encantamiento divino. Cuidado entonces con salir de esta contemplación, de esta dulce paz. Quedaos en vuestro corazón, pues sólo allí reside Dios

y hace oír su voz. Cuando sintáis que esta gracia sensible se va y desaparece poco a poco, retenedla con actos positivos de recogimiento, llamad a vuestro espíritu en vuestro socorro, alimentad vuestro pensamiento con alguna divina verdad, con objeto de comprar con la virtud de recogimiento lo que Dios comenzó por la dulzura de su gracia.

Nunca olvidéis que la medida de vuestro recogimiento será la de vuestra virtud, así como la medida de la vida de Dios en vosotros.

LA VIDA DE ORACION

Ego cibo invisibili et potu qui ab hominibus videri non potest, utor.

"Me alimento de un pan y una bebida invisibles a los hombres".

(TOB., XII, 19).

HAY en el hombre dos vidas: la del cuerpo y la del alma; una y otra siguen, en su orden, las mismas leyes.

La del cuerpo depende, en primer lugar, de la alimentación; cual es la comida, tal la salud; depende en segundo lugar del ejercicio que desarrolla y da fuerzas, y, por último, del descanso, donde se rehacen las fuerzas cansadas con el ejercicio. Todo exceso en una de estas leyes es, en mayor o menor grado, principio de enfermedad o de muerte.

Las leyes del alma en el orden sobrenatural son las mismas, de las cuales no debe apartarse, como tampoco el cuerpo de las suyas.

Ahora bien: la comida, el manjar del alma, así como su vida, es Dios. Acá abajo, Dios conocido, amado y servido por la fe; en el cielo, Dios visto, poseído y amado sin nubes. Siempre Dios. El alma se alimenta de Dios meditando su palabra, con la gracia, con la súplica, que es el fondo de la oración y el único medio de obtener la divina gracia.

De la misma manera que en la naturaleza cada temperamento necesita alimentación diferente según la edad, los trabajos y las fuerzas que gasta, así también cada alma necesita una dosis particular de oración. Notad que no es la virtud la que sostiene la vida divina, sino la oración, pues la virtud es un sacrificio y resta fuerzas en lugar de alimentar. En cambio, quien sabe orar según sus necesidades cumple con su ley de vida, que no es igual para todos, pues unos no necesitan de mucha oración para sostenerse en estado de gracia, en tanto que otros necesitan larga. Esta observación es absolutamente segura: es un dato de la experiencia.

Mirad un alma que se conserva bien en estado de gracia con poca oración; no tiene necesidad de más; pero no volará muy alto.

A otra, al contrario, le cuesta mucho conservarse en él con mucha oración y siente que le es necesario darse de lleno a ella. ¡Ore esa alma, que ore siempre, pues se parece a esas

naturalezas más flacas que necesitan comer con mayor frecuencia, so pena de caer enfermas!

Mas hay oraciones de estado que son obligatorias. El sacerdote tiene que rezar el oficio y el religioso sus oraciones de regla. Estas nunca es lícito omitirlas ni disminuirlas por sí mismo, de propia autoridad.

La piedad hace que uno sea religioso en medio del mundo. A estas almas la gracia de Dios pide más oraciones que las de la mañana y de la tarde. La condición esencial para conservarse en la piedad es orar más. Es imposible de otro modo.

Sabéis muy bien que hay dos clases de oración; la vocal, de la que hemos venido hablando, y la mental, que es el alma de la primera. Cuando uno no ora, cuando la intención no se ocupa en Dios al orar verbalmente, las palabras nada producen: la única virtud que tienen se la presta la intención, el corazón.

¿Será necesaria la oración mental considerada en su acepción más restringida de meditación, de oración? Es, cuando menos, muy útil, puesto que todos los santos la han practicado y recomendado; es muy útil, porque es difícil llegar sin ella a la santidad.

Esto me conduce como de la mano a decir que hay una oración de necesidad, una oración de consejo y una oración de perfección.

¡Sí; estáis estrictamente obligados, bajo pena de condenación, a orar! Abrid el evangelio y al punto veréis el precepto de la oración. Claro que no está indicada la medida, porque ésta tiene que ser proporcionada a la necesidad de cada uno. Debéis, sin embargo, orar lo bastante para manteneros en estado de gracia, lo suficiente para estar a la altura de vuestros deberes.

Si no, os parecéis a un nadador que no mueve bastante los brazos; seguro que va a perderse. Que redoble sus esfuerzos, que si no su propio peso le arrastrará al abismo. Si os sentís demasiado apurados por las tentaciones, doblad las oraciones. Es lo que hacéis en otras cosas; cada cual se arregla según sus necesidades. ¡Oh! Es algo muy serio esto de proporcionar la oración a nuestras necesidades. ¡En ello va nuestra salvación! ¿Faltáis fácilmente a vuestros deberes de estado? Es que no oráis bastante. ¡Pero si os condenáis! Clamad a Dios. Moveos. La humana miseria ha disminuído vuestra marcha y acabará de echaros completamente por tierra, si no resistís fuertemente. Orad, por consiguiente, cuanto os haga falta para ser cristianos cabales.

La segunda oración es aquella con que el alma quiere unirse con Dios y entrar en su cenáculo. Aquí hace falta orar mucho, porque las obligaciones de este estado son muy estrechas. Así como en una amistad más íntima son más frecuentes las visitas y las conversaciones, así también quien quiera vivir en la intimidad con Jesús debe visitarle más a menudo y orar más. ¿Queréis seguir al Salvador? Harto mayores combates tendréis que sostener, y por lo mismo os hacen falta mayores gracias; pedidlas para alcanzarlas.

La tercera oración, o sea de perfección, es la del alma que quiere vivir de Jesús, que en todas las cosas toma por única regla de conducta la voluntad de Dios. Entra en familiaridad con nuestro Señor y ha de vivir de Dios y para Dios. Así es la vida religiosa, vida de perfección para quienes la comprenden, en la cual nos damos a Dios para que El sea nuestra ley, fin, centro y felicidad. Todo el contento de semejante alma consiste en la oración. Ni hay nada de extraño en ello; porque si corta alas a la imaginación y sujeta al entendimiento, Dios en retorno derrama en su corazón abundancia de dulces consuelos. Son raras tan bellas almas; pero las hay, sin embargo. Y ¿qué no pueden hacer en este estado? Orando convertían los santos países enteros. ¿Rezaban acaso más que ningún otro en el mundo? No siempre. Pero oraban mejor, con todas sus facultades. Sí, todo el poder de los santos estaba en su oración; ¡y vaya si era grande, Dios mío!

¿Cómo sabré en la práctica que oro lo bastante para mi estado?—Os basta la oración que hacéis, si adelantáis en la virtud. Se llega a conocer que la alimentación es suficiente, cuando se ve que se digiere fácilmente y que nos proporciona salud tenaz y robusta.

¿Os mantiene vuestra oración en la gracia de vuestro estado y os hace crecer? Señal que digerís bien. Si las alas de la oración os remontan muy alto, la alimentación es suficiente e iréis subiendo cada vez más.

Si, al contrario, vuestras oraciones vocales y vuestra meditación os hacen volar a ras de tierra y con el peligro de dejaros caer a cada momento, señal que no basta para dominar las miserias del hombre viejo. Eso prueba que oráis mal e insuficientemente. Merecéis este reproche del Salvador: "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí" (1).

¿Qué sucederá? Una tremenda desdicha: ¡que nos moriremos de hambre ante la regia mesa del Salvador! Estamos ya enfermos y muy cerca de la muerte. El pan de vida ha

(1) Matth., XV.

venido a ser para nosotros alimento de muerte, y el buen vino un veneno mortal. ¿Qué queda para volvernos al estado anterior? Quitad al cuerpo el alimento, y muere. Quitad a un alma su oración, a un adorador su adoración, y se acabó: ¡cae para la eternidad!

¿Será esto posible? Sí, y aun cierto. Ni la confesión será capaz de levantaros. Porque, a la verdad, ¿para qué sirve una confesión sin contrición? Y ¿qué otra cosa que una oración más perfecta es la contrición? Tampoco os servirá la Comunión. ¿Qué puede obrar la Comunión en un cadáver, que no sabe hacer otra cosa que abrir unos ojos atontados?

Y aun caso que Dios quiera obrar un milagro de misericordia, cuanto pueda hacer se reducirá a inspiraros de nuevo afición a la oración.

El que ha perdido la vocación y abandonado la vida piadosa, comenzó por abandonar la oración. Como le arremetieron tentaciones más violentas y le atacaron con más furia los enemigos, y como, por otra parte, había arrojado las armas, no pudo por menos de ser derrotado. ¡Ojo a esto, que es de suma importancia! Por eso nos intima la Iglesia que nos guardaremos de descuidarnos en la oración, y nos exhorta a orar lo más a menudo que podamos. La oración nos guía: es nuestra vida espiritual; sin ella tropezaríamos a cada paso.

Esto supuesto, ¿sentís necesidad de orar? ¿Vais a la oración, a la adoración, como a la mesa? ¿Sí? Está muy bien. ¿Trabajáis por obrar mejor y en corregiros de vuestros defectos? Pues es muy buena señal. Eso demuestra que os sentís con fuerzas para trabajar.

Mas si, al contrario, os fastidiáis en la oración y veis con agrado que llega el momento de salir de la iglesia, ¡ah!, ¡entonces es que estáis enfermos, y os compadezco!

Dícese que, a fuerza de alimentarse bien, acaba uno por perder el gusto de las mejores cosas, que se vuelven insípidas y no nos inspiran más que asco y provocan náuseas.

He aquí lo que hemos de evitar a toda costa en el servicio de Dios y en la mesa del rey de los reyes. No nos dejemos nunca atolondrar por la costumbre, sino tengamos siempre un nuevo sentimiento que nos conmueva, nos recoja, nos caliente y nos haga orar. ¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia! Siempre hay que tener apetito, excitarse a tener hambre, tomar buen cuidado para no perder el gusto espiritual. Porque, lo repito, nunca podrá Dios salvarnos sin hacernos orar.

Vigilemos, pues, sobre nuestras oraciones.

EL ESPIRITU DE ORACION

Effundam super domum David spirtum gratiae et precum.
"Derramaré sobre la casa de David el espíritu de gracia y de oración".
(ZAC., XII, 10).

DIOS, al prometer el mesías al pueblo judío, caracteriza su misión con estas palabras: "Derramaré sobre la casa de David y sobre todos los moradores de Jerusalén el espíritu de gracia y de oración." Aunque antes de la venida de Jesucristo se oraba y Dios daba la gracia, sin la cual nunca hubiesen podido santificarse los justos; pero esta gracia de oración no era buscada con ardor, ni debidamente estimada. Jesucristo vino como rocío de gracia que cubre toda la tierra, y derramó por doquiera el espíritu de oración.

La oración es la característica de la religión católica y la señal de la santidad de un alma y aun la santidad misma; ella hace los santos y es la primera señal de su santidad. Cuando veáis que alguno vive de oración, decid: veo un santo.

Siente san Pablo el llamamiento de Dios, y al punto se pone en oración. ¿Qué hace en Damasco durante tres días? Ora. Es enviado Ananías por el Señor para bautizarle. Iba a resistir un instante a la orden de Dios, temiendo al perseguidor de los cristianos, cuando "vete, le dice el Señor, pues le encontrarás en oración: *Ecce enim orat*". Ya es un santo, puesto que ora. No dice el Señor: Se mortifica o ayuna, sino ora. Quienquiera ore, llegará a hacerse santo.

La oración es luz y poder; es la acción misma de Dios, de cuyo poder dispone el que ora.

Nunca veréis que se hace santo uno que no ora. No os dejéis engañar por hermosas palabras o por apariencias, que también el demonio puede mucho y es muy sabio: a lo mejor se cambia en ángel de luz. No os fiéis de la ciencia, que no es ella la que hace santo. El conocimiento sólo de la verdad es ineficaz para santificar; es menester que se le junte el amor. Pero ¡qué digo! ¡Si entre ver la verdad y la santidad media un abismo! ¡Cuántos genios se han condenado!

Voy aún más lejos, y digo que las buenas obras de celo

no santifican tampoco por sí solas. No es éste el carácter que Dios ha dado a la santidad. Aunque los fariseos observaban la ley, hacían limosna y consagraban los diezmos al Señor, el Salvador los llama "sepulcros blanqueados". El evangelio nos muestra que la prudencia, la templanza y la abnegación pueden juntarse con una conciencia viciosa; así lo atestiguan los fariseos, cuyas obras no oraban nunca, por más que trabajaran mucho.

Las buenas obras exteriores no constituyen, por consiguiente, la santidad de un alma, así como tampoco la penitencia y la mortificación. ¡Qué hipocresía y orgullo no encubren a veces un hábito pobre y una cara extenuada por las privaciones!

Si, al contrario, un alma ora, posee un carácter que nunca engaña. Cuando se ora se tienen todas las demás virtudes y se es santo. ¿Qué otra cosa es la oración sino la santidad practicada? En ella encuentran ejercicio todas las demás virtudes, como la humildad, que hace que confeséis ante Dios que os falta todo, que nada poseéis; que os hace confesar vuestros pecados; levantar los ojos a Dios y proclamar que sólo El es santo y bueno.

En la oración se ejercitan también la fe, la esperanza y la caridad. ¿Qué más? Orando ejercitamos todas las virtudes morales y evangélicas.

Cuando oramos hacemos penitencia, nos mortificamos; la imaginación queda sojuzgada, se clava la voluntad, encadénase el corazón, se practica la humildad. La oración es la mismísima santidad, pues que encierra el ejercicio de todas las demás virtudes.

Hay quienes dicen: ¡Si la oración no es más que pereza! ¿Sí? Vengan los mayores trabajadores, los que se dan febrilmente a las obras, que pronto sentirán harto mayor dificultad en orar que en entregarse a sacrificarse por cualesquiera obras de celo. ¡Ah! ¡Es más dulce, más consolador para la naturaleza y más fácil el dar que el pedir a Dios!

Sí; la oración por sí sola vale por todas las virtudes, y sin ella nada hay que valga ni dure. La misma caridad se seca como planta sin raíz cuando falta la oración que la fecunde y la refresque.

Porque en el plan divino la oración no es otra cosa que la misma gracia. ¿No habéis parado mientes en que las tentaciones más violentas son las que se desencadenan contra la oración? Tanto teme el demonio o la oración que nos dejaría hacer todas las buenas obras posibles, limitando su acti-

vidad a impedir que oremos o a viciar nuestra oración. Por lo que debemos estar de continuo sobre aviso, alimentar incesantemente de oración nuestro espíritu, hacer de la oración el primero de nuestros deberes. No se dice en el evangelio que haya de preferirse la salvación del prójimo a la propia, sino todo lo contrario: "¿Qué servirá al hombre convertir al universo mundo, si perdiera su alma?" (1). La primera ley es salvarse a sí mismo y no se salva sino orando. Es ésta, ¡ay!, una ley que se viola todos los días. Fácilmente se descuida uno por favorecer a los otros y se entrega a las obras de caridad. Claro, la caridad es fácil y consoladora, nos eleva y honra, en tanto que la oración... huímos de ella por ser perezosos. No nos atrevemos a entregarnos a esta práctica de la oración, porque es cosa que no mete ruido y resulta humillante para la naturaleza.

Si para vivir naturalmente hace falta alimentarse, la condición ineludible para vivir sobrenaturalmente es orar. Nunca abandonéis la oración, aun cuando fuera preciso abandonar para ello la penitencia, las obras de celo y hasta la misma Comunión. La oración es propia de todos los estados y todos los santifica.—¡Cómo! ¿Dejar la Comunión, que nos da a Jesús, antes que la oración?—Sí; porque sin la oración ese Jesús que recibís es como un remedio cuya envoltura os impide recibir sus saludables efectos. Nada grande se hace por Jesucristo sin la oración; la oración os reviste de sus virtudes, y si no oráis, ni los santos ni el mismísimo Dios os harán adelantar un paso en el camino de la perfección.

Hasta tal punto es la oración ley de la santidad, que cuando Dios quiere elevar a un alma no aumenta sus virtudes, sino su espíritu de oración, o sea su potencialidad. La aproxima más a sí mismo, y en eso está todo el secreto de la santidad. Consultad vuestra propia experiencia. Cuantas veces os habéis sentido inclinados hacia Dios, otras tantas habéis recurrido a la oración y al retiro. Y los santos, que sabían la importancia de la oración, la estimaban más que todo lo demás; suspiraban de continuo por el momento en que quedasen libres para darse a la oración, la cual les atraía como el imán al hierro. Por eso su recompensa ha sido la oración y en el cielo están orando continuamente.

¡Ah, sí, los santos oraban siempre y dondequiera! Esta era la gracia de su santidad, y es también la de cuantos quieren santificarse. Y, lo que vale más, sabían hacer orar a

(1) Matth; XVI, 26.

cuanto les rodeaba. Escuchad a David: *Benedicite, omnia opera Domini, Domino, Omnia,* todas las cosas. David presta a todos los seres, aun inanimados, un canto de amor a Dios. ¿Qué quiere decir esto? ¡Ah, que las criaturas alaban a Dios si nosotros sabemos ser su voz; nosotros debemos alabar por ellas! Podemos animar toda la naturaleza con este divino soplo de la oración y formar con todos los seres creados un magnífico concierto de oraciones a Dios.

Oremos, por tanto, gustemos de orar, aumentemos de día en día nuestro espíritu de oración. Si no oráis, os perderéis; y si Dios os abandona, tened entendido que es porque no oráis. Os parecéis al desdichado que con estar ahogándose rehusa la cuerda que se le tiende para arrancarle a la muerte. ¿Qué hacer en este caso? ¡Está irremediablemente perdido!

¡Oh, os lo vuelvo a repetir, dejadlo todo, pero nunca la oración; ella os volverá al buen camino, por lejos que estéis de Dios, pero sólo ella!

Si os aficionáis a ella en la vida cristiana, os conducirá a la santidad y a la felicidad en este mundo y en el otro.

LA VIDA INTERIOR

Sicut ergo accepistis Jesum Christum Dominum in ipso ambulate, radicati et superaedificicati in ipso...

"Ya, pues, que habéis recibido a Jesucristo por Señor, andad en El, unidos a El como a vuestra raíz y edificados sobre El como sobre vuestro fundamento".

(COLOSS., II, 6 y 7).

I

LA vida interior es para la santidad lo que la savia para el árbol y para la savia la raíz.

Es una verdad fuera de toda duda que cual es el grado de la vida interior tal es el de la virtud y de la perfección, y que cuanto más interior es un alma, tanto más esclarecida es de luces divinas, más fuerte en el deber y más dichosa en el servicio de Dios; todo sirve para recogerla, todo le aprovecha, todo la une más íntimamente con Dios.

Puede definirse la vida interior: vida familiar del alma con Dios y con los santos, y ser interior es amar lo bastante para conversar y vivir con Jesucristo.

Vosotros, que queréis vivir de la Eucaristía, tenéis más estricta obligación de daros de lleno a la vida interior con Jesús, pues este es vuestro fin y ésta vuestra gracia. Debéis ser adoradores en espíritu y en verdad. Constituís la guardia de honor del Dios escondido que en la Eucaristía lleva vida del todo interior. Oculta su cuerpo con objeto de poneros en relación con su espíritu y corazón; su palabra es puramente interior y hasta las mismas verdades están cubiertas con un velo para que penetréis hasta su principio, que es su divino e infinito amor.

¿Qué medio tomar para llegar a este estado de vida interior, principio y perfección de la vida exterior? No hay más que un camino: el recogimiento.

Recogerse es concentrarse de fuera a dentro. Comprende tres grados: recogerse en el pensamiento del deber, en la gracia de la virtud y en el amor.

II

En el primero adquirimos conciencia del deber, de la ley de Dios.

¿Qué manda, qué prohibe la ley? ¿Es conforme a la ley divina este mi pensamiento, deseo o acción? Una conciencia recogida se hace estas preguntas y se dirige según la contestación.

El hombre recogido en el deber pone de continuo los ojos en la conciencia para observar su simpatía o su repulsa, su afirmación o su negación, a la manera como el piloto pone los ojos en la brújula para dirigir la nave.

Recogerse en la ley es fácil, por cuanto la menor infracción va seguida de cierto malestar, turbación y protesta de la conciencia que nos grita: ¡Has obrado mal! Sólo el esclavo de sus pasiones y el voluntariamente culpable, que para huir de este reproche interior huye de sí mismo, corre y se atolondra, no oye esta voz. El demonio le empuja, le ata a una vida puramente natural, arrójale en la fiebre de los negocios, del tráfago, del cambio, de las noticias, y en semejante caso no puede oír ni a Dios ni a su conciencia.

No hay remedio contra este mal, como no sea una gracia de enfermedad, de impotencia, que clave a uno en un lecho frente a sí mismo, o la humillación y las desgracias que nos abran los ojos y nos hagan tocar con el dedo, por así decirlo, la verdad de estas palabras de la *Imitación*: "Todo se resuelve en pura vanidad, excepto el amar a Dios y a El solo servir" (1).

Vivid, pues, cuando menos pensando en la ley; recogeos en vuestra conciencia, obedeciendo a su primera palabra; no os acostumbréis a desdeñar su voz ni la obliguéis a repetir sus reproches; estad atentos a su primera señal. Llevad la ley del Señor ceñida a vuestro brazo; que esté siempre ante vuestros ojos y en vuestro corazón.

III

El segundo grado de recogimiento nos concentra en el espíritu interior de la divina gracia.

No cabe dudar que merced a nuestra calidad de hijos de Dios, el Espíritu santo se hospeda y mora en nosotros con

(1) L. I, c. 1, núm. 8.

la misión de formar al hombre nuevo, Jesucristo, inculcándonos sus virtudes, su espíritu, su vida; en una palabra, de hacer de nosotros otros Jesucristos.

Mas si el Espíritu santo es en nosotros nuestro Maestro, educador y santificador, menester es escucharle, estar a su disposición, ayudarle en su trabajo de transformación de Adán en Jesucristo; de ahí que el recogimiento en Dios presente en nuestra alma sea del todo necesario. Porque este transformarse en Jesucristo se realiza gradualmente y exige que se le sostenga con continuidad. Fácil es practicar un acto de virtud; mas para adquirir el hábito de la misma precisa un trabajo continuo de connaturalización.

Queréis, por ejemplo, haceros humildes como Jesucristo o, por mejor decir, reproducir en vosotros a Jesús humilde. Para lograrlo habéis de declarar una guerra sin cuartel al amor propio, al orgullo bajo todas sus formas, y como quiera que éste os ataca incesantemente, mantiene comunicaciones con la plaza y una parte de vosotros mismos está sobornada, debéis estar de continuo sobre aviso, vigilar todos vuestros movimientos para desbaratar sus astucias, tener siempre las armas en la mano para rechazar los asaltos.

Pero la virtud no consiste sólo en combatir el mal. Este trabajo no es más que preliminar, como para preparar el terreno; lo que Dios os pide como primera condición es una fidelidad que os libre del habito vicioso. Mas la misma virtud no se adquiere sino por el amor y la estima que nos inspira, considerándola en nuestro Señor. La virtud no es amable sino viéndola en El y practicándola por El, y así la tenemos por una de sus cualidades hacia la que nos sentimos inclinados por cierta simpatía de amor, pues se odia lo que detesta el amigo y se ama lo que él ama. Amar la virtud en sus diversos actos es en realidad adquirirla. Este amor de la virtud viene a sernos una regla de vida; nos la hace buscar; le da nacimiento en nosotros; nos inspira una continua necesidad de la misma! por felices nos tenemos cuando damos con una ocasión de practicarla. Pero como son raras las ocasiones, mayormente extraordinarias, bien presto se apagaría en el alma el amor de la virtud si no tuviera otro alimento que los actos exteriores, por lo que el amor la hace vivir en lo hondo del alma; el espíritu contempla la hermosura y bondad que reviste en Jesucristo, mientras el corazón hace de ella un divino ser con el que conversa habitualmente. Para el alma amante y recogida, la humildad es Jesús manso y humilde de corazón, a quien ve, contempla, admira, ensalza,

ama y sigue en los diversos actos de humildad; ofrécese a imitarle cuando quiera y como quiera, dejando en manos de su bondad el presentar las ocasiones para ello; lo mismo le da que éstas sean frecuentes o raras, de poco o de mucho lustre, porque la virtud consiste en el amor que dura siempre y que encierra en sí todas las virtudes con sus diversos actos. Tal es el segundo grado de recogimiento, de recogimiento en la gracia del Espíritu santo, en el amor de la virtud que inspira al alma.

IV

El tercer grado lo constituye el recogimiento de amor. Hasta el presente habíase el alma recogido en sí misma para consultar con su conciencia, o bien la gracia y la voz del Espíritu santo. Ahora sale de sí misma para ponerse en Dios, para vivir en Dios. El fruto natural del amor de Dios es transportar a uno a la persona amada, no viviendo ya más que en ella y para ella, no trabajando sino para darle gusto y contento, y consultando, por consiguiente, ante todas cosas, su manera de ver, sus impresiones y deseos, adivinándolos aun cuando no se manifiestan y penetrándolos.

Cuando se propone a un alma recogida en Dios alguna cosa por hacer, en lo que primero piensa no es en ver si aquéllo le conviene o le es ventajoso a ella personalmente, sino en consultar con Jesucristo, inquiriendo si le agrada o procura su gloria, teniéndose por muy venturosa si para complacerle debiera renunciarse a sí misma o sacrificarse en algo.

En este recogimiento no nos concentramos, como en los demás, en un acto o en una virtud que deba practicarse, sino en la persona misma de Jesucristo; es una amorosa entrega que se le hace por ser quien es. Siendo este amor el centro de la vida viene a ser su ley. Cuanto Jesús quiere y desea, cuanto puede serle agradable se trueca en noble y felicísima pasión del corazón. Así es cómo vive un hijo bien nacido para su amado padre, para una madre tiernamente amada; así también una esposa, que es del todo para su esposo: *et ego illi*.

El alma así recogida goza de entera libertad, por lo mismo que vive del espíritu de amor; está para todo y para nada, todo sirve de alimento a su recogimiento, porque lo ve todo en la voluntad de Dios. De este recogimiento habla nuestro Señor cuando en la cena dice: "Permaneced en mí, que yo permaneceré en vosotros. Quien permanece en mí y yo en él,

ése lleva mucho fruto. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que quisiereis, y se os otorgará. Si observareis mis preceptos, perseveraréis en mi amor, así como yo también he guardado los preceptos de mi Padre y persevero en su amor" (1).

Así, pues, el recogimiento perfecto consiste en permanecer en el amor de nuestro Señor.

¿Es esto difícil, hace falta mucho tiempo para lograrlo? Todo depende del amor que se tenga. Cuando el amor de Jesucristo ha llegado a ser un pensamiento habitual, suave y fuerte; cuando es la divina pasión de nuestros deseos; cuando sin Jesús está triste el corazón, se siente desgraciado en su ausencia y feliz con sólo pensar en El, entonces es cuando se mora en el amor de Jesús.

Lo esencial es mantenerlo por cuanto constituye la vida, hacer habitual el afecto y constante la mirada hacia El.

Por último, la facilidad de recogerse, la paz y la suavidad saboreadas en el recogimiento, son una divina prueba de que le poseemos y permanecemos en su amor: *Manete in dilectione mea.* Que nuestro Señor nos conceda este amor, que formará nuestra santidad y fecilidad en esta vida y en la otra.

---

(1) Joann., XV, 4, 5, 7 y 10.

EL ROCIO DE LA GRACIA

Ego quasi ros, Israel germinabit sicut lilium et erumpet radix ejus ut Libani.

"Seré como rocío, Israel brotará como el lirio y sus raíces se extenderán como las del Líbano".

(Os., XIV, 6).

TENEMOS que cultivar en el jardín de nuestra alma, en este paraíso de Dios, el divino grano sembrado por la Comunión, que es Jesucristo, el cual germinará y producirá flores de santidad. Ahora bien: en el cultivo natural de las flores la condición esencial es conservarlas frescas y húmeda la raíz; si se seca ésta, muere la planta. De la humedad proviene la fecundidad. El sol no basta por sí solo para que se abran las flores—su calor las secaría—; lo que hace es fecundar la humedad y volverla activa. Pues del mismo modo lo que para cultivar la flor de vuestra santidad, Jesucristo presente en vosotros, habéis de hacer es conservar la humedad, la frescura de las raíces, y esto no consiste en otra cosa que en vivir vida interior. La naturaleza da a la tierra rocío y lluvia. El rocío de vuestra alma es la gracia, la cual, cuando es abundante, es como una lluvia que inunda y fertiliza el alma.

El cultivo de vuestra alma consiste, por consiguiente, en la vida de recogimiento.

Es cierto que la vida exterior, por santa y apostólica que sea, nos hace perder siempre algo de nuestro recogimiento, y si no nos renovamos interiormente, acabamos por perder toda gracia y toda vida sobrenatural.

A primera vista parece lo contrario, pues como la virtud es siempre meritoria, el ejercitarla exteriormente debiera servirnos, no ya para disminuir la gracia, sino para aumentárnosla. Lo cual es de suyo verdad; por sí misma la virtud tiende a eso, pero lo que pasa es que obramos con escaso fondo de vida interior, que se agota pronto con el ejercicio. Los hechos lo demuestran. Preguntad a los misioneros si la vida de celo vuelve interior a uno. Todos contestarán que no.

Vemos en el evangelio que una mujer se acerca y toca el

vestido del Salvador. Al punto queda curada; mas dice Jesús: "Una virtud ha salido de mí, lo he sentido" (1). Pero Jesús no perdió esta fuerza ni se disminuyó en nada su piélago de divino poder; así como el sol lanza sus rayos y derrama su calor sin agotarse por eso, así Dios da también sin empobrecerse. Pero no es esto lo que nos pasa a nosotros: cuando en las obras de celo damos al prójimo de lo nuestro, disminuímos nuestro fondo de vida sobrenatural. Lo cual, lo repito una vez más, no es porque así lo requiera la naturaleza de la virtud, sino porque nuestro estado debilitado y envilecido, nuestra tendencia a bajar siempre, hace que nunca ejercitemos exteriormente la virtud sin perder algo de nuestras fuerzas interiores y sin tener necesidad de volver luego al descanso para reponernos.

Y no hablo sólo de obras brillantes y difíciles, como predicación, confesiones, estudios, dirección de obras de caridad, no, sino que las más sencillas ocupaciones diarias a que nos obligan los deberes de nuestro estado o la obediencia gastan nuestra vida interior, y si no renovamos a menudo la intención, nos perderán: nos convertiremos en máquinas, menos perfectas aún que las de vapor, que dan siempre y regularmente la fuerza de que son capaces, en tanto que nosotros no iremos mucho tiempo al mismo paso. ¡Llegaríamos a ser una máquina monstruosa! En nosotros mismos llevamos el mundo, y por retirada que sea nuestra vida, siempre se desliza por algún lado en nuestro corazón. ¡Es tan fácil que el amor propio penetre donde sólo el amor de Dios debiera existir!

Lo que digo de empleos exteriores y manuales dígolo también del estudio. Hasta el estudio de Dios, de la sagrada Escritura y de la teología, reinas entre todas las ciencias, os hincharán y secarán el corazón si asiduamente no practicáis la vida interior. El entendimiento se sobrepondrá al corazón y lo secará si cuidadosamente no lo rociáis con aspiraciones, intenciones y transportes de amor hacia Dios. La ciencia ayuda a la piedad, mas la piedad santifica la ciencia.

¡Pero muy otra cosa sucede cuando se trata de obras que exigen grandes cuidados, como son la predicación, la confesión y la dirección de obras de caridad! Gastáis más y tenéis por lo mismo mayor necesidad de reponeros. "El agua del Bautismo, decía san Juan Crisóstomo, que hace el cristiano tan puro, queda, sin embargo, muy sucia cuando se la

---

(1) Luc., VIII, 46.

saca de la piscina después de que habéis sido sumergidos vosotros en ella.” Y yo os digo: ¿queréis por ventura perderos por salvar a los demás? ¡Qué desdicha!

Cuando más se sube en dignidad, tanto más se pierde en vida interior y en fuerzas divinas, porque todos vienen a quitarnos algo; por eso es necesario entonces orar más. ¡Los santos trabajaban de día y oraban de noche! El soldado victorioso debe volver al campamento para descansar, so pena de que la bandera del triunfo se trueque en sudario. Cuanto más trabajéis, tanto mayor es la necesidad que del retiro tenéis.

Es extraño cuánto se engaña el mundo sobre esa persona. Ved, dicen, qué hermosa vida lleva fulano. No dispone de un momento para sí, sino que se entrega todo al servicio del prójimo. Está bien; pero al examinar más atentamente, observo que entre tanto bueno hay defectos que me infunden sospechas sobre el valor de este celo; paréceme que las hojas de este hermoso árbol comienzan a amarillear antes de tiempo. Debe de haber algún vicio interior; notáis que poco a poco va decayendo, porque le falta la verdadera savia, la vida interior. Hace falta estar tan unido interiormente con Dios como exteriormente a las obras que se ejecutan. Bien sabe el demonio echar mano para perdernos de la ignorancia o de la falta de atención a este principio. Como vea un alma generosa y llena de celo, la lanza entre ocupaciones absorbentes, le impide verse, le proporciona mil ocasiones de gastar fuerzas, hasta tanto que quede agotada; mientras ella se da por entero a remediar las miserias de los demás, él mina la plaza y acaba de dominarla por completo.

¡Qué presto se seca uno bajo un sol abrasador, cuando las raíces no penetran muy hondo en tierra húmeda!

¡Tengo que trabajar, se dice; hay tanto que hacer! Si las obras de Dios me están llamando por todas partes! Y así es: Pero tomad el tiempo preciso para comer y dormir, si no queréis volveros locos. Sí; hay gran peligro de entregarse demasiado a las obras exteriores, a menos que, como el profeta, tengamos el alma de continuo en las manos para ver si estamos siempre dentro de la ley, si vamos bien por el camino. ¡Es tan fácil, a ratos tan brillante dejarse arrastrar a derecha o a izquierda! En un ejército los exploradores prestan muchos servicios, pero no son los que ganan la victoria. Por manera que no debéis correr siempre adelante, sino que os es también menester replegaros sobre vosotros mismos para pedir fuerzas a Dios y ver el mejor medio de valeros de

las mismas. He aquí la regla práctica. ¿Os domina vuestra posición en lugar de dominarla vosotros? Pues estáis perdidos. ¿Qué sucede con un navío, a pesar de toda la habilidad del piloto, cuando la tempestad lo ha dejado sin timón? Vuestro timón es el recogimiento, que es el que debe dirigiros y moveros; haced todo lo que podáis para conservarlo, que sin él iréis a la deriva.

No digáis, por tanto: "¡oh qué alma más santa, ved cuán celosa es!" ¿Es interior esa alma? Todo cabe esperar de ella si lo es, en tanto que si no es recogida, a nada grande ni santo llegará ante Dios. Dominad, pues, vuestra vida exterior, que si ella os domina, os arrastrará a vuestra pérdida. Si las ocupaciones os dejan medio de considerar interiormente a nuestro Señor, vais por buen camino, continuad. Si en medio de vuestros trabajos se dirige el pensamiento hacia Dios; si sabéis evitar que el corazón se quede árido y vacío; si, aunque vuestros trabajos os dejen cansado, hastiado, sentías en el fondo gran paz, vais muy bien, sois libres y señores en vuestra propia casa, bajo las miradas de Dios.

Ved la recompensa que Jesucristo da a los apóstoles cuando vuelven triunfantes después de haber predicado, curado y hecho milagros de todo género: Venid y descansad en la soledad: *Venite seorsum et requiescite pusillum* (1), que es decir: Habéis gastado mucho; es preciso que reparéis las pérdidas.

Después de Pentecostés los apóstoles, llenos del Espíritu santo, se sienten penetrados de inmenso celo: todo lo quisieran abarcar. Es ésta señal de almas magnánimas. Cuando se encuentran al frente de alguna obra todo lo quisieran abarcar, nunca les parece haber hecho bastante, porque siempre les queda algo por hacer. Así, Moisés reunía en sí mismo las funciones de jefe de Israel, de juez y de delegado del pueblo cerca de Dios. El Señor le dió orden de compartir sus ocupaciones con algunos ancianos. Así también los apóstoles servían a los pobres, dirimían las contiendas, predicaban y bautizaban a las muchedumbres, sin reparar en que dando una parte de su tiempo a la predicación y el resto al servicio del prójimo, no les quedaba nada para orar. Es lo que nos acontece: cargados con exceso de ocupaciones, bien pudiéramos hacernos ayudar por otros; pero apenas pensamos en ello, sentimos cierta necesidad de hacer todo por nosotros mismos. ¡Pura imprudencia! ¡Se mata uno, pero no por eso van

---

(1) Marc., VI, 31.

mejor las cosas! Sólo que nos arrastra la necesidad de obrar, de darnos.

Mas Pedro, que más que ningún otro de los apóstoles tenía luces especiales, dice un día: "No nos conviene que lo hagamos todo, pues no nos queda tiempo para orar. Escojamos diáconos que sirvan a los pobres; en cuanto a nosotros, distribuiremos el tiempo entre la predicación y la oración. *Nos autem orationi et ministerio verbi instantes erimus*" (1). Y ¿quién puede tenerse por más santo y lleno del espíritu de Dios que los apóstoles? Pobres pigmeos en punto a vida espiritual, debiéramos pasar en oración los días y las noches.

No es verdadera virtud la que no va del interior al exterior. La virtud ha de tener su comienzo en el pensamiento, en el afecto y en la oración. ¿Dónde está la espiga durante el invierno? Está en el grano de trigo, bajo la tierra: la harán germinar y madurar las fuerzas del calor combinadas con las de la humedad. La virtud es asimismo un grano en vosotros sembrado, que sólo a fuerza de oración, vida interior y sacrificios haréis germinar. El reino de Dios está dentro de vosotros. Nunca tendréis una sólida virtud exterior si ésta no ha sido antes interior.

¿No veis que la obra que en vosotros realiza Dios la comienza por el interior? ¿No tenéis tentaciones interiores? Es Dios quien con ellas cultiva vuestro corazón y siembra en él. Violentas tempestades sacuden el tallo de vuestra paciente virtud para que así extienda más las raíces. Tal es el trabajo de Dios. Cuando os cuesta el hacer algo, no son vuestras manos ni el cuerpo los que se muestran reacios, sino vuestro corazón y vuestra voluntad, por ser aún demasiado débiles.

Así, pues, nunca tendréis virtudes que primero no hayan sido interiores, que no reciban su vida del interior. Para conocer el grado de virtud de un alma habéis de conocer antes el grado de su vida interior.

Principio de éste que debiera orientarnos en la práctica.

Cuando os resolváis a practicar tal o cual virtud, adoptad primero la resolución de practicarla interiormente. Que es decir: Comenzad por practicar la virtud en la oración, acostumbrándoos a pensar en ella. Luego iréis a practicarla exteriormente.

Este es el procedimiento que Jesucristo sigue en la Eu-

(1) Act., VII, 2-4.

caristía. ¿A qué viene dentro de nosotros por la Comunión? Sin duda que para visitarnos; pero cuando en nosotros permanece, alguna otra cosa debe de hacer también. A lo que viene es a sembrar y cultivar en nosotros sus virtudes, a formarse a sí mismo en nosotros, a configurarnos consigo. Viene a educarnos en la vida divina, de suerte que crezca en nosotros al par que nosotros crecemos en El, hasta llegar a la plenitud del hombre perfecto, que es el mismo Jesucristo.

Fijaos en el estado de Jesús en el santísimo Sacramento. ¿Le veis? Ahí está, sin embargo; mas su vida exterior sólo los ángeles la ven. Por más que nada veamos, creemos que ahí vive, de igual manera que creemos en el sol, aun cuando lo oculten las nubes; del mismo modo que creemos también en el trabajo que realiza la naturaleza, aunque esté fuera del alcance de nuestra vista. Lo cual nos prueba que no todo se reduce a la vida exterior, sino que hay también una vida, no por invisible y del todo interior, menos real.

Al comulgar pedid a nuestro Señor que viváis con El y El en vosotros. Todo eso es interior. No es lo que piden la mayoría de los cristianos, cuyo espíritu, intención y voluntad se ocupan de obras exteriores, aunque comulguen, sin que Jesús encuentre ninguno con quien conversar.

En resumidas cuentas, el poder de la virtud radica en la vida interior. Cuando no se tiene ésta, tampoco se tiene virtud, a no ser que Dios obre para vosotros un milagro.

Diréis quizá que de atenerse a este principio es difícil salvarse. No hablo de quienes se contentan con lo estrictamente necesario para guardar los preceptos; conocen sus deberes y la rectitud de su conciencia les muestra dónde está el bien y dónde el mal: lo reducido de sus obligaciones los salva.

En cuanto a vosotros, queréis llevar una vida piadosa y vivir entre favores del divino Maestro y de una vida superior a la de la generalidad: fuerza será que trabajéis también más. Pues subís en dignidad, subid también en virtud; vuestras obligaciones son más numerosas; el Salvador, que os ama más y os concede mayores gracias, exige también más de vosotros.

Cuidado con la rutina, tan fácil cuando el curso de la vida es regular y buenas las ocupaciones exteriores; renovad a menudo la intención; conservad la humedad en la raíz del árbol, si queréis que produzca frutos de salvación.

LA INSENSIBILIDAD DEL CORAZON

Percussus sum ut foenum et aruit cor meum.
"He sido batido como heno y se ha secado mi corazón".
(Ps., CI, 5).

I

ESCRIBIENDO san Bernardo al Papa Eugenio, le decía: "Temo que la muchedumbre de ocupaciones os haga abandonar la oración, y que así se endurezca vuestro corazón."

Aquel a quien así hablaba el santo doctor era un gran papa, ocupado en los asuntos más santos del mundo, como son los de la Iglesia. Con cuánta más razón no deberemos nosotros aplicarnos estas palabras, puesto que ocupaciones mucho menos importantes nos alejan de la oración. El mundo nos rodea; poca cosa hace falta para distraernos y desviarnos de la oración, Bastan para ello nuestras ocupacioncillas exteriores, que pueden hacernos caer en la insensibilidad del corazón, el mayor de todos los males.

Temed mucho la insensibilidad y la dureza del corazón, pues es necesario tener uno sensible y dócil, que se sienta a sí mismo en el servicio de Dios. El que nada sienta, no se horrorizará cuando tenga la desgracia de pecar. No sentirá las llagas, por profundas que sean.

Y digo sensibilidad, porque no conozco otro vocablo que mejor exprese mi pensamiento. La sensibilidad de que hablo consiste en cierto afecto hacia lo que se ha de hacer y cierta repulsa al más ligero mal. Tened entendido que por nada me refiero a esotra sensibilidad nerviosa de los seudodevotos.

Para no exagerar nada, tampoco hablaré de la insensibilidad involuntaria. El rey David confesaba que se encontraba a veces ante Dios cual una bestia de carga, tan pesado e insensible como ella. Pero añadía: "*Ego autem semper tecum.* A pesar de ello, permanezco a vuestros pies con Vos." Este estado de estupidez espiritual no es siempre un castigo; pasamos por ahí para llegar a mayor sumisión y humildad ante Dios. ¿Qué habrá que hacer en estas ocasiones? Nada: tener paciencia, ejercitarse en lo que se pueda y esperar. Como

este estado de ordinario no es culpable, no nos hace responsables de nuestras sequedades y malas oraciones. Es la misericordia de Dios la que nos reduce a ello para impedir que nuestra mente se divierta con naderías, para inflamar nuestro corazón con amor más ardiente y tornar nuestra voluntad más perseverante y firme.

La insensibilidad involuntaria del corazón es también muy penosa, más penosa aún que la estupidez del espíritu, por ser el corazón el órgano con que amamos a Dios, además de que como la voluntad es dirigida por el amor, parece como que queda entonces paralizada. De ordinario Dios envía esta prueba al corazón demasiado sensual, que siempre anhela gozar de Dios: Nuestro Señor le lleva un poco a Getsemaní para darle a gustar gozos más amargos.

Pero las más de las veces la dureza de corazón es un castigo, una consecuencia de nuestros pecados, que hay que evitar a todo trance. El estado de prueba no dura largo tiempo: nos prepara a mayores gracias, paga algunas deudas, y luego el sol vuelve a aparecer radiante. De suyo el corazón no permanece insensible a Dios, es necesario que algún pecado o algún estado de pecado le fuerce a ello. Nuestro Señor no pudo soportar sino tres horas de pruebas en Getsemaní, y la tristeza de su Corazón y el abandono de su Padre le pusieron en las puertas de la muerte.

Cuando tales estados resultan largos es cosa de ver si no serán debidos a alguna falta nuestra, pues la prolongación es señal ordinaria de que les hemos atraído nosotros. Cuando veáis que desde hace un año o más sois insensibles a las gracias de Dios, a su inspiración, a la oración, no vayáis a buscar la causa muy lejos, pues está en vosotros, lo sois vosotros mismos; concretadla y haced cuanto podáis para salir de este estado. Es claro que un alma que comienza por gustar a Dios y luego para en eso, no es sino por culpa suya. No es tan duro Dios, sino un buen padre que no puede ocultarse por largo tiempo. Y nos haría morir si nos diera la espalda durante mucho tiempo. La Escritura atestigua que es bueno, lleno de ternura y de amor, que es un padre, una madre para sus escogidos, y tenemos que sentir, es preciso que sintamos su dulzura y su bondad; si no, señal de que somos culpables.

Nos falta un sentido, estamos paralizados y nuestra es la culpa: averigüemos las causas para remediarlas.

II

Una de las causas la encontramos en la ligereza del espíritu y en ese derramarse en cosas exteriores. El espíritu ligero no está nunca en su casa, no sabe reflexionar, obra por impresión y como arrastrado. Pide de comer cuando tiene hambre y no se toma el tiempo ni la pena de buscar el alimento: como no lo encuentra en Dios se vuelve hacia las criaturas. La insensibilidad y dureza de corazón comienza de ordinario con la ligereza de espíritu. Ya se alimentaría si meditara, mas el tiempo de la oración lo pasa en nonadas. ¿Qué de extraño que el corazón sufra por ello?

Estad, por consiguiente, sobre aviso en punto a la ligereza de espíritu, poned toda vuestra atención en la oración, que es donde os alimentáis y calentáis, donde trazáis el plan del combate espiritual. Una meditación que no os pertrecha de armas de combate, nada vale; como no os alimenta, caeréis de inanición.

Pero diréis: No me alimenta la oración, por más que hago en ella todo lo que puedo.—En este caso cambiad de materia, escoged la que os convenga más. Si un arma no os conviene, tomad otra; lo esencial es estar armado. Tened presente que en la vida espiritual hay prácticas de simple devoción, y las hay necesarias como la meditación, el espíritu de fe y la oración. Nada hay que pueda sustituir a estas últimas; abandonándolas se estingue la vida espiritual, porque se priva del sostén necesario. No cabe dudar que el corazón vive del espíritu, y que el amor, el afecto, no se alimentan sino con la oración.

Otra de las causas de la dulzura del corazón procede de nuestras infidelidades a la gracia. Nunca nos faltan la gracia, la iluminación y la inspiración de Dios, pues incesantemente nos hace El oír su voz; pero nosotros la ahogamos, paralizando así nuestro corazón, que no vive más que de la gracia, y en no recibiéndola muere de inanición.

Además de las gracias de salvación, recibimos las de santidad y de devoción; también a estas últimas hay que ser fiel, tanto más cuanto que hacen de nosotros lo que debemos ser. ¿Qué es, en efecto, un hombre que no se encuentra en su gracia de estado? Y la gracia de estado propia del adorador reside en la oración, en el sacrificio de sí mismo, en el reclinatorio, a los pies del santísimo Sacramento. ¿Descuidáis esta gracia? Pues pereceréis. No hay calor donde falta el fue-

go. Examinaos bien sobre este punto. ¿Oráis? Todo va bien. ¿Os descuidáis en la oración? ¡Gran peligro corréis de perderos! La gracia de Dios no la tendréis si no es por la oración, el sacrificio y la meditación. Pues no ponéis la causa, tampoco lograréis los efectos. Tenéis derecho a las gracias y no lo hacéis valer. Cierto que es cosa en que sólo vosotros tenéis que ver; mas se os pedirá cuenta del talento que habéis guardado inútilmente. Mientras vuestro cuerpo siga un régimen, todo irá bien. También el alma tiene un régimen que seguir. ¿Hacéis todas las oraciones que este régimen os prescribe?

Quizá no habré dejado la oración más que para cierto tiempo, pasado el cual volveré a practicarla, os diréis entre vosotros. ¡Pura presunción! ¡Como queréis vivir sin Dios y sin comer, caeréis en el camino!

—¡Pero si no abandono más que oraciones de devoción!

—¡Fijaos bien en lo que hacéis! ¿Por qué habíais de dejarlas ahora, después de haberlas practicado durante tanto tiempo? Eso arguye ingratitud y pereza; os inclináis hacia el pecado. Por vosotros mismos nunca debéis cambiar de régimen. Si queréis hacer más, pase; ¡pero menos, nunca! De lo contrario, languidecerá vuestra devoción. No digáis: No hay ley que obligue a guardar tal régimne de devoción. En punto a amor de Dios no se mira a lo que pide la ley, sino a lo que pide el corazón.

La tercera causa procede de la sensualidad de la vida. Tanto nos ama Dios y hasta tal punto quiere elevarnos hasta sí mismo, que cuantas veces vamos a las criaturas en busca de satisfacciones, nos castiga, o por lo menos nos castigamos nosotros mismos en cuanto perdemos el vigor y la satisfacción en su servicio. No tarda en venir este castigo, sino que sigue muy de cerca a la culpa; tal es una de las leyes de la santidad. Los demás pecados no van seguidos del castigo inmediato tanto como el que consiste en gozar de las criaturas o de sí mismo, pues bastante castigo es el pecado mortal por sí mismo, en tanto llegue el infierno a satisfacer a la justicia de Dios. Pero quien en sí mismo o en las criaturas busca el contento, malogra la gracia de Dios, le tiene en menos y le deshonra, por lo que al punto es castigado con la privación de la paz y la satisfacción que procura el servicio de Dios; es castigado por donde pecó.

Son muy numerosas las almas de esta clase. Siempre se quiere gozar. En todas las cosas comiénzase por buscar el lado que más sensaciones nos proporcione, y créese que el

amor sube de punto porque se tiene más *sensiblería*. En realidad, en este caso se nos trata como a un niño, a quien, para calmarle y darle gusto, se da inmediatamente la recompensa que ha merecido; no se ama, sino que se es amado. Se goza y se vuelve uno ingrato para el manantial de esa alegría puramente gratuita, atribuyéndola al propio merecimiento, a la virtud, siendo así que es un don del Salvador. ¡Desdichados de nosotros si Dios se viera obligado a tratarnos de tal suerte! Nos lisonjearía como se lisonjea a los enfermos que se encuentran en los últimos extremos, ocultándoles el mal.

Por consiguiente, cuando nos hallemos insensibles, averigüemos si no hemos sido demasiado sensuales en nuestra vida. No me refiero a la abominable sensualidad, sino a esa otra que consiste en complacerse el amor propio en el bien, en las buenas obras que se hacen; esa sensualidad que obra el bien para gozar del mismo, para honrarse y glorificarse por ello, en lugar de referirlo a Dios, único autor del bien. Salid de este estado y bendecid a Dios por tratarnos duramente para descubriros vuestro mal.

III

Es, pues, necesario tener un corazón sensible, dúctil, que se deja impresionar por la gracia, dócil al menor toque de la misma y capaz de sentir la operación de Dios.

Dícese: Quien trabaja, ora, y el trabajo me santifica, aun cuando no sienta a Dios en mí.—¡Oh, si oráis al trabajar, está muy bien! Mas el trabajo, cuando no va animado de buenos deseos, de aspiraciones a Dios y de unión con El no es una oración. También trabajan los paganos y los impíos. Si trabajáis por amor de Dios, oráis; si no, no.

—Pero trabajando hago la voluntad de Dios, y eso debe de bastar.—¿Pensáis en esa divina voluntad? ¿Trabajáis por ventura para conformaros con ella?

—¡Si cumplo con mi deber!—Los soldados y los condenados a los trabajos forzados lo cumplen también. Por sí misma la vida exterior no es una oración; es preciso animarla del espíritu de oración y de amor para que lo sea.

Es necesario, lo repito, tener un corazón afectuoso para Dios. ¿Para qué nos había de dotar el Creador de sensibilidad si no fuera para emplearla en su servicio? La sensibilidad es el vivir del espíritu de fe. Decía nuestro Señor a los judíos: "Os quitaré el corazón de piedra y os daré otro de

carne" (1). Los judíos tenían un corazón de piedra, porque eran del todo exteriores y hallaban su recompensa en la felicidad presente. A los cristianos, en cambio, nuestro Señor ha dado un corazón de carne capaz de sentir la vida divina, de unirse con Dios, de unirse con el Verbo. Y como el Verbo no obra sino en corazón semejante al suyo, y como por ser espíritu no habla sino espiritualmente y por medio de la fe, menester es que el alma, que el corazón esté siempre en nuestras manos, elevado a Dios, para que el divino artífice pueda configurarlo según el modelo del propio corazón, imprimiéndole el sello, la vida y el movimiento propios.

El Señor rechaza y maldice la tierra en la Escritura diciendo que será árida, que no la regará la lluvia, que de su seno no saldrá nada. Al contrario, cuando la bendice, asegura también Dios nuestro corazón, lo fecunda con el rocío de su gracia, y con el calor de su amor lo dilata, tornándolo de esta suerte capaz de todas las impresiones de su amor.

IV

El primer efecto de la sensibilidad del corazón es haceros distinguir mejor la proximidad de Dios, oír de más lejos y con mayor ventura su voz y manteneros bajo la amorosa impresión de su presencia. La sensibilidad es causa de que el corazón se dirija más fácilmente hacia Dios, y eso antes por impresión, por instinto, que por razonamiento. Cuanto más se da uno a Dios, tanto más sensible y delicado viene a ser. No se trata de que las lágrimas salten con mayor o menor abundancia. La sensibilidad y la delicadeza del corazón son algo misterioso: no pueden definirse, sino que se sienten. Son la misma señal de la gracia.

Mas a medida que va uno alejándose de Dios, disminuye la delicadeza. Déjase la compañía del rey para volver al vulgo. En lugar de mirar a Dios, se mira a las criaturas. ¡Desdichado del que así cae!

El segundo efecto de la sensibilidad es movernos a orar interiormente. Las oraciones vocales no bastan; por santas que sean no satisfacen por completo. El corazón experimenta la necesidad de alimentarse con sentimientos nuevos. Quiere desprenderse más de lo terreno y subir más alto, siente la necesidad de vivir con Dios por medio de la meditación.

---

(1) Ezech., XXXVI, 26.

En el servicio de Dios nos hace, por tanto, falta un corazón sensible. Lo necesitamos por lo mismo que somos flacos. Es una doctrina presuntuosa la que desdeña la sensibilidad del corazón y enseña que hay que caminar sin gozar de Dios. Sin duda que no debemos apetecer como un fin el gozar de Dios; por lo demás, si os paráis demasiado en eso, bien sabrá nuestro Señor sacaros a otro estado. Pero si os sentís atraídos, si es verdad que subís, que sentís el Corazón de Jesús en contacto con el vuestro, ¡oh cuán felices sois! Pedid esta gracia, es un bastón sólido y seguro del que os podéis valer para caminar.

No me agradan los que dicen: Mi tienda está plantada en el Calvario. Si allí lloráis, está bien; pero si permanecéis fríos, es el orgullo el que os retiene.

¿Quiénes sois para pretender pasaros sin esos dulces y fáciles medios de que, misericordioso, se vale Dios? Ahora que se instruye a los niños de tal manera que a los siete años son ya unos filósofos, se hacen pedantes y arrogantes, porque el espíritu acaba por sobreponerse al corazón.

Fijaos, al contrario, en lo que vemos en el Evangelio: Al llorar Magdalena y las santas mujeres, Jesús, lejos de desecharlas, las consuela.

Debéis sentir y gustar de Dios por lo mismo que os ha dado un corazón sensible.

Mas la ternura del corazón es, las más de las veces, fruto de sacrificio. Si el Señor os conduce por esta senda, someteos, pero dejadle que obre según le plazca.

Todo entero quiere Dios nuestro corazón. Se tiene miedo de darse por completo; dícese: "Prefiero sufrir! Pero lo que en el fondo de este sentimiento hay es pereza. No quiere uno entregarse completamente, sino que quiere escoger por sí mismo el sufrimiento; ¡da miedo dejar que lo escoja Dios!

Tengamos, pues, siempre un corazón sensible y afectuoso para Dios, sobre todo en nuestras oraciones. ¡En el servicio de nuestro Señor no somos todo lo felices que debiéramos! Nuestro Señor quisiera derramar con mayor abundancia las dulzuras de su gracia; aceptadlas con confianza para vuestra mayor dicha en el tiempo y en la eternidad.

LA PUREZA DE LA VIDA DE AMOR

Cor mundum crea in me, Deus.
"Dios mío, cread en mí un corazón puro".
(Ps., I, 12).

I

ENTRE las virtudes hay una sin la que todas las demás no valen nada: es la caridad habitual, el hábito de estado de gracia. Para ser gratos a Dios y vivir de El nos es absolutamente necesaria, del propio modo que lo es también para la eficacia de la vida, así apostólica como contemplativa, pues sin el estado de gracia todas las virtudes son a manera de diamantes perdidos en el barro. El alimento tomado en estómago enfermo ahoga en lugar de vivificar, y el que presenta a Dios un cadáver infecto, ¿cree, por ventura, ofrecer una hostia de agradable olor? Y, sin embargo, ¿qué otra cosa somos sin el estado de gracia?

Es preciso que estemos en estado de gracia para que Dios pueda amarnos y concedrenos sus gracias. Cierto que Dios no nos ama porque merezcamos ni tiene por qué amar nuestras obras en cuanto de nosotros proceden. Porque, ¿qué somos a sus ojos y qué puede salir de bueno de un alma manchada por el pecado? A lo más un insignificante bien natural; pero, en cuanto a lo sobrenatural, nada. Lo que Dios ama en nosotros es su gracia, su santidad, que se refleja en un corazón puro. Nada más hace falta para satisfacer la mirada de Dios. ¿No es amado de Dios el niño, después de bautizado? Y, sin embargo, carece de virtudes adquiridas; pero es puro, está en estado de gracia y Dios se contempla en la gracia que adorna su corazón y saborea el perfume de esa flor delicada mientras lleguen los frutos.

En el adulto lo que Dios estima por encima de todo es también el estado de gracia, ese estado de pureza adquirido en un baño de la sangre de Jesús; lo que constituye nuestra belleza es el estado de gracia, que es el reflejo de Jesucristo en los santos. Jesucristo se ve en su alma como el Padre en su Verbo. En tanto que si el alma es pecadora, no

es posible que Dios se vea en ella. ¿Cómo queréis que tenga miradas de complacencia para un verdugo de su divino Hijo? Nunca es amable el mal, por lo que Dios no puede amar nuestro estado, cuando estamos en pecado: su misericordia comienza por purificarnos y sólo entonces nos muestra su amor y podemos sostener sus miradas. La primera razón para conservar el estado de gracia, por tanto, es que nos hace amar a Dios y nos vuelve agradables a sus ojos.

II

¿Qué ha de suceder con adoradores que tan a menudo vienen a postrarse a los pies de Jesús y cabe sus ojos? ¿Queréis que Jesús vea en vosotros enemigos suyos? Reproducid en vuestra alma su viva imagen, si queréis que os reciba con agrado. La primera cosa que debéis hacer al venir a adorar es desechar al demonio tomando agua bendita y haciendo un acto de contricción, lo cual es deber de limpieza que obliga por igual al pobre y al rico. ¡Ah! Si tuviéramos un poco de fe, en sintiendo un pecado sobre la conciencia, no nos atreveríamos a entrar en la iglesia o nos quedaríamos a la puerta del templo como el publicano.—¡Pero en este caso nunca iríamos a la iglesia!—¡Purificaos y entrad! Soy de parecer que el pecador que dice: No me atrevo a ir a la iglesia para presentarme a Dios, estima en lo justo las conveniencias. Sin duda que se equivoca en no recurrir a la penitencia, pero ese sentimiento es en el fondo conforme con la verdad.

La virtud que debiera sernos más cara es la caridad habitual. Ved cuál es la mente de la Iglesia sobre el particular. Por santo tiene al sacerdote por cuanto representa a Jesucristo y porque renueva las maravillas que el Salvador obró una vez. Y, sin embargo, le detiene al pie del altar, obligándole a postrarse, a humillarse, a confesar sus pecados y a recibir el perdón, por así decirlo, del acólito, las más de las veces un pobre chiquillo, que le dice: "El Señor todopoderoso tenga piedad de ti: *Misereatur tui!*"

Al venir a adorar, ejercéis una función angelical, por lo que debéis ser puros como los ángeles. Insulta quien se presenta a la adoración con conciencia manchada. ¿No dice la Escritura: *Peccatori autem dixit Deus: Quare tu enarras justitias meas et assumis testamentum meum per os tuum?* (1):

(1) Ps., XLIX, 16.

Al pecador dijo Dios: ¿Cómo hablas tú de mis mandamientos y tomas mis palabras en tu boca? Sed, pues, puros si queréis adorar. ¿Cómo presentarse a Jesús purísimo quien exhala olor de cadáver? ¡Ah! ¡No despreciéis, os lo suplico, a nuestro Señor hasta tal punto que vengáis a adorarle con conciencia pecaminosa!

¡El estado de gracia! ¡Oh! ¡El demonio juega con nosotros! ¡Corremos a pequeños actos de virtud y nos descuidamos en punto a pureza de conciencia, como si un acto de virtud fuera otra cosa que fruto! El árbol que produce el fruto lo forman las raíces, por lo cual debéis poner mucho cuidado en que la raíz sea sana. Gústale al Señor la alabanza que sale de la boca de los pequeñuelos, porque procede de un corazón puro.

Penetrémonos de estas ideas. Conservemos bien el estado de gracia. Decid a menudo: En la adoración soy representante de la Iglesia, de toda la familia de Jesucristo, abogado de los pobres y de los pecadores. Mi oficio es interceder por ellos; y ¿cómo me atreveré a pedir perdón si yo mismo soy pecador? Después de todo, a lo que el Señor hace caso es a la pureza de conciencia, al estado de gracia. Conocéis la hermosa contestación que el ciego de nacimiento dió a los fariseos, quienes se empeñaban en demostrarle que Jesucristo era un pecador: "Yo no sé si será pecador o no, pero lo que si sé es que me ha curado y que Dios no escucha a los pecadores."

¿Cómo aplacan los santos su cólera sino porque son a sus ojos como víctimas puras, embellecidas con la pureza de su Hijo, el pontífice puro, inocente y sin mancha?

III

Esto supuesto, ¿qué nos queda por hacer? Debemos estimar el estado de gracia por encima de todo, y no temer nada tanto como las ocasiones de pecar. ¡Llevamos nuestro tesoro en vasos tan frágiles! ¡Menester nos es desconfiar en todo momento y estar sobre aviso! ¡Hasta María tiembla en presencia del ángel! Hemos de echar mano de todos los medios para conservar intacta la pureza de nuestra alma y ser como un centinela perpetuamente despierto. Vigilemos sobre nuestros sentidos. Al encontrarnos en las ciudades, tan corrompidas hoy, debiéramos poner las dos manos sobre los ojos, para que la muerte no nos suba por nuestras

ventanas. Debiéramos decir sin cesar: "Dios mío, en tus manos encomiendo mi espíritu." La atmósfera de las ciudades es infecta; el pecado reina como soberano y gloríanse las gentes de servirle; el aire que se respira es asfixiante; nos embisten mayores tentaciones; hay nieblas de pecado, que aspiramos mal de nuestro grado, por lo cual tenemos que vigilarnos más estrictamente.

Y que quien mayores gracias haya recibido vigile más todavía. Nadie tiene tantos motivos para temer como el que ha recibido algún don de oración, pues a quien procede de países cálidos el frío impresiona más que a ningún otro. Del propio modo, quien vive de Dios tiene necesidad de una vigilancia más solícita cuando se encuentra en el mundo. Vense a veces almas piadosas que dan en lamentables caídas, y eso que comulgaban y oraban bien. Claro, ¡como que no vigilaban bastante! Eran como niños mimados en el seno de la familia, que no pensaban en los fieros leones que rondaban en torno suyo. Los santos andaban con más cuidado que ningún otro, por lo mismo que se sentían más ricos y conocían su flaqueza. Sí, a medida que aumentan las gracias se ve uno más expuesto, y cuanto más amado se es, tanto más hay por qué temer.

Lleváis un gran tesoro, que bien merece la pena de que el demonio se alce con él, lo cual suele ser no pocas veces cosa de un instante.

¿Que cómo puede ser eso? Pues el hombre, tan santo antes, ha confiado demasiado en sí mismo, hase enorgullecido de sus gracias, ha presumido demasiado de lo elevado de su estado y ha caído. ¿Por ventura os figuráis que, porque Dios os ama con amor privilegiado y os colma de gracias, le amáis también vosotros del mismo modo, merecéis su amor y aún creéis tener derecho a él? No, no. Harto a menudo acontece que los niños más amados son precisamente aquellos que menos aman. No os fiéis, por tanto, demasiado de la santidad de vuestras costumbres y de vuestro estado. ¡En el cielo cayeron los ángeles!

Nos vemos inclinados a no mirar el servicio de Dios sino por lo que honra y por el lustre que de él se nos sigue; ponemos nuestros ojos en los que están debajo de nosotros. Miremos a nuestra flaqueza; grandes gracias suponen miseria grande. ¡Muy frágiles debemos de ser para que Dios nos rodee de tantos cuidados y de tantas barreras!, tal es el pensamiento que nos hará estar alerta contra nosotros mismos.

Vigilemos, pues. No nos fiemos de nuestra santidad. Haced cuenta que en el blanco, el más sobresaliente de los colores, aparece la menor mancha, la cual basta para deslucirlo. La blancura es para nosotros un color de prestado que nos da Jesucristo. ¡Que nada venga a empañarlo!

Vuestro temor ha de ser mayor por lo mismo que más os favorece Dios. ¿Creéis acaso que, porque Dios os ama, os ama también satanás? Como os ve trabajar para recuperar el puesto de los querubines y serafines, os tiene envidia.

Además, os ataca también para vengarse de nuestro Señor. Parece como que dice a Jesús: ¡Aunque no pueda derribaros a vos, destruiré esos copones vivos! En nosotros intenta vengarse de su impotencia contra el Salvador, que le ha echado por tierra. ¿No sabéis que quien se propone llegar a la santidad se prepara tentaciones y tempestades horrendas? Y en medio del furor desencadenado de esas tormentas os decís: ¡Si antes no era tan tentado! Claro; en aquellos tiempos el demonio no tenía por qué teneros miedo. No os espantéis de ver que las tentaciones redoblan, cuando sois más fervorosos en el servicio de Dios; si de algo hubiera que gloriarse sería de eso, porque si el demonio os ataca, es porque merecéis la pena de ser atacados.

Seamos puros, pues Jesucristo lo quiere. Trabajemos cada vez más en blanquear nuestro celestial vestido. ¡Oh! Tengamos fe. ¡Sepamos a quién servimos! Una prueba de que nos falta fe es que no somos todo lo delicados que debiéramos para con nuestro señor Jesucristo. Reprochémonoslo a menudo. Hagámonos puros y que la delicadeza, flor finísima de la fe y del amor, se abra en nuestro corazón y nos guíe como soberana en nuestras relaciones con Jesucristo, que ama corazones puros y se complace entre lirios. El secreto de su regia amistad es la pureza de corazón fielmente custodiada: *Qui diligit cordis munditiam, habebit amicum regem* (1).

---

(1) Prov., XXII, 11.

LA VIRGINIDAD DEL CORAZON

Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias.

"El alma a la que amo sobre las demás debe ser como el lirio entre espinas".

(CANT. II, 2).

EL reinado del amor radica en la virginidad del corazón y es figura suya el lirio que se levanta como reina entre las flores del valle.

El amor es uno: dividido o compartido, es infiel. Las uniones genuinas consisten en el intercambio de los corazones. En el corazón es donde se verifica la unión, y para simbolizar la pureza de la misma la esposa se viste de blanco.

También nuestro Señor nos pide entrega absoluta de nuestro corazón, pues quiere reinar solo en él y no consiente que lo dividamos entre El y las criaturas.

Es Dios de toda pureza; ama a las vírgenes por encima de todo y para ellas guarda sus favores y el cántico del cordero; su corte privilegiada la forman las vírgenes, que le siguen a dondequiera que va.

Jesús no se une más que a un corazón puro, y propio de esta unión es engendrar, conservar y perfeccionar la pureza, pues de suyo el amor produce, entre quienes se aman, identidad de vida y simpatía de afectos. El amor evita lo que desagrada y trata de agradar en todo, y como quiera que lo que más desagrada a Jesús es el pecado, el amor lo evita con horror, lo combate enérgicamente y muere contento antes que cometerlo.

Tal es la historia de todos los santos, de los mártires y de las vírgenes. Es sentimiento que ha de tener todo cristiano: todos debemos estar dispuestos a morir antes que ofender a Dios.

Nada tan delicado como la blancura de la azucena, cuyo brillo empaña el más insignificante polvo y el menor aliento. Otro tanto pasa con la pureza del amor. El amor es de suyo celoso.

El título que Dios prefiere a todos los demás es el mismo que a nosotros nos es más caro, o sea, *Deus cordis mei,* el

Dios del corazón. ¡Ah!, el corazón es nuestro rey; él dirige la vida y es la llave de la posición. Nada extraño, pues, que todas las tentaciones del mundo ataquen al corazón y tiendan a conquistarlo, porque ganado el corazón queda también ganado todo lo demás, por lo que la divina Sabiduría nos dice: "Hijo, guarda tu corazón con todas las precauciones imaginables, pues de él depende la vida: *Omni custodia serva cor tuum quia ex ipso vita procedit*" (1).

No reina Jesús en un alma sino por la pureza del amor.

Pero hay dos clases de pureza en el amor de Jesucristo.

La primera es la pureza virginal, que brota como fruto natural del amor de Jesús. El alma, prendada de este amor, prevenida de este atractivo, quiere consagrar su corazón a su esposo y hacerle entrega de todo: *ut sit sancta corpore et spiritu* (2). Es una azucena y Jesús se complace entre azucenas.

Reina en su espíritu sosegado y puro, donde la verdad sola resplandece.

Reina en el corazón, donde se encuentra como rey en su trono.

Reina en el cuerpo, cuyos miembros todos le están consagrados y ofrecidos como hostia viva, santa y de agradable olor: *Ut exhibetis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem* (3).

Esta pureza constituye la fuerza de un alma. El demonio tiembla ante una virgen, y por la Virgen fué vencido el mundo.

¿Hay muchos corazones que nunca han amado más que a Jesucristo?

Debiera haberlos, si se considera quién es Jesucristo. ¿Qué hombre o qué rey hay que pueda compararsele? ¿Quién es mayor, más santo o más amante? No cabe duda de que la realeza de este mundo no vale la realeza virginal de Jesucristo.

Corazones enamorados de Jesús, los hubo muchos en los siglos de persecución, muchos también en los siglos de fe, y eso porque sabían apreciar en lo justo el honor de no entregarse y de no pertenecer sino al rey de los cielos. Los hay también muchos hoy, a pesar de la guerra que les hacen el mundo y la sangre; son como ángeles en medio del mundo

---

(1) Prov., IV, 23.
(2) Cor., VII, 34.
(3) Rom., XII, 1.

y como mártires de su fidelidad, pues los combates que les libran el mundo y los parientes son terribles v pérfidos, y no hay flecha que no se les lance para arrancarles esa regia corona que de manos de su esposo Jesús recibieran.

Nuestro Señor recompensa esta fidelidad uniéndose con sus almas de modo cada vez más íntimo, y como es pureza por esencia, incesantemente las va purificando y las trueca en oro purísimo.

No hay premio que pueda compararse al que ellas tendrán en el cielo. "Vi, dice san Juan, el apóstol virgen, vi que el Cordero estaba sobre el monte Sión, y con El ciento cuarenta mil personas que tenían escrito en sus frentes el nombre de El y el nombre de su Padre... Y cantaban como un cantar nuevo ante el trono del Cordero, y nadie podía cantar aquel cántico fuera de las vírgenes. Por ser vírgenes y estar sin mancilla siguen al Cordero doquiera que vaya" (1).

Para los que no tienen esa corona de la pureza virginal, resta la pureza de la penitencia. Es bella, noble y fuerte esa pureza reconquistada y guardada a fuerza de los más violentos combates y de los sacrificios más costosos a la naturaleza. Hace al alma vigorosa y dueña de sí misma. Es también un fruto del amor de Jesús.

El primer efecto del amor divino al tomar posesión de un corazón contrito es rehabilitarlo, purificarlo y ennoblecerlo; en suma, hacerlo honorable.

Luego el amor lo sostiene en los combates que le sea menester sostener contra sus antiguos señores, sus hábitos viciosos.

El amor penitente da un ejemplo magnífico: es una virtud pública por los combates que libra y por las cadenas que rompe.

Son sublimes sus victorias; su triunfo completo consiste en hacer al hombre modesto.

Compremos, por tanto, aun a costa de los mayores sacrificios, este oro aquilatado en el fuego de la pureza, para enriquecernos y revestirnos de la cándida vestidura, sin la que nadie entra en el cielo. Esto es lo que san Juan advierte al obispo de Laodicea: *Suadeo tibi emere a me aurum ignitum, probatum, ut locuples fias et vestimentis albis induaris* (1).

---

(1) Apoc., XIV, 1-5.
(2) Apoc., III, 18.

¿Quién subirá hasta el monte del Señor? El que es inocente en sus obras y tiene corazón puro.

Purificarnos, tal es la tarea más importante de la vida presente. Nada manchado podrá entrar donde reina la santidad de Dios, y para verle y contemplar el resplandor de su gloria preciso es que el ojo de nuestro corazón esté completamente puro. Aun cuando no tuviéramos más que un átomo de polvo en nuestra túnica, no entraríamos en el cielo sin antes purificarlo en la sangre del cordero. Sobre ello ha empeñado el Salvador su palabra, que no puede dejar de cumplirse: "En verdad os digo que de toda palabra ociosa que dijeren, darán los hombres cuenta en el día del juicio" (1).

Hay que purificarse sin cesar. Antes huír a un desierto y condenarse a una vida de sacrificios, antes abandonar todas las obras, por bellas y buenas que fuesen, que perder el tesoro de la pureza. Todas las almas que pudiéramos salvar no valen lo que la salvación de nuestra propia alma. Aquello que Dios quiere antes que todo y por encima de todo, aquello sin lo cual todo lo demás para nada sirve, somos nosotros mismos.

¡Ah! Si no tenemos todas las virtudes heroicas y sublimes de los santos, seamos al menos puros, y si hemos tenido la desdicha de perder la inocencia bautismal, revistámonos de la inocencia laboriosa que nos comunica la penitencia.

No cabe vida de amor sin pureza.

---

(1) Matth., XII, 36.

EL ESPIRITU DE JESUCRISTO

Qui adhaeret Domino, unus spiritus est.
"Quien está unido al Señor es un mismo espíritu con El".
(COR. VI, 17).

I

AL examinarnos atentamente no podemos menos de reconocer que lo natural vuelve sin cesar y trata de sojuzgarnos en la menor ocasión; que el entendimiento anhela de continuo entregarse a su ligereza, a su actividad, a su nativa curiosidad; el corazón, a sus preferencias y humanos afectos; que la voluntad, tan tenaz en lo que hace por gusto y libremente, es flaca tratándose de seguir la inspiración de Dios; que el alma entera, poco ha tan sosegada y recogida en la oración, en un instante pierde su recogimiento y ya no piensa en Dios. En las relaciones con el prójimo, se olvida de Dios. Así es nuestro natural cuando no está muerto, ni domado, ni ligado lo bastante para que no se escape en todo momento.

¡Pobre árbol espiritual falto de raíces! Somos, ¡ay!, como esas plantas de cálido invernadero que no pueden sacarse al aire libre sin que se marchiten o queden heladas. Lo cual demuestra que nuestra vida interior es ficticia, artificial, viva tan sólo ante el fuego de la oración, helada tan pronto como se nos deja a nosotros mismos o nos damos a nuestras ocupaciones exteriores.

¿De dónde procede esto?

II

DE dos causas. Es la primera que no nos alimentamos espiritualmente de lo que hacemos. Si estudiamos no es por devoción, sino por celo, por actividad natural; en el trato con el prójimo nos disipamos en lugar de aprovecharnos de la ocasión para trabajar por Dios. Nuestras ocupaciones son, por lo mismo, al modo de la fiebre que nos debilita y consume.

Es menester trabajar, pero alimentándonos de la virtud propia del trabajo que traemos entre manos, haciéndolo por espíritu de recogimiento en Dios y viendo en él el cumplimiento de una orden suya, diciendo como poseídos de su santísima voluntad antes de cada acto: Voy a honrar a Dios con esta obra.

La segunda causa es que no tenemos un centro adonde retirarnos para reparar nuestras fuerzas y renovarlas a medida que las vamos gastando. Corremos como torrente; nuestra vida no es sino movimiento y ruido de pólvora.

Lo que nos hace falta es el sentimiento habitual de la presencia de Dios, o de su gloria, o de su voluntad, o de su misterio, o de una virtud; en una palabra, nos hace falta el sentimiento de Jesucristo, el vivir cabe sus ojos, bajo su inspiración, del propio modo que El vivía de la unión con su Padre: *Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu* (1).

III

Ahora bien; esa unión de Jesús con su Padre manifiéstase en sus palabras y actos.

En sus palabras: "No hablo por mí mismo: *A meipso non loquor* (2). Os he hecho saber cuanto he oído a mi Padre: *Quaecumque audivi a Patre meo, nota feci vobis*" (3). Así, ni una sola palabra dice Jesucristo por sí mismo, sino que escucha al Padre, le consulta y luego repite fielmente su divina contestación, sin añadir ni quitar nada. No es sino la palabra del Padre: *Verbum Dei,* la cual la repite con respeto, pues es santa, y con amor por ser una gracia de su bondad; con eficacia por cuanto ha de santificar al mundo y crearlo de nuevo en la luz y en la verdad, calentarlo con el fuego del amor y un día juzgarlo. Por eso eran espíritu y vida las palabras de Jesús, que calentaban como un fuego misteiroso. "*Nonne cor nostrum ardens erat in nobis dum loqueretur?*" (4). Era omnipotente: "*Si verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis petitis, et fiet vobis:* Si mis palabras permanecen en vosotros, bien podéis pedir cuanto queráis, que se os concederá todo" (5). Las palabras salían

---

(1) Philipp., II, 5.
(2) Joann., XIV, 10.
(3) Joann., XV, 15.
(4) Luc., XXIV, 32.
(5) Joann., XV, 7.

de Jesús como los rayos salen del sol, para alumbrar las tinieblas interiores: *Ego sum lux mundi* (1).

He aquí lo que habemos de ser para el prójimo, *verbum Christi,* la palabra de Jesucristo. Eso fueron los apóstoles y también los primeros cristianos, pues el Espíritu santo hablaba por su boca ante los paganos; eso recomienda san Pablo a los fieles: "Que la palabra de Jesucristo habite con abundancia en vuestros corazones: *Verbum Christi habitet in vobis abundanter*" (2).

Es preciso, por consiguiente, escuchar a Jesús cuando nos habla dentro de nosotros mismos, comprender y repetir su palabra interior; y escucharla con fe, recibirla con reverencia y amor; transmitirla con fidelidad y confianza, con dulzura y fuerza. Desgraciadamente, cuán poco nos hemos inspirado hasta el presente en la palabra de Jesucristo, y cuán a menudo, al contrario, en el afecto natural del prójimo. De este modo nuestras palabras resultan estériles, inconsideradas y hartas veces culpables.

IV

El Padre inspiraba todas las acicones de Jesucristo y regulaba hasta sus menores detalles: "*A meipso facio nihil* (3), por mí mismo no hago nada." Nuestro Señor cumplía la voluntad de su Padre hasta en las cosas más menudas e insignificantes.

Pues éste es también el deber de un verdadero servidor de Jesucristo, de un alma que se alimenta de El y tan a menudo lo recibe. ¿No es ya una grande dicha nada más que el tener a Jesús como dueño y ver que se sujeta hasta a dirigirme en todo e inspirar los menores detalles de mis acciones? ¿Por qué no habría de hacer lo que El hace y del modo y con la intención con que El lo hace, puesto que aprendiz suyo soy? ¡Ah! Si así obráramos, gozaríamos de libertad, paz y unión con Dios; no nos concentraríamos en lo que hacemos, sino que permaneceríamos en Jesús por más que trabajáramos exteriormente; no tendríamos apego sino a lo que quiere nuestro Señor y todo el tiempo que El lo quiera, como el criado a quien se dice: Vete, y se va; ven, y viene.

---

(1) Ibid., VIII, 12.
(2) Col., III, 16.
(3) Joann., VIII, 28.

Mas para esto hace falta un cambio de gobierno, de jefe, de principio. En nuestra vida hace falta una revolución, pero una revolución completa que encadene y crucifique al hombre viejo; hace falta, en suma, que dejemos la dirección de nuestra vida en manos de nuestro Señor y que nos contentemos con obedecerle.

No se nos viene para otra cosa. Sin esta entrega de nuestras facultades, de nuestra voluntad y de nuestra actividad, Jesús no vive en nosotros con vida actual. Nuestras acciones siguen siendo nuestras con algo de mérito; estamos unidos con El por medio de la gracia habitual y no por el amor actual, vivo y eficaz; no podemos decir con toda verdad y con toda la profunda significación que encierra: "Ya no vivo yo, sino que vive en mí Jesucristo: *Vivo jam non ego, vivit vero in me Christus*" (1).

(1) Gal., II, 20.

LAS SEÑALES DEL ESPIRITU DE JESUS

Fili, diligenter adverte motus naturae et gratiae, quia valde contrarie et subtiliter moventur; et vix, nisi a spirituali et intime illuminato homine, discernuntur.

"Hijo, observa con cuidado los movimientos de la naturaleza y de la gracia, porque son muy contrarios y sutiles; de manera que con dificultad son conocidos, sino por varones espirituales e interiormente iluminados".

(IMIT., I, III, c. LIV).

I

HAY en nosotros dos vidas: la natural y la sobrenatural. Una u otra debe necesariamente dominarnos. De ser la primera, somos culpables; si la segunda, todo va regulado y santificado por ella, que es la que lo corrige y ordena todo y todo lo purifica. Nuestra virtud consiste en mantener viva y robusta esta vida sobrenatural. Es menester que sepamos de qué espíritu somos movidos, si del espíritu de la gracia o del de la naturaleza. Hay momentos en que este discernimiento es muy difícil porque nos encontramos en lucha; el éxito dirá con qué espíritu obramos, cual es la vida que en nosotros reina.

Nada hay en el mundo que no sirva a la vida natural, la alimente, ensalce y glorifique; cuando de veras se quiere vivir de Dios, hay que valerse también de todos los actos y de todos los medios para conservar y aumentar la vida sobrenatural.

Si quisierais discernir los diversos movimientos que una y otra vida producen en nosotros, os aconsejaría que recurrierais al capítulo cincuenta y cuatro de la *Imitación;* sólo la humildad o la delicadeza hacen que nos atribuyamos todos los defectos en él indicados. Hay que ser mesurados en todo. Cierto que en nosotros laten en germen todas las malas inclinaciones; pero en la práctica no todos los defectos los tenemos. Pidamos a Dios nos dé a conocer los nuestros y haga que nos corrijamos sin precipitaciones ni desasosie-

gos. Si por nuestra parte somos fieles, la gracia de Dios nos guiará y llevará al triunfo la vida de Jesucristo en nosotros.

He aquí algunas señales de que se posee la vida sobrenatural, de que está sólidamente asentada en nosotros y dirige nuestra conducta:

1.º Primeramente la vida de Jesucristo domina la conciencia, purifícala y la separa del pecado. No se une con conciencias dudosas o culpables. Examinemos si vive en nosotros Jesús por la delicadeza de la conciencia. Si no tenemos odio al pecado, señal que no hay en nosotros espíritu de Jesucristo. Es preciso que la conciencia sea libre y clara, que el enemigo esté totalmente encadenado, sin que pueda enturbiar la limpidez de la conciencia, para lo cual hay que echar mano de la fuerza, emplear primero la fuerza contra sí mismo y contra el pecado. La dulzura vendrá después. Pronto indicaremos el carácter de esta fuerza. Veamos, por tanto, si nos desazona el pecado. Si no, señal que somos forasteros y no hijos de la familia. Si no nos aflige el haber pecado y causado tristeza a nuestro Señor, el haber puesto entre El y nosotros una barrera que nos impida hablar, es porque nuestro corazón está muerto.

2.º Cuando nuestra voluntad está en El, nuestro Señor vive en nosotros, no ya tan sólo para evitar el pecado, lo cual bastaría para salvarnos, sino para cumplir cuanto nos pidiere.

Hay, con todo, aun en este segundo estado, casos en que la voluntad está en lucha contra el pecado y casos en que se queda en dudas y se ve inclinada al mal por la tentación; se encuentra entonces a oscuras y como trastornada. No se trata ya de experimentar buenos sentimientos, sino de fortalecer la voluntad contra el pecado, y contra los pecados más graves. Dios quiere este estado, por eso los santos se ven a veces entre querubines y a veces entre demonios.

No quiere Dios que olvidemos del todo la conciencia. Como la dulzura de su servicio nos lleva a perder de vista la conciencia, pues el corazón hace olvidar el combate, envíanos estos ataques que arremeten contra la misma voluntad. Ya no hay entonces lugar para el orgullo, pues el alma duda respecto de todo lo hecho hasta el presente; tan débil se siente que caería si Dios no le tuviera como de la mano. Es cosa humillante, pero provechosa, porque hace falta que veamos nuestro polvo; y algo de temor resulta necesario para evitar la multiplicación de casos de pereza. Estados son éstos más penosos que la misma aprehensión positiva del infierno.

El alma llora por Dios y sufre tanto cuanto haya amado hasta el presente y cuando más amada haya sido. Déjanos Dios en ese estado hasta que volvamos a nuestra miseria. Y la pobre alma dice entonces: ¿A dónde he ido a parar? ¿Qué sería de mí, si me hubiera abandonado Dios? ¿Hasta dónde no habría bajado, si El no me hubiera detenido?—Este hermoso acto de humildad nos pone de nuevo de pie. Dios queda satisfecho y todo vuelve al orden.

Tenéis que contar con estos estados; por ellos tendréis que pasar. ¿Por ventura subís de continuo? Por eso necesitáis ser purificados. La prueba os vendrá a la hora de Dios. ¿Qué hacer en esos momentos? Coged la cruz, recurrid a la oración, que no es tiempo de huír. Hay almas que pasan por ella muy a menudo, tan pronto como les acontece caer en algún pecado del corazón, de afecto: así Dios las purifica.

Quizá digáis: De ser así, ellas mismas son culpables; culpa suya es si pasan por estas pruebas. ¡Eh! Lo que ocurre es que todavía no estamos en el paraíso. Puede que haya alguna falta suya, pero Dios se vale de eso y las pica para que vayan más pronto, para hacer derramar sangre y lágrimas, para hacer sitio.

Volvamos a lo que inquiríamos antes, a cuál es la segunda señal de que Jesucristo vive en nosotros. Fuera de esos estados de tentación de que acabamos de hablar, es el estar nuestra voluntad atada con la suya sin que nada quede libre. En nuestras adoraciones y oraciones hemos de fortalecer sin cesar esta voluntad de pertenecer a nuestro Señor, entregándosela de continuo.—¿Para qué?—Para todo lo que quiera, así ahora como más tarde.

Es un gran defecto de la piedad el empeñarse en querer un detalle; viene a faltar éste, otro se presenta en su lugar y acontece que nosotros no estamos preparados. Habéis de entregaros para todo. ¿Nada os dice Dios en este momento? ¡Qué más os da! Le pertenecéis mientras llegue el momento de que os hable. He aquí la verdadera señal de que Jesucristo vive en la voluntad. Si os encontráis en ese estado, vivís de Dios. La vida sobrenatural, la vida en Dios, es una vida de voluntad. Lo que el hombre acepta en su voluntad ante Dios es como si lo hubiera hecho y posee realmente el mérito de lo que ha querido. Estar a la disposición de Dios es obrar.

De modo que cuando el Señor manifiesta su voluntad particular, al punto la cumple uno, porque está preparado. ¡Poco da que agrade o repugne a la naturaleza! Salimos a cumplir

la orden divina tan pronto como aparece a nuestra vista. El hombre espiritual está siempre contento, sea como fuere lo que Dios pida. En cuanto al natural, lo domamos con las espuelas. Es preciso que marche. ¿Que no quiere ir? Hinquémosle las espuelas en los ijares. Por poco que eche de ver que sois débiles, os arrojará por tierra, en tanto que viendo lo fuerte que sois irá a pesar suyo. Evitemos, pues, ese defecto que consiste en querer saber lo que habremos de hacer a tal o cual hora. Siempre y para siempre habréis de ser para Dios. No ha de haber tiempo libre, así como tampoco lo hay en el cielo. Sin duda que el reglamento os prescribe varios ejercicios para horas fijas; pero en el intervalo debéis estar a disposición de Dios.

Hasta es imprudente querer prever de antemano sacrificios que Dios no exige más que para determinado momento; equivale ello a querer combatir sin armas. Aguardad a que Dios os los pida, que entonces os dará la gracia correspondiente. Dejad que fije El mismo lo que hayáis de hacer; estad en el centro de la divina voluntad, y por lo que toca a las buenas obras que se os ofrezcan fuera de este divino querer, no hagáis caso de ellas. Si Dios no os pide nada, no hagáis nada; pues quiere que descanséis, dormid a sus pies.

3.º ¿Cuándo vive nuestro Señor en nuestro corazón? Cuando éste no encuentra felicidad ni gozo fuera de Dios. Este gozo no siempre lo sentimos, pues no pocas veces es crucificado; ni consiste en otra cosa el gozo de amar a Dios por encima de todo, por cuanto de la suerte viene el corazón a vivir en la vida divina más de sufrimiento que de alegría, y acaba por amar por Dios el sufrimiento y la cruz. Aun cuando sufre, la dicha del corazón consiste en ser de Dios; vive, no ya en sí mismo, sino en Dios.

No siempre es fácil reconocer la señal de que Dios vive en el corazón. Con objeto de que el amor crezca más y más, permite Dios que el corazón se vea entre tinieblas y le parezca que no ama lo bastante, lo cual le estimula y le mueve a amar con nuevos bríos, y creyendo que no llega a la meta redobla los esfuerzos.

4.º Para el entendimiento, en cambio, la cosa es más fácil; y hasta puede uno estar cierto de cuándo el espíritu vive de Dios. Más aún, la certidumbre de la propia vida sobrenatural prueba que la voluntad y el corazón viven de nuestro Señor, porque quien proporciona motivos y pensamientos que los mantengan en la vida sobrenatural y surte el hogar de leña es el entendimiento.

Y se tiene el entendimiento en Dios cuando el pensamiento de nuestro Señor es fijo, dominante, nutritivo y fecundo. ¿Pensáis habitualmente en nuestro Señor? Pues Jesucristo se encuentra en vuestro espíritu y en él vive; vive, por lo mismo que es dueño y legislador.

Si el entendimiento no vive en Dios ni nutre la vida sobrenatural, el corazón no procederá sino por saltos y la voluntad por ímpetus, en tanto que si los mantiene, la vida resulta sólida y continuada. Por eso deben las almas piadosas leer, meditar, proveerse de luz y de fuerzas. Y cuanto más interior, tanto más instruído debe ser uno, ya por medio de libros, ya por la meditación, ya por el mismo Dios. De la falta de instrucción dimana el que muchos que son cristianos y no reflexionan nunca, sean personas honradas, pero amantes por nada. Hay cierta piedad pueril, que, como no sea por representaciones pasajeras, nunca piensa en nuestro Señor; a esas almas hay que ocuparlas con una muchedumbre de ejercicios y de pequeños sacrificios personales. No saben reflexionar ni piensan sino en pedir gracias transitorias y muy de detalle. Nunca se les ocurre pensar en el mismo nuestro Señor, no saben pedir su amor, como tampoco la gracia de la vida interior; no sueñan más que en las buenas obras: en Dios mismo, en el principio de su amor, en sus perfecciones, eso jamás. No vuelan muy alto y quedan fuera de la vida sobrenatural del espíritu. Se ven jóvenes que eran ángeles de piedad en la familia, y una vez casadas a duras penas siguen siendo cristianas. ¿Cuál será la causa? Que su piedad consistía en prácticas exteriores de devoción, que en el nuevo estado resultan imposibles, por lo que su piedad sucumbe.

Para cambiar todo esto, lo que debe hacerse es amar y conocer en sí a nuestro Señor. Así, hágase lo que se hiciere, siempre se le ama; el exterior, el color de la vida podrá variar; pero guardando el fondo de la vida interna y verdadera.

¿Por qué no penetramos en este amor serio que nos hace amar a nuestro Señor en nosotros mismos? ¡Ah, es que Jesucristo es severo! Nunca se harta. Es un fuego que siempre pide nuevo combustible. Se tiene miedo a nuestro Señor, y a eso se debe la escasez de vocaciones adoradoras. Cuando la piedad consiste en prácticas, cumplidas éstas ya nada queda por hacer, mientras que con Jesucristo nunca se hace lo bastante, cada vez nos pide más y no da derecho a pararse. ¡Se le ve tan perfecto y tan lejos se encuentra uno de parecerle!

Así que la balanza para regular la vida sobrenatural es ésta: ¿En qué estado se encuentra la vida de Jesucristo en vosotros? ¿Se retira nuestro Señor de vosotros, o más bien penetra cada vez más en vuestra alma? El calor o el hielo que sintáis os lo dirá. Hemos de llegar a la vida de anonadamiento, que debe ser la nuestra por ser la de Jesucristo en el santísimo Sacramento, donde se da, se despoja y se anonada incesantemente. ¡Que nuestro Señor viva en nosotros!

II

Al analizar la primera señal de la vida sobrenautral, he dicho que se precisaba ser fuerte contra el pecado y contra sí mismo. No sólo es leche la piedad, sino también fuerza, que es lo que nos hace falta para asegurar la victoria. El reposo prolongado amortigua las fuerzas, en tanto que el ejercicio nos hace aguerridos y nos robustece. Es falsa toda piedad que no quiere echar mano de la fuerza, que no llega a ser fuerte.

1.° Hay una fuerza brutal que debe emplearse contra las pasiones. No es una fuerza razonada, porque quien se mete a razonar con el seductor está perdido, pues le tiene en alguna estima por lo mismo que consiente en discutir con él. De esta fuerza brutal hemos de valernos contra nosotros mismos y contra el mundo, y debe ser cruel, intolerante como la misma vida religiosa, que rompe toda relación con la carne y la sangre. Lejos de nosotros la tolerancia. ¡Nada de tolerancia con el enemigo! "No he venido a traer la paz, dice el Salvador; he venido a separar al hijo de su padre, a la hija de su madre" (1), y al hombre de sí mismo. Jesucristo fué el primero en sacar la espada contra los sensuales e hipócritas fariseos; esta espada la ha lanzado al mundo, y los cristianos deben recogerla; un pedazo basta, pero por lo menos esto hay que cogerlo. Es una espada bien templada, templada en la sangre de Jesucristo y en el fuego de lo alto. El reino de los cielos padece violencia, y sólo los violentos lo arrebatan: *Rapiunt illud* (2). Jesucristo quiere para el cielo varones violentos, sin misericordia, escaladores, capaces de todo; que declaran y mantienen por su nombre una guerra sin cuartel; que odian a su padre, a su madre, a todos sus

(1) Matth., X, 34.
(2) Idem, XI, 12.

deudos. Claro que me refiero al pecado, no a las personas. Guerra contra sí mismo, contra los siete pecados capitales, o, lo que es lo mismo, contra las tres concupiscencias. Hay que cortar hasta el corazón, hasta la raíz, y es cosa que nunca se acaba.

¡Oh cuán violento es este combate! Siempre hay que volver a comenzar, y la victoria del día de hoy no asegura la de mañana. Véncese un día para verse aherrojado con cadenas al día siguiente. El ponerse a descansar basta para prepararse una derrota: quienes vencen son aquellos que nunca cesan de combatir. Hay que escalar el cielo y tomarlo por asalto. La razón por que muchos ven el bien y no tienen ánimo para aceptar el combate es porque, dominados por las pasiones, su vida contradice constantemente sus palabras. Fijaos en Herodes, quien escucha con agrado a san Juan en tanto no le habla sino del reino de Dios en general; pero no bien ataca el precursor su pasión impura, arremete contra él furioso, olvida todo, y llega hasta el extremo de hacerle matar. Hay en el mundo muchas vocaciones religiosas; pero como haya que dar un buen golpe, no se tiene valor para tanto: este primer golpe es más costoso que el mismísimo que nos ha de dar la victoria. El fondo de nuestra naturaleza es cobardía y todos los vicios se resuelven en cobardía. El orgulloso que no parece sino que va a derribar a medio mundo, es más cobarde que cualquier otro; está encadenado y ¡quisiera ser tenido por libre sin sacudir sus cadenas! ¡De la misma esclavitud saca motivos de orgullo!

La piedad que quiera subsistir en medio del mundo, por fuerza tiene que sostener este combate, el cual es tan recio y son tan numerosas las ocasiones de merecimiento y de victoria, que si se tuviera ánimo bastante para combatir generosamente y sin flaquear, el mundo estaría poblado de santos. ¡Ahora que el valor!...

En la vida religiosa el combate tiene por objeto las pasiones. En ella se mete el mundo más de lo que se cree: penetra con el aire, y nuestros ojos y sentidos nos lo hacen sentir. Dícese que los malos sienten como por instinto a los malos; también los buenos sienten a los malos, pero según sea su punto flaco. Pronto se establece la corriente.

2.° Además de esta fuerza brutal también hemos de tener la de la paciencia. Ya sea que os hayáis dado a la vida de piedad en medio del mundo, ya hayáis abrazado la vida religiosa, tenéis dado el gran golpe y habéis cortado el nudo gordiano con la espada de Jesucristo. Como habéis pasado el

mar Rojo, está bien que entonéis un cántico de victoria; pero necesitáis paciencia para atravesar el desierto. A los judíos les faltó esta fuerza, que es la paciencia, y así se sublevaron contra el mismo Dios.

Pues bien; tened entendido que la verdadera fuerza no es la que asesta un golpe tremendo y luego descansa, sino la que uno y otro día continuúa combatiendo y defendiéndose. Esta fuerza es la propia humildad, que no se desalienta ni se rinde. Como es débil, le acontece que cae; mas mira al cielo; pide a Dios socorro y se vuelve fuerte con la misma fortaleza de Dios. La tortuga de la fábula llegó antes que la liebre. El varón generoso que trabaja cada día sin descanso, aun cargado de más pasiones y defectos, llega antes que quien, con tener más virtudes y menos vicios que vencer, quiere descansar trabajando. Por eso serán derrotadas esas gentes que duermen tranquilas y, desdeñando los pequeños combates de cada día, esperan las grandes ocasiones para entrar en lid. Del propio modo una tierna vocación que no se apoya en la paciencia, se malogra desde los primeros días. Es fruto de la impaciencia el querer acabar cuanto antes, y la impaciencia echa a perder todo cuanto se emprende. Lo que pretenden es desembarazarse tan pronto como puedan de lo que traen entre manos; no lo confiesan, pero ese hermoso celo no es otra cosa en el fondo. Se quiere acabar para descansar: ¡pura pereza! Tal es la tentación ordinaria de los que mandan y dimana del orgullo y de la pereza. Uno quiere deshacerse de una cosa que ya está tratada y resuelta en su mente; como vengan a consultaros o hacer preguntas, contestáis con impaciencia, entendiendo que ya sabéis lo que os han de decir. ¡Poco importa que ande necesitado de luz el que viene a consultaros! Os fijáis en vosotros mismos. Todo eso es impaciencia. El paciente, al contrario, va al enemigo, le considera y responde sin dar muestra alguna de apresuramiento. Bien sabe dónde dar el golpe, y aguarda la gracia, dándole tiempo para entrar.

A todos nos es necesaria esta fuerza para combatir durante toda nuestra vida. Porque sin ella, ¿en qué vienen a parar la esperanza y la dulzura del servicio de Dios? Muchas gracias habéis recibido, pero no producirán mucho sino merced a la paciencia. No cuesta gran cosa practicar un acto de paciencia; lo arduo consiste en ser fuerte y paciente en un combate incesante que ha de durar tanto como la vida.

Lo que nuestro Señor nos pide es fidelidad y sacrificio, nada más. Dios en su bondad nos retrotrae siempre al co-

mienzo y deshace nuestro trabajo, de suerte que nos hace falta volver a comenzar cada día; ¡como nunca resulta bastante perfecto para El...! Lo importante es que siempre nos quede paciencia, pues ella se encargará de conducirnos a término. El santo Job se ve despojado de todo; la paciencia, empero, le queda, y ésta es prenda segura de su corona, según lo atestigua el mismo Señor admirado: "No se ha impacientado: *In omnibus his non peccavit Job labiis suis, neque stultum quid contra Deum locutus est*" (1).

En este combatir de cada instante, en estas derrotas, el alma dice: ¡Esto no va bien, ni podrá ir nunca! Y viene la impaciencia y el desaliento. No busca otra cosa el demonio, que queda bien contento con nuestras impaciencias. Examinaos sobre este punto; casi todos vuestros pecados proceden de ahí; me refiero a los pecados interiores. Descorazona el no alcanzar éxito y da ganas de abandonarlo todo si se pudiera. La paciencia es la humildad del amor de Dios. Por mí nada puedo, pero de todo soy capaz en Aquel que me fortalece. ¡Yo, nada; la gracia, todo! Es preciso saber tomar tiempo y meterse bajo tierra para crecer. Guardaos, por tanto, del desaliento, que es el manantial de casi todas vuestras caídas.

También hace falta ser paciente para con Dios y más aún para consigo mismo. Léese en el Evangelio que el árbol que produce fruto es podado para que produzca más, aun cuando aparentemente eso le deslustre y le cause detrimento. Al religioso, al santo, Dios le poda por medio de las tentaciones. Cuando nos parece que vamos bien, nos paramos, como es natural; mas Dios quiere que digamos sin cesar: Todavía más; ¡adelante siempre! ¡Nos sabe tan bien el oír que amamos a Dios, sobre todo cuando nos lo dice y hace sentir el mismo Dios! ¡Pero El no lo quiere!

Cuando estamos satisfechos o creemos tener la aprobación de Dios, ya no tememos nada; pero que se oculte, que nos parezca que ya no nos ama, que nos abandona y nos es contrario, y ya lo dejamos todo. ¡Se acabó la devoción; se cree uno condenado y se espanta! Dios obra de este modo, porque echamos a perder todo cuanto tocamos. Si nos dirige alguna buena palabra, al punto nos figuramos haberla merecido y nos coronamos con ella. Lo que en realidad no era más que un aliento para nuestra flaqueza, nosotros lo reputamos justa expresión de nuestro merecimiento; así es cómo

(1) Job, I, 29.

nos miramos a nosotros mismos, y nos perdemos convirtiéndonos en nuestro propio fin. Y como Dios nos ama con amor clarividente, en modo alguno puede prestarnos ayuda para nuestra perdición, por lo que nos quita la paz y pone en guerra para tener que trabajar. Es tiempo de fortaleza y de paciencia el que entonces se nos presenta, pues las pruebas que Dios nos hace sufrir directamente son mucho más dolorosas que aquéllas que proceden de las criaturas. Hay que armarse de paciencia con Dios diciendo: ¡Nada puedo, Dios mío, mas, aun cuando me matareis, en Vos esperaré! *Etiamsi occiderit me, in ipso sperabo!* (1). Y preciso es que nos mate en cuanto al hombre viejo, para que el hombre espiritual pueda vivir y comunicarse libremente con Dios.

¡Ea!, tomemos esto en consideración, porque han de llegar las pruebas. Sabed aguardar el momento de Dios; dejad que se maduren las gracias, tened paciencia, que ella es la que hace los santos.

---

(1) Job, XIII, 15.

LA MORTIFICACION, SIGNO DEL ESPIRITU DE JESUS

Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in carne nostra mortali.

"Traemos siempre en nuestro cuerpo por todas partes la mortificación de Jesús, a fin de que la vida de Jesús se manifieste también en nuestro cuerpo".

(II COR., IV, 10).

NUESTRO Señor vino para curarnos y comunicarnos una vida más abundante. Somos por naturaleza enfermos; dentro de nosotros llevamos el germen de todas las enfermedades espirituales, y no necesitamos del demonio para caer en el pecado, dado que nosotros mismos tenemos el poder de condenarnos. No ignoro que el demonio nos tienta; pero las más de las veces se vale de nosotros mismos para tentarnos; está en connivencia con nuestros enemigos interiores y guarda inteligencias con la plaza donde halla un eco fiel. El pecado original deja malas inclinaciones, que actúan con más o menos fuerza según sea el grado de nuestra pureza y fortaleza; con todo, no siempre dependen en absoluto de nosotros las tentaciones.

A estas tentaciones, a las que nosotros mismos dotamos de medios, hay que añadir aquellas otras que proceden de las circunstancias en que nos encontramos, del demonio, y alguna que otra vez de la permisión positiva de Dios. No está en nuestra mano el no ser tentados; de donde se sigue este principio, que hay que curarse y llenarse de una vida sobreabundante, capaz de resistir y combatir sin agotarse; el mayor mal consiste en estarse quedo y seguro de sí mismo. Tan pronto como digo: Estoy perdonado y ya vivo, vuelvo a caer.

Para curarse y vivir de veras es necesario posesionarse del espíritu de nuestro Señor y vivir de su amor; el amor hace la vida y el espíritu forma la ley de las acciones y de los sentimientos. Ahora bien; este espíritu no es otra cosa que la mortificación, ya sea de penitencia, ya de amor. Todo lo demás es mentira y adulación. Compulsad la vida de nuestro Señor; en cada página os encontraréis con la mortificación:

mortificación de los miembros, desprendimiento, penas interiores, abandono, contradicciones; la mortificación es la esencia de la vida de nuestro Señor, y por ende, del cristianismo. Bueno es amar; pero el amor se prueba con el sacrificio y el sufrimiento.

I

La mortificación sanará mi cuerpo, que arrastra consigo toda suerte de enfermedades. El cuerpo está profundamente herido y carece de su robustez primitiva; cada uno de sus movimiento es un paso hacia la muerte y la descomposición; corrupción es también la misma sangre.

¿Cómo restituir salud y fuerzas a tal podredumbre? Los antiguos decían que con la sobriedad; mas el Evangelio dice que con la mortificación, en la cual tan sólo se encuentra la vida del cuerpo. Los que sin tener fe quieren prolongar la vida, obran conforme a razón y son sobrios. ¡Cuán cobardes no seríamos si con la fe y la gracia no hiciéramos lo que ellos por amor de la vida!

Aun para aquellos que, como los religiosos, llevan por estado una vida sobria, resulta muy fácil hermanar el espíritu de penitencia con sus pobres manjares. Lo cual es necesario para todos, por cuanto no estamos exentos de faltas cotidianas, a más de que tenemos que reparar por otros. Mortifiquémonos, pues, no ya tanto respecto de la cantidad como en la calidad y el sabor. No estamos al abrigo de las tentaciones de gula, y si no supiéramos hallar ocasiones para mortificarnos, careceríamos del espíritu de penitencia y, por consiguiente, del de nuestro Señor.

Nuestro cuerpo, que no es enemigo tan despreciable, sufre calenturas y las quiere comunicar al alma, por lo que hay que curarlas con remedios contrarios, y la verdadera quinina que vuelve a calmar nuestros humores regularizando sus movimientos es la mortificación. Sólo a fuerza de cadenas se doma el cuerpo; refunfuña al atársele, pero al fin y al cabo se le ata. En cuanto al alma, lástima que viva entregada al cuerpo que la cautiva con apetitos sensuales; los males del alma proceden sobre todo de los objetos exteriores, con los que sólo por medio del cuerpo está en contacto; sus distracciones reñidas con toda paz no nacen sino de lo que ha visto, y la imaginación, órgano corporal, es un pintor miserable y felón. Cuanto más santa sea la acción que ejecutéis, tanto más abominables cosas os pinta este traidor vendido a

satanás. En casa se es menos tentado por la imaginación que delante de Dios, lo cual obedece a que allí el espíritu se recoge menos y no tortura tanto los sentidos para sojuzgarlos. Nada extraño, por tanto, que haya quienes se quejen, no sin algún viso de razón, de que les basta ponerse en oración para que sean tentados; claro, es natural que en estos solemnes momentos ataque la naturaleza corrompida con más saña para conservar su imperio.

Es menester vigilar sobre los sentidos exteriores. El pensamiento o la imagen mala que no se apoya en visión precedente de un objeto deshonesto, dura poco; en tanto que si el ojo se ha complacido en la consideración de ese objeto, la imaginación lo reproducirá sin cesar, mientras no se pierda enteramente su recuerdo; hay para meses, quizá para años, según lo vemos en san Jerónimo, a quien el recuerdo de la Roma pagana iba a turbar después de muchos años pasados en la más austera penitencia.

Tengamos siempre presente que nunca seremos dueños de nuestros pensamientos como no lo seamos de nuestros ojos. Por sí sola poco se tienta el alma; bien es verdad que encierra en sí el foco del pecado original; pero los medios del mal los proporcionan los sentidos, de los que el cuerpo es dócil artífice para el mal. Así lo prueba el hecho de que el niño no experimenta nuestras tentaciones, porque sus sentidos no se han abierto aún al mal. ¿Qué deberemos, pues, hacer? Ver sin ver, mirar sin mirar, y si hemos grabado en nuestra imaginación un retrato, debemos borrarlo, olvidándolo por completo. Quizá sea bueno el corazón; mas los sentidos le hacen volver a donde les plazca. Hasta el mismo niño, que ve sin comprender, si se ha grabado una imagen mala, sentirá más tarde que sus recuerdos despiertan y las miradas deshonestas de otro tiempo vuelven a aparecer en su imaginación para atormentarle. Tapémonos, pues, los ojos y los oídos con espinas que nos hagan sentir su punta afilada para impedirnos que sintamos llamas del horno impuro; si hacemos así, las tentaciones sólo conseguirán purificarnos más. Allá va el corazón donde está el pensamiento; nuestro corazón amará a Dios o al mundo según seamos de Dios o del mundo por nuestro espíritu, que de la imaginación saca materia para sus conceptos.

Algo es el mortificarnos así para evitar el pecado, cosa que nos exigen por igual la justicia y nuestra propia salvación; pero pararnos ahí como seguros es prepararnos una derrota; mas hemos prometido que es llegar hasta la mor-

tificación de Jesucristo. Aun cuando no tuviéramos ninguna razón de justicia, debiéramos mortificarnos por complacerle, porque El mismo lo hizo para complacer a su Padre. Tal es la mortificación positiva que debe inspirar toda nuestra vida, convirtiéndose en ley de la misma. Buscad en nuestro Señor la virtud que queráis, y veréis que va impregnada de penitencia; y si a tanto no llegáis, os priváis del corazón mismo de la virtud, de lo que constituye toda su fuerza. Es perder el tiempo tratar de ser humilde, recogido o piadoso sin la mortificación. Dios permite que todas las virtudes nos cuesten trabajo. Puede que hoy sintáis poco el sacrificio, porque Dios os quiere atraer por medio de la dulzura, como a los niños; pero esperad hasta mañana, que propio de la naturaleza misma de la gracia es crucificar. ¿Que no sufrís? ¿No será porque no tomáis las gracias del calvario, que es su verdadera y única fuente? El amor de Dios no es más que sacrificio. ¡Oh cuán lejos lleva esto! Mortificar los sentidos es ya algo, pero mortificarse interiormente es el coronamiento del espíritu de penitencia de Jesús en nosotros.

II

Muy pobre habría de ser nuestra corona, si hubiera de componerse solamente de sacrificios exteriores, porque ¡es tan corta la vida! Afortunadamente el hombre trabaja con mucha mayor actividad que el cuerpo y que Dios. Queriendo hacernos adquirir sumas inmensas de méritos para más gloriosamente coronarnos, nos da medios para sacrificarnos en cada uno de nuestros pensamientos y afectos, siendo así perpetuo el movimiento que nos lleva a Dios. Si fuésemos fieles a su inspiración y llamamiento, veríamos que los sacrificios que nos pide son infinitamente numerosos y cambian a cada instante del día. No pide que se traduzcan en actos exteriores todas las inspiraciones que nos da para sacrificarnos, pero sí que las aceptemos en nuestra voluntad y que estemos dispuestos a ponerlas en práctica si lo exigiera. Para lo cual no hay que apegarse a un estado de alma particular más que a otro, sino poner la propia voluntad en la de Dios y no querer sino lo que El quiera y cuanto El quiera.

El que está gozando, siempre quisiera gozar, mas no es éste el designio de Dios; hay que saber dejar el goce y tomar la cruz: acordaos de la lección del Tabor. Muchos hay que quisieran servir a Dios tan sólo por la felicidad que va aneja

a este servicio; si el tiempo de la adoración no se les pasa gozando, se quejan y dicen: ¡No sé orar! ¡Falso! ¡Sois sensuales v en eso consiste todo! El defecto mayor en que incurren las almas piadosas es el ser sensuales respecto de Dios. Cuando os comunique alegría, disfrutad de la misma, que nada mejor puede haber, pero no os apeguéis a ella; si en cambio se muestra duro, humillaos, sin desanimaros por eso; la máxima que debéis tomar por principio y regla de conducta es que se debe amar a Dios más que sus dones. Cuando san Pablo, cansado de la vida a causa de las tentaciones infernales que le asaltan, ruega a Dios le libre de ellas: "No, contesta el Señor, te basta mi gracia, que mi poder resplandece en la flaqueza" (1). Estas palabras consuelan y confortan al Apóstol, haciéndole decir más tarde: "Reboso de gozo en medio de las tribulaciones que por doquiera me rodean" (2).

En la tribulación y en la mortificación interior es, por tanto, donde se encuentra alegría durable y no en los consuelos, siquiera sean espirituales. Es ley que sólo el alma penitente goce de Dios, porque el alma, que en todo se somete a Dios, tiene también sometido el cuerpo, único medio de que haya paz. No bien se ha hecho un acto de penitencia, un sacrificio, cuando inunda nuestro corazón la paz que Dios da en proporción de nuestra mortificación. La mortificación de penitencia, de justicia, por el pecado, devuelve la paz a la conciencia, lo cual es efecto de la justicia divina aplacada; la mortificación de penitencia y de amor da alegría, paz divina, suavidad, unción, algo indefinible que transporta al alma y la arrastra como fuera de sí misma, que espiritualiza al mismo cuerpo hasta tal punto que el alma va a Dios por el éxtasis, olvidándose de que aún está encerrada en un cuerpo, según se ve en los santos. Haced experiencia de lo que os digo, a saber: que la paz del alma guarda proporción con la mortificación; y si llegáis a practicar la virtud en medio del goce y por el goce, podréis decirme que he mentido. Fijaos en los mártires que rebosaban de júbilo y cantaban cánticos de alegría en medio de los más atroces tormentos. ¿No sentían el sufrimiento? Vaya si sentían; mas el fuego del amor interior excedía con mucho las llamas que consumían su cuerpo.

Tengamos presente que el verdadero camino de la san-

---

(1) II Cor., XII, 9.
(2) Ibid., VII, 4.

tidad es la mortificación. Dios no nos pide sino que nos vaciemos de nosotros mismos, reservándose para sí el llenar el vacío producido: *Dilata cor tuum et implebo illud* (1). Porque el amor propio es un concentrarnos en nosotros mismos, es estar llenos de nosotros mismos. La santidad es cuestión de mortificación.

¿Que eso cuesta? Ciertamente. La paz es el premio de la guerra hecha a la naturaleza. No puede Dios dar paz sin luchar; de lo contrario, nos daría motivo para ilusiones. La paz nos la dará El cuando el espíritu de penitencia nos haga más fuertes y cuando le amemos más por lo que es El mismo que por sus dones.

Aceptemos, pues, el plan de Dios. Nuestro Señor quisiera entrar en nosotros por su verdadero espíritu, que es la mortificación; se presenta incesantemente y aguarda con divina paciencia; todo lo encuentra lleno; todas nuestras puertas le están cerradas; nos abandona porque nos encuentra tan llenos de nosotros mismos y tan sensuales en nuestra vida exterior y espritual, que nada puede hacer.

---

(1) Ps., LXXX, 11.

LA VIDA DE LA NATURALEZA Y LA VIDA DE LA GRACIA

Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu.
"Tened los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo".
(PHILIPP., I, 5).

La vida de amor no es sino el vivir Jesucristo en nosotros Su mayor enemigo es el amor propio. Así que tenemos en nosotros dos vidas, natural la una, y la otra sobrenatural. Si de veras queremos ser de Jesucristo, es preciso que ésta triunfe y que aquélla sea vencida, cambiada, transformada en vida divina, en esa vida que anima al justo: *Justus meus ex fide vivit.* Veamos qué es la vida natural para después compararla con la de Jesús en nosotros, de lo cual inferimos cuán necesario nos es vivir con Jesús para vivir de El.

I

La ley de la vida natural es el espíritu propio, el espíritu personal; su divisa es: todo para mí; sus medios, los que le proporciona la sabiduría humana; sus luces, las de la razón natural; su fin, todo para mí y para el momento presente.

La ley de la vida sobrentural es, al contrario, el espíritu de fe; sus medios, la gracia de Jesucristo y su ley; su fin, la gloria de Dios. Es lo que decía san Agustín: "La ciudad del mundo comienza por amarse a sí misma y acaba por odiar a Dios; la ciudad de Dios comienza por amar a Dios y acaba odiándose a sí misma."

La vida natural se desliza en la piedad y por el claustro, y se encuentra por dondequiera. He aquí los caracteres por los que se la conoce:

1.° Naturaliza todo cuanto puede las acciones sobrenaturales. Las comenzamos por Dios y las acabamos por nosotros mismos; hemos dejado que nuestras miradas se desvíen y nuestra intención se vicie, de suerte que nuestros actos no son ya cabales ni perfectos a los ojos de Dios: *Non invenio opera tua plena* (1). La diferencia entre dos actos radica, por

(1) Apoc., III, 2.

consiguiente, en la intención: la una, hecha por Dios, es santa y divina, en tanto que la otra, hecha para nosotros mismos, resulta inútil para el cielo y acaba con nosotros.

2.° Naturaliza las virtudes cristianas y religiosas. Puede uno muy bien hacer actos de todas las virtudes morales, sin que haya una sola de entre ellas que cuente ante Dios. Es una verdad que enseña la experiencia. ¡Qué desdicha! La falta de elemento sobrenatural vicia nuestras virtudes y las torna estériles: les falta el estar unidas a la divina vid, sin cuya savia nada podemos para el cielo.

3.° Somos naturales en nuestras gracias de piedad y de vocación cuando andamos sólo en pos del honor, de la dulzura, de la gloria, y rehusamos el sacrificio que nos ofrecen y piden.

4.° Naturalizamos el amor de Jesucristo cuando le amamos por nosotros mismos; en lo que nos halague y redunde en gloria nuestra, y no en lo que nos humille y nos mantenga ocultos; cuando nos amamos a nosotros mismos en Jesucristo.

5.° Hasta en la Comunión se nos desliza el elemento natural, cuando en lugar de buscar la fuerza y la virtud que contiene, sólo andamos tras la dulzura, el reposo y el goce que nos queda proporcionar.

"*Natura collida est... et se semper pro fine habet*: La naturaleza es de suyo astuta y a sí misma se propone siempre por fin (1).

¡Qué poder más espantoso el nuestro, que nos permite disminuir y rebajar así los dones de Dios haciendo que sean naturales e inútiles, o de poco fruto sus gracias sobrenaturales y divinas!

¿Cómo reconocer en sí misma esta vida puramente natural? Viendo cuáles son sus principios y motivos determinantes. ¿Por quién, por qué obramos?

Pero confieso que es difícil: *Natura callida est*; es grande la astucia del amor propio y sabe ocultar sus artimañas; se esconde, se disfraza bajo buenas apariencias, y como en todo lo que hacemos hay algo bueno, como también algo malo, nos muestra sólo lo bueno: *Passione interdum movemur et zelum putamus,* creemos obrar por celo puro y desinteresado, siendo así que es el amor propio el que nos mueve.

Prácticamente, la norma de la naturaleza es buscarse a sí misma y tender a gozar. En esto la conoceréis, así como

---

(1) *Imit.*, 1, III, c. LV, n. 2.

también en el fin que se propone, pues ambiciona descansar siempre y no depender de nadie, obra con rapidez por librarse cuanto antes: sólo lo que le place hace con gusto.

Un santo, un varón sobrenatural, es austero en el deber y no siempre simpático, porque el continuo luchar le hace duro para consigo mismo y alguna vez también para los demás.

Un cristiano que vive con arreglo a la naturaleza es amable, honrado y diligente; ha naturalizado las virtudes, goza de ellas, no tomando sino lo que le pueda hacer amable para con los demás.

Lo natural, tal es nuestro enemigo; es un ladrón, un dalila, el demonio; halla medio de hacer humana una vida divina y natural una vida de fe, de sustituir el amor de Dios por el amor propio, de remplazar el cielo por la tierra.

II

Es por lo mismo necesario revestirnos de la vida sobrenatural de Jesús en el juzgar y en el obrar, en los efectos, en todos los estados del alma.

1.° Los pensamientos del hombre natural van inspirados en el *yo* y se enderezan al *yo*, porque todo pensamiento natural procede del amor propio, que no se mueve sino conforme al interés de las pasiones.

Al contrario, el hombre sobrenatural tiene su mira puesta en Dios. ¿Qué piensa Jesucristo de esto o de aquello?, se pregunta, y así conforma su pensamiento con el del maestro. Piensa con arreglo a la gracia de Dios; tiene así como un instinto divino con el que discierne los pensamientos naturales y terrestres, penetrándolos y desbaratando sus ocultos designios; y si por ventura llegara a seguirlos por algún momento, experimenta cierta pena y desorden interior que le advierten que tiene que levantar el corazón hacia lo alto: *Quae sursum sunt sapite.*

2.° El que obra naturalmente juzga de las cosas según las sugestiones de los intereses personales, del amor propio, del bienestar, de la sensualidad, rechazando, combatiendo o mostrándose indiferente por lo que cuesta.

El varón espiritual para juzgar se fija en Jesucristo, en su palabra cuando ha hablado, o bien en los ejemplos que ha dejado; y cuando todas estas voces se callan, consulta

la gracia del momento: *Sicut audio judico* (1), como me lo dicta mi Padre así lo juzgo yo, decía nuestro Señor, y ésta es también la norma del varón sobrenatural, que juzga bien porque Jesucristo es su luz, no queriendo en todas las cosas más que la gloria de Dios y su servicio: *Et judicium meum justum est, quia non quaero voluntatem meam, sed voluntatem ejus qui misit me* (2).

3.° En su conducta el hombre natural no se presta más que a los que es simpático. ¿Qué gano con esto o con aquello? Quiere gozar de lo presente y hasta cuando trabaja.

El hombre sobrenatural obra para Dios y no para sí. No se encierra en el acto mismo, sino que mira a Dios sin adherirse a otra cosa que al fin superior que le mueve a obrar. No se para en la acción, sino en el fin de la ación, que es Dios. Por eso es siempre libre de sus actos. Sólo la divina voluntad del momento decide lo que debe hacerse, obrando o dejando de obrar según lo que dicte. Como a sólo Dios busca, le encuentra en todo.

Además está dotado del instinto de lo que agrada más a Dios. Que se le presenten dos cosas por hacer: pronto discierne la mejor y la más agradable a Dios, si la elección depende de su libre elección.

4.° Por último, el hombre natural se apega servilmente a los estados interiores que le son simpáticos; como disfrute de paz en la oración, ni aun para cumplir con la obediencia o la caridad querrá dejarla; así también para los demás estados de alma o de vida en que se encuentra: para quedarse tranquilo, rechaza todos los que sean contrarios a su bienestar natural. Mas haga lo que hiciere, y a pesar suyo, siempre se encuentra en guerra porque Dios no permite que goce apaciblemente de su fin natural.

El varón sobrenatural ama todos los estados en que Dios le pone y de todos ellos saca bienes, pues sabe encontrar en los mismos la gracia, la virtud y la gloria de Dios. En una palabra, vive de Jesucristo. Jesucristo es su medio divino.

III

Además de esto—y ello vale más todavía—, vive de Jesucristo y en Jesucristo, formando sociedad de vida con El.

(1) Joann., V, 30.
(2) Ibid.

Sociedad perfecta en que se encuentran todas las condiciones de una sociedad decorosa.

1.° La honradez de los miembros de la sociedad. Jesucristo es seguramente honorable; digámoslo mejor, adorable.—Mas nosotros, ¡oh!, nosotros, ¿qué título podemos presentar? Jesucristo se contenta con el estado de gracia, con tal que seamos puros y delicados. El suplirá todo lo demás, porque la gracia, al hacernos hijos de Dios y templos del Espíritu santo, nos une a Jesucristo como miembros suyos y le permite emplearnos como tales en su grande obra. Mas si nos mancha el pecado mortal, ¡qué desdicha la nuestra! La sociedad queda rota, porque nos falta la honorabilidad necesaira para que Jesús pueda formar sociedad con nosotros.

El pecado venial, aunque no la rompe por completo, hace que la sociedad sea imperfecta y lánguida; molesta a Jesucristo, debilita el lazo de la mutua unión. ¡Oh! Seamos puros, siempre puros aun de pecados veniales, lo cual, por otra parte, es fácil por cuanto podemos purificarnos nosotros mismos con actos de amor o haciendo uso de los sacramentales. Cuanto más puros seamos, tanto mayor será nuestra honorabilidad y tanto más estrechas nuestras relaciones de sociedad con Jesús, porque el grado de pureza da la medida del grado de unión con nuestro Señor.

2.° La segunda condición de una sociedad es que cada miembro aporte fondos para constituir el capital social.

Jesucristo trae todo cuanto tiene y todo cuanto es, todos los tesoros de la gracia y de la gloria; para decirlo en una palabra, trae a Dios.

En cuanto a nosotros, debemos aportar todo lo que hemos recibido en el bautismo, todas las riquezas de la gracia santificante y los magníficos dones gratuitos que nos comunica el Espíritu santo al tomar posesión de nuestras almas, así como también todo lo que hemos adquirido en punto a ciencia, virtud y merecimientos: ¡todo!

Lo que garantiza la duración de la sociedad es que nunca tocaremos al capital ni a los beneficios, hasta que la sociedad se disuelva con la muerte; que nunca volveremos a tomar nada. Examinémonos a menudo sobre esto. Algunos dan más y otros menos; el religioso, por ejemplo, da la libertad, renuncia a poseer bienes temporales y a amar como fin una criatura ni aun por Dios, y por lo mismo que ha dado más logra también mayor ganancia; sea cual fuere el contingente que hayamos aportado, seamos fieles en no tocarlo ni aun en pequeña cantidad.

3.º Finalmente, cada miembro de la sociedad debe prestar su cooperación personal a la obra común, una cooperación abnegada y desinteresada. Nosotros entregamos nuestro trabajo y nuestra fatiga. También Jesucristo trabaja en nosotros y por nosotros; El es quien nos sostiene y nos dirige; sin El nada podríamos hacer; seamos tan fieles y tan diligentes como El en trabajar para la obra común, para la gloria de su Padre; no le faltemos nosotros nunca, que lo que es El nunca nos ha de faltar. Ved cómo describe su acción en nosotros: llámase vid de la viña, y a cada uno de nosotros, que somos sarmientos, da vigor y fecundidad.

Más aún; nos asegura que si queremos formar sociedad con El, cuanto quisiéremos, cuanto pidiéremos a su Padre, El, Jesús, lo ha de hacer: *Quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam, ut glorificetur Pater in Filio* (1).

Por último, nos conjura a morar en su amor, de igual manera que El mora en el amor de su Padre, donde realiza todas las obras que le ve hacer. Morar en su amor es, por tanto, participar de su poder de operación, obrar por El y en El, y siendo esto así, ¿qué no podemos hacer? *Omnia possum in eo qui me confortat:* todo lo podremos en este divino centro, que nos comunica su poder infinito.

---

(1) Joann., XIV, 13.

REGLA PRACTICA DE VIDA SOBRENATURAL

In via vitae non progredi, regredi est.
"En el camino de la vida no adelantar es retroceder".
(SAN BERNARDO).

Es ley del orden natural que la vida se manifiesta con el movimiento, lo cual ha llegado a ser un axioma. Así, para definir la materia inerte y sin vida, se dice: es lo que no tiene movimiento. Todo ser vivo se mueve; hasta las plantas y los árboles se mueven con continuo movimiento de ascensión y de expansión; las mismas aguas, aunque carecen de vida, cuando les falta el movimiento se convierten en infectos pantanos, y ni el fuego podría durar sin la corriente de aire que hace subir las llamas hacia los cielos.

Otro tanto pasa en el orden intelectual. El que ya no aprende ni provoca cada día como un flujo y reflujo de su inteligencia a los conocimientos que ha de adquirir y de los conocimientos a la inteligencia, resultará ignorante; sólo con el ejercicio se fortalece la memoria. Tiempo ha que se dijo esto, y con harta verdad por cierto.

¿Pasará también otro tanto en el orden sobrenatural? Sin género de duda que sí. Dios es uno, y todas las leyes que ha establecido siguen un mismo curso y presentan unos mismos caracteres; lo único que hace es modificarlas un tanto según sea el orden en que han de obrar. La señal de nuestra vida sobrenatural será, por consiguiente, el movimiento hacia adelante, el progreso.

A lo que este progreso debe tender es a la perfección, y como nunca hemos de llegar a ella, nunca tampoco debe cesar. Las instrucciones que da Jesucristo sobre la perfección prueban que el progreso, el movimiento hacia adelante, es necesario; así lo atestiguan sus expresiones: "Venid, seguidme; andad mientras tengáis luz." Y en la antigua ley Dios dijo a Abrahán: "Anda delante de mí y sé perfecto."

Nuestra marcha espiritual ha de dirigirse, pues, hacia la perfección de Jesucristo, que es copia perfecta y acabada de la perfección del mismo Dios: "Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto." Y como quiera que es imposible alcanzar nunca la plenitud consumada de esta perfección,

estamos obligados a caminar siempre; nunca debemos dejar de trabajar creyendo haber llegado al término.

Ahora bien; los medios de perfección que Jesucristo nos propone consisten en observar la ley y los consejos.

Nadie está dispensado de practicar la ley; por obligación de vocación están, además, los religiosos, obligados a practicar los consejos.

Las personas piadosas del mundo, ¿no deberán también aplicarse a la observancia de estos consejos? Obligación absoluta para ello no la hay, es cierto; pero ved el peligro que tienen esas personas que no quieren practicarlos, contentándose con la ley. Si os contentáis con la ley, les he de decir, nada se os puede reprochar; el pecado no consiste más que en la infracción de la ley, y como los consejos no lo son, no pueden obligaros so pena de pecado. Todo esto está muy bien. Pero he aquí que llega una tempestad, el demonio lanza contra vosotros ejércitos y las tentaciones son más frecuentes e imperiosas. ¿Cuánto tiempo podrá vuestra alma resistir al sitio, sin otra muralla que la ley? No mucho, seguramente. La primera brecha que se abra será decisiva y bastará para entregar la plaza, en tanto que si estuvierais rodeados de la triple muralla de la devoción, de la oración habitual y de la ley, antes que el enemigo derribara las tres, tendríais tiempo para recurrir a nuestro Señor y llamarle a vuestro socorro: *Damine, salva nos, perimus* (1).

En lo que concierne al religioso, está obligado a los consejos evangélicos por sus votos y por su regla que los expresa. La regla, empero, no prescribe explícitamente toda la perfección posible. Si se atiene tan sólo a la letra y no penetra su espíritu, si no trata de desentrañar toda la perfección que implícitamente encierra, es decir, la misma perfección de Jesucristo, le sucederá una desgracia análoga a la que he anunciado a las personas del mundo que se quieren ajustar sólo al rigor de la ley: ¡No será más que un cadáver de religioso!

Es, pues, necesario no darse nunca por satisfecho con lo que se tiene, sea cual fuere la condición en que uno se encuentra, sino progresar siempre. El cesar de progresar es señal cierta de decadencia y de muerte próxima, de la misma manera que una saeta que ya no sube, baja infaliblemente y cae en el polvo.

Quizá os digáis después de esto: ¡Qué doctrina más es-

---

(1) Matth., VIII, 25.

pantosa! ¡De manera que muero, cuando dejo de progresar! ¡Y, por mi parte, ni sé siquiera si adelanto o retrocedo...! ¿Qué señales me lo darán a conocer?—Van algunas.

II

¿Tenéis alguna porción del campo de la perfección por roturar? ¿Os habéis fijado de una manera bien precisa en el defecto que queréis combatir o en la virtud que habéis de adquirir? Si habéis obrado así, progresáis; si tan luego como acabáis por un lado, comenzáis por otro, no tengo inquietud alguna sobre vuestra suerte, pues dais señales seguras de que adelantáis. La prueba de lo que digo es que cuando os sentís fervorosos, sabéis muy bien decir: Es evidente, me falta la virtud; ese vicio me afea, del propio modo que una zarza afea una heredad. Y al punto os imponéis como un deber el extirparlo, sin dejar de trabajar hasta haber triunfado. Nada más cierto ni más conforme con la experiencia: consultad vuestra propia vida.

Si, al contrario, decís: No tengo empeño en practicar ninguna virtud en particular; prefiero estar bien dispuesto con unión general con nuestro Señor, no siento necesidad alguna de practicar tal o cual acto de virtud en particular; conténtome con practicarlas todas en general, según se presente la ocasión, ¡oh!, ese es el lenguaje de la pereza. Nunca querréis ver la ocasión. Así es cómo habla uno cuando está dominado por la pereza y no tiene valor para hacer uso del hacha y de la segur.

—Yo ya amo a Dios.—Si no pasáis de ahí, sois unos perezosos y os perderán vuestros buenos sentimientos, esos deseos que no sabéis concretar. Estos buenos deseos son los que condenan al perezoso, y el infierno está empedrado de buenos deseos, que por flojedad no han llegado a ser eficaces; son como flores de otoño, que no producen fruto porque les falta el calor vivificante del sol de amor. Además de cobardía, este proceder envuelve en el fondo un escarnio. No es la perfección cosa que se coge con echar una vez la red, sino mina que sólo a trechos muestra un filoncito, y eso después de haber cavado hondo y por mucho tiempo. ¿Qué diríais de un hijo que tratara de convencer a su madre de que la ama, si al mismo tiempo rehusara demostrárselo con su conducta y con la diligencia en prevenir sus deseos? Pensaríais que no ama de veras a su madre o que la ama por su provecho personal, y con harta razón. ¡Cuántas almas se

engañan en este punto! Amo a Dios, quiero hacer cuanto me diga. Sí, pero con la condición de que no os pida nada, pensáis en el fondo del corazón sin confesarlo. Cuando cae en la tibieza un alma que antes tuvo buenas resoluciones bien seguidas, se encuentra precisamente en este estado vago e indefinido. Contando con la fuerza de las antiguas resoluciones, no se molesta en renovarlas o en formar nuevas para las nuevas necesidades, sino que se contenta con quedarse en esa vaga disposición de hacerlo todo según las ocasiones, aunque sin poner nunca manos a la obra. Mirad a vuestro interior, recordad los días de tibieza, y palparéis con el dedo la verdad de lo que os acabo de decir.

Decía san Bernardo a sus religiosos: *Non est perfectum nisi particulare:* no se llega a la perfección sino particularizando y de detalle en detalle. Y eso que ellos estaban aún en el fervor de una reciente reforma. Bien sabía aquel gran santo que después que el fervor nos ha hecho combatir con un enemigo preciso y particular, viene la tibieza a hacernos pactar en definitiva con todos, so pretexto de combatirlos todos a la vez, siquiera lo haga sin caer nosotros en la cuenta.

El único medio de escapar a ese ardid es volver a nuestra primera resolución particular. Después de haber censurado el Señor a uno de los siete obsipos del Apocalipsis, que comenzaba a relajarse, díjole: "Vuelve a tus primeras obras, haz lo que hacías antes, *prima opera fac* (1), que si no, voy a ti y removeré tu candelero de su sitio." Sí, prefiero ver que sufrís derrotas combatiendo un vicio particular y concreto, que ver no sois vencidos nunca, porque combatís todos los vicios a la vez, o, lo que es lo mismo, ninguno.

2.° La segunda señal no excluye la primera, aunque se extienda más, y consiste en un deseo sincero y eficaz de obrar cada vez mejor, en un temor eficaz de ofender a Dios, que nos lleva a evitar realmente las menores faltas con el mayor esmero. Es lo que nuestro Señor expresaba con estas palabras: *Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam:* Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia. Esta segunda señal indica un progreso más rápido que la primera, y a este divino fin debemos tender. No estamos obligados a eso, diréis acaso. Mas si creéis haber hecho lo bastante, sois indignos de los favores divinos, indignos de arrodillaros a sus pies en ese reclinatorio. ¡Cómo! ¿Creéis haber colmado la medida delante de un Dios cuyo amor ha llegado hasta la

---

(1) Apoc., II, 5.

locura? ¡Si lo que hacéis no bastará tal vez ni siquiera para pagar las deudas de justicia que con El tenéis contraídas! ¿Y qué decir de las deudas de amor? ¡Oh! ¡Desdichado del que crea haber hecho lo bastante! Ese tal está ya parado, no va adelante, sino que retrocede.

Notad la diferencia entre este hambre de la justicia, este vivo deseo de la santidad y el deseo de que hablábamos más arriba; el primero es una especie de satisfacción, de contentamiento, de confianza en sí mismo, que desdeña tomar medios particulares y aguarda las ocasiones con la esperanza de corresponder a ellas, mientras que el segundo las busca y hace que nazcan, pues las industrias del amor son innumerables.

3.º Finalmente, estas dos señales no siempre pueden percibirse a primera vista. Tan cargado está a veces el cielo y tan violenta es la tempestad, que resulta difícil distinguir algo en la propia alma. ¿Cómo saber entonces si progresamos?

Contesto ante todo que estos estados son pasajeros, ni tienen otra razón de ser que la de purificarnos. Es bueno pensar de vez en cuando que no se hace nada, porque este pensamiento es como un aguijón que nos estimula a redoblar el paso. En todo caso, aun en medio de las tinieblas, por oscuro que haga en nuestra conciencia, siempre queda cierta seguridad de no haber retrocedido, y esta seguridad que conserva la paz en el fondo de nuestra alma es la tercera señal de que se va progresando, porque es fácil concebir que si se conserva la certeza íntima de no haber retrocedido, aunque sea uno atacado y turbado, esta certeza está sólidamente fundada. Por lo que no habéis de inquietaros sobre las consecuencias de esas tentaciones y sobre el estado de vuestra alma, pues esta tercera señal es la más segura y casi infalible.

Así que no adelantar es retroceder, y retroceder equivale a estar muerto y haber perdido todo lo que con tanto trabajo se había adquirido. Cerciorémonos, pues, de si adelantamos o nos quedamos estacionarios, mediante las señales indicadas más arriba; y si alguna de estas señales es menos expedita, otra será adecuada. Tomemos resoluciones muy precisas, muy determinadas, para corregirnos de nuestros defectos o adquirir las virtudes que nos faltan; añadamos a esta primera medida un ardiente deseo de amar más y más y de evitar hasta las menores apariencias de pecado. Así progresaremos sin nunca pararnos, hasta llegar al solio de la patria celestial, donde cesará todo progreso, porque seremos absorbidos en Dios.

LA ORACION

Una de las grandes reglas de santidad es la de saber hallar tiempo para el alma; el demonio nos lo hace malgastar.

¡Oración! Oración con Dios, hecha por vosotros mismos: he ahí la primera ley de la santidad.

La segunda: generosidad en cumplir la voluntad de Dios para con nosotros por la propia abnegación, por el amor al deber; obrar por agradar a Dios.

Sed almas de oración.

¡Vamos! Hora es ya de ser santos. Para llegar a ser grandes santos, sed almas de oración y de generosidad; lo importante y lo difícil está en quererlo y procurarlo. Estrechaos contra Jesús, vuestro maestro; procurad acercaos a El cuanto podáis y permaneced en su compañía.

El valor es la virtud del soldado; el amor la del niño; la abnegación desinteresada la del apóstol y la del religioso. Adquirid estas tres virtudes, que deben ser la trinidad de vuestra vida.

La fuerza nace del amor: amad, por tanto; el amor se nutre de la oración; sed almas de oración, pero de una oración que sea vuestra, afectuosa, recogida y edificante, que guste a Dios, que se alimente de Dios, que aspire siempre a lo desconocido de la verdad, de la bondad y del amor de Dios. La llama que no sube de continuo, que debilita o pierde su luz, toca ya a su fin, se extingue o se esfuma.

No quisiera ver en vosotros más que una cosa: el deseo, el hambre, la dicha de la oración en nuestro Señor; sería un buen síntoma; si el estómago no apetece la comida, no la digiere, ni tiene hambre, es señal de que está enfermo.

La vida espiritual exige un régimen espiritual. ¡Guardadlo! Estad seguros de que vuestra alma se sentirá feliz cuando se alimente plenamente de Dios.

Tan sólo en la oración gustaréis de esa paz deleitosa, de esta calma, de este descanso que, a veces, se hace más sensible que en la sagrada comunión.

En la oración Dios nos alimenta; en la sagrada comu-

nión a menudo alimentamos nosotros a Dios con el pan del sufrimiento y con el fruto laborioso de las virtudes. He aquí la razón por qué se sufre a veces después de la sagrada Comunión.

Medio infalible de santidad.

¡Ea! Entregaos asiduamente a la meditación: es la brújula de la vida y el sustento de la virtud; es la gracia de la educación del alma por la gracia por el mismo Dios; es el lema de vida para todo el día, que si lo cumplís os acarreará un día feliz.

No os aflojéis en este ejercicio fundamental; no os extrañéis de que el demonio, vuestro enemigo, ataque contra él con tanta violencia.

Dice santa Teresa: "Si (el alma) persevera en ella (en la oración), por pecados y tentaciones y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin, tengo por cierto la saca el Señor a puerto de salvación"; y san Alfonso María de Ligorio, dice: "La meditación y el pecado no pueden vivir hermanados."

No cabe duda de que la oración es de ordinario costosa: se siembra en medio de penas y lágrimas, mas sus frutos son exquisitos. Y cosa extraña: cuanto más seca, árida y acompañada de tentaciones sea la meditación, es tanto más fructuosa y perfecta, porque se convierte en calvario expiatorio y santificador; las penas que le acompañan se convierten en fuerza de adquisición de las mayores virtudes y en fuente de las más ricas gracias.

Cuando se posee el espíritu de oración se tiene todo: es el remedio de todos los males.

Para orar bien.

Para conseguir resultados prácticos en la oración débese hacerla con el alma y cuerpo alerta y cuando todo se halle en nosotros en paz y recogimiento. Orad antes de cualquier otro acto. Algunos acostumbran orar aun antes de cualquier oración vocal para mejor aprovechar del recogimiento del alma. Fijad un momento determinado, media hora, una hora, según el tiempo que dispongáis. Dejad de lado antes de la oración todos los ejercicios que pudieran distraeros; cuando no hayáis podido hacerla por la mañana, haced en su lugar durante el día un poco de lectura espiritual y no pade-

cerá vuestra alma, ni perderéis de vista a Dios ni a vuestra alma.

Además, para sacar provecho de la oración, hacedla en un lugar tranquilo y silencioso; por ello los contemplativos buscan los desiertos, las cuevas de las rocas, los lugares más solitarios de la casa o de la iglesia; de esta manera siéntese uno más cerca de Dios. Tened un método preferido de oración que sea el alma de todos los demás.

Todos los métodos conducen al amor, sin duda ninguna; pero, con todo, se ha de seguir el movimiento interior de la gracia, así como el atractivo de la devoción a la pasión, al santísimo Sacramento, a la santa pobreza o al recogimiento en la presencia de Dios.

No olvidéis nunca estos dos principios: primero, que el estado de nuestra alma en la meditación depende de la voluntad de Dios y que, por consiguiente, habéis de meditar según las disposiciones de momento, que regulan y dan la forma a vuestros actos.

En segundo lugar, tened entendido que el éxito sobrenatural de vuestra meditación lo da únicamente la gracia de Dios y, por tanto, no la hagáis depender de vuestras bellas reflexiones ni de vuestros sentimientos fervorosos.

A buen seguro que se han de ejercitar las facultades delante de Dios; pero utilizándolas como condición de la actuación de la gracia.

Id, por consiguiente, a la oración como niños pobres; veréis qué felices os sentiréis. La oración no es ni debe ser más que el ejercicio humilde y confiado de nuestra pobreza espiritual. Y cuanto más pobres seamos, tanto más derecho tendremos a la caridad divina. Este pensamiento ha consolado a muchas almas que sufren.

"La oración—dice san Agustín—es el ejercicio de nuestra mendicidad ante Dios."

¿Qué hace un mendigo y cuáles son sus virtudes? La primera, la humildad; por eso queda a la puerta y emplea modales humildes; la segunda, la paciencia: sabe esperar, no se enfada por nada, se sirve de las humillaciones y repulsas para hacerse más elocuente; la tercera, el agradacimiento, que le abre todas las puertas y acaba por hacerle querido y estimado.

Sed también vosotros los mendigos del Señor; servíos de vuestras distracciones, de vuestras sequedades, de vuestros mismos pecados como de títulos para que Dios derrame sobre vosotros los tesoros de su infinita bondad.

Resoluciones positivas.

En la oración no andéis divagando; tomad resoluciones positivas. Proponeos combatir un mismo defecto o practicar una misma virtud duarnte quince días, tres semanas, etc. Cierto que no siempre tendréis ocasión de practicar la virtud opuesta a ese defecto; pero siempre podréis practicar actos positivos de la misma y pedírselo a Dios.

Tened a vuestra disposición un libro que os guste; leedlo hasta que algún pensamiento os impresione y podáis evitar de esta suerte la pereza espiritual que impide conocerse a sí mismo.

Si notáis que divaga vuestro espíritu y que no trabajan vuestras facultades, cambiad de materia; si os halláis en un estado ordinario, leed algo adecuado en la *Imitación;* pero previamente preparado respecto al capítulo o número. Si os encontrarais en un estado extraordinario, leed algo análogo a vuestro estado, v. gr.: cuando estuviereis tristes, el capítulo XXI del libro I y los capítulos IX, X y XII del libro II; cuando os sintiereis con repugnacia al sacrificio, meditad los capítulos del amor, los tres del cielo, XLVII, XLVIII y XLIX; cuando tuvieres poco recogimiento, el capítulo I del libro II y los primeros del libro III, etc.

Cuando el alma pasa por estos estados no hemos de tratarla como se trata a un enfermo desganado para todo.

La gran resolución que debéis formular es esta: disposición a aceptar pronta y amorosamente, y tan luego como Dios os señale, los sacrificios de desprendimiento que El os pedirá en el curso del día.

Hecho esto no os resta más que vigilar el momento del sacrificio, o mejor todavía, estar siempre dispuestos a decir a Dios: Dios mío, mi corazón está presto a cumplir vuestra santísima voluntad.

Pero este estado de alma ha de ser libre, sin esclavitud ni amedrentamientos; es la vela del amor; el amor no se cansa, vela en el sueño, vela en el trabajo; toda su perfección consiste en hacerlo todo como Dios quiere y según el espíritu de Dios.

Una deliciosa contemplación.

Mas para llegar a esta oración llena de vida, menester es trabajar mucho en olvidarse a sí mismo y en no buscarse a sí mismo en la oración; sobre todo se ha de simplificar el

trabajo del espíritu con la contemplación sencilla y sosegada de las verdades divinas. Porque, en efecto, Dios nos atrae tan sólo por su bondad y nos une consigo por esos dones tan suaves de su amor.

El corazón compara todos los bienes y se entrega al mayor bien conocido y saboreado.

Aspirad en la oración a nutriros de Dios, más que a purificaros o a humillaros; a este respecto, alimentad vuestra alma de la verdad personificada en la bondad de Dios para con vosotros, de su ternura y amor personales. El secreto de la verdadera oración consiste en profundizar la acción y el pensamiento de Dios en su amor para con nosotros. Entonces el alma, admirada y extasiada, exclama: "¡Qué bueno sois, Dios mío! ¿Qué haré por vos? ¿Qué es lo que os agradaría?" Esta es la llama del fuego.

Cuando el alma llega a sentir esta realidad, la oración es, a no dudarlo, una deliciosa contemplación en la que rápidamente se desliza la hora.

Hablad con Dios.

Id a Dios por el corazón, por la expansión del corazón, por la conversación íntima del alma para que podáis adquirir esa paz que lo abarca todo, ese sentimiento de Dios que suple todo, esa mirada amorosa a Dios que anima todo.

Sabed hablar con Jesús y María con esa intimidad con la que habláis con vuestra querida madre; aprended a dar a nuestro Señor cuenta detallada de vuestra alma, de vuestra vida; exponed a Dios lo que pensáis, lo que deseáis, lo que sufrís.

Hablad con nuestro Señor con sencillez y sinceridad, como si hablarais con un amigo. Sed hijos cariñosos y generosos con el buen maestro.

En este trabajo del amor no habléis siempre; sabed callaros a los pies de Jesús; sentíos felices de verle, contemplarle, oírle, de estar junto a El: el lenguaje del amor es más bien interno que externo.

No necesita Dios de nuestras reflexiones ni de nuestras palabras para enseñarnos a amarle o otorgarnos su gracia. Con todo, quiere que hagamos cuanto podamos ante su majestad soberana y que le demostremos nuestra buena voluntad. Luego, cuando se agota nuestra pobreza, se llega hasta nosotros y nos concede sus gracias.

Cuando meditéis no reflexionéis tanto; ejercitaos más bien en actos de las virtudes. Por ejemplo: cuando meditéis en la pasión de nuestro señor Jesucristo, haced, ante todo, un acto de amor al contemplar todo lo que el Salvador ha sufrido por vosotros; después formulad un acto de agradecimiento por haberos amado tanto y sufrido tanto por vosotros, y por haberos hecho conocer sus sufrimientos.

A continuación, haced un acto de amor a vuestros sufrimientos y particularmente al que habéis de sufrir en aquel momento; pedid luego gracia y amor para padecer por su amor.

Recurrid asimismo a la santísima Virgen y a los santos, pidiéndoles os alcancen la gracia que anheláis, y tomad la resolución de sufrir callando tal o cual sacrificio.

Esta es una excelente meditación.

Cuando se llega a conversar de esta suerte con nuestro Señor, ¡qué felicidad se siente! Es un tesoro que se lleva por doquiera. Es el centro de nuestro corazón y de nuestra vida. Sin Jesús no hay dicha en la tierra; por lo cual, no os resta más que vivir con Jesús, el esposo, el padre, y la vida de nuestra alma.

Pedid a la santísima Virgen la gracia de la oración: ésta es la gracia de las gracias.

INDICE